TIERRA DE VINO Y SAL

Melissa Franco



VERSÁTIL narrativa

Contenido

PRÓLOGO
PARTE I: UN CONSEJO A TIEMPO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
PARTE II: SEGUNDAS OPORTUNIDADES
44
45
46
47
48
49
50
51
52

53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
EPíLOGO

NOTAS DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS

Tierra de vino y sal, Melissa Franco

Página de créditos

Título: *Tierra de vino y sal © 2026 Melissa Franco*

_____

Diseño de la cubierta: Eva Olaya _____

1.ª edición: mayo 2026

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo: © 2026: Ediciones Versátil S. L.

Calle Muntaner, 423

08021 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita de la editorial.

A mi madre, una gran aficionada a las telenovelas románticas de época. Y a mi tía Juana, que se enamoró de Vicente Parra en la película ¿Dónde vas, Alfonso XII?

«…habría sido imposible encontrar dos corazones más francos, dos gustos más semejantes, dos sentimientos más armónicos, dos semblantes más amados. Y, sin embargo, ahora eran dos extraños: no, incluso peor que extraños, porque los extraños pueden terminar conociéndose. Estaban distanciados para siempre».

JANE AUSTEN, *Persuasión*.

PRÓLOGO

Mayo de 1888

Emilia subió a la berlina sin esperar a que Pascual, el cochero, se apeara del pescante para abrirle la puerta y sostenerle la mano. Solo cuando estuvo en el interior del vehículo, se permitió expulsar el aire que le oprimía los pulmones. No sabía cuánto tiempo llevaba conteniendo la respiración. Seguramente desde que atravesó las puertas del gran salón de la casa de los condes de las Cinco Torres. Cerró la cortinilla y se echó hacia atrás en el asiento. Las voces y la música le llegaban amortiguadas y la penumbra la tranquilizó.

Por fin sola. Por fin a salvo de *él*.

Pasó un rato así, recostada, con los ojos cerrados mientras paladeaba el silencio. Una eternidad después, se descalzó y se masajeó los pies por encima de las medias de seda. Las ballenas del corsé se le clavaban en las costillas y sus pechos, dos suaves colinas níveas, sobresalían del escote intentando escapar. De repente, se sentía ridícula con aquel vestido rojo que había creído deslumbrante y ahora le parecía provocativo y fuera de lugar.

Sacó un espejo pequeño de su bolso limosnera y se observó. ¿Tanto había cambiado desde la última vez que se vieron? Había pasado casi una década. Su rostro ya no era tan redondeado, los rasgos se habían afilado y dos pequeñas arrugas en los extremos de los ojos atestiguaban una centena de preocupaciones más, pero seguía siendo ella. Su tía Augusta solía decir que muchas mujeres estaban más hermosas a los treinta años que a los veinte, pero no sabía si era su caso. Tal vez Emilia Espinosa, en particular, había perdido brillo, como la plata, que se ennegrecía si no se usaba.

Fuera como fuese, nada justificaba una indiferencia tan radical.

El salón de los condes era espacioso, pero no tanto como para no cruzarse con todos los invitados en algún momento de la velada; no tanto como para no intercambiar una mirada, aunque fuera por un instante, con cada uno de ellos. Tal indolencia respecto a su persona solo podía significar todo lo contrario de lo que quería transmitir:

que era a *ella* a quien *él* prestaba más atención en la fiesta. Porque ignorarla de una manera tan tajante implicaba un esfuerzo colosal: abandonar la mesa del vino dulce cuando Emilia y su prima se acercaban a por una copa; marcharse, sin perder los buenos modales, en mitad de una conversación, antes de que alguien del grupo la invitara a participar o escabullirse de su ángulo de visión cuando ella se sentaba en un tresillo en la otra punta de la sala. Tales acciones únicamente podían ser acometidas por alguien que la tenía presente en todo momento; que se esforzaba por ser el polo opuesto de un imán a quien ella repelía.

¿Cuántos jóvenes, ancianos, damas o caballeros la habrían citado a ella o a su familia, aunque solo fuera para despellejarlos? ¿De verdad no se había dado cuenta de que estaba *allí,* en la misma estancia que *él*?

A estas alturas de su vida, Emilia habría preferido el rencor, la inquina e incluso el aborrecimiento. Habría deseado las miradas de odio, los comentarios hirientes o la crítica más cruda; cualquier cosa antes que esa frialdad, ese desinterés, esa apatía contundente.

Y, sin embargo, ¿qué esperaba de él? Si la última vez que se vieron lo había tratado con una insensibilidad que rozaba el sadismo; si le había arrancado el corazón de cuajo para pisotearlo después; si le había dicho que era menos que nada, menos que nadie, que no estaba a su altura y que nunca lo estaría.

Ahora, dos lustros después, allí se encontraban ambos, en el mismo lugar. Y no solo eso, sino que él se había convertido en un invitado preferente, en un buen partido al que las jovencitas asediaban con insistencia. De nobles modales, guerrera cargada de medallas, holgada posición económica y un atractivo físico que superaba con creces el de cualquier otro caballero. Su antiguo amor se había vuelto irresistible para cualquier dama.

Las tornas habían cambiado tanto que parecía que el mundo se había puesto del revés. Como si el cielo fuera el suelo, los peces nadaran entre las nubes y los pajarillos volaran entre algas. Ahora el deseado era él y la repudiada ella. Ahora él era el centro de la fiesta y

a ella la invitaban por compromiso.

La portezuela de la berlina se abrió de golpe y asomó la cabeza de su prima Isabel, una jovencita de bucles rubios y mejillas sonrosadas.

—¡Aquí está! —exclamó.

Por detrás de ella se oyó la voz de su tía Prestola.

—Gracias a Dios —dijo con alivio.

Y luego, la de su tío Avelino, enfadado.

—Esta muchacha nos va a volver locos.

Subieron de uno en uno con ayuda de Pascual. La prima se sentó a su lado y sus tíos en frente. Venían acalorados, ya fuera por el moscatel, por las altas temperaturas de esa noche de primavera o porque habían estado buscándola por todas partes. Su tía comenzó a abanicarse la doble papada bajo la que se vislumbraba, de tanto en tanto, un collar de amatistas. Su tío, tan aficionado a los dulces como su esposa, se aflojó el corbatín. Su prima se observó los pies e, imitándola, se descalzó. Después, los tres pares de ojos se clavaron sobre ella esperando una explicación.

—Me encontraba indispuesta —manifestó Emilia, que volvió a echarse hacia atrás en el asiento y cerró los ojos.

Los tres le contestaron al mismo tiempo con apreciaciones distintas.

—Te has perdido el resbalón de Tinita Santamaría —comentó la prima.

—Así cómo vas a encontrar marido —se quejó la tía.

—¿Y no podías habernos avisado? —le reprochó el tío.

Emilia solo podía pensar en *él*. En el capitán Alcázar. En lo mucho que había cambiado. En lo bien que le sentaban los años, el uniforme y la barba. En cuánto lo había echado de menos. En su desprecio hacia su persona. Ya no pudo más. Se cubrió la cara con las manos y lloró. Lloró como no lo había hecho en años. Con el corazón encogido. Con el alma licuándose a través de los lagrimales. «¿Soy vieja? ¿Ya no te gustó? ¿Por qué no me has mirado, Álvaro? ¿Por qué

ni tan siquiera un saludo? ¿Por qué has vuelto? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?». Las dudas la torturaban.

Isabel la abrazó sin hacer preguntas.

—Ay, pobre muchacha. Creo que está en esos días del mes —dedujo Prestola—. Anda, vámonos a casa.

Don Avelino alzó el bastón y dio dos toques en el techo del carruaje. De inmediato, Pascual azuzó a los caballos.

PARTE I: UN CONSEJO A TIEMPO

«¡Con qué rapidez encontramos motivos para acceder a lo que nos conviene!».

JANE AUSTEN, *Persuasión*.

1

Nueve años y nueve meses antes. Lunes, 2 de septiembre de 1878

Hacía más de dos años que le habían concedido el título de ciudad y, sin embargo, Chiclana de la Frontera seguía siendo más rural que urbana y muchos todavía la llamaban *villa*. Ubicada en el sur de España, en pleno litoral gaditano, era el lugar favorito de veraneo de las familias de bien de toda la provincia. Familias como los Espinosa; aunque, en su caso, hacía un par de generaciones que se habían instalado de manera definitiva en la localidad, desde que el gran patriarca, don Bernardo Espinosa I, decidiera dedicarse al negocio del vino.

Era mediodía cuando los miembros más jóvenes de la familia, tres señoritas y una niña, salieron a pasear por el campo. Hacía un calor asfixiante, pero a ellas no les importaba. Se abrían paso por la floresta dando pequeños puntapiés a las faldas de sus aparatosos vestidos y charlaban, cómo no, sobre la inminente fiesta de la Virgen de los Remedios y sobre lo entusiasmados que se mostraban los parroquianos por el comienzo de la vendimia. A Marga le encantaba el olor a mosto que inundaba las calles por esas fechas, mientras que Juliana no soportaba a los mosquitos que zumbaban alrededor de las pieles de las uvas. Emilia, por su parte, veía en las tradiciones una fuente de inspiración para sus relatos. En cuanto a Isabelita… A la pequeña, cualquier celebración le parecía apasionante.

Hacía un buen rato que las damas habían perdido de vista al ama de llaves, quien se había entretenido intercambiando cotilleos con una empleada de la finca vecina, pero ninguna se mostraba interesada en encontrarla, sobre todo cuando la conversación viró hacia asuntos que tenían que ver con el corazón.

—Deberías oponerte al matrimonio —aconsejó Marga a la mayor de las muchachas—. Tu padre parece comprensivo. Lo entenderá…

Pero Juliana, de eterna expresión distante, se recolocó un mechón de pelo pajizo en el moño y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no voy a negarme, prima —respondió—. Mi deber como hija primogénita es hacer una buena boda, ampliar la riqueza de la familia, administrar bien mi casa y darle nietos a mi padre.

Marga frunció la nariz, y las pecas de sus mejillas, tan grandes como moras, se convirtieron en una gran mancha bajo sus ojos.

—El marqués de Bermeja es un señor valetudinario que más que tu padre, podría ser tu abuelo. Y luego está el asunto de sus flatulencias —dejó caer.

Isabelita soltó entonces una carcajada que la institutriz habría censurado, como siempre que reía los comentarios mordaces de su hermana.

—Es el esposo que mi padre ha elegido para mí —siguió Juliana, que agachó la mirada a las puntas de los zapatos que asomaban bajo su vestido, tal vez para evocar su gran defecto: la cojera que padecía desde que sufrió unas terribles fiebres en la infancia.

Marga alzó tanto las cejas que casi se unieron a su flequillo de color jengibre.

—Sin duda influenciado por nuestra perniciosa tía Augusta —aseveró.

—¡Margarita! ¡No hables así de la tía! —la reprendió Emilia, que había permanecido largo rato en silencio, con el rostro oculto bajo el ala del sombrero y los pensamientos enredados en las metáforas que se le habían ido ocurriendo durante el paseo—. Todas sabemos de sus tejemanejes, pero no está bien que hablemos en esos términos de un miembro de la familia.

Marga hizo otro mohín.

—Y tú cállate, Emilia, que a ti te tienen otro arreglo —soltó a bocajarro.

—¿A mí? ¿Con quién? —preguntó ella con repentino temor.

—¡Con quién va a ser, con el primo!

En el fondo, a Emilia no le sorprendió la respuesta. En la familia

Espinosa alguna que otra vez se había hablado de la conveniencia de que Enrique y ella se casaran, puesto que el día que don Bernardo II falleciera sin un heredero varón, todas las propiedades —viñas, bodega, cortijo y palacetes— pasarían a su sobrino, el único hijo de Augusta, viuda desde hacía años y con una ya de por sí holgada posición económica. No obstante, Emilia nunca se lo había tomado en serio. Era lo típico que se decía en todas las casas de bien: «Algún día mi hijo se casará con tu hija», pero solía ser más una chanza que un propósito real.

—Eso decían cuando éramos niños, pero nadie lo piensa de verdad —dijo para restarle importancia.

—Anda que no. En cuanto Enrique llegue de su viaje por Europa te va a pedir matrimonio.

La seguridad de Marga hizo que la desazón se apoderase de Emilia. Enrique acababa de terminar sus estudios en la facultad de Medicina de Cádiz y como premio a sus buenas calificaciones, la tía Augusta le había pagado un largo viaje por distintos países europeos junto con unos compañeros de clase; un viaje que estaba a punto de finalizar.

—Puede que se lo sugieran, pero Enrique no me lo pedirá. Más que primos, somos hermanos. Nos queremos de manera fraternal.

La pelirroja se rio con burla.

—Nunca te fíes de un varón. Mi padre siempre dice que una mujer y un hombre no pueden ser amigos porque él siempre acaba queriendo algo más.

Emilia hizo un aspaviento con la mano y decidió ignorarla. Arrancó una vinagreta del camino y chupó la base del tallo para absorber su jugo ácido, tal y como había visto hacer a muchos campesinos. Meditaba en silencio mientras las demás recogían las clavelinas, los claveles y las margaritas que habían sobrevivido al intenso verano. Marga hizo acopio de jaramagos para llevárselos a Piti, el canario, e Isabelita se entretuvo soplando dientes de león. Poco después divisaron el muro encalado de blanco de la finca familiar y se dirigieron hacia allí con desgana. La verja estaba abierta de par en par y los eucaliptos, que otrora mandara sembrar el abuelo

Bernardo, les dieron la bienvenida como centinelas gigantes.

Seguían el sendero hacia la gran casa de campo cuando unas voces masculinas y unas carcajadas las hicieron detenerse. Marga fue a ver de qué se trataba y, parapetada tras unos matorrales, llamó a sus compañeras de paseo:

—Mirad, esos mozos se están lavando a jicarazos —bisbiseó.

Amparadas tras la oportuna vegetación, las cuatro damas se permitieron contemplar la escena que se desarrollaba más allá del sendero. Bajo un sombrajo hecho con palos de madera y paja, varios jóvenes sin camisa bromeaban mientras se echaban agua de una alcarraza en la cabeza y en el pecho. Los zajones que cubrían sus pantalones los delataban como vendimiadores.

—Deben de ser los nuevos jornaleros —dedujo Marga, pero nadie la escuchó.

El recipiente llegó entonces al último de los mozos, que se acercó el pitorro a los labios para saciar su sed. Un hilo de agua resbaló por sus amplios pectorales en dirección hacia el ombligo al tiempo que mantenía los poderosos bíceps en tensión, lo que provocó que a Marga se le escapase un suspiro.

—Ah, ¿qué se sentirá al verse cobijada por unos brazos como esos? —se preguntó la pelirroja.

—Marga, qué cosas dices —se escandalizó Juliana, que se santiguó como si estuvieran frente a cinco demonios recién salidos del averno —. Dios nos libre de ser abrazadas por uno de esos peones brutos y sucios.

—Ya sé que no pertenecen a nuestro mundo —continuó la prima en voz baja—. Pero la belleza no es algo que nos pertenezca a los ricos, ni siquiera algo que se pueda comprar. Unos la poseen y otros no, y nada se puede hacer al respecto.

Juliana no daba crédito.

—¿Insinúas que ese joven es hermoso?

«Es… proporcionado como una estatua clásica», pensó Emilia, pero se abstuvo de hacer comentarios.

—Vamos, Juliana, no seas mojigata. Es el muchacho más bien plantado que hemos visto jamás en Chiclana. ¿O es que no sabes distinguir lo bonito de lo feo?

La mayor de las cuatro seguía negando con la cabeza.

—¿Y tú qué piensas, Emilia? Estás muy callada.

—Yo… —acertó a decir—. Yo creo que tienes razón en eso de que la belleza no depende de la clase social. Si los ricos pudieran comprarla —siguió, como si ella no perteneciera a la clase alta—, la acapararían toda. Sin embargo, como no pueden hacerlo, tienen que conformarse con abastecerse de exquisitas vestiduras, afeites para el rostro o perfumes caros.

—¡Exacto! —estuvo de acuerdo Marga, y uno de los jornaleros miró en su dirección. De manera instintiva, las cuatro agacharon la cabeza —. ¿No os acordáis de Coquito? —continuó poco después, en susurros—. Seguro que sus padres estarían dispuestos a entregar la mitad de su fortuna a cambio de tener un hijo apuesto, y, sin embargo, lo único que pueden hacer con ese adefesio es comprarle corbatines de seda y encargarle chaquetas al mejor modisto.

Luisito Jiménez, al que entre ellas apodaban «Coquito» por el hartón de sultanas de coco y huevo que se había dado el verano anterior —atracón que le provocó unas intensas diarreas— era hijo de un acaudalado bodeguero jerezano. De ojos saltones, nariz ganchuda y dientes apiñados, el joven no tenía nada que se pudiera salvar. Su cuerpo, de extremidades delgadas y torso regordete, revelaba poca fuerza y años de vagancia. Pero lo peor era el bigote, dos o tres pelos gruesos y largos que caían sobre su labio superior provocando escalofríos en las señoritas cuando les besaba las manos o las mejillas para saludarlas.

—¿Imagináis el aspecto que presentaría ese mozo bien aseado, afeitado y con un traje de buena factura? —continuó Marga, señalando al vendimiador con la barbilla.

Sí. Emilia podía imaginarlo. Todas las damas suspirarían por él. Desearían que las sacara a bailar, que las cortejara, que las desposara y que les diera muchos hijos. Por el contrario, vestido de peón y con

tierra entre las uñas, no podía inspirar más que rechazo entre las de su clase.

—Comprendo a lo que te refieres —estuvo de acuerdo Juliana para sorpresa de todas—. A veces las rosas más hermosas no crecen dentro del macetero más caro del invernadero, sino en medio del campo, donde nadie puede apreciarlas.

Isabelita, que hasta entonces había estado escuchando con atención la conversación de las mayores, dio un traspiés y pisó a Marga sin querer.

—¡Ay!

El grito alertó a los muchachos, que miraron hacia los arbustos como cazadores en busca de una presa. «¡Eh!, ¿quién anda ahí?», preguntó uno de ellos.

Isabelita, Marga e incluso Juliana con su dificultad para desplazarse salieron corriendo en el acto. Emilia, siempre perdida en su mundo interior, tardó unos segundos en reaccionar y solo alcanzó a oír las carcajadas lejanas de sus acompañantes. Unas pisadas se acercaban y dudó entre huir o quedarse donde estaba. Era demasiado tarde para lo primero, así que optó por lo segundo. Se puso en cuclillas y pegó el cuerpo a la parte más frondosa del matorral. Le dio tiempo de rezar un padrenuestro a toda velocidad antes de que alguien asomara por encima del muro de maleza. Una suerte de Espartaco con el pelo húmedo goteando sobre el torso bronceado. A Emilia le llamó la atención la humilde cruz de madera que colgaba de un cordón en su cuello. Era lo único que llevaba puesto, además de los pantalones y los protectores de tela gruesa. Durante un instante, las miradas se encontraron. Iris oscuros contra claros.

—¿Liebre, gineta… o rata? —preguntó uno de los mozos desde la distancia.

El joven semidesnudo no apartó la mirada de Emilia, entre sorprendido y divertido. Un hoyuelo se marcó en su mejilla cuando sonrió de medio lado. Ella negó en silencio y movió los labios para formar dos palabras: «Por favor».

—Es… una liebre —contestó al fin el muchacho.

—Pues tráela y la guisamos, que tenemos hambre.

Una oleada de risas recorrió la cuadrilla de vendimiadores y el explorador, que parecía desconcertado ante su propia mentira, regresó junto a ellos. Solo entonces la hija más joven de don Bernardo Espinosa II se permitió suspirar de alivio. Esa fue la primera vez que Álvaro y ella se vieron.

2

Nunca en su vida había visto unos ojos más enigmáticos que los de la muchacha escondida tras los arbustos. Grandes, redondos, de un celeste grisáceo que le recordaba al mar en los días nublados. «¿Quién será ella?», se preguntó Álvaro. Por sus ropas, era evidente que se trataba de una señorita de bien, pero él no la conocía. Era su primer año como jornalero en las tierras de los Espinosa y todavía tenía que familiarizarse con sus señores.

—¡Al tajo! ¡Basta ya de holgazanear! —gritó Juan Morales sacándolo de sus tribulaciones. El capataz era desagradable con todos, pero especialmente con él por ser sobrino de Román, quien había ocupado su cargo al frente del cortijo hasta hacía muy poco.

De inmediato, los cinco jóvenes pusieron rumbo al lugar de trabajo. El enorme viñedo parecía pintado al óleo y hasta las carretas que salían por el camino de rueda entre las viñas resultaba pintoresca y bucólica. Sin embargo, la faena bajo el sol inclemente poco tenía de romántica.

Álvaro había oído que en otras fincas se trabajaba por la tarde, cuando las temperaturas descendían, pero no era el caso de los Espinosa; al menos, no desde que Juan Morales dirigía a las cuadrillas.

En cuanto se reunieron con sus compañeros, los jóvenes se distribuyeron por parejas en cada hilera de vides. Álvaro, todavía turbado por el inesperado encuentro con la dama, se situó en el lado derecho de la cepa mientras que su compañero Miguel lo hizo en el izquierdo.

—¿Sabes que los señores van a emparentar con marqueses? —cuchicheó Miguel, que cortaba los racimos con el tranchete y los depositaba en su capazo de esparto de manera automática.

—¿Quiénes? ¿Los Espinosa? —se interesó Álvaro, haciendo lo propio con su navaja de punta curva. Apenas llevaba unos días trabajando y aunque realizaba la faena con soltura, ponía mucho cuidado en sus movimientos. No olvidaba las palabras de su tío: «Un

buen vino comienza en las viñas».

—¡Claro, chaval! No voy a ser yo —respondió el otro—. Parece ser que un señor muy rico, al que llaman marqués de Bermeja, se ha prendado de una de las hijas de don Bernardo.

—De una de sus hijas… ya. ¿Y cuántas hijas tiene?

—¡Qué perdido estás, Alvarito! Tiene dos. Dos bellezas. Aunque parece que una de ellas está enferma y coja, o eso dicen.

—¿Y a cuál de ellas van a casar con el marqués?

A Álvaro jamás le habían interesado los chismes de señoras alcahuetas, pero no podía quitarse de la cabeza la mirada de la joven escondida tras los arbustos. De repente, todo lo que tuviera que ver con las señoritas le concernía.

—Sepa Dios.

No les dio tiempo a más. Enseguida se les acercó Juan Morales fusta en mano.

—¡A trabajar, curita! —gritó en la nuca de Álvaro.

Álvaro odiaba que lo llamase *curita*, y a menudo tenía que contener los puños a los costados para no incrustar uno de ellos en la nariz del capataz. Ya no se callaría más. De lo contrario, el encargado de la finca le haría la vida imposible durante toda la temporada de vendimia.

—¡Acaso no estoy trabajando! —respondió con chulería, poniéndose de pie.

El encargado, aunque grande y grueso, se vio bajito en comparación.

—Lo harías más rápido si no estuvieras de palique, curita —repitió muy cerca de él; tanto que el joven pudo distinguir las marcas de la viruela de su rostro.

—Que sea la última vez que me llama curita —se atrevió a amenazar el jornalero—. Soy Álvaro Alcázar.

El hombre cerró los ojos diminutos y soltó una carcajada. Las patillas canosas y despeinadas se movieron al compás de las

mandíbulas.

—¡Alcázar! ¡Y vives en una choza! —se burló.

Álvaro tensó los maxilares. Estaba a punto de cometer una estupidez, pero la mano de Miguel sobre su hombro lo detuvo a tiempo.

—Déjalo, Álvaro —le bisbiseó, conciliador. Y mirando al capataz, añadió—: Disculpe, señor Morales, ha sido culpa mía. Tengo la lengua muy larga.

El de la fusta escupió al suelo, muy cerca de las botas de Álvaro. Se limpió la boca en la muñequera de cuero y siguió su camino por entre los cuadros productivos.

—La próxima vez le borro la sonrisa —masculló Álvaro.

—No merece la pena. Tú piensa en el trabajo y en los reales que te vas a embolsar —le aconsejó su amigo.

Cuando la jornada terminó, el muchacho se despidió de sus compañeros hasta el día siguiente y volvió a casa de sus tíos en la tartana de Bartolomé, un vecino que tenía la suerte de contar con un mulo de carga muy resistente.

El tío Román vivía en una modesta casa ubicada en la calle Luna, entre el Hoyo de Membrillo y la extensa huerta de las Delicias. Tenía, además, un trozo de tierra sembrado de vides que pudo comprar después de trabajar durante décadas para los Espinosa. Se había convertido, por fin, en un mayeto, un pequeño propietario minifundista que vendía su cosecha a los grandes bodegueros. Algunos se alegraban por sus progresos, como el bueno de Bartolomé, pero otros muchos, entre los que se incluía Juan Morales, le profesaban una gran inquina.

—Ay, hijo, por fin llegas —lo saludó Manuela, la esposa de Román, y lo besó en las mejillas—. Dile a tu tío que venga a almorzar, que a mí no me hace caso y con este calor va a enfermar. ¡Que ya no tiene veinte años!

Álvaro soltó la pequeña capacha de esparto que llevaba cruzada al pecho y atravesó el patio en dirección a las viñas. Encontró a su tío

agachado, cortando racimos que iba depositando en el interior de una cesta con la delicadeza de una madre que deja a su bebé dormido en la cuna.

—¿No son preciosas? ¡Ya casi puedo oler el mosto! —exclamó Román cuando lo oyó acercarse. A pesar del cansancio y del sudor que perlaba su rostro curtido al sol, el hombre estaba entusiasmado.

—Tío, si me dejara trabajar aquí con usted, no tendría que deslomarse tanto.

Román negó con la cabeza haciendo bailar el breve sombrero de paja que lo cubría.

—De sobra sabes que yo no puedo darte los quince reales que te pagará don Bernardo por la temporada.

—No me importan los reales, bastante hace con dejarme vivir en su casa.

El hombre se puso en pie, se retiró el sombrero y se secó el sudor de la frente.

—No digas sandeces. Ahora que eres un hombre como cualquier otro querrás comprar tu propia casa, buscar una esposa, tener hijos… Y para eso hay que ahorrar. Esto es cosa mía. Yo me metí en esta empresa y no contrataré a ningún jornalero hasta que pueda permitírmelo. Venga, vamos a almorzar, que seguro que tu tía te ha enviado a buscarme.

El hombre vació el contenido de la cesta en una carreta dispuesta bajo la sombra de un techado y sonrió.

—Ya tengo sesenta y dos arrobas. ¡Otra carretá![1] —exclamó con satisfacción—. Luego la acercaré al lagar de El Sanatorio. —Echó un brazo por encima del hombro de Álvaro y le palmeó la espalda—. Ojalá algún día la suerte me sonría y tenga mi bodega para elaborar mis propios caldos.

—Seguro que sí, tío.

Los dos hombres caminaron de vuelta al hogar charlando y riendo. Se lavaron las manos y la cara en la pila de la cocina y se sentaron a la mesa.

—Me gusta veros tan contentos —comentó Manuela mientras servía el guiso de garbanzos con acelgas en tres cuencos de barro cocido—. Aunque estoy deseando que acabe la vendimia para que descanséis un poco.

—Mujer, que esto acaba de empezar. Ya habrá tiempo de descansar cuando el Señor venga a por nosotros —le respondió su marido—. Ahora lo importante es conseguir un buen producto. La uva está en su punto.

Manuela trajo una hogaza de pan moreno y un melón que depositó sobre la mesa; después, se sentó con ellos. La conversación fue agradable y el ambiente distendido. Álvaro todavía tenía mucho que aprender, pero era un zagal muy avispado y no tardaría en dominar el oficio.

—Así que el viento de poniente, que viene del mar, refresca la viña, mientras que el de levante la seca y la protege —recapituló Álvaro—. Y eso hace que nuestras uvas sean tan especiales.

—Así es, sobrino. Aquí, el vino no solo lo crea la tierra, sino también el mar. Por eso no es aconsejable regar las viñas. Nuestro suelo es albarizo, el agua salada late a pocos metros de profundidad y penetra en la uva, dándole un sabor particular. Pero además del viento, de la tierra y del mar, los frutos necesitan mimo. —Y guiñándole un ojo a su esposa, añadió—: Ese es el ingrediente secreto, el amor.

Álvaro asintió mientras se cortaba una tajada de melón.

—Es increíble todo lo que sabe usted, tío. No me extraña que Juan Morales le haya tenido siempre tan mala voluntad. Él solo sabe gritar y pegar con la fusta.

—Y dime, ¿cómo ha estado hoy el Gorrino? —quiso saber Román.

—Tan jovial como siempre —ironizó el muchacho, restándole importancia. Y de repente se acordó de otro tema que le resultaba más tentador—. Tío, ¿sabe usted que don Bernardo va a emparentar con marqueses? Miguelito dice que va a casar a una de sus hijas con un caballero de alta alcurnia.

—Ah, sí. Algo han comentado las criadas en la casa —confirmó Manuela después de retirar con un cuchillo las pepitas de su tajada de melón. La mujer trabajaba como lavandera, planchadora y costurera en varias casas burguesas, y a veces el ama de llaves de los Espinosa la requería como refuerzo—. Se trata de Juliana, la mayor. Es lo lógico: casar primero a la de mayor edad.

—¿Y cómo es esa Juliana? —preguntó Álvaro sin poder evitarlo.

—Las dos hijas de don Bernardo son muy bonitas. Salieron a Catalina, que en paz descanse —explicó Manuela—. Pero, para mí, la más hermosa es la menor, por el contraste de su pelo oscuro con los ojos tan claros. Eso sí, los ojos son los del abuelo don Bernardo, a quien Dios también tenga en su gloria. —Se persignó.

El rostro suplicante de la joven escondida tras los matorrales acudió a la mente de Álvaro. El cabello oscuro, la piel de nácar, los ojos de turmalina. Todo coincidía.

—¿Y cómo… cómo se llama la menor? —preguntó en un tono indiferente, que, sin embargo, le hizo ganarse la mirada inquisitiva de su tío.

—Emilia —contestó Manuela.

«Emilia…», repitió él mentalmente. Le gustó la musicalidad del nombre. La mezcla de la «m», la «l» y las vocales suaves como la «e» y la «i», seguidas de una contundente «a». Se imaginó a sí mismo susurrándoselo a la dama al oído mientras le acariciaba la mejilla con sus dedos curtidos… Sacudió la cabeza. Ella no pertenecía a su mundo.

Tenía que cortar esos pensamientos.

1. Una *carretá* equivalía a 690 kilos de uva, unos 500 litros de vino. Fuente: Centro de Interpretación del Vino y la Sal (Chiclana).

3

—¡Aquí están, señoritas! —exclamó el ama de llaves en cuanto vio a las muchachas aparecer, por fin, en la casa de campo—. ¿Pero de dónde vienen con las mejillas tan arreboladas? Estas temperaturas no son buenas para andar por ahí brincando como animalillos salvajes. Cualquier día les dará un vahído y el señor Espinosa me culpará a mí y me despedirá.

—Calma, Paca —le dijo Marga colocándole una clavelina sobre la oreja—. Mi tío te tiene en más consideración a ti que a nosotras.

Francisca sonrió porque se sabía una empleada imprescindible para don Bernardo. No obstante, no deseaba tentar a la suerte.

—Calle, zalamera —le respondió devolviéndole la flor—. Y no se hagan más de rogar, que el pobre de Pascual lleva largo rato esperándolas en la carretela.

Las damas entraron a la cocina a beber agua fresca y a limpiarse los zapatos con un trapo húmedo, mientras Francisca se despedía de las empleadas de la finca y les daba indicaciones para arreglar las goteras. Y es que, a pesar de que las criadas se afanaban por tenerlo todo limpio y ordenado, el estado de la casa en los últimos tiempos distaba mucho del que había tenido cuando el abuelo Bernardo vivía y se encontraba al frente de los negocios. Don Bernardo hijo casi nunca visitaba la hacienda y pasaba la mayor parte del tiempo en el palacete, desde donde podía acudir al teatro y participar de la vida cultural de la localidad. Tal era su desinterés, que delegaba todo el trabajo en sus personas de confianza: Francisca, la guardiana de la casa; Sebastián Martínez, el mayordomo; Diego Saucedo, el administrador y, por último, Juan Morales, el capataz. No era un secreto para nadie que al nuevo terrateniente no le interesaba el negocio del vino más que para cosechar los beneficios al final de cada ejercicio económico.

—Vamos, vamos, chiquillas, que se hace tarde —las apremió Francisca al tiempo que les devolvía a cada una su sombrero y las hacía salir de la cocina.

Las muchachas la obedecieron con reticencia. La mañana de paseo por el campo había terminado y era hora de volver a sus quehaceres, aunque, en su caso, no eran demasiados.

***

El centro de la ciudad se encontraba a una legua y media de distancia y el cochero tardó casi tres cuartos de hora en recorrer los caminos y veredas que se abrían entre los campos y huertas hasta desembocar en las chozas de los suburbios del casco urbano.

El traqueteo del vehículo le había provocado a Emilia un gran sopor y se había echado sobre la portezuela para mirar por la ventanilla. Isabelita, en cambio, venía cantando un romancero que se había popularizado en España desde que el pasado mes de junio falleciera de tifus doña María de las Mercedes, la esposa del rey Alfonso XII, y que decía así:

¿Dónde vas Alfonso XII?

¿Dónde vas, triste de ti?

Voy en busca de Mercedes,

que ayer tarde no la vi…

—Isabel, cállate, que el pueblo está de fiesta, no de funeral —la regañó Marga, dándole un puntapié.

—Déjela que cante, niña, que parece un ángel —contestó Francisca, todavía conmovida por la muerte de la joven reina.

Merceditas ya está muerta,

muerta está, que yo la vi,

cuatro duques la llevaban

por las calles de Madrid.

Su carita era de cera…

Una nube ocultó el sol durante unos instantes y a Emilia se le puso el vello de punta. De repente, tuvo la certeza de que su vida estaba a punto de cambiar. Juliana, por su parte, pareció sentir lo mismo, porque se frotó los brazos como si un escalofrío le hubiera recorrido el cuerpo.

Pascual enfiló entonces por la calle Ribera del Río,[2] una vía ascendente donde las lujosas viviendas burguesas de dos, tres y hasta cuatro plantas miraban hacía el río Liro, y se detuvo en el número 6. Las inmensas hojas de roble estaban abiertas de par en par. Sebastián Martínez las esperaba con la solemnidad que lo caracterizaba.

El mayordomo las ayudó a bajar de la carretela y las mujeres se perdieron en el interior de la casapuerta. Marga atravesó el patio central y el comedor en dirección al jardín, deseosa de ofrecerle los suculentos jaramagos al canario, mientras que las demás se dedicaron a repartir las flores que habían recolectado en los jarrones y a llenarlos de agua. No hacía falta que ellas se ocuparan de esos menesteres, por descontado, pero a menudo estaban tan aburridas que se divertían con tareas tan simples como aquella. Emilia, sin embargo, se deshizo del sombrero, escogió los claveles que le parecieron más vistosos y se los llevó a la biblioteca para prensarlos entre libros.

Giró la manilla con sigilo y el olor del papel y de la tinta le inundó las fosas nasales. La estancia era de las más amplias de la vivienda. Estaba repleta de estanterías, además de contar con un enorme globo terráqueo y un recio escritorio de caoba frente al que, en esos momentos, se hallaba sentado su progenitor.

—Buenas tardes, padre —lo saludó antes de acercarse y darle un beso en la mejilla.

—Emilia —contestó el caballero, pero no levantó la vista del libro que tenía en frente: un manual sobre heráldica abierto por la página que mostraba el escudo de armas familiar—. ¿Te he dicho ya que el apellido Espinosa se remonta a la época del rey Carlos I?

—Sí, padre —contestó la muchacha, que deslizó la mirada por el conocido árbol de sinople lleno de espinas sobre campo de plata.

—Es un apellido castellano de pura cepa, originario del pueblo de Espinosa de los Monteros, en Burgos. Su nobleza está más que probada en…

—… en las Órdenes Militares —terminó su hija por él.

Todos sus conocidos sabían que ellos no poseían ningún título nobiliario. No eran duques ni marqueses ni condes ni barones. Pertenecían a la burguesía terrateniente y comerciante gaditana, que no era poco, pero a su padre nunca le había bastado y se empeñaba en ennoblecer sus raíces a cualquier precio.

—Perdóname, hija. Me estoy volviendo un viejo pesado.

—Ni es un viejo ni un pesado, padre. No exagere. Lo que pasa es que yo soy su hija y ya me sé todas sus historias.

El hombre le dio un par de toquecitos en la espalda, cerró el libro y dobló en dos el pliego en el que, poco a poco, iba agrandando el ya de por sí enorme árbol genealógico de la familia. Llevaba años recopilando información de las partidas de nacimiento y defunción de sus antecesores y no le había importado recorrer toda España en busca de una fecha, un nombre o cualquier dato, por nimio que fuera, que pudiera arrojar luz sobre su ascendencia. Contemplándolo, Emilia se había preguntado por qué Bernardo Espinosa le daba tanta importancia al recorrido de su estirpe, mientras que había personas en el mundo que vivían felices sin siquiera saber el nombre de sus padres.

—Padre… ¿es por vincularnos con la aristocracia que usted pretende aceptar como yerno al marqués de Bermeja?

—¿Qué? No, hija… —respondió atusándose las canas del bigote, pensativo—. Además, todavía no sé si aceptaré. No obstante, el marqués es un caballero refinado y una persona excelente. Si se casan, tu hermana vivirá como una reina. Sus casas serán más lujosas que las nuestras, al igual que sus carruajes y sus ropas. Subirá un escalón en la sociedad y ¿no es eso lo que cualquier padre desea para su hija?

Emilia se separó de él.

—Supongo que sí. Pero, padre, el marqués es mayor que usted…

Él se puso de pie y rodeó el escritorio dándole la espalda a su hija para contemplar el cuadro que presidía la biblioteca. El lienzo, de

grandes proporciones, mostraba al abuelo Bernardo en una pose grandilocuente, con el mostacho rubio rizado en las puntas y una inquisitiva mirada de ojos grises.

—¿Crees que no lo sé, Emilia? —dijo sin volverse—. Pues claro que lo sé. Por eso no he aceptado antes. Sin embargo, ¿cuántas propuestas de matrimonio crees que recibirá Juliana? Es una muchacha de buena posición, joven, bonita y dulce; toca el piano, habla francés y borda de maravilla. Pero debido a su enfermedad...

—Ya está recuperada —lo cortó ella—. Don Ignacio dijo que le esperaba una larga vida por delante —añadió, refiriéndose al doctor que la había tratado desde que era niña.

—¡Está tullida! —exclamó su padre dándose la vuelta y sobresaltándola.

—No es cierto. Solo cojea un poco —le rebatió ella.

—Muchos la rechazarían por menos. Su salud es frágil. La gente piensa que quizá sea infértil. —Y, al parecer, él también lo pensaba.

Emilia bufó, incrédula.

—¿Y nadie piensa en la infertilidad del marqués? Dudo que ese señor tenga el vigor necesario para engendrar hijos.

Don Bernardo demudó la expresión.

—¡Emilia! —espetó, dando un golpe con el puño sobre la mesa—. Te prohíbo que hables así.

Ella se mordió los labios y asintió, cabizbaja. En realidad no estaba muy al tanto de lo que un esposo y una esposa debían hacer en la alcoba para que la esposa se quedara encinta, pero había oído que el brío masculino era una parte esencial del proceso.

—Es injusto, padre. ¿Por qué las mujeres no podemos decidir sobre nuestro futuro? —se quejó con menos ímpetu. «A ti te tienen otro arreglo», le vinieron a la mente las palabras de Marga y estuvo a punto de sacar a colación el asunto de Enrique, pero se contuvo. No deseaba discutir con su padre y albergaba la esperanza de que solo fueran suposiciones de su prima.

El patriarca de la familia se acercó a ella, la abrazó con ternura y le

besó la cabeza.

—Porque los mayores sabemos lo que os conviene a los jóvenes y porque los hombres de la familia debemos velar por nuestras mujeres. Así se ha hecho y así se hará siempre, mi niña. Y ahora, vamos a almorzar. La cocinera ha preparado un delicioso estofado con las liebres que cacé ayer.

Emilia claudicó.

—Como usted diga, padre.

***

El estofado caliente no era el plato más apropiado para la época del año en la que se encontraban, pero Honoria se había ocupado de preparar también una limonada que sirvió bien fría. Además, en la intimidad del hogar, las muchachas se habían retirado los polisones y las sobrefaldas y se habían aflojado los corsés, por lo que se sentían mucho más cómodas.

—¿Cómo estaba todo por la finca? —preguntó don Bernardo entre bocado y bocado, a ninguna en particular. Él no bebía limonada, sino un vino tinto de una cosecha añeja del abuelo con la etiqueta «Espinosa & Hijos».

Las señoritas se miraron entre sí, rememorando en silencio a los vendimiadores medio desnudos que se lavaban a jicarazos.

—Muy bien, el campo está precioso —respondió Emilia con voz átona.

Marga ahogó una risilla con la mano.

—No sé por qué os gusta tanto ir, con el calor que hace y la cantidad de mosquitos que hay. —Don Bernardo cortaba su trozo de carne sin levantar la mirada—. He oído que hay muchas charcas infecciosas y los vinateros piensan que el alcalde debería secarlas.

—Será por la sensación de libertad, tío —intervino Marga—. En el centro del pueblo todos nos conocen, mientras que en el campo podemos pasear a nuestras anchas.

Después de almorzar, las sirvientas se afanaron en recoger la mesa y fregar los platos y el suelo mientras que las damas y don Bernardo

se retiraron a dormir la siesta. No fue el caso de Emilia, incapaz de pegar ojo durante el día, puesto que su cerebro siempre estaba trabajando, ideando algún relato o imaginando una escena de una futura novela.

Eran las cuatro de la tarde cuando caminó de puntillas por la habitación, pasó por delante de su prima Marga —que roncaba en el *chaise longue* con un abanico en el regazo— y se asomó al balcón. Apoyó los codos en el barandal y contempló el paisaje en silencio. El río discurría con mansedumbre y apenas circulaban personas por las dos orillas. Frente a ella se encontraba el Puente de Isabel II, una gran mole de piedra a la que los chiclaneros habían bautizado como «Puente Grande», en contraposición al «Puente Chico», una pasarela de madera al final de la calle.

«El Puente Grande es mucho puente para el Liro», solía decir don Bernardo, y puede que tuviera razón, porque en aquel momento el caudal era tan escasoz que bien se hubiera podido cruzar a pie. Sin embargo, la joven sabía que cuando las lluvias y la pleamar lo hacían crecer y los márgenes se desbordaban, solo Dios podía salvar a los chiclaneros.

Pensar en Dios hizo que Emilia evocara una cruz de madera sobre un pecho fornido. Se sorprendió visualizando la sonrisa torcida del vendimiador que no la había delatado ante sus compañeros y se preguntó por qué le habría guardado el secreto. Cerró los ojos y, de nuevo, los iris color tierra del muchacho la observaron con curiosidad.

«Es… una liebre», lo oyó decir.

2. Actual calle Carmen Picazo.

4

Al día siguiente, las jóvenes Espinosa se levantaron muy temprano y de buen ánimo, aunque hubo alguna que otra pelea por acaparar a Marcela, la doncella personal de Juliana y de Emilia, pues era la que mejor sabía aplicar las tenacillas calientes en los cabellos de las damas. La ocasión bien lo requería, pues la familia había planeado ir a la capital para ser retratada por uno de los fotógrafos más prestigiosos de la ciudad y todas querían llevar los bucles perfectamente moldeados.

Eligieron para los vestidos colores suaves como el celeste, el verde lima, el rosa y el melocotón, que arrojarían más luz a sus rostros, y completaron los atuendos con coquetos sombreros que les permitirían preservar los peinados hasta llegar al lugar de la cita. Solo cuando quedaron satisfechas con su apariencia bajaron al patio, donde las esperaba don Bernardo en compañía del ama de llaves.

—Qué bellas están las niñas, ¿verdad, don Bernardo? —comentó Francisca con admiración.

—Sí, Paca. Pero han tardado demasiado en acicalarse —se quejó el burgués, que se guardó el reloj de oro en el bolsillo del chaleco.

—Déjelas, señor, que están en edad de hacerlo —las defendió ella con añoranza. La mujer, de unos cincuenta años, vestía a diario el uniforme de color marrón oscuro y amplios cuellos almidonados propio de las de su cargo, y nunca se quitaba el cinturón del que colgaba el manojo de llaves. Solo algunas tardes de domingo, cuando libraba, se permitía cambiar de vestimenta, y, aun así, todas sus prendas eran sobrias y austeras.

—Venga, vámonos, que nos quedan casi seis leguas de camino —dijo el caballero.

En el primer asiento y en sentido contrario a la marcha de los caballos se sentaron Juliana, Marga e Isabelita, y en el segundo, cubiertos por la capota, Emilia y su padre. Por suerte no soplaba el temido viento de levante y las muchachas no se despeinarían demasiado. Si Pascual azuzaba a los caballos, en poco más de dos

horas estarían en la capital.

Abandonaron Chiclana por la avenida de la Alameda de Solano, jalonada de esplendorosas huertas y de álamos blancos, y tomaron el único camino de tierra posible entre los caños y las salinas. Cruzaron la pasarela de siete barcas con el ruidoso golpeteo de las ruedas sobre la madera y vinieron a dar al Portazgo[3] y, de ahí, al Puente Suazo. En la vecina ciudad de San Fernando se cruzaron con varios landós, un cupé y una diligencia que se dirigía a Chiclana atestada de viajeros y continuaron hasta Cádiz por el camino del arrecife. Llegaron a la Plaza Mina cuando el sol estaba en su cenit y nada más apearse del carruaje, las damas abrieron sus sombrillas para que el sol no les colorease la piel.

Emilia adoraba el aire fresco del Atlántico que se colaba desde cualquier calle, las fachadas de mármoles de Italia, el trasiego de gentes de lo más variopintas y la vida que bullía en una ciudad tan cosmopolita como aquella, a la que llamaban *tacita de plata*. Todavía recordaba la gran fiesta que hubo años atrás, cuando vino de visita la reina Isabel II, madre del rey Alfonso XII; el orgullo en el rostro de su padre y lo ricamente ataviadas que lucieron su madre y sus tías para recibir a su majestad.

En poco tiempo llegaron a la concurrida calle Ancha, donde los palacetes más opulentos alternaban con locales de lo más variados, como cafés, varias sombrererías, sastrerías, tiendas de guantes, zapatos y ropa hecha. Se detuvieron en la puerta número 24, donde una placa rezaba:

Rafael Rocafull.

Retratista.

Academia de Bellas Artes de la provincia de Cádiz.

(Premio al Mérito).

El señor Rocafull los estaba esperando y enseguida los hizo pasar al interior. Se trataba de un hombre de unos cincuenta y pocos años, acuciada calvicie que disimulaba con una cortinilla de pelo y, en contraste, unas patillas frondosas que se unían a una barba poblada y

un gran bigote. Vestía como todos los caballeros: camisa de cuello almidonado, corbatín, chaleco y traje de chaqueta en tonos pardos.

—Buenos días, don Rafael —lo saludó el padre de Emilia, extendiéndole la mano.

—Encantado de recibirlos, don Bernardo. Qué gusto verlos de nuevo por aquí —dijo con una sonrisa. El artista, que comenzó su carrera como pintor costumbrista, había inmortalizado con la técnica del colodión húmedo a media burguesía gaditana y, aun así, se cuidaba mucho de recordar los nombres y las preferencias de sus clientes—. Díganme qué habían pensado. ¿Retratos individuales como la última vez?

Don Bernardo asintió. Sí, de nuevo querían retratos pequeños en relieve, del tipo tarjeta de visita, los favoritos de las mocitas. Se deshicieron de los sombreros y subieron a la azotea del edificio, donde tomaron asiento en unos cómodos sillones en los que esperarían por turnos. El estudio se encontraba bajo una galería acristalada en la que incidía el sol. En una esquina se alzaba la aparatosa cámara fotográfica de madera y muelle que todavía resultaba un objeto mágico para muchos.

—Cuando retire la tapa del objetivo deberán permanecer en la misma postura hasta que les indique lo contrario —les recordó el retratista.

El primero en posar fue don Bernardo, a quien no le costó ningún esfuerzo permanecer inmóvil durante los sesenta segundos de rigor. Lo siguió Juliana, que ni pestañeó, y luego Emilia, que aguantó la pose concentrándose en la verruga bulbosa que el señor Rocafull tenía en el extremo del ojo derecho.

Lo difícil vino cuando les tocó el turno a las dos más jóvenes. A Marga le dio la risa floja, y el señor Rocafull tuvo que repetir el procedimiento, vertiendo el colodión en una nueva placa de vidrio y colocándola en el chasis de la cámara. Y lo mismo ocurrió con Isabelita, que no dejaba de parpadear y de tocarse la nariz.

Una vez terminada la sesión, y con las imágenes ya fijadas en las placas, se despidieron del insigne artista y quedaron a la espera de

que realizara las impresiones con las características que le habían pedido. Un empleado de los Espinosa iría a recogerlas al cabo de unos días.

***

Almorzaron en la casa palacio que la tía Augusta tenía en la plaza de San Antonio, y durante la comida, comentaron el inminente regreso de Marga e Isabelita a casa de sus padres después de la fiesta de la vendimia, así como de la necesidad de que las cuatro muchachas encargaran vestidos nuevos a la modista de cara al otoño y al invierno. Tras el banquete, don Bernardo se despidió de las mujeres con un beso y se marchó al Casino Gaditano, donde se reuniría con sus amigos del ateneo.

El gran reloj de pie del salón anunció las cinco de la tarde con su voz de latón, y doña Augusta ordenó a Marga e Isabelita que se hicieran con sus bastidores y se marcharan a bordar al salón contiguo, pues tenían que tratar «asuntos de mayores» con Juliana y Emilia, pero las jóvenes no mostraron intención de ceder.

—No es justo, tía, ya tengo diecisiete años y he sido presentada en sociedad —se quejó Marga.

—Lo sé, pero este asunto no te incumbe, Margarita —la despachó Augusta.

—Madre, por favor. No me apetece bordar con el calor que hace —intentó la pelirroja con Prestola, pero la mujer, más por temor a su hermana que por genuina convicción, secundó la decisión de Augusta con un gesto de negación.

Finalmente, las más jóvenes abandonaron el salón con apatía.

Juliana y Emilia tomaron entonces asiento en el tresillo mientras sus tías lo hacían en los dos butacones de caoba más cercanos a la chimenea. En la mesita del café, una de las criadas había servido cuatro copitas de vino dulce acompañadas de una fuente de buñuelos recién hechos, pero en un primer momento nadie se atrevió a probar bocado.

Doña Augusta, en actitud solemne, se permitió observar a sus

sobrinas con detenimiento, mientras que Prestola solo tenía ojos para los dulces. Viendo a las dos señoras juntas, pensó Emilia, nadie habría acertado a decir que eran hermanas, pues Prestola, de sonrisa alegre y cuerpo rechoncho, nada tenía que ver con Augusta, alta, espigada y de carácter avinagrado.

Doña Augusta, por ser la mayor, había asumido el papel de matriarca de la familia a la muerte de los abuelos, y sus hermanos, Prestola y Bernardo, se habían convertido en sus fieles servidores. No obstante, sus sobrinas eran otro cantar.

—Bien, queridas —tomó la palabra la gran dama—, imagino que ya sabréis de qué queremos hablaros, ¿no es así? Juliana, tú ya tienes veintidós años, y tú, Emilia estás a punto de cumplir los veinte —dijo, mirándolas alternativamente—. Son edades más que suficientes para contraer matrimonio. Vuestra tía Prestola y yo nos casamos antes. Además, algunas de vuestras amigas ya son incluso madres de familia…

—¿Y por qué tanta prisa? —la interrumpió Emilia con la voz repentinamente agitada—. ¿Es por esa absurda recomendación de los médicos, que dicen que las mujeres debemos casarnos antes de los veintiséis mientras que los hombres pueden hacerlo a cualquier edad? —terminó, rememorando una conversación entre damas que había oído en uno de los cafés de moda.

Augusta abrió los ojos de par en par y se giró hacia Prestola.

—¿La has oído, Presta? ¿Qué hacemos con esta sabionda? —La madre de Marga e Isabelita ya no pudo resistirse más y comenzó a engullir una bola de masa frita tras otra de un solo bocado. Augusta, que no encontró en ella a una aliada, volvió a poner la atención en su sobrina—. ¿Acaso pretendes tú, niña boba, saber más que la medicina y las buenas costumbres? Nuestro cuerpo es diferente al de los hombres y somos nosotras las que parimos a los hijos. Así que sí: ya estáis en edad de ser madres y de gobernar vuestras propias casas.

Emilia no se amilanó, pero guardó silencio tratando de serenarse.

—Voy a empezar con tu hermana y luego llegará tu turno —continuó—. Juliana, querida, Bernardo nos ha puesto al tanto de que

el señor don Marcos Herrera de Bermeja siente una gran admiración por ti; así que lo más probable es que pida oficialmente tu mano. Espero que estés de acuerdo. —No era una pregunta—. Prestola y yo consideramos que no podrías encontrar mejor partido. Es un caballero viudo con varios hijos varones estudiando en el extranjero. Está deseoso de una compañera de vida con la que compartir sus días y acudir a eventos sociales. Sin duda, no hallará dama mejor que tú.

Se hizo el silencio y todas las miradas se centraron en Juliana, que se mojó los labios con su copa de vino y contestó con timidez.

—S-sí. Mi padre me ha informado del interés del señor don Marcos y estoy de acuerdo en casarme con él.

—¡Pero si apenas lo conoces…! —Emilia no pudo evitar intervenir, pero su tía la ignoró.

—Estupendo —siguió Augusta—. En cuanto la petición sea oficial, empezaremos con los preparativos de la fiesta de compromiso, el ajuar, el vestido de novia, la iglesia… De aquí a Navidad lo tendremos todo listo si nos damos prisa. No debe parecer una boda apresurada, pero tampoco es necesario demorase demasiado.

—Me parece bien, tía.

Juliana agachó la mirada al suelo ajedrezado, recorriendo las losas blancas y negras, y Emilia la alzó al techo, exasperada. Prestola, por su parte, seguía llevándose buñuelos a la boca. No parecía importarle que su corpiño verde oliva estuviera a punto de estallar.

—¡Quieres dejar de comer, Presta! —la regañó Augusta, poniéndose de pie—. ¡Me estás desconcentrando con tanto masticar!

—¿Qué quieres que haga, mujer? Me da por comer cuando estoy nerviosa —se defendió su hermana antes de limpiarse los dedos en una servilleta bordada—. ¿A ti no te da pena que se nos casen las niñas? Mis hijas se van a sentir muy solas sin sus primas.

—Ya lo hemos hablado, Presta. No son tan niñas. Y las tuyas irán después. Es ley de vida. A todas nos llega la hora de casarnos.

Prestola cogió otro buñuelo y siguió:

—Como tú te quedaste viuda tan pronto, Augus, puedes hacer y deshacer a tu antojo, pero las demás estamos bajo el yugo de nuestros maridos hasta que la muerte nos separe —se quejó—. Mi Avelino no es de los peores, pero aun así debo pedirle permiso para todo… y…

La hermana menor fue bajando el tono de voz mientras Augusta arrugaba su ceño apergaminado.

—Si no me vas a ayudar, mejor será que te calles —la cortó—. Emilia, es tu turno. —Desde la altura de la chimenea, la gran dama contempló largamente a su sobrina más sagaz, evaluándola—. Casada tu hermana, te tocará a ti y hemos pensado…

—¿Usted y quién más? —quiso saber Emilia.

—No seas insolente, muchachita, o harás que me arrepienta de lo que voy a proponerte.

—Ya sé lo que va a proponerme y mi respuesta es no. —Se cruzó de brazos, un gesto que le resultó infantil incluso a ella misma.

Augusta volvió a dirigirse a su hermana.

—Y yo que pensaba que la más rebelde sería tu hija Margarita, que es la viva imagen de nuestra antepasada escocesa, tanto en el físico como en el carácter… —comentó—. Y ahora resulta que esta niña es todavía peor.

La dama se acercó a Emilia para intimidarla con su presencia.

—Querida, te ruego que no me hagas perder la paciencia —pidió; una amenaza velada—. Eres de sobra conocedora de la buena fortuna que mi difunto marido le dejó a nuestro hijo Enrique. Acaba de terminar la carrera de Medicina y se especializará en cirugía. Muy pronto será una eminencia, pero, por encima de todo, está la cuestión de la herencia de los Espinosa. Si muriera tu padre sin descendencia masculina directa todo pasaría a mi hijo, porque así se ha hecho siempre en nuestra familia. Qué mejor que esté casado contigo para que no se reparta el patrimonio; para que no sea otra quien disfrute del palacete de Chiclana, de los frutos de las viñas, de la biblioteca de tu abuelo…

Augusta intentaba llegar al corazón de Emilia, pero la joven no se iba a dejar convencer con facilidad.

—¡Es mi primo hermano! —exclamó levantándose y enfrentándola.

—¿Y qué? —siguió su tía sin inmutarse—. ¿Acaso no se casó nuestro rey Alfonso XII con su prima carnal, doña María de las Mercedes?

—Deje descansar en paz a doña María de las Mercedes, tía. Además, el matrimonio entre primos ha sido siempre común entre reyes, pero nosotros no pertenecemos a la realeza, ¿o sí?

—Los reyes son un ejemplo a seguir para la gente de bien, querida.

—¿Y Enrique qué opina de todo esto? —quiso saber la joven.

Augusta hizo un mohín que Emilia no supo descifrar.

—Lo hablaré con él en cuanto regrese, pero antes quería asegurarme de que aceptarías. Mi hijo no es de los que toleran un rechazo.

—Pues entonces ahórrele el mal trago.

—¡Será posible...! ¿Es que no lo quieres? ¿Es que no te parece un joven apuesto, brillante y noble? ¡Si están todas las damas casaderas esperando su regreso como agua de mayo para lucirse frente él!

—Lo quiero mucho y me parece apuesto, brillante y noble, pero lo que siento por él es un amor fraternal. Entiéndalo, tía, y no me torture más con su ocurrencia.

Emilia se dirigió a la puerta para abandonar el salón justo en el momento en que su tía decía:

—Niña terca, todavía tienes tiempo para recapacitar. Confío en que lo hagas.

***

Un rato después, las chicas Espinosa abandonaron la casa en compañía de don Bernardo, que no mencionó el tema de los futuros matrimonios. Se reunieron con Pascual en la Plaza Mina, donde el hombre se fumaba un cigarrillo, y enseguida se pusieron en marcha. En un cruce de calles, la carretela estuvo a punto de arrollar a un

transeúnte con un marcado rostro alargado y diminutas gafas redondas, que los señaló con su bastón al tiempo que espetaba:

—¡Malditos riquillos, se creen que la calle es suya!

El parecido físico con un antiguo líder republicano al que don Bernardo había tenido la desgracia de conocer trajo al vinatero recuerdos desagradables.

—Si no fuera porque Salvochea sigue preso, habría jurado que se trataba de ese malnacido ateo y anarquista —masculló el patriarca en cuanto dejaron al hombre atrás. Él, como buen caballero de posibles, pertenecía al Partido Conservador de Cánovas, por supuesto.

—¿Salvochea? ¿Quién es ese? —quiso saber Marga.

—Fermín Salvochea fue alcalde de Cádiz hace cinco años, durante la República —le explicó Emilia, todavía ofuscada por la conversación que acababa de mantener con sus tías.

—Ni menciones esa aberración de la República, hija —siguió don Bernardo—. Por fortuna, la monarquía ya se ha restaurado y empezamos a ver la luz en España.

Emilia se echó hacia atrás con el ceño fruncido. No le apetecía hablar de política cuando todo su mundo se desmoronaba y, además, no estaba segura de compartir las ideas de su padre.

—Oye, ¿me vas a contar qué te pasa? —la interrogó su prima en voz baja.

—Luego.

—Te han soltado ya la bomba, ¿verdad?

—Luego hablamos, Marga, por favor.

Nadie pronunció una sola palabra en todo el trayecto, salvo don Bernardo, que, cuando el vehículo saltó por el tortuoso camino de rueda de Chiclana, comentó: «No sé cuándo piensan arreglarlo. El día que vuelque un carro ocurrirá una desgracia».

El terrateniente ignoraba entonces hasta qué punto tenía razón.

3. En las inmediaciones del actual polígono industrial de Tres Caminos. El puente de siete barcas se llamaba Duque de la Victoria y

estuvo en pie hasta 1909. En 1912 sería sustituido por otro más moderno que resistiría hasta 1967.

5

El viaje a Cádiz había hecho mella en Juliana, a quien las altas temperaturas del verano solían provocarle bajadas de tensión y debilidad generalizada. Por ello, al día siguiente, don Bernardo resolvió llevarla a tomar las aguas medicinales de Fuente Amarga, uno de los dos balnearios de Chiclana.

Precisamente fue en ese establecimiento, a media legua del centro del pueblo, donde el marqués de Bermeja conoció a la mayor de las hermanas Espinosa durante la temporada de baños, pues desde principios de junio hasta principios de octubre, numerosas damas y caballeros de todas partes del país acudían a tratar sus dolencias.

Emilia detestaba aquel lugar, todo le causaba una gran aversión, desde los cuartos en hilera, las enormes pilas forradas de azulejos hasta el terrible hedor a huevos podridos que desprendían las aguas sulfurosas. Pero lo peor de todo, lo que aún la atormentaba en sus pesadillas, era el estado en que quedaba su hermana cuando salía de allí: taciturna, con el cutis tan encendido como si padeciera escarlatina y ese aroma persistente que le provocaba arcadas.

Por eso no quiso acompañarla. Por eso, y porque no quería volver a pensar en una nueva recaída. Prefería aferrarse a la idea de que su hermana estaría bien, de que solo estaba cansada por el viaje.

Así, Emilia y sus dos primas se quedaron en el palacete de la calle Ribera del Río y se distrajeron como pudieron. La mayor, leyendo; la mediana, haciendo uno de sus cuadernillos de recortes y la pequeña, jugando con su casa de muñecas. La mañana fue larga y tediosa, pero cuando cayó la tarde y don Bernardo y Juliana regresaron, a Marga se le ocurrió una estrambótica idea para salir de casa.

—¡Vuestro padre me ha dado permiso para repartir comida entre los pobres! —exclamó irrumpiendo en el saloncito amarillo.

La estancia, que comunicaba con el comedor a través de un vano enmarcado en madera, era pequeña pero coqueta, con una mesa camilla cubierta por un mantel de croché, sillones, una mecedora y un sofá. Le debía su nombre al tono ocre del papel de las paredes y

era donde se reunían las mujeres de la casa; al contrario del salón azul, destinado a los hombres.

—¿Y eso a santo de qué? —se sorprendió Emilia, que alzó una ceja sin levantar la mirada de su libro.

—Es costumbre entre las familias de bien hacer regalos a los menesterosos cuando se acerca la fiesta de la Virgen —improvisó Marga—. ¡Si hasta el ayuntamiento va a repartir limosna!

—Sí, pero no hoy. Además, ¿desde cuándo te interesan a ti las personas sin recursos? —la cuestionó Emilia.

—¡Desde siempre! —contestó la otra haciéndose la ofendida—. En Cádiz, mi madre y sus amigas suelen repartir ropa y alimentos entre los más necesitados. Bueno, ellas no, sus criadas, pero es lo mismo. ¿A que sí, Isabelita?

La niña, que hacía subir a una pequeña muñeca de porcelana por la escalera de la casita de madera, asintió enérgicamente.

—Algo he oído. ¿Te refieres a la Junta de Damas? —se interesó entonces Emilia, que sabía de esas señoras de clase alta que se dedicaban a crear escuelas para niñas o a gestionar la Casa de Expósitos de la ciudad. Una labor encomiable que permitía a las mujeres participar, por fin, en la vida pública.

—No, me refiero a otro círculo de amigas, aunque mi madre y la tía Augusta también colaboran con la Junta de Damas de vez en cuando, claro; solo que no les gusta dejarse ver demasiado. ¡Ya sabes cómo son! ¡Si hasta asomarse al balcón les parece una sinvergonzonería!

—Ser miembros activos de la sociedad no debería ser motivo de vergüenza, más bien al contrario —señaló Emilia—. A mí me gustaría hacer algo más que quedarme en casa esperando a mi marido —confesó, aunque no se refería a formar parte de una organización benéfica, sino más bien a organizar su propia tertulia, como otrora hiciera doña Margarita López de Morla, e incluso a pertenecer a algún grupo político desde donde poder atajar los problemas sociales de raíz, en lugar de paliarlos.

Juliana, que no había dejado de rascarse los brazos y las piernas

desde que llegó de la casa de baños, dijo a nadie en particular:

—No me gusta la caridad. Creo que los ricos ayudamos a los pobres solo porque así afianzamos nuestras posiciones de poder. La limosna nos hace sentir superiores.

—Sea por lo que sea, el pueblo lo agradece —siguió Marga—. Además, a mí me encanta hablar con la gente común. Es mucho más abierta y menos remilgada que nosotros. Me he enterado de asuntos interesantísimos hablando con las mozas del pueblo, especialmente con las casadas.

—¿De qué asuntos hablas, Marga? —preguntó Emilia, suspicaz.

—Pues de asuntos que tienen que ver con los hombres y con las mujeres... De lo que sucede en la alcoba cuando se casan y de más cuestiones que a las señoritas de bien jamás nos cuentan porque nos tienen como a pájaros enjaulados. ¡Si es que no sabemos nada de la vida!

En ese momento, Isabelita dejó caer su muñeca por las escaleras de madera de la casita y se oyó un estrépito de porcelana rota.

—No he sido yo; la señora ha resbalado porque la criada acababa de limpiar el suelo y no la previno —se excusó la niña ante la mirada inquisitiva de las demás.

Emilia agradeció la interrupción; sin embargo, terminó por apoyar la loca idea de repartir comida, aunque solo fuera por salir de la rutina. Juliana, en cambio, se sentía tan agotada que subió a acostarse a su habitación. Un rato después, Emilia, Marga e Isabelita, acompañadas por Francisca y con las cestas de palma atiborradas de queso, chacinas, pan, huevos y leche, abandonaron el palacete y caminaron por las calles de la ciudad en dirección a las casas más humildes. Por todas partes se percibía el olor dulzón del mosto. La actividad bullía en los lagares de las bodegas. La gente estaba volcada con la vendimia y en el ambiente se palpaba la alegría.

Ascendieron por la calle de Jerez[4] y se toparon con recuas de mulos que tiraban de las carretas atiborradas de racimos de uvas recién cortados. Había varias bodegas con las puertas abiertas de par

en par, entre ellas, El Carretero, El Sanatorio y Bernardo Espinosa & Hijos, la vinatería que había fundado el abuelo. A diferencia de las jerezanas, las bodegas chiclaneras estaban, en su mayoría, en el centro urbano; por eso toda la ciudad participaba en la vendimia y las calles se llenaban de vida. Casi sin darse cuenta, fueron a dar a la enorme huerta que llamaban de las Delicias, donde además de árboles frutales y olivos había casas humildes y chozas. Entraron en algunas de ellas y en todas las recibieron con amabilidad y agradecimiento. Marga se despistó a propósito del ama de llaves y de su hermana pequeña para hablar con Emilia a solas.

—Entonces, ¿qué? ¿Te soltaron lo del primo, a que sí? —le bisbiseó.

—Sí.

—Bueno, podría ser peor. Enrique es muy atractivo y de alguna manera ya lo quieres, así que tienes la mitad del trabajo hecho.

—No empieces tú también. ¿Acaso serías capaz de casarte con él?

—Supongo que no, pero porque nunca he pensado en él de ese modo. ¿Sabes? Podrías hacer la prueba del beso.

—¿La prueba del beso? ¿A qué te refieres?

Su prima se acercó a ella todavía más para conversar en voz baja.

—Es algo de lo que me habló Teresa, una antigua criada que teníamos en Cádiz a la que mi madre despidió por casquivana. Había tenido varios novios y solía decir que para saber si un muchacho te gustaba, tenías que besarlo en los labios. Si tu boca encajaba con la de él y los alientos se mezclaban a la perfección, si todo tu mundo daba vueltas y sentías que flotabas, el mozo era para ti. Si, por el contrario, su boca te resultaba demasiado pequeña o tan grande que parecía que te iba a tragar de un bocado, si sus dientes rechinaban contra los tuyos o te asfixiaba con su nariz prominente, entonces debías correr en dirección contraria a él lo más rápido posible.

Emilia soltó una carcajada.

—¡Qué cosas dices, Marga! Eres muy graciosa.

—No lo digo yo. Me lo dijo Teresita —puntualizó, guiñándole un ojo—. Pero vamos, por probar no pierdes nada. A lo mejor el primo te

gusta y acabas enamorándote.

—¿Pretendes que bese a Enrique *en la boca*?

—Sí, eso es justo lo que pretendo.

—¡Estás chiflada!

—Es la prueba de fuego. Si sale mal, te niegas en redondo. Yo te apoyaré.

Pasada la huerta, salieron a los campos abiertos y a las chozas de los suburbios. Las dos primas, que habían perdido de vista a sus acompañantes, ascendieron una colina y divisaron dos humildes viviendas a unos diez metros una de la otra. La primera contaba con una triste cabra atada a un poste y ni siquiera tenía puerta, solo una cortinilla le proporcionaba algo de intimidad. La segunda, aunque gozaba de un pozo y parecía ofrecer más privacidad, no mostraba mucho mejor aspecto.

—Yo a la de la izquierda y tú a la de la derecha —señaló Marga.

—¡Qué! No, ni hablar. ¡No nos vamos a separar!

Ya era tarde, su prima le dio un empujón que la propulsó hacia adelante y se alejó a paso ligero. No había quien pudiera con ella. ¿A quién habría salido tan aventurera y alocada? En la familia Espinosa casi todos eran de carácter serio y taciturno, con tendencia a la melancolía.

Emilia llamó a la puerta con suavidad.

—Adelante —dijo la voz añosa de una mujer.

La señorita empujó la puerta, apenas una plancha de madera carcomida y desvencijada, y pasó al interior. Sentada en una silla, había una señora mayor de pelo blanco recogido en un rodete y ropas oscuras. Una tela raída le cubría las piernas, de la que asomaban dos alpargatas, y por su mirada perdida, Emilia dedujo que era ciega.

—Dis… disculpe, señora. Soy la señorita Emilia Espinosa, una de las hijas del bodeguero don Bernardo Espinosa —dijo de corrido—. Estamos repartiendo alimentos entre los más desfavorecidos para celebrar la vendimia. Traigo algunas viandas. ¿Qué necesita?

—¡Espinosa! Oh, mi marido trabajó durante años para su abuelo. Un gran hombre y mejor patrón. Dicen que el hijo no es igual, que planea vender las bodegas y quedarse solo con las viñas para exportar. —Sin darle tiempo a responder, añadió—: ¿Trae un poco de pan blanco? No tengo dientes y no puedo masticar el pan moreno de los pobres. Si tuviera una de esas hogazas blandas y tiernas que comen ustedes los ricos, me haría muy feliz, señorita.

—S-sí, claro, traigo algo de pan. ¿Dónde se lo dejo?

La anciana palpó la mesa que había junto a ella y Emilia se acercó, sintiéndose ridícula. Eso de repartir comida entre los pobres siempre le había parecido «pan para hoy y hambre para mañana», nunca mejor dicho. ¿De qué le iba a servir a esa pobre viuda comer bien un día si no volvería a hacerlo hasta dentro de semanas, quizás hasta la fiesta de Tosantos, cuando el alcalde mandara repartir frutos de la temporada y unas cuantas monedas entre los vecinos?

De repente, unos fuertes golpes en la parte de atrás de la casa sobresaltaron a la visitante. Parecían martillazos.

—No se asuste, chiquilla —la tranquilizó la anciana como si la hubiera visto dar el respingo—. Es Álvaro, que me está arreglando el techo y las ventanas. Ya mismo vienen los fríos y mis pobres huesos no pueden soportar tanta humedad. Ese muchacho vale oro. Es el sobrino de Román, el antiguo capataz de su familia. ¿Lo conoce?

—A don Román sí, claro —contestó intranquila, pero no añadió nada más.

—Álvaro lleva poco tiempo aquí. Antes estaba en el seminario, ¿sabe? Pero lo dejó porque se dio cuenta de que eso de ser cura no era para él. Yo creo que solo quería aprovechar sus años allí para aprender latín y hacerse un hombre de bien. Lee de maravilla y habla como si fuera uno de ustedes. Lástima que tenga que deslomarse como un peón más. Pero llegará lejos, estoy segura.

Volvieron a oírse martillazos y, después, unos pasos que rodeaban la casa. Emilia dejó la cesta sobre la mesa, como si le quemara en las manos.

—Bueno, s-señora. Ha sido un placer conocerla. Debo retirarme ya...

—Espere, muchacha. Deje que le presente a Álvaro.

Emilia no pudo huir. La puerta de la choza se abrió de improviso y una sombra grande cubrió la luz del sol. La sombra dio unos pasos hacia el interior de la vivienda y la señorita pudo apreciar a su propietario. Enseguida lo reconoció. Aunque llevaba una camisa puesta, Emilia sabía bien lo que ocultaba debajo: un pecho robusto en el que guarecerse de las tormentas, del frío y de los problemas. Sus ojos se encontraron y otra vez la sonrisa torcida se dibujó en el rostro del muchacho, haciendo aflorar sus hoyuelos.

—Álvaro, hijo. La señorita Espinosa ha venido a traerme algo de comer.

El joven intensificó su mirada. Después, sus ojos se posaron en la cesta que había sobre la mesa. Emilia enrojeció.

—Lo... lo siento, yo ya me iba —dijo.

Rodeó al vendimiador y su hombro rozó el brazo de él sin querer, lo que le provocó una sacudida que la estremeció. Abandonó la vivienda maldiciendo a su prima de mil maneras distintas por su magnífico plan de repartir alimentos.

4. Actual calle Sor Ángela de la Cruz.

6

Álvaro, plantado en medio de la casucha como un titán, observó el punto exacto de su cuerpo en el que la señorita lo había tocado. En ese instante le ardía. La vio abrir la puerta y le escoció su lejanía. No sabía por qué, pero no quería que se marchara tan pronto. Tenía que inventar algo para retenerla y tenía que hacerlo ya.

Desde el marco de la puerta, exclamó con voz enérgica:

—¡Señorita Espinosa, se le olvida la cesta!

—¡No se preocupe, tengo más! —dijo ella sin volverse.

«Piensa, Álvaro. Piensa».

Optó por la provocación.

—Es usted muy rara, señorita Espinosa —señaló—. Un día la encuentro espiando a un grupo de mozos en cueros y otro dando de comer a los pobres. ¿Qué será lo próximo? ¿Mariscar en el río al amanecer, caminar como una garza entre las marismas o pisar uvas para hacer mosto?

Lo consiguió. La muchacha se detuvo en el acto. Cuando se dio la vuelta, lo hizo con el rostro encendido por la ira.

—¡Será usted grosero! Yo no estaba espiando a nadie.

Álvaro se permitió avanzar unos pasos hacia ella en actitud chulesca.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llama a esconderse detrás de unos matorrales para observar a unos hombres desnudos?

Si la única manera de llamar la atención de la señorita era incomodándola, eso haría. Además, le divertía sobremanera el abanico de expresiones que desfilaban por su rostro, mezcla de indignación, sorpresa e incredulidad.

—No estaban desnudos —se defendió.

—Casi.

—Llevaban los pantalones puestos.

—¿Acaso quería vernos sin ellos?

—¡No! —La joven se llevó la mano derecha a la frente, como si la presencia de Álvaro le diera dolor de cabeza—. No tengo por costumbre espiar a los peones de mi padre y menos si están sucios y malolientes. Y, ahora, si me disculpa, debo marcharme. Me están esperando.

La muchacha se separó de él y la culpabilidad se apoderó de Álvaro. ¿Por qué esa mujer le despertaba tanta curiosidad? Quizá por el fuego que intuía tras su mirada cristalina; por el contraste de fragilidad y fortaleza que desprendía cada uno de sus gestos o por su belleza serena, que lo hechizaba. Verla trastabillar entre las raíces y las piedras con aquel aparatoso vestido que iba levantando el polvo a su paso le provocó un fuerte deseo de protegerla. De haber podido, la habría tomado de la cintura y se la habría echado al hombro para evitarle el tortuoso camino, pero en lugar de eso, permaneció allí plantado, contemplándola en silencio.

Dio una pequeña carrera y la alcanzó.

—Señorita Espinosa, discúlpeme, por favor. He sido muy desconsiderado. —Tal vez le fuera mejor con la cortesía.

—Desconsiderado, insolente, descarado e impertinente —contestó ella mientras seguía avanzando como podía entre la maleza.

«Bueno, sin pasarse», pensó él con un amago de sonrisa.

—Lo admito —dijo en cambio—. He sido todo eso y más. Y se le ha olvidado añadir otros adjetivos como «descortés», «chabacano» y «plebeyo».

Caminaban casi a la par y, de soslayo, vio que ella se mordía la cara interna de los carrillos para no reír. «Voy bien», reflexionó. Se le adelantó de una zancada y le cortó el paso.

—¿Quiere que la acompañe a su casa? —se ofreció—. Estos caminos no son seguros para una dama como usted. Todavía no se ha prensado la uva y ya está todo lleno de borrachos.

—Me dan más miedo los sobrios que los borrachos —admitió ella.

Empezaba a levantarse una suave brisa y uno de los tirabuzones castaños de la señorita quedó atrapado entre sus labios. Álvaro se fijó

en la delicadeza con que se lo apartaba y lo recolocaba tras su oreja. Tragó saliva.

—También hay… alimañas —siguió, turbado.

—No me asustan las ratas —le rebatió ella.

—No me refiero a las ratas, sino a los lobos.

—Los lobos están en la sierra, no aquí, y, en todo caso, tampoco soy esa Amapola[5] del cuento. Creo que hay presas más fáciles, como esa pobre cabra atada al poste —señaló.

Álvaro no la escuchaba ya. Tenerla tan cerca lo arrebataba. Se recreó en el óvalo perfecto de su rostro, en el que destacaban sus ojos expresivos y sus labios de aspecto suave. Se fijó en el relicario que reposaba en el hueco entre sus clavículas; en la piel ligeramente rosada del busto, que subía y bajaba con la respiración.

—Pero, señorita…

De la siguiente choza del camino salieron una mujer de mediana edad y una niña a las que nunca se había visto por esos lares. La señora llevaba un uniforme oscuro y tenía pinta de ama de llaves; la niña, de unos seis o siete años, lucía un gran lazo sobre una cascada de rizos rubios y caminaba dando brincos. Emilia avanzó hacia ellas y, esta vez, Álvaro la dejó ir.

«Maldita sea, ¿qué te pasa, Álvaro? ¿Desde cuándo eres tan imbécil?», se reprochó a sí mismo.

5. La primera traducción del cuento de Caperucita Roja al español fue realizada por Josep Coll i Vehí en 1862, quien lo tituló «Amapola». El nombre de «Caperucita Roja» se popularizaría después, con la traducción de Teodoro Baró en 1883.

7

Emilia sentía el corazón galopando en el interior de la caja torácica y no comprendía por qué. Ese peón, Álvaro, no era más que un fanfarrón altanero que parecía disfrutar torturando a las muchachas con sus comentarios mordaces. Pero iba apañado si creía que podía ganarle a ella en una batalla dialéctica. A *ella*, que se pasaba la vida leyendo y escribiendo. Por mucho que el mozo hubiera aprendido lenguas muertas en el colegio sacerdotal, seguro que no disponía en su casa de una biblioteca tan enorme como la que poseía su padre, con volúmenes de autores clásicos como Horatio y Shakespeare, de extranjeros como Víctor Hugo, Lord Byron y Charles Dickens, y de españoles como Leandro Fernández de Moratín o Benito Pérez Galdós.

«Seguro que tú no tienes tantos libros, listillo», se dijo, pero de inmediato se sintió mal por pensar así. No debía considerarse superior a él por tener acceso a más bienes materiales. Eso era algo que dependía, en gran medida, de las circunstancias en las que cada uno venía al mundo. En su caso, no había mérito alguno, pues todo le había caído del cielo al nacer en una familia de posibles.

—¡Prima Emilia! ¿Me oyes? —La voz de Isabelita la sacó de sus tribulaciones.

—Perdona, ¿qué decías?

—Te preguntaba por tu cesta.

—La olvidé en una casa, lo siento —explicó.

—Ay, chiquilla, anda usted siempre en Babia —masculló el ama de llaves—. Tanto leer le está atrofiando la sesera.

—Al revés, Paca. Leer estimula el cerebro —le contestó con una sonrisa.

Poco después se les unió Marga, que venía protestando porque la hubieran dejado atrás. Ella tampoco se libró de una buena regañina por parte de Francisca.

—¡Qué ganas tengo de que regrese la institutriz! —protestó la mujer—. A mí estas tareas no me corresponden y ustedes me lían y

me engañan.

En realidad, dadas las edades de las muchachas, ya solo Isabelita requería de una educadora, pero la estirada dama francesa, que a menudo se excedía en su trabajo, se había estado ocupando de las cuatro hasta su marcha, hacía apenas un mes. Los calores del sur de España la enfermaban y aprovechaba el mes de agosto para visitar a su familia, cosa que las jóvenes agradecían.

Llegaron a la casa, se asearon, cenaron con don Bernardo en el gran comedor con vistas al jardín y, después, se pusieron los camisones. Siempre que las primas se quedaban en Chiclana, Marga dormía en la habitación de Emilia, y la niña con Juliana.

—Estás muy rara, Emilia. ¿Te pasa algo? —quiso saber la pelirroja desde su cama.

Todavía no habían apagado el quinqué de la mesilla de noche y en la penumbra de la alcoba se distinguían las formas de los muebles: el tocador con su espejo ovalado, el armario a juego, el *chaise longue* donde a Marga le gustaba repantingarse, los dos palanganeros y la estufa de hierro colado que permanecía apagada durante la temporada estival.

—¿Te parece poco que mi hermana se vaya a casar con un extraño y que a mí me quieran casar con Enrique?

Marga chasqueó la lengua sin apartar la vista de las molduras de yeso del techo.

—Mujer, tampoco es tan grave. Tu hermana lo hace por propia voluntad y lo tuyo está por verse. A lo mejor es Enrique el que te rechaza a ti.

—¿Tú crees? —se interesó Emilia, que se sentó en la cama haciendo chocar el cabecero de latón contra la pared. Tenía los tirabuzones enrollados y atados con lacitos de tela para que no se deformaran mientras dormía y todos se balancearon a la vez.

—Es posible. Aunque…

—Aunque, ¿qué? —se impacientó la mayor.

—No sé, a lo mejor son cosas mías, pero siempre he pensado que

Enrique te miraba de una manera distinta a como nos miraba a las demás.

—¿Distinta? ¿A qué te refieres?

—Yo qué sé. Una vez lo pillé repasándote el escote.

La interesada alzó las cejas.

—No puede ser. —Negó con la cabeza.

—Si no me crees, para qué preguntas —dijo la otra, que se tapó con la sábana y le dio la espalda con una risilla socarrona.

La puerta del balcón estaba entreabierta y desde la calle les llegó el sonido de una campanilla y una voz masculina monocorde:

—Son las diez y serenooo. Está saltando levante y serenooo.

Emilia se asomó al exterior y vio pasar al guardián de las calles, que avanzaba con paso lento y cadencioso. Con un sombrero raído, un paño fino sobre los hombros a modo de capa y unas alpargatas, en la mano izquierda portaba un chuzo del que pendían una campanilla y un farol, y en la derecha, un cigarrillo al que le daba una calada entre tonadilla y tonadilla.

—Son las diez y serenooo. Está saltando levante y serenooo —se oía cada vez más lejos.

Tenía razón; se estaba levantando un viento desagradable. Emilia cerró la puerta y echó el pestillo. Apagó el quinqué, se tumbó en la cama y recostó la cabeza sobre la almohada, pensativa. Ella nunca había notado una actitud fuera de lugar en su primo. Se llevaban muy bien: les encantaba hablar sobre literatura, montar a caballo, jugar al ajedrez, pero nada más. ¿Sería verdad eso de que una mujer y un hombre no podían ser amigos porque el hombre siempre acababa queriendo algo más?

El viento silbaba y Emilia empezó a relajarse.

—¿Quién había en la choza? —preguntó Marga de repente, sobresaltándola.

—¿Cómo dices?

—En la casa a la que entraste sola. ¿Quién vive allí?

—Ah, una pobre anciana ciega. Es donde olvidé la cesta. ¿Y en la tuya?

—Una madre con un bebé recién nacido. Me dijo que se le estaba retirando la leche porque no se alimentaba bien. Qué injusto es el mundo, prima.

—Sí, lo es.

Marga bostezó y contagió a Emilia, que cerró los ojos. Otra vez se le vino a la mente la figura de Álvaro; sus ojos profundos, sus palabras mordaces. ¿Por qué no le había mencionado a su prima su encuentro con él?

Porque era *su secreto*. Porque así tenía algo que le pertenecía solo a ella, una perla oculta en una concha bajo el mar. Porque no sabía cómo gestionar lo que ese joven le hacía sentir. Porque prefería ignorar sus propios sentimientos.

***

Tal y como había vaticinado el vigilante nocturno, al día siguiente sopló un fuerte viento de levante que, como una bestia rugiente, hizo temblar puertas, ventanas y postigos. Por ello, las primas Espinosa decidieron no salir de casa y se pasaron la jornada planificando los vestidos, los complementos y los peinados que lucirían en la inminente fiesta que los Espinosa organizaban cada año en su bodega, durante la víspera del día de la Virgen de los Remedios.

Caía la tarde cuando Juliana, recostada en su cama junto a Isabelita, hojeaba un ejemplar de *La Moda Elegante, periódico de señoras y señoritas*, una revista muy famosa por sus figurines de la moda de París y sus patrones a tamaño natural. La tenía abierta por una página en la que una gran ilustración mostraba a un grupo de damas disfrutando de una fiesta al aire libre o kermés. Lucían unos moños exquisitos con tirabuzones y adornos florales; vestidos cuajados de lazos, galones de pasamanería y borlas. Lo que más destacaba, sin embargo, eran las cinturas estrechas y las faldas rectas con polonesas y polisones para abultar las caderas y el trasero. Además, se señalaba como imprescindibles las joyas, los guantes de seda y los abanicos. Entre las damas había una niña de bucles rubios

en la que Isabelita enseguida centró su atención:

—¡Mirad! ¡Lleva un collar de perlas! —señaló—. ¿Por qué a mí nunca me dejáis usar uno?

—Porque eres muy joven —contestó Juliana.

—¡Esta niña no es mayor que yo! —se quejó la pequeña.

Juliana carraspeó y procedió a leer en voz alta la descripción que se correspondía con la figura número 23: «Vestido para niñas de 5 a 7 años. Tela de lana azul marino. Sus adornos se componen de volantes tableados de la misma tela, pero de matiz más claro. Se cierra por delante con botones y ojales».

—¡Lo ves! —exclamó la niña—. Yo tengo seis años, podríais prestarme un collar de perlas. Prometo que no lo perderé.

—Está bien, te dejaré uno de mi madre —concedió Emilia, que hurgaba en un baúl en busca de bolsos y guantes—. Pero te estaré vigilando toda la velada.

—¡Gracias, prima! —dijo la niña, que abandonó la cama de un salto para correr hacia ella y abrazarle la cintura.

Marga, sentada en un sillón *bergère*, ojeaba otro ejemplar de aquel periódico de moda a la par que negaba con la cabeza.

—Yo creo que son conjuntos demasiado sofisticados como para lucirlos en Chiclana —comentó—. Es la fiesta de la vendimia, no la coronación del rey.

—Si por ti fuera, te vestirías como una campesina —le reprochó Juliana—, pero no deberías subestimar nuestra fiesta. Vendrán muchos amigos de mi padre: bodegueros de Jerez y de El Puerto de Santa María, políticos, burgueses, terratenientes y nobles. Y ya sabes cómo son sus esposas e hijas.

—¡Sí! ¡Unas estiradas! Pero tranquila, que no te voy a dejar en mal lugar delante de tu apuesto marqués de Bermeja —se burló.

Juliana le lanzó un cojín y Marga lo frenó antes de que se estampara contra su rostro, muerta de la risa. Después, se levantó y dejó el periódico de señoritas en el revistero, atestado de volúmenes. No comprendía por qué sus primas no se deshacían de los ejemplares

atrasados y Emilia le explicó que coleccionaba *La botella azul*, la novela por entregas de doña Patrocinio de Biedma, una de sus escritoras favoritas.

Marga enseguida cambió de tema.

—¿Y el toro de cuerda cuándo sale?

—Eso es para el pueblo. No es algo que vayamos a ver nosotras —le replicó Juliana—. ¿O es que también quieres correr delante del toro?

—Por supuesto que no, boba, pero me hace gracia ver a los mozos subiéndose a las rejas de las ventanas y a los muretes.

Emilia sintió un repentino escalofrío y cerró el baúl.

—Con vosotras no se puede. Voy a llamar a Paca y a Marcela para que me ayuden a preparar las prendas —decidió. Después abandonó la habitación y avanzó por el pasillo alfombrado en dirección a la escalera.

Desde la planta baja le llegó la música del piano y la voz de tenor de su padre, que se preparaba para deleitar a sus invitados con una opereta. Ricos y pobres lo criticaban por no mostrar interés en los negocios que con tanto esmero había levantado el abuelo, pero ella no podía culparlo. Ella lo entendía. El arte era como el opio; una vez que se te metía dentro —ya fuera a través de la música, de la literatura, de la pintura o de la escultura— siempre querías más. Te volvías un adicto, un enfermo, un loco. Y esa locura era la que te llevaba a crear. Emilia lo sabía bien. Escribir era su forma de estar en el mundo.

8

La víspera del 8 de septiembre, y como si la Virgen hubiera intervenido con uno de sus milagros, el viento de levante se calmó de golpe y cayó la tarde con un sol bermellón que tiñó las nubes de naranja, como en una acuarela.

Al palacete de la calle Ribera del Río habían llegado desde Cádiz la tía Augusta y la tía Prestola junto a don Avelino Galván, esposo de la segunda. Las mujeres, con vestidos de fiesta de largas colas que no les estaba permitido usar a las solteras, parecían de mucho mejor talante que la última vez que las habían visto, y Emilia no sabía si debía alegrarse o preocuparse al respecto.

Emilia vestía de raso verde musgo con adornos florales en tonos malva en el escote y en la parte trasera de la sobrefalda; Juliana, de azul zafiro con encajes; Marga, en un coral que resaltaba sus pecas y la jovencísima Isabel, de blanco, con el collar de perlas de su tía Catalina y un gran lazo celeste en la cintura. Don Bernardo, como todos los grandes señores, lucía sombrero de copa, frac y guantes blancos.

Dos berlinas de alquiler los llevaron hasta la calle de Jerez, donde de inmediato divisaron la bodega de la familia, una de las más grandes. Con altos tejados a dos aguas para mantener una temperatura fresca y estable en el interior y varias calles jalonadas de hiladas de tres botas superpuestas, el edificio parecía una auténtica catedral del vino.

Los Espinosa traspasaron la gran puerta de entrada y enseguida les llegaron aromas amaderados y frutales. Saludaron a los invitados de honor, como el alcalde, los concejales, vinateros y burgueses y, después, las mujeres tomaron asiento en unas sillas de madera y enea que habían colocado expresamente para ellas, mientras que los caballeros permanecieron de pie.

Desde su sitio, Emilia repasó a la concurrencia con la mirada y estudió el fondo de la bodega, donde se apretujaban los trabajadores. Entre tanta gente le costaba distinguir los rostros, pero enseguida se percató de la presencia del párroco Sixto Quintero, un buen amigo de

la familia al que solían encargarle la simbólica tarea de bendecir las uvas antes de la ceremonia de la pisa. De acuciada calvicie y patillas blancas, ataviado con casulla y estola, estaba rodeado de unas mujeres de aspecto humilde a las que parecía estar contándoles alguna historia de lo más interesante. De pronto, a la joven se le ocurrió una idea. ¿Y si hablaba con él para que intercediera por ella ante su familia en el asunto de su boda? Tal vez un hombre de Dios pudiera convencerlos de que casarse con su primo era pecado.

—Voy a saludar al padre Quintero, tía —anunció Emilia a doña Augusta, y, sin esperar a que la matriarca le diera permiso, abandonó su asiento y caminó hacia el clérigo levantando el albero con los bajos de su vestido.

Descubrió que el religioso relataba por enésima vez la anécdota de la aparición de la Virgen de los Remedios en el año 1565.

—…entonces el pastor vio que unos rayos de luz salían de detrás de unas palmas y allí encontró a Nuestra Señora —contaba.

—Alabada sea —enalteció una de las esposas de los peones.

Emilia esperó con paciencia a que el sacerdote terminara su relato y después, lo abordó.

—Padre Quintero, ¿podría hablar con usted a solas?

—¡Emilia, querida! Qué alegría verte —la saludó alzando las espesas cejas negras que contrastaban con el cabello blanco y rizado de su nuca—. Claro que sí, hija. ¿Qué te sucede? —Se apartó del grupo que lo rodeaba y se acercó a ella en actitud confidente.

Quizás no fuera el mejor momento, pero Emilia tenía prisa por conseguir aliados en la batalla contra su destino.

—Verá, padre… No sé si habrá oído los rumores. Quieren casar a mi hermana con un marqués y, después, planean casarme a mí también.

El hombre asintió con una sonrisa de satisfacción.

—Es lo normal, hija. Ya estáis en edad de casaros y una buena forma de servir a Dios es unirse en matrimonio y traer hijos al mundo. El Señor necesita siervos como un pastor necesita a sus

ovejas.

—Sí, lo entiendo… Pero es que me quieren casar con mi primo Enrique —soltó a bocajarro—. ¿Acaso no es pecado casarse entre primos carnales?

El siervo de Dios meditó unos instantes.

—Así es: las bodas entre primos carnales están prohibidas por la ley natural y por la ley divina —confirmó para alivio de Emilia. Sin embargo, continuó—: Pero no te preocupes por eso, chiquilla, en estos casos se pide una bula papal y asunto arreglado.

A Emilia se le cayó el alma a los pies.

—¿Una… bula papal?

—Sí, un documento firmado por el representante del Papa en nuestro territorio —explicó—. Si se paga el canon correspondiente, el representante suele dar su visto bueno sin exigir ningún otro requisito. Después de todo, estamos hablando de un cuarto grado de consanguinidad; no es para tanto.

El sacerdote pretendía tranquilizarla y, sin embargo, estaba consiguiendo justo lo contrario. No era consciente de lo que de verdad preocupaba a Emilia.

—Pero ¿cómo va a perdonar Dios un pecado a cambio de dinero? —se sorprendió ella.

El religioso colocó una mano sobre su hombro, apaciguador.

—Ay, muchacha, sé que eres una buena cristiana, pero no te aflijas tanto por lo que pueda pensar Dios de ti. El Señor es magnánimo. Además, no serás ni la primera ni la última mujer que se casa con su primo. Es más común de lo que crees. No solo entre las familias con grandes capitales, como forma de asegurar la conservación del patrimonio, sino también entre los pobres. En los pueblos pequeños y aislados, las bodas entre primos es una constante. Además, acuérdate de nuestro rey Alfonso XII y de doña María de las Mercedes, a quien Dios tenga en su gloria. —Se santiguó.

Ya estaba tardando en salir el rey y su pobre prima. Su caso era distinto, y no solo porque fueran reyes, sino porque ellos se habían

enamorado. Y, aun así, la madre del rey se había opuesto a la boda y ni siquiera había asistido; aunque, no por el parentesco, a decir verdad, sino porque no se llevaba bien con el padre de doña Merceditas, el duque de Montpensier.

—Padre Quintero, se equivoca usted con respecto a mis preocupaciones. Verá, yo no deseo…

No pudo terminar la frase. Una potente voz masculina que ya empezaba a conocer la hizo callarse de golpe.

—Padre Quintero, ¿me permite un momento? —preguntó Álvaro desde detrás del sacerdote.

9

Esa tarde Álvaro se había puesto sus mejores ropas —camisa blanca remangada a la altura de los codos, chaleco, pantalones marrones de lino y botas de caña alta— que, aunque resultaban sencillas, eran mejores que las de la mayoría de los trabajadores, quienes apenas podían permitirse unas alpargatas nuevas. Quizás por ese motivo su patrón, don Bernardo, lo había escogido a él, junto a varios jóvenes más, para participar en el ritual de la uva.

El muchacho esperaba con nerviosismo el momento de salir a escena mientras sus compañeros de trabajo parloteaban y bebían sin parar.

—Eh, Álvaro, ¿vas a correr mañana al toro de cuerda? —le preguntó Miguel.

—No creo —contestó sin más.

—¡Venga ya! Si eso es lo que enciende a las mozas: vernos correr delante del toro. Es el momento de lucirnos —intervino Salvador, otro de los peones, y sorbió de su chato de vino—. Sé de más de uno que se ha echado novia después de que lo vieran sortear al morlaco.

Miguel acarició los bordes del chaleco de Álvaro y le dio suaves palmadas en el mentón recién afeitado.

—¡Calla, Salva! Si a este lo que le pasa es que no le hace falta lucirse porque las mozas vienen a él como las abejas al polen. Mira la Candela, que lleva toda la tarde sin quitarle el ojo de encima —señaló con la barbilla.

Era cierto. Candela, la sobrina del capataz, no había dejado de insinuársele no solo desde que lo viera entrar en la bodega, sino desde que lo conoció, lo cual podría explicar, en parte, la aversión que Juan Morales sentía por él. La muchacha, que limpiaba en la casa de campo de los Espinosa, a veces hacía de aguadora, acercándoles jícaras, botijos o alcarrazas de las que ellos bebían con fruición, y no había vez que no le guiñara un ojo o le soltara un comentario pícaro.

—No me interesa —dijo él justo en el momento en que la criada le

sonreía desde el otro lado de la bodega.

—¡Cómo no te va a interesar, si la zagala está de muy buen ver! —siguió Salvador—. A ver si es que el seminario te ha dejado la picha floja.

Miguel y Salvador rieron a carcajadas, más por el vino que habían tomado que por el comentario. Álvaro, aunque no había bebido, se contagió de su risa. Solo a sus amigos les permitía hacer chascarrillos a costa de sus años en la casa de formación sacerdotal.

—Tú sí que tienes blanda la sesera —contestó dándole un empujón a Salvador.

—Es al revés —aseveró entonces Miguel con la lengua trabada—. Alvarito se salió de cura para catar hembra, que te lo digo yo. Las feligresas lo calentaban y el pobre no podía concentrarse en los rezos.

—Menudo ridículo vais a hacer pisando la uva con la borrachera.

Álvaro escrutó a los vinateros y a sus familias centrándose en las primas Espinosa, cómodamente sentadas en sillas de madera, pero entre ellas no se encontraba Emilia.

—¡Te pillé! ¡Tú lo que quieres es a una señorita, galán! —adivinó Salvador, siguiendo la trayectoria de su mirada.

—¡Eres buen mozo, pero no tanto, hombre! —se burló Miguel—. Es más probable que se te aparezca la Virgen de los Remedios entre las viñas a que una de esas frívolas damitas te preste atención.

En ese momento, Álvaro divisó la espalda del padre Sixto Quintero, que conversaba con alguien en actitud confidente, y recordó que le había hecho una promesa a doña Rosalía, la ancianita invidente de la que solía ocuparse en sus ratos libres.

—Ahora vuelvo —anunció a sus compañeros.

Se abrió paso entre la multitud hasta que dio con el sacerdote.

—Padre Quintero, ¿me permite un momento?

El religioso se volvió y una sonrisa se dibujó en su rostro en cuanto lo reconoció.

—¡Álvaro, hijo, qué gusto verte!

Fue entonces cuando se percató de la presencia de la señorita Emilia Espinosa. Le pareció un hada recién salida del bosque con aquel vestido verde que hacía destacar sus ojos claros y el cabello adornado con una peineta en forma de mariposa.

—Señorita Espinosa… —dijo en voz baja, casi para sí.

Ella inclinó la cabeza levemente, como hacían las damas bien educadas ante los caballeros; con la diferencia de que él no era un caballero, sino un simple peón.

—Buenas noches… *Álvaro* —le contestó.

Oír su nombre en boca de la muchacha le produjo un extraño desasosiego. Un nudo se le instaló en la garganta y prendió una llama en su interior, amenazando con abrasarlo.

—¿Os conocéis? —preguntó el eclesiástico, sorprendido.

—Sí… bueno, la señorita Espinosa me ha visto alguna vez trabajando en el viñedo de don Bernardo —contestó él, para que ella no se viera en la tesitura de explicar de qué se conocían.

—Ah, claro, claro, hijo. Se me olvidaba que trabajas para los Espinosa. Si no, ¿qué ibas a hacer tú aquí?

—Bueno, yo los dejo. Debo reunirme con mi familia. Que pasen una noche agradable —dijo ella lanzando una breve mirada a Álvaro.

«¿Ya te vas? ¿Tan pronto?», se preguntó él. «Dile algo, idiota».

Soltó lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Doña Rosalía le manda saludos y le da las gracias por el pan y por… la cesta.

Ella volvió a mirarlo con esos ojos cristalinos que parecían ver dentro de él.

—Salúdela de mi parte —respondió, y, sin más, se retiró.

Álvaro no pudo evitar darse la vuelta para contemplarla mientras se alejaba. El cuello delicado, los bucles que caían sobre sus omoplatos, los hombros pálidos y desnudos. Se le aceleró el pulso. ¿Qué tenía esa mujer que lo alteraba tanto? Cuando volvió a la realidad se dio cuenta de que el padre Sixto Quintero le estaba

hablando.

—Hijo, pareces pensativo, ¿qué te sucede?

—¿Sucederme? ¿Qué me iba a suceder a mí, padre? Estoy perfectamente —contestó de corrido.

El religioso alzó una ceja.

—¿Entonces? ¿Qué querías decirme?

Álvaro le habló entonces de Rosalía, de cómo sus tíos y él le echaban una mano en todo lo que podían, de su frágil estado de salud y del deseo de la anciana de confesarse para tener el espíritu en paz.

—Claro, cuenta con ello. En cuanto pueda iré a verla —estuvo de acuerdo el párroco.

El vendimiador volvió la vista hacia atrás por segunda vez y comprobó que Emilia ya se había reunido con las damas. Una señora empingorotada y enjuta la recibió como una mamá pato que guarda bajo su ala a uno de sus patitos descarriados y luego le dedicó a él una mirada recelosa. Se giró en el acto.

—¿La señorita Espinosa se encuentra bien, padre? —quiso saber.

—¿Por qué lo preguntas, hijo? —se extrañó el religioso.

—Parecía preocupada cuando hablaba con usted.

Maldita sea. Qué le importaba a él lo que le sucediera a una de aquellas señoritas vanidosas y engreídas.

—Solo quería hacerme una consulta privada *que no es de tu incumbencia* —recalcó el religioso—. Venga, y ahora vamos con don Bernardo. En cuanto piséis la uva, me tocará bendecirla.

Un rato después, el alcalde dedicó unas palabras a los congregados en la bodega, elogiando el buen trabajo que se estaba haciendo no solo en el viñedo de los Espinosa, sino en todos los del pueblo. Después, los vendimiadores seleccionados subieron a un tablado en el que habían colocado varias lagaretas medianas construidas para la ceremonia —pues el lagar grande con su maquinaria de prensado se encontraba en la parte de atrás del edificio—. Se deshicieron del

calzado y se remangaron los pantalones a la altura de los tobillos. Una vez dentro, formaron un corro agarrándose de los hombros, y al son de las guitarras y las palmas, empezaron a pisar los frutos al tiempo que entonaban canciones populares:

Las uvas ya están maduras,

las uvas ya se han rendido.

Pisa, pisa que pisa,

ya huele a mosto, ya huele a vino.

Pies de púrpura, pies de sangre,

palomino, moscatel y rey.

Pisa, pisa que pisa,

ya huele a mosto, ya huele a vino.

El zumo de la uva salpicaba en todas direcciones impregnando la ropa de los hombres y sus cabellos sudorosos. Si unos trastabillaban, los demás los sujetaban con brazos férreos. Sus mujeres, hermanas e hijas los aplaudían. Álvaro reía con los demás. Era feliz. Había visto a Emilia y ella recordaba su nombre.

10

Desde la distancia, Emilia contemplaba la *Danza del vino* con una punzada de envidia, pues en el fondo deseaba ser tan libre como esos vendimiadores que bailaban, reían y cantaban sin temor a que nadie los criticase. A su lado, su prima Marga también se reprimía y taconeaba con un pie.

«¿Cuánto tiempo llevarían las personas prensando uvas?», se preguntó la joven. Esperando a que fermentara en tinajas, ánforas o botas, a que se transformara en la bebida de los dioses. El vino era casi tan antiguo como el pan. Los griegos lo tomaban aguado. Los romanos, joven y especiado. A finales del siglo XIX, en cambio, se prefería el añejo, de solera. ¿Cuántas promesas habría regado el vino? ¿Cuántas penas habría ahogado? ¿A cuántos comensales habría acompañado? Había belleza y magia tanto en el proceso de elaboración como en el resultado, y en momentos como aquel, Emilia entendía que su abuelo hubiera amado tanto aquel negocio.

La dama aprovechó que todos estaban distraídos para abrir el pequeño bolso de seda y extraer su cuadernillo y su lápiz. Se retiró uno de los guantes con disimulo y escribió unas cuantas frases que le vinieron a la mente.

A pesar de los metros que los separaban, la sonrisa de Álvaro le resultaba cautivadora y se preguntó cómo podía el muchacho tener unos dientes tan blancos y alineados. Dudaba mucho que tuviera a su alcance el agua dentífrica del doctor J. Seguin, de la facultad de Medicina de París, que tanto se anunciaba en *La Moda Elegante*.

Como bien había dicho su hermana, las rosas más hermosas a veces no crecían en los invernaderos. Miró de soslayo a Juliana y le pareció que estaba triste. ¿Sería porque el marqués de Bermeja no había podido acudir a la velada? Tal cuestión no podía afligirla tanto, pues el señor había prometido visitarla al día siguiente. ¿Y si era más bien que, en el fondo, no quería casarse con él? Juliana siempre había sido demasiado complaciente y Emilia temía que esa cualidad acabara por destruirla.

Terminada la pisa de la uva, el padre Sixto Quintero procedió a

bendecir el jugo resultante. Después, un jornalero lo venenció y se lo dio a probar al alcalde, que bebió un sorbo y alzó la copa en dirección a la multitud. El público lo ovacionó.

—Vámonos al palacete, Bernardo —ordenó Augusta a su hermano arrugando la nariz—. Me está empezando a doler la cabeza y no soporto al populacho cuando se enardece.

La familia al completo se repartió entre los dos carruajes, que de inmediato pusieron rumbo a la casa de la Ribera del Río, donde todo estaba preparado para la velada. El ama de llaves y el mayordomo esperaban su llegada en la puerta, y en el patio, las criadas y los lacayos contratados para la ocasión sostenían bandejas de plata repletas de canapés y copas de vino.

Los anfitriones hicieron su entrada, y tras deshacerse de los chales y las chaquetas, aguardaron a los invitados con sus mejores sonrisas. Los primeros en poner un pie en el palacete fueron los Jiménez. En cuanto las primas vieron a Luisito, alias Coquito, intercambiaron miradas de complicidad y se burlaron en silencio de su desagradable bigote.

Cuando las primeras bandejas se vaciaron, los asistentes pasaron al salón principal. Los suelos y los espejos relucían. Las empleadas habían colocado velas nuevas en los candelabros de bronce y habían retirado parte del mobiliario para dejar sitio para el baile.

Después de unas palabras, don Bernardo tocó el piano y cantó acompañado de la esposa e hija de uno de sus amigos, deleitando a los presentes con su timbre claro de resonancia pectoral. Tras finalizar la actuación, los invitados aplaudieron de buena gana. Emilia se sintió muy orgullosa de él.

La fiesta continuó su curso, y a nadie pasó desapercibido que la señorita Eugenia Tejada, hija de un importante comerciante de telas afincado en Cádiz y amigo del difunto don Bernardo, se mostrara simpática en exceso con la tía Augusta, a quien preguntó de manera reiterada por su hijo. No obstante, la gran dama se dedicó a darle largas con respuestas vacuas. Por otra parte, varios fueron los caballeros que se interesaron por Emilia, cuya belleza alabaron sin

remilgos. Pero la tía Augusta los despachó con la misma destreza con que habría espantado a un grupo de moscardones.

Emilia no recordaba quién había sido, pero en un momento dado alguien le pidió públicamente que leyera uno de sus textos, a lo que ella se negó en redondo.

—Vamos, hija, estamos entre amigos —la animó entonces el padre.

Aunque cada vez eran más las mujeres que se atrevían a publicar sus obras con sus verdaderos nombres, en lugar de bajo seudónimos masculinos, por lo general, las damas se avergonzaban de sus escritos y se limitaban a compartirlos con familiares y amigos en la intimidad de los hogares. Emilia ni siquiera se atrevía a eso todavía.

—Hace tiempo que no escribo nada bueno —se excusó.

—¡Pero si hoy mismo has estado juntando letras en ese cuadernillo tuyo! —intervino Coquito, que con un hábil movimiento de sus manos enclencas le arrebató el cuaderno del regazo.

—¡Dame eso, Luis! —pidió ella levantándose del tresillo en el que hasta entonces había estado sentada junto a su hermana y su prima Marga.

Luisito, que de sobra sabía que las Espinosa se mofaban de él, aprovechó la oportunidad para vengarse y empezó a leer en voz alta:

—«Aunque el dios Baco descendiera del Olimpo por la escalera de un rayo y se situara junto a él, no podría comparársele en vigor, atractivo y seguridad, porque en sus ojos de tierra cabía un mundo y en su blanca sonrisa brillaba la estrella cruz del sur…».

—¡Que se lo des, botarate! —Marga se lo quitó de las manos y se lo devolvió a su prima, cuyas mejillas se habían teñido de un intenso color carmesí.

—Vaya, vaya, Emilia. ¿Quién es ese caballero de sonrisa luminosa? Porque no creo que se trate del alcalde…

Eugenia Tejada dejó escapar una risilla socarrona. Nunca había simpatizado con Emilia, a quien veía como una rival en su lucha por la atención de Enrique, y no le importaba mostrar abiertamente su antipatía.

Marga le dio a Coquito un empujón en el hombro.

—¡Cállate ya, lechuguino impertinente y malcriado!

Y esa fue la gota que colmó el vaso. La tía Augusta, ante la impasividad de Prestola y de Avelino para con su hija, conminó a la muchacha a retirarse de inmediato a su habitación. Marga obedeció, pero no se marchó sola. Tomó de la mano a la ofendida y la arrastró escaleras arriba.

—¡No puedo creerlo! ¡Menudo estúpido! Y encima la tía Augusta me regaña *a mí* —se quejó Marga quitándose los guantes con brusquedad y lanzándolos a la cómoda de malas maneras.

—Lo siento, prima. Es mi culpa. Si no fuera con ese cuadernillo a todas partes… —Emilia se había sentado en la cama y se miraba las manos en las que sostenía el objeto de la discordia.

—¡Anda ya! No es tu culpa. Tú eres libre de llevar lo que quieras y de escribir lo que te dé la gana —dijo; se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros para consolarla—. Ese repelente de Coquito me las va a pagar.

—Déjalo estar, Marga. —Emilia le apoyó la cabeza en el hombro. Esa noche se sentía triste y melancólica y cuando estaba así era cuando más ganas tenía de escribir.

—Oye, ¿y quién es él? Si quieres contármelo, claro —indagó su prima.

—*¿Él?*

—Sí, el de los dientes perfectos.

—Ah, eso… pues uno de los vendimiadores —contestó de manera impersonal.

—¡El guapo, a que sí! ¡Sabía que te habías fijado! Mujer, es normal que te sirva de inspiración para escribir un poema. ¡Hasta la más analfabeta del pueblo le compondría una opereta! —exclamó sin darle demasiada importancia.

Las dos primas se rieron a carcajadas y se quedaron así, sentadas y abrazadas, hasta que empezaron a oír los cascos de los caballos y las

ruedas de los carruajes. Alguien había dado la reunión por terminada.

11

—«La cosecha de la uva palomino ha comenzado con buen pie, nunca mejor dicho, y se prolongará hasta el mes de octubre, cuando se empezará a recoger la uva rey, de maduración más tardía. En la tarde de ayer, tuvo lugar la ya tradicional fiesta de la pisa de la uva en la bodega Don Bernardo & Hijos, que ya muchas otras compañías empiezan a imitar. Asistieron el alcalde y demás autoridades, además de amigos y conocidos de la familia, como el vinatero jerezano Luis Manuel Jiménez, de la bodega Jiménez & Cía. También estuvieron presentes, como viene siendo costumbre, los vendimiadores y sus familias. Los invitados de abolengo siguieron festejando en el palacete de los Espinosa, mientras que los más humildes tuvieron que hacerlo en las tabernas y en la calle…» —leía Juliana del periódico chiclanero *El Liro*.[6]

—Más nos hubiera valido irnos a una taberna —comentó Marga.

—Tampoco estuvo tan mal ver cómo el padre de Coquito se lo llevaba a rastras tirándole de una de sus orejas de soplillo —comentó Juliana dejando el periódico sobre la mesa.

—¡Orejas de soplillo! Es lo peor que te he oído decir de alguien de nuestra clase… —se mofó Marga, a quien le encantaba que su prima dejara entrever, de vez en cuando, su personalidad oculta.

—Coquito es insoportable —reconoció la dama.

—Y feo —agregó Isabelita, que escuchaba atentamente la conversación de las mayores mientras fingía jugar con su casa de muñecas.

Emilia, pensativa, miraba hacia el jardín por el arco que comunicaba el saloncito amarillo con el comedor. Esa mañana habían acudido a *Te Deum* en la iglesia y habían llevado flores a la Virgen de los Remedios, a quien susurraron oraciones de agradecimiento. Había sido una jornada entretenida y, sin embargo, no pudo evitar desilusionarse porque, por más que había mirado a todas partes, no se cruzó con Álvaro. Ni en la calle, ni en la iglesia, ni el Puente Grande ni en el Chico. Pero, al fin y al cabo, ¿qué le

importaba a ella ese peón, que seguro que habría acabado la noche borracho y en solo Dios sabía qué compañías?, se reprochó. Sacudió la cabeza para ahuyentar esos pensamientos y se sentó en uno de los sillones justo en el momento en que doña Prestola entraba en la salita.

—Marga, Isabelita —dijo dirigiéndose a sus hijas—, ya he dado orden a las criadas de que preparen vuestro equipaje. Mañana muy temprano partiremos para Cádiz.

—¿Tan pronto? —se lamentó la niña.

—¡No puede ser! —la secundó Marga.

La oronda señora se sentó en la mecedora de rejilla haciéndola crujir al compás de las ballenas de su corsé, abrió su abanico y se aireó las acaloradas mejillas.

—Está decidido. Tenéis que volver a Cádiz —sentenció.

Lo normal era que las sobrinas de don Bernardo no regresaran a su casa hasta finales de mes para retomar las clases con *madame* Lini. En esta ocasión, en cambio, parecía que alguien tenía prisa por dejar a Juliana y a Emilia a solas.

—¡Seguro que ha sido cosa de la tía Augusta! —apuntó Marga.

Prestola no lo negó.

—Mi querida hermana siempre sabe lo que es mejor para la familia y ahora lo mejor es que volváis a Cádiz. Tampoco vais a estar tan lejos y podréis visitar a las primas cuando queráis.

—¿Es por los matrimonios? —quiso saber la muchacha, y la desazón se instaló en el estómago de Emilia.

Doña Prestola cerró el abanico de golpe y se puso de pie.

—No indagues más y obedece por una vez, Margarita —la reprendió.

La mujer salió de la estancia y Marga corrió tras ella sin dejar de protestar. Juliana cerró los ojos y recostó la cabeza sobre el respaldo de su sillón. Emilia, por su parte, miró a Isabelita. La niña había colocado una de sus figuras masculinas de porcelana junto a la

pequeña cama en la que reposaba una figura femenina en camisón y les lanzaba una mirada lastimera.

—¿Quiénes son? —le preguntó Emilia.

—Él se llama Alfonso y ella, Merceditas —respondió la niña tratando de reprimir un puchero.

Emilia sabía que estaba a punto de ponerse a llorar, pero no se le ocurría cómo consolarla. Ella tampoco quería que se marcharan y mucho menos, enfrentar su propio destino.

—No pienses en tragedias, pequeña. Nuestro rey se repondrá y doña Merceditas ya está en el cielo, con los ángeles.

—¿Tú crees? —La mayor asintió—. Me gusta Chiclana. No quiero volver con *madame* Lini, prima.

—Lo sé, mi niña. —Y la besó en la frente.

***

Después del almuerzo, Emilia se dirigió al saloncito azul, en el que su padre y su tío Avelino, sentados en cómodos sillones ingleses, fumaban habanos y bebían coñac mientras hablaban de política. Los caballeros esperaban la llegada del marqués de Bermeja, pero no era don Marcos quien les preocupaba en esos momentos.

—Es un verdadero milagro que don Antonio García Gutiérrez mantenga su cargo como director del Museo Arqueológico de Madrid después de su evidente republicanismo —comentaba don Avelino en referencia al insigne escritor dramático chiclanero, que vivía en la capital de España y cuyas obras de teatro se habían convertido en las más aclamadas del público.

La muchacha se quedó escuchando desde la puerta entreabierta. A menudo le parecían más interesantes los temas de conversación de los caballeros que los de las damas. No obstante, no podía culpar a las de su sexo por hablar sobre moda, decoración o cotilleos, puesto que desde niñas se las apartaba de las cuestiones relevantes y resultaba casi imposible que pudieran formarse un juicio propio sobre los acontecimientos.

—Sí, sobre todo después de que escribiera su desafortunado poema

Abajo los Borbones —apuntó don Bernardo entre calada y calada de puro—. En cualquier caso, no hay que quitarle mérito. Muchos hombres inteligentes se han dejado arrastrar por las ideas demagogas y liberales de la República.

Avelino asintió y se atusó el bigote.

—Afortunadamente, la monarquía ya está restablecida, y con la firma de la Paz de Zanjón y la capitulación del ejército cubano frente a las tropas españolas, nos espera un largo período de paz y prosperidad.

—Brindo porque así sea, querido cuñado —dijo don Bernardo alzando la copa.

Emilia dio un paso adelante y se atrevió a participar en la conversación.

—Ahora solo falta que nuestro bienamado rey reúna las fuerzas necesarias para salir de su habitación y retomar las tareas propias de su cargo —señaló con cierto retintín, aunque en el fondo le apenaba la situación del monarca.

—Emilia, hija —la recibió su padre de buen agrado—. Tienes razón. No es un buen momento para el Borbón, pero es joven; saldrá de esta, asumirá sus funciones y buscará una nueva esposa. A fin de cuentas, un rey no es un hombre común y no puede permitirse una depresión indefinida y, además, tiene que proporcionar herederos al país.

—Supongo que ocupar ciertas posiciones de poder tiene sus pros y sus contras —coincidió.

Se hizo el silencio y la joven se quedó absorta en las piezas de marfil y ébano del tablero de ajedrez que se exponía en la mesita redonda de desayuno. Recordó las partidas infinitas que había jugado con su primo, en ese mismo lugar, entre risas y confidencias. Habían pasado solo unos meses desde la última vez que se sentaron frente a frente, pero a ella le parecían siglos.

—¿Deseabas algo, hija? —quiso saber don Bernardo.

Emilia regresó al presente con un parpadeo.

—Solo quería pedirle al tío Avelino que prolongara unos días más la estancia de las primas en Chiclana, porque… —comenzó.

No le dio tiempo a terminar la frase. Marcela dio dos golpes secos en la puerta y anunció la visita del padre Quintero. Don Bernardo ordenó a la criada que lo hiciera pasar, y el religioso accedió al interior con una sonrisa luminosa en el rostro. Todos los presentes besaron su anillo; Emilia con una pequeña reverencia.

—¿Qué le trae por aquí, padre? —quiso saber el patriarca.

El religioso no se anduvo por las ramas, y solo después de evocar la magnífica tarde del día anterior, puso al terrateniente al tanto de la precaria situación económica de muchos de los vecinos de Chiclana. Según él, los más pudientes, como buenos cristianos, estaban en la obligación de ayudarlos; sobre todo ahora que la economía de la ciudad marchaba viento en popa y la cosecha estaba siendo tan buena.

Don Bernardo enseguida comprendió que le estaba pidiendo un donativo y actuó en consecuencia. Se ausentó un instante para ir en busca de la caja fuerte y a su regreso le entregó una generosa contribución. El eclesiástico se lo agradeció con sinceridad y, aprovechando que Emilia estaba presente, le pidió permiso para que la muchacha lo acompañara a visitar a algunas de las personas necesitadas, como hacían muchas damas de la alta sociedad. De esta manera, afirmó, la gente sabría de primera mano cuán generosos eran los Espinosa.

—¿No será peligroso salir hoy a la calle, padre? Creo que corrían a un toro de cuerda —intervino don Avelino.

—Así es, pero sale de la Casa del Matadero y lo corren por El Lugar. Aquí, en La Banda, al otro lado del río, estamos seguros.

A don Bernardo no se le ocurrió ninguna excusa para no aceptar, pues no había nada reprochable en que su hija saliera de casa en compañía de un sacerdote. A Emilia, por su parte, le agradó la idea, aunque solo fuera por dejar de oír las discusiones de sus tías y de sus primas durante un rato. Además, el marqués de Bermeja estaba a punto de llegar y no le apetecía encontrarse con aquel extravagante

señor. De otro lado, por qué negarlo, la idea de cruzarse con Álvaro la tentaba. Fue a por un sombrero y algunas viandas y poco después abandonó la casa en compañía del párroco.

6. Se creó en 1849 y se imprimía en una imprenta de la calle de la Vega, número 32.

12

Aunque superaba los sesenta años, el padre Quintero era un hombre vital y enérgico y a Emilia le costaba seguirle el ritmo sin asfixiarse. Subieron hasta la plaza de la Escalereta,[7] un cruce de caminos atestado de carruajes, y tuvieron que detenerse en varias ocasiones para que el párroco correspondiese a los saludos de los vecinos. Incluso desde la puerta de la conocida casa de comidas de El Pájaro, los dueños se ofrecieron a invitar al religioso a un vaso de vino, pero él lo rechazó con los buenos modales que lo caracterizaban.

—Verás, hija —comenzó a explicarle a Emilia cuando por fin enfilaban la calle de Jerez—, te he pedido que me acompañaras porque ayer me dejaste bastante preocupado. ¿Hay algún problema con el asunto de tu primo? ¿No lo quieres? ¿Es eso?

—Sí lo quiero, padre; pero no como para casarme con él —confesó ella con pudor mientras daba vueltas al ala del sombrero que no había llegado a colocarse.

—Comprendo. ¿Y él qué piensa de todo esto?

Emilia se encogió de hombros.

—No lo sé. Aún no nos hemos visto desde que mi tía me lo propuso.

—Bueno, pues eso es lo primero que tienes que hacer: hablarlo con él. Seguro que llegáis a una solución satisfactoria para ambas partes. A lo mejor él tampoco desea casarse contigo y estás sufriendo en balde.

«Una vez lo pillé repasándote el escote». La voz de Marga resonó en su mente en el peor momento. Sintió que las mejillas se le encendían y desvió la mirada.

El religioso siguió hablando sin dejar de caminar.

—Los padres toman las decisiones con la sabiduría que les da la edad y siempre buscan lo mejor para sus hijos, pero a veces también se equivocan —reconoció—. Confía en Dios, hija.

—Gracias, padre. Seguiré su consejo y hablaré con Enrique. Por

otra parte, también… también está el asunto de mi hermana…

El padre Quintero chasqueó la lengua.

—Ay, Emilia. Lo sé. Pero si ella está de acuerdo con la boda, como creo que es el caso, nada podemos hacer.

—Mi hermana es muy sumisa, pero yo la conozco; sé que en el fondo no quiere casarse con ese caballero.

—Entiendo, querida, pero es complicado…

De repente, la voz que Emilia llevaba todo el día deseando escuchar sonó agitada tras sus espaldas e interrumpió su conversación.

—¡Padre Quintero! Señorita Espinosa —saludó Álvaro, situándose junto a ellos—. Los he visto desde lejos y he corrido hasta alcanzarlos. ¿Van ustedes a casa de doña Rosalía?

El religioso posó una mano en su hombro y asintió.

—Así es, hijo. Vamos a ver a Rosalía y a otros vecinos, si nos da tiempo. ¿Nos acompañas?

—Por supuesto.

Anduvieron con el cura situado en medio de los dos, pero aun separados, Emilia sentía a Álvaro poderosamente cerca. Y solo podía pensar en eso: en que caminaban en la misma dirección; en que apenas los separaban un puñado de centímetros. Su presencia era como un sol abrasador que le quemaba la piel.

Habían avanzado tan solo unos pasos cuando una niña con ropas harapientas se les acercó corriendo y rogó al párroco que la acompañara a su casa, donde su abuelo enfermo pedía confesión. No le quedó más remedio que aceptar el llamado.

—Procuraré no demorarme. Cuídame a la señorita, muchacho, por favor —pidió a Álvaro.

Emilia observó cómo se alejaba de la mano de la niña y notó la presencia de Álvaro aún más cerca. No se atrevía a mirarlo.

—Señorita —carraspeó él—, ¿cómo… cómo está usted? —le preguntó, quizás por romper el hielo.

—Muy bien, a Dios gracias —respondió mirándolo solo un instante —. ¿Y… usted?

—Yo… ahora mismo *muy bien* —reconoció con su media sonrisa pícara.

Emilia podía notar el peso de su mirada en cada poro de la piel y no se le ocurrió mejor forma de cortar aquella sensación que preguntándole por el trabajo.

—¿Cómo va la vendimia?

—Bien. Es un trabajo muy pesado, pero merece la pena —explicó de manera somera.

—Me imagino. —Qué se iba a imaginar ella, si no había trabajado en la vida.

Se hizo el silencio durante un momento eterno. Emilia quería seguir con la conversación, pero no sabía cómo. Y no porque no se le ocurrieran mil preguntas —«¿Vive usted por aquí? ¿A dónde se dirigía? ¿Por qué ingresó en el seminario y por qué lo dejó? ¿Pasó ayer la noche con alguna moza del pueblo?»—, sino porque no dejaba de pensar en lo inapropiado de que estuvieran a solas a pesar de la multitud que los circundaba.

De pronto se oyó un tropel, una algarabía de gritos y gente corriendo. A Emilia le pareció que el suelo temblaba bajo sus pies. Muchos pasaron por delante de ellos sin dedicarles siquiera una mirada. «¡El toro se ha escapado!», gritaban. «¡Ha cruzado el puente!», «¡Va sin cuerda!», «¡Cuidado!», «¡A las casas, a las casas!».

Emilia divisó al semental. Un morlaco negro zaino de brillantes cuernos y patas robustas corría calle arriba en dirección hacia ellos. No le dio tiempo a actuar. Sin previo aviso, Álvaro la pegó a la pared de uno de los edificios que jalonaban la vía y la cubrió con su cuerpo colocando una mano a cada lado de su rostro, sobre el muro. Emilia percibió su olor a jabón, su respiración acelerada, los latidos de su corazón. Empezó a temblar.

—Tranquila —le dijo él con calma, aunque Emilia sabía que estaba

tan exaltado como ella.

La joven se perdió en sus ojos del color de la corteza de los árboles y sintió que podía ver más allá de ellos; que podía llegar hasta sus raíces, hasta su alma. Y lo que vio le gustó. Tenía un corazón noble. Irradiaba un aura especial.

—No se mueva. ¿Confía en mí? —le preguntó.

Las bocas estaban muy cerca, los alientos entremezclados. Los brazos de él hacían de parapeto y su espalda se había convertido en una barrera dispuesta a frenar cualquier cornada.

—Sí… confío —murmuró ella, turbada.

Sintieron al toro pasar por su lado bufando, bramando y hundiendo las pezuñas en el albero del suelo, pero no apartaron la mirada el uno del otro, absortos en el pequeño cosmos de sus pupilas.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —gritaban mayores y mozos, pero ellos ya no los oían.

Álvaro empezó a susurrar una canción popular, y su voz, aunque no tenía el timbre brillante de la de don Bernardo, a Emilia le resultó cálida e hipnótica.

Si tú me dieras, niña preciosa,

cara de rosa, tu corazón

mil y mil veces te adoraría,

te pediría, sí, sí, en santa unión.

Llegaron los agudos y al muchacho se le quebró la voz y soltó un gallo en mitad del estribillo:

¡Ay, ay!, qué feliz momento.

¡Ay, ay!, no lo olvidaré.[8]

A Emilia le dio la risa floja y Álvaro prorrumpió en carcajadas. Reían con los ojos y con la mirada. Durante unos instantes no existió nada más en el mundo; nada que no fueran ellos dos.

Se oyeron zapatazos, gente que los sobrepasaba, voces estridentes.

—¡Ya lo tenemos! —decían los hombres que habían conseguido echarle la lazada al morlaco—. ¡Tranquilo, negrito! ¡Buen chico, buen chico!

La pareja, sin embargo, continuaba mirándose dentro de su pequeña burbuja de irrealidad.

—¡Eh, oigan! ¿Están ustedes bien? —les preguntó un campesino de pelo canoso y brazos curtidos.

La burbuja se rompió y el ruido del exterior los devolvió a la Chiclana de septiembre de 1878.

Álvaro dio un paso atrás y deshizo la barrera que había hecho con su cuerpo. Tomó la mano de Emilia y entrelazó los dedos con los suyos.

—¿Está bien, señorita? —le preguntó muy cerca del oído.

—S-sí —respondió ella casi en un susurro.

—¡Sí, gracias! ¡Estamos bien! —gritó Álvaro, y el campesino siguió su camino junto a la cuadrilla que tiraba del toro calle abajo.

Sin darse cuenta de su atrevimiento, Álvaro la tuvo cogida de la mano hasta que los dos observaron el punto de unión. Sus dedos encajaban a la perfección, se complementaban. La sensación era agradable, placentera, pero no podían seguir así en mitad de la calle. Emilia tuvo más fuerza de voluntad que él y lo soltó.

Al instante, la muchacha sintió la mano desnuda y fría.

No pudo agradecerle lo que había hecho por protegerla. El padre Quintero corría hacia ellos alzándose los bajos de la sotana para no tropezar.

—¡Ay, señor mío! ¿Estáis bien? —rezongó, con la calva centelleante por el sudor—. ¿Es verdad que el toro ha llegado hasta aquí?

—Sí, padre, pero no se preocupe, ha pasado de largo. Estamos bien —contestó Emilia por los dos.

De nuevo la voz de su prima regresó a ella como amplificada por una trompetilla. «¿Qué se sentirá al verse cobijada en unos brazos como esos?». Miró a Álvaro. Ahora lo sabía. Se sentía de maravilla.

7. Actual plaza de Andalucía.

8. El arreglito (1865), habanera del compositor español Sebastián Iradier.

13

Álvaro se preguntó si olía bien. Era de los que se bañaban a diario, pero con el calor sudaba, como cualquier otro.

Emilia, sin embargo, desprendía un aroma a perfume de jazmín con notas de azahar que lo había hechizado. Habían estado tan cerca que uno de sus tirabuzones le había hecho cosquillas en el mentón, sobre la barba incipiente, y solo podía pensar en esa caricia inesperada. ¿La habría asustado con su reacción? La dama le inspiraba un fuerte deseo de protección y tal vez se excedió.

Dejaron atrás las huertas y salieron al campo abierto. Un grupo de chozas se repartía de manera irregular por el terreno. Álvaro se adelantó, hizo un gesto para que sus acompañantes guardasen silencio y llamó a la puerta de la casa de Rosalía.

—Doña Rosalía, ¿a que no sabe con quién vengo hoy? —dijo a modo de saludo.

—¡Álvaro, niño, pasa! No me digas que me has traído al padrecito.

Los tres accedieron a la vivienda y encontraron a la mujer en su posición habitual: sentada en una silla, con las piernas cubiertas por una fina toquilla de hilo cuya función, más que guarecerla de un frío que no hacía, era la de ocultar sus rodillas y tobillos atrofiados.

—Sí, Rosalía, soy yo. —El religioso se acercó y la mujer le besó las manos—. Pero no venimos solos. Está aquí también la señorita Emilia Espinosa.

—¡Ay, qué alegría! Una pobre vieja como yo no merece tanta atención. No tengo ni sillas para todos.

—No se preocupe —contestó Emilia. Después, se acercó a la mujer y le colocó una hogaza de pan blanco sobre el regazo—. Un pequeño obsequio —anunció.

La mujer tanteó el alimento con sus manos de dedos torcidos por la artrosis y sonrió.

—Ay, señorita, muchas gracias. Es usted un ángel. ¡Qué buena pareja haría con mi Álvaro! Tan lindos por dentro y por fuera.

Porque, aunque no pueda verla, sé que es usted muy hermosa. —Le acarició las manos y el sello de oro que lucía en el meñique. Emilia se tensó. De repente, la anciana se dio cuenta de lo atrevidas que habían sido sus palabras y se retractó—. ¡Lo siento! ¡Disculpe mi comentario! Soy una vieja senil y he hablado sin pensar…

—N-no pasa nada —articuló la dama apartándose con delicadeza.

Álvaro le guiñó un ojo para relajar el ambiente y ella le devolvió una sonrisa temblorosa.

—Seguramente esté usted prometida —siguió la anciana.

—Yo… —empezó ella.

Ahora el que estaba tenso era Álvaro; tenso y casi molesto. Y lo peor, ni él mismo entendía por qué. ¿Acaso esperaba que una joven distinguida como Emilia no tuviera pretendientes o incluso un prometido? Los ricos arreglaban sus compromisos matrimoniales desde la infancia y seguro que el mapa de la vida de la señorita ya estaba trazado.

—Bueno, doña Rosalía, me dijo Álvaro que quería usted confesarse. ¿Tantos pecados ha cometido, mujer? —se permitió bromear el párroco.

—No es eso, padre; pero soy muy anciana y estoy enferma. Hace mucho que no puedo ir a la iglesia y si me muero, me gustaría hacerlo en paz.

El padre pidió entonces a sus acompañantes que lo esperasen fuera mientras él hablaba a solas con la señora. Emilia y Álvaro abandonaron la choza y caminaron unos metros sin mediar palabra, manteniendo las distancias. Álvaro se sentó en el brocal del antiguo pozo de piedra que llevaba en pie desde los tiempos de Napoleón e invitó a la señorita a hacer lo mismo. Ella tomó asiento dejando entre ambos un espacio prudencial.

—Siento… siento si antes fui brusco con usted —empezó Álvaro.

—¿Brusco? —Ella puso cara de no comprender.

—Cuando apareció el toro… Tal vez la asusté, pero me dio miedo que pudiera ocurrirle algo. El padre Quintero la dejó a mi cargo y no

sabe usted las malas pulgas que se gasta cuando se enfada.

Emilia sonrió y él con ella.

—No me asustó. Al revés. Me tranquilizó. Se lo… se lo agradezco —reconoció—. Además, nunca hubiera imaginado sus dotes interpretativas.

Él soltó una carcajada.

—Por eso sí que debería disculparme. —Se sonrojó—. Suelo cantar cuando estoy nervioso y no se me ocurrió mejor forma para distraerla.

—Créame, sus agudos lo lograron.

—Dirá más bien mis notas desafinadas.

Volvieron a reír y la tarde pareció más hermosa a su alrededor, como si los colores y perfumes de las plantas se hubieran vuelto más intensos, más vibrantes, más dulces.

Emilia lucía un coqueto vestido de estilo marinero con listones de raso azul en el cuello y en las mangas tres cuartos que resaltaba su belleza, pero Álvaro se preguntó si estaría cómoda. El corsé debía de apretarle las costillas y la falda tenía que pesar lo suyo. No quería ser descarado, pero sus ojos no le obedecían. La brisa robaba bucles del moño de Emilia como si el mismo Eolo, el dios del viento, jugueteara con ellos, y se vio tentado de recolocarle un mechón tras la oreja.

—Me apena mucho la situación de doña Rosalía —acertó a decir Emilia, que observó la boca del pozo esperando encontrar respuestas en el fondo—: ¿Por qué está tan sola? ¿No tiene pretendientes ni ningún familiar que pueda ayudarla?

Álvaro le contó entonces que la anciana tuvo un hijo, una nuera y un nieto, pero que los tres habían fallecido. Los dos primeros, de tifus, y el nieto, en la guerra.

—Vaya, lo siento mucho —manifestó ella con sinceridad—. ¿Se refiere usted a la guerra carlista o a la colonial?

Él, con el rictus serio, también se asomó al interior del pozo y dejó que su mirada se perdiera en las oscuras aguas del subsuelo.

—A la colonial —confirmó, y su voz resonó con eco en las profundidades. Luego, sus ojos regresaron a ella—. Con la ley de reclutamiento del 77, el gobierno llamó a las armas a miles de jóvenes de apenas veinte años que se tuvieron que marchar a las colonias de América y Filipinas para entregar sus vidas por la patria. Al nieto de Rosalía le tocó ir a Cuba y allí perdió la vida. No en el campo de batalla, pero sí de lo que murió la mayoría: de las fiebres.

La dama negaba con la cabeza.

—Pero… pero he oído que se podía eludir el servicio militar. ¿Ese joven no pudo alegar que era el único medio de sustento de su abuela?

—No, señorita. Por entonces el hijo de Rosalía todavía vivía y la única manera de que un muchacho se librara era pagando las mil doscientas pesetas que solo las clases altas y medias podían permitirse. Yo me zafé porque estaba en el seminario; de lo contrario, quizá ahora no estaría aquí… con usted.

Ya no observaban el fondo del pozo, ahora se sostenían la mirada con vehemencia.

—Lo… lo siento tanto.

La conversación había ido despertando la rabia de Álvaro. Durante un momento se olvidó de todo lo bello que Emilia le hacía sentir. La injusticia social lo cegaba.

—Así es la vida, señorita. Lo que pasa es que ustedes los ricos viven en su mundo de ostentación y no se dan cuenta de lo que sucede fuera. A ustedes solo les preocupan las fiestas, la ropa cara y todos esos asuntos superfluos, mientras que el pueblo lucha día a día por sobrevivir.

—Lo siento —musitó Emilia por tercera vez. Parecía a punto de llorar, o quizás sus ojos fueran demasiado claros y el aire del campo los hubiera irritado.

Álvaro se dio cuenta de que estaba pagando su frustración con ella, que solo era una víctima más del sistema.

—Perdóneme. Ya sé que usted no tiene la culpa —reconoció.

—Pues no, no la tengo; pero tiene razón al estar enfadado —coincidió ella—. Es injusto que la libertad de una persona dependa del dinero que posea.

—Así es. Aunque supongo que hay muchas formas de verse preso en una vida que no se desea —añadió él, mordaz.

La muchacha, incómoda de repente, pasó a otro tema.

—Y dígame, ¿cómo es que usted vive con sus tíos? —quiso saber—. ¿Qué fue de sus padres?

Él sonrió, dispuesto a suavizar el ambiente.

—Le contaré mi historia si me tutea, por favor —se le ocurrió—. ¿O es mucho pedir?

—¿Tutearlo? —El desconcierto se apoderó de ella, que seguramente nunca se había tomado tantas confianzas con un extraño y menos, con un peón—. Bueno… supongo que… que puedo hacerlo.

Álvaro asintió, complacido.

—En realidad no hay mucho que explicar —comenzó—. Es la historia de siempre, *Emilia*.

Ella se ruborizó por el tratamiento de familiaridad, pero trató de disimularlo. Después, Álvaro le contó el pequeño relato de su vida. Su madre fue criada en una casa de abolengo en Mijas, Málaga. El señorito se encaprichó de ella y la dejó embarazada, lo que provocó que su novio de toda la vida la dejara y que los vecinos la criticaran con dureza, a pesar de que el embarazo había sido fruto del abuso y no del amor.

Cuando él cumplió seis años, los señores de la casa comenzaron a pagarle las clases en un colegio privado donde aprendió a leer y a escribir, quizás porque sabían que era su nieto. Sin embargo, cuando el señorito se casó y los señores se mudaron a otra ciudad, se desentendieron de su educación. Su madre falleció siendo él adolescente y gracias a unos conocidos pudo venirse a Chiclana, a casa de sus tíos. Román se dio cuenta pronto de que a su sobrino le gustaban las letras y gracias a su amistad con el padre Quintero

consiguió que lo admitieran en el colegio sacerdotal, pues no quería que se pasara la vida con las manos llenas de tierra. No obstante, él decidió abandonar su carrera religiosa antes de ordenarse como sacerdote.

—¿Y por qué lo hiciste? ¿No tenías verdadera vocación? —le preguntó ella, terminado el relato.

—No —se sinceró él—. En el fondo solo quería convertirme en un hombre culto. Estaba convencido de que eso me abriría puertas en el futuro, pero siempre tuve claro que al final me marcharía.

—Pero ¿por qué? ¿No habría sido más fácil una vida en la iglesia?

—¿Más fácil que la que llevo ahora trabajando a destajo bajo el sol? Supongo que sí, Emilia, pero me di cuenta de que no podía servir a un dios en el que no creo.

—¡Eres ateo! —se sorprendió ella, como si le costara asimilar que hubiera personas que no creyeran en un Dios creador y todopoderoso.

—No exactamente. Soy católico. El cristianismo es mi cultura, es lo que soy. Digamos que solo estoy un poco… desencantado. Pero no fue solo por eso, Emilia. Yo… yo siempre he tenido claro que deseo tener una compañera de vida. El celibato no es para mí.

Emilia agachó la cabeza, abochornada.

—¿Hay algo malo en querer ser un hombre como cualquier otro? —preguntó él, más para sí mismo que para que ella le respondiera.

—Claro que no… —dijo Emilia sin mirarlo.

Él sonrió.

—¿Y tú, Emilia? ¿Qué hay de tu vida, aparte de que seas hija de uno de los vinateros más adinerados de la ciudad?

14

Emilia no sabía qué contestar. ¿Acaso tenía una vida más allá de los dictados de su padre y de sus tías? Todo parecía estar organizado para ella desde el día en que nació, solo tenía que seguir la senda marcada sin quejarse demasiado. Así que habló de lo único sobre lo que, de momento, consideraba que tenía cierta libertad.

—Me gusta escribir —admitió con una sonrisa tímida.

Aunque en su familia todos lo sabían, nunca lo había dicho así, tan abiertamente, y sintió que se quitaba un peso de encima. ¿Por qué se sinceraba con un desconocido? Con un hombre, que, como ese Fermín Salvochea que tan mal le caía a su padre, tenía ideas heterodoxas y, quizás, anarquistas. No lo comprendía, pero con Álvaro, solo podía dejarse llevar.

—Sí, lo sé —contestó él mirándole los dedos manchados de tinta—. He visto que sueles llevar un cuadernillo encima. ¿Algún día me dejarás leer lo que escribes? —se atrevió a preguntar.

—Por supuesto que no —se escandalizó Emilia.

Él sonreía, divertido. Los hoyuelos se marcaban en la sombra oscura de su barba y a Emilia le apeteció acariciarle las mejillas.

—¿No? ¿En serio? ¿Y si te hago una propuesta que no podrás rechazar? —le planteó—. Si me dejas leer algo tuyo, te enseñaré a vendimiar. Apuesto a que no sabes hacerlo.

—Desde luego que no sé —admitió sin ningún remordimiento.

—Pues eso está fatal, Emilia. ¿No te da vergüenza? Con tantas aranzadas de viñas como tienes.

Ella reía.

—No las tengo yo. Las tiene mi padre.

—Ya... claro. Entonces, ¿qué? ¿Trato hecho?

—¡No! —negó ella sin dejar de reírse.

—Pero, a ver, ¿qué problema tienes con que te lean? ¿No te gustaría publicar tus escritos, como esa Concepción Arenal?

Ella miró hacia otro lado, seria.

—No está bien visto —masculló.

—¿Y eso quién lo dice?

—La sociedad.

—Ya, pues, ¿sabes qué? ¡Al cuerno la sociedad! ¿Acaso no venimos al mundo a hacer lo que tenemos que hacer? Si tú sientes que tienes que escribir, escribe.

Emilia volvió a posar sus ojos en él. Aquel joven la tentaba con sus ideas de libertad. Envidiaba su ausencia de cadenas, aunque en el fondo debía de llevarlas, como todo el mundo. Nadie era del todo libre.

—Puede que tengas razón —concedió.

Se sonrieron los dos. De súbito, ella se dio cuenta de que él le miraba los labios de manera insistente, como si sus ojos lo traicionaran y revelaran un deseo oculto: el deseo de besarla. Él tenía una boca perfecta, en una mandíbula angulosa que le confería un aspecto muy varonil y Emilia sintió deseos de ceder a sus más bajos instintos; de hacer la «prueba del beso» de la que le había hablado Marga. Álvaro se inclinó con suavidad hacia ella; ella alzó el rostro, y, si nada ni nadie lo impedía, sus labios se encontrarían de manera inevitable.

—¡Ah! ¡Cuántas cosas tenía por contarme doña Rosalía! Y eso que no sale de casa —salió diciendo el cura—. Lo siento, lo siento. ¡Venga, vámonos, que se hace tarde y don Bernardo me va a regañar!

Reticente, la pareja abandonó el pozo y se reunieron los tres. Por el camino fueron charlando de diversos temas: de la pobreza, de la vendimia, de la situación política del país e incluso de botánica; una ciencia sobre la que el padre Quintero poseía amplios conocimientos. Emilia entendía un poco de plantas gracias a su difunta madre, cuyas enseñanzas sentía cada vez más lejanas, y se atrevió a mencionar el esplendoroso jardín que los Espinosa tenían en la parte trasera del palacete, dotado de un pequeño pero coqueto invernadero.

A la altura de la calle Luna, Álvaro se despidió de ellos. Emilia

intuía que el muchacho no deseaba marcharse tan pronto, pero era lo bastante inteligente como para saber que hubiera resultado inapropiado que los tres llegaran juntos al palacete de la calle Ribera del Río.

***

Después de despedirse del padre Quintero con un beso en el anillo episcopal, Emilia atravesó la entrada, cruzó la casapuerta y se vio arrastrada por una mano salida de la nada. Alguien la empujó por el pasillo que daba al lavadero, una zona desierta en esos momentos. En la penumbra distinguió un rostro pecoso enmarcado por bucles de jengibre.

—El marqués de Bermeja está hablando con tu padre —bisbiseó Marga.

—¿Qué? —Emilia empalideció.

—La tía Augusta dice que le está pidiendo formalmente la mano de Juliana.

—¡Ay, no, por Dios! Me resisto a la idea de perder a mi hermana tan pronto —negó Emilia, y una punzada de culpabilidad se apoderó de ella. ¿Cómo había podido estar de paseo por ahí mientras se decidía el destino de su hermana?

Marga pareció leerle la mente.

—¿Y tú adónde fuiste con el padre Quintero? Me podríais haber llevado con vosotros.

Emilia le explicó de manera somera que habían ido a casa de doña Rosalía, la ancianita ciega, y le aclaró que todo había sido una excusa del sacerdote para hablar con ella a solas sobre el asunto de su enlace con Enrique.

—¿Y qué te aconsejó? —indagó en voz baja.

—Pues que lo hable con nuestro primo; que a lo mejor él tampoco quiere casarse conmigo y podemos convencer a nuestros padres.

—¡Ja! —soltó Marga demasiado alto, y luego se tapó la boca—. Emilia, hazme caso: Enrique bebe los vientos por ti.

—No digas tonterías.

—Siempre has sido su prima favorita. Eso lo sabe hasta la presumida esa de Eugenia Tejada, por eso te tiene tanta inquina. ¿No ves que quiere «cazar» a Enrique sea como sea? Ayer en la velada no dejaba en paz a la tía Augusta. Fue bochornoso.

—Pues ojalá se gane el favor de nuestra tía y Enrique se enamore de ella —deseó Emilia con un suspiro.

—¡Qué dices! ¡Y tener a esa engreída en la familia, paseando a sus anchas por este palacete, por las viñas! ¡Quita quita!

—Ahora mismo has hablado como la tía Augusta —se rio Emilia.

—Bueno, en algunas cosas la tía tiene razón.

De pronto se oyeron cortas pisadas que corrían hacia ellas e Isabelita apareció por el recodo del pasillo, exclamando:

—¡Aquí están!

Detrás de ella venía resollando el ama de llaves.

—El marqués quiere hablar con la señorita Juliana a solas —articuló— y doña Augusta me ha mandado a buscarlas para que le hagan de carabina.

Marga se santiguó. Emilia abrió los ojos como platos.

—¿Y si nos negamos? —intentó Emilia.

—De eso nada. Es lo menos que podéis hacer por ella.

—¡Uf! ¡Odio hacer de carabina! —se quejó Marga—. Es de lo más aburrido…

A las muchachas no les quedó más remedio que subir a la habitación de Juliana, donde la encontraron en compañía de la doncella personal, de Prestola y de Augusta. Entre las tres habían ayudado a la joven a acicalarse para la ocasión y las damas mayores le habían prestado algunas joyas delicadas que le conferían un aspecto sofisticado pero discreto. La expresión de la muchacha resultaba indescifrable y el hermetismo que destilaba le puso a Emilia el vello de punta.

Poco después, las jóvenes tomaron asiento en el gran salón. Las

criadas habían recogido los gruesos cortinajes de terciopelo con cordones de raso y borlas y solo los visillos cubrían las ventanas, aportándoles algo de intimidad. En la mesa de centro habían colocado un mantel de croché, un jarrón con flores frescas y un juego de té, aunque nadie había servido ni té ni pastas.

Unos minutos después, las dos hojas de la enorme puerta de caoba se abrieron y por ella se asomó Marcela, que, con una disimulada risilla, anunció:

—Don Marcos, marqués de Bermeja.

El hombre hizo su entrada apoyándose en un bastón y la doncella cerró la puerta tras él con la misma risilla divertida con la que había entrado. De cejas encanecidas y frondosas, con una nariz de tubérculo de la que colgaba un tupido bigote, el caballero inspiró en Emilia la metáfora «duende irlandés», pues tan solo le faltaba el traje verde y el gorro de pico para parecer un auténtico leprecauno. Decían que a los hombres nunca dejaban de crecerles las orejas, y las de aquel espécimen debían de ser ya bastante añosas, a juzgar por su tamaño.

Emilia le estaba mirando los zapatos por si tenía dos pies izquierdos justo cuando se acercó a ellas, y, empezando por la que estaba más lejos, las saludó una a una besándoles el dorso de la mano. «Señorita Emilia», «señorita Margarita», «señorita Juliana». Las damas se sentaron en el tresillo casi a la vez, y cuando el marqués fue a hacer lo propio en la silla, un retortijón recorrió sus intestinos y salió de su cuerpo en forma de ventosidad. El caballero trató de disimularlo con un acceso de tos, pero a las jóvenes no les había pasado inadvertido.

Se hizo el silencio. Un silencio asfixiante. Nadie se atrevía a pronunciar palabra. Emilia, sentada en el extremo más alejado del sofá, miró a su izquierda y vio que Marga se mordía la cara interna de las mejillas para aguantarse una carcajada; una de esas que, cuando las soltaba, se oían hasta en Madrid. No le quedó más remedio que desviar la mirada al frente y concentrarse en las figuras geométricas del papel de la pared. De lo contrario, su prima acabaría

contagiándole la risa.

—Querida, Juliana —empezó el marqués, tomando a su prometida de la mano—. Hace ya casi un año que nos conocimos en el balneario de Fuente Amarga, donde los dos vamos a tratar nuestras dolencias, y debo confesarle que, durante estos meses, no he podido dejar de pensar en usted; en sus modales tan educados, en su buena conversación, en su actitud comedida y en su mirada limpia. Sepa usted que acabo de pedirle su mano a su señor padre, don Bernardo Espinosa, y que este me ha aceptado como yerno. Lo habitual en estos casos habría sido que mis padres estuvieran presentes y hubieran hablado en mi nombre, pero, por desgracia, ya no viven. Además, como sabe, soy un hombre viudo. Sé que la opinión de la novia casi nunca es requerida, pero yo deseo su consentimiento. ¿Está usted de acuerdo en casarse conmigo, Juliana?

«Vaya, qué detalle», pensó Emilia con ironía. Marga le dio entonces un puntapié en el tobillo, pero ella la ignoró.

—Sí… claro que estoy de acuerdo, señor —respondió Juliana con su aguda vocecilla desde el otro extremo del tresillo.

El marqués le besó la mano con excesivo deleite.

—Llámeme Marcos, por favor.

—Marcos —repitió ella con un hálito de voz.

—Sé que la diferencia de edad entre nosotros es bastante importante, pero no creo que sea un impedimento para nuestra unión. ¿Qué opina usted?

—La diferencia no supone ningún problema… Marcos.

Los ojos de Marga lagrimeaban y Emilia tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no reír.

—Quiero que sepa que no la presionaré, ni tendrá que hacer nada que no le apetezca. Solo deseo que me haga compañía y que sea feliz a mi lado. Ya tengo cinco hijos, tres de ellos varones, además de algunos nietos, por lo que concebir un heredero no es una de mis preocupaciones. Como le digo, Juliana, anhelo una esposa amable, tierna y hermosa que me haga sentir menos solo durante los años

que me quedan de vida.

«Lo que quieres es un florero para lucirlo en las fiestas y una criada que te vacíe el orinal»; Emilia puso los ojos en blanco.

—Y yo… yo solo deseo un esposo al que cuidar —contestó Juliana, cabizbaja.

¡Cielo santo! ¿Cómo podía ser tan sumisa?, pensó la menor. Era la representación de la dama perfecta: tímida, dócil, obediente, silenciosa. ¿Es que no tenía pensamientos ni deseos propios? Emilia empezaba a considerar que quizá se mereciera lo que le estaba pasando. Una a veces tenía que rebelarse y luchar sus propias batallas. «¡Al cuerno la sociedad!», había dicho Álvaro, y en ese momento, más que nunca, le pareció que tenía razón. No obstante, no les correspondía ni a ella ni a Marga interceder por Juliana.

La pareja siguió hablando con suavidad. Comentaron algunos detalles como en qué iglesia les gustaría contraer nupcias o en qué casa les gustaría vivir. El marqués tenía diversas propiedades en Cádiz, el Puerto de Santa María, Jerez e incluso Sanlúcar de Barrameda, y Juliana le dijo que lo consultaría con su padre y sus tías. En cuanto la charla terminó, el marqués abandonó el salón apoyándose en su bastón y la futura novia se reunió en la biblioteca con su padre. Marga y Emilia salieron al jardín riéndose a carcajadas. Se cogieron de las manos y dieron vueltas y vueltas riéndose sin parar.

—¡Menudas ventosidades! ¡Qué asco! —decía Marga—. Casi me ahogo aguantando la risa.

—¡Sabía que te estabas riendo! ¡Yo no quería ni mirarte!

El canario empezó a cantar en su jaula al oírlas reír.

—¿Será verdad lo que dicen de que se pone un molde en el bigote antes de irse a dormir? ¡Lo tenía tieso como un zorrillo disecado!

—¡Qué dices, Marga! ¿Un molde?

—Sí. He oído a mi madre decir que hay caballeros que se untan los bigotes con cera y se colocan un molde antes de dormir. ¿No te ha dejado un rastro pringoso en el dorso de la mano? ¡A mí sí!

—¡Sí! ¡Qué desagradable!

Las primas rieron y rieron rememorando la escena, pero había un poso amargo en el corazón de Emilia. Le apenaba el excesivo acatamiento de su hermana.

15

A la mañana siguiente, la carretela con el equipaje de Marga e Isabelita esperaba en la puerta del palacete mientras las señoritas se despedían de sus primas con abrazos apretados y alguna que otra lagrimilla.

—¡Dejad de lloriquear, si os vais a ver pasado mañana! —les regañó la tía Augusta, que no soportaba los sentimentalismos—. ¿O es que no os acordáis de que tenemos una boda que preparar entre todas?

Poco después, y con ayuda del mayordomo, la tía Prestola y su marido se acomodaron en uno de los asientos y la tía Augusta, Marga e Isabelita en el otro. Las mujeres no dejaron de decir adiós con la mano hasta que el carruaje se perdió en la lejanía. Luego, los empleados se perdieron en el interior de la vivienda y las hermanas Espinosa se quedaron a solas en la puerta.

—Voy a hablar con padre —comunicó Emilia sin mirar a Juliana.

A don Bernardo no le gustaban las despedidas y se había quedado en la biblioteca, completando ese inmenso árbol genealógico de raíces tan profundas que acabarían por resquebrajar los cimientos del palacete de los Espinosa.

—Si vas a interceder por mí, ahórratelo —le espetó Juliana, sorprendiéndola.

—Tranquila, no es de ti de quien voy a hablar con padre. Si no te quieres dejar ayudar, allá tú. Ya me he cansado de luchar por tu causa —contestó con pena—. Pero que sepas que no estoy de acuerdo con lo que vas a hacer.

Juliana la tomó del brazo con fuerza. No había enfado en su voz, pero sí resolución.

—Para ti es muy fácil juzgarme, ¿verdad, Emilia? Pero, por desgracia, no todas somos tan bellas e inteligentes como tú. No todas levantamos pasiones a nuestro paso… Soy una enferma y una tullida, así que me toca ser práctica. Desde niña deseo formar mi propia familia, gobernar mi propia casa, ser una mujer respetada en la sociedad. Y si para ello tengo que casarme con don Marcos, que así

sea. No te pido que lo comprendas, sino que lo aceptes.

Emilia se quedó sin palabras. Puede que su hermana tuviera razón. ¿Quién era ella para opinar sobre lo que le convenía o no? Ya no eran niñas, sino mujeres, y cada una tenía que elegir su camino.

—Comprendo, Juliana. No te molestaré más —aceptó con resignación, y entró en la casa.

Esta vez no encontró a su padre sentado al escritorio, sino junto al gran globo terráqueo, observando un pequeño punto en el sur de España. Estaba en ropa de dormir, con la bata de seda azul sobre el pijama, y ni siquiera se había recortado la barba. Ese día no tenía ganas de acicalarse.

—¿Ya se han marchado? —preguntó al oírla entrar.

—Sí… —dijo ella reuniéndose con él.

—No estés triste, hija. Las verás muy a menudo.

—No es eso lo que me apena, padre —lo informó ella posando la cabeza en su hombro, como cuando era niña y se sentaba en su regazo—. Me apena el paso del tiempo; me apena que nos hagamos mayores, que nos tengamos que separar, que la vida que hemos llevado hasta ahora deje de existir.

—Es ley de vida, hija. —La rodeó por los hombros y la besó en la frente—. Lo único que tenemos asegurado es la mutabilidad. Todo cambia. Nada permanece. Nada es eterno. Tú, por ejemplo, no eres la misma hoy que ayer.

—Lo sé, padre.

—Ven, siéntate conmigo. —Se separaron y la llevó hasta el mullido borne circular que presidía el rincón de lectura—. ¿Qué te preocupa? ¿Es tu hermana, verdad?

Tomaron asiento el uno junto al otro y don Bernardo sostuvo las manos de su hija.

—Sí, pero respeto su decisión, padre. He comprendido que, si ella así lo desea, yo no soy quién para juzgarla. Cada cual tiene sus motivaciones y anhelos. Hemos venido al mundo a hacer lo que

tenemos que hacer —dijo, parafraseando a Álvaro sin darse cuenta.

—¿Entonces? ¿Qué tienes, hija?

Emilia no dilató más el momento.

—¿Qué piensa usted de la idea de tía Augusta de que Enrique y yo nos casemos?

Su padre le soltó las manos para acariciarse las puntas del bigote. No parecía sorprendido, así que, sin duda, estaba enterado de los planes de su hermana.

—Pienso que es bueno para la familia. Mis abuelos eran primos y siempre se llevaron muy bien. Además, llevo años observándoos y a Enrique y a ti os encanta estar juntos. No obstante, no adelantes acontecimientos. Esperaremos a que él regrese de su viaje y ya veremos qué sucede.

—Pero la tía Augusta…

—La tía Augusta siempre ha sido una mandona —reconoció—. Ya desde niños intentaba que Prestola y yo hiciéramos siempre lo que ella decía, pero sé cómo torearla sin que se dé cuenta. Hay que dejarle creer que ella es la que manda y luego salirse por la tangente. —Rio su propia reflexión.

—Entonces, ¿no me va a presionar usted para que acepte a su sobrino?

—No, hija. No lo haré.

Emilia volvió a apoyar la cabeza en el hombro de su padre y se sintió reconfortada. Siempre había sido un hombre distante y sabía que le costaba demostrar sus sentimientos. Ni siquiera lo había visto llorar tras la muerte de su madre en el parto de su malogrado hermano, hacía ya demasiado tiempo, y nunca sabía lo que le pasaba por la cabeza. ¿Sería feliz? A veces le daba la impresión de que era desdichado y otras parecía de buen humor. Solo en los escasos momentos en los que estaban así sentía que su padre la quería y que el mundo era un lugar un poco más amable.

—Y dime, hija, ¿qué estás escribiendo ahora? —se interesó, aunque no mencionó el altercado con Coquito el día de la fiesta.

—Nada en particular. Lo que me viene a la cabeza —reconoció ella.

—¿No empezaste una novela? —le recordó él.

—Sí… pero la he dejado en espera. Creo que necesito vivir un poco más para darle la profundidad que me gustaría.

—Te entiendo, a veces las ideas necesitan madurar. Ya verás que cuando estés lista para escribirla, será como si te la susurraran al oído. ¡Ah! Mi hija acabará siendo como la alemana, esa tal Cecilia Böhl que vivió en Chiclana y que firmaba con el pseudónimo de Fernán Caballero.

Su padre había puesto de ejemplo a una escritora conservadora que a menudo había renegado de sus textos diciendo aquello de que «la pluma, como la espada, se hicieron para la mano del hombre y no de la mujer», pero ella tenía otra en mente. Y de nuevo pensó en Álvaro.

—¿Y si fuera como Concepción Arenal? —se atrevió a preguntar.

—¿La liberal y republicana? No, hija; como esa no. Tengo entendido que hasta se disfrazó de hombre para ir a la universidad. ¡Bastante tenemos en la familia con la lunática de tu madrina!

Emilia chasqueó la lengua. No deseaba discutir con su padre —y menos si salía a colación su querida madrina, la mejor amiga de su madre— pero se vio obligada a responder:

—No es republicana, padre. Solo considera que la república es una forma de organización más justa que la monarquía.

—Pues ahí lo tienes… republicana —zanjó—. Tú serás mejor que ella, tesoro. Estoy seguro.

«Mejor que ella… ¿por qué? ¿Porque nunca firmaré con mi nombre? ¿Porque nunca seré nadie?».

Emilia se puso en pie.

—No se preocupe, padre. A mí me da vergüenza publicar y sé que la tía Augusta pondría el grito en el cielo solo de imaginarlo. Escribir es algo que hago solo para entretenerme.

Su padre, un amante de las artes, la animó:

—No digas eso, hija. Cuando llevas la literatura dentro, como es tu caso, al final siempre quieres dar un paso más. Y eso es lo bueno, querer hacer sentir a los demás algo semejante a lo que sientes tú escribiendo. ¡Ah, a mí me hubiera gustado componer! El negocio del vino me trae de cabeza. Nunca se me han dado bien los números, ni las vides ni las bodegas. Los hijos no son sus padres y, evidentemente, yo no me parezco al respetable y afamado don Bernardo Espinosa I —terminó con sorna.

—Tiene usted razón. Los hijos no son sus padres. Por cierto, ¿puedo ir a dar un paseo por la finca?

Emilia no supo de dónde salió aquella pregunta ni en qué momento la había pensado; la petición, simplemente, se escapó de sus labios.

—¿Con Juliana? Creo que me dijo esta mañana que quería ir a la iglesia a hablar con el padre Quintero.

—No, con Juliana, no. Que me acompañe Paca.

Él torció el gesto.

—Pero hija, ¿qué quieres hacer allí? Si el campo apesta a estiércol.

—Pasear, padre. Ya se lo dijo Marga. El campo es el único lugar donde las señoritas de bien nos podemos sentir un poco más libres.

—Está bien, está bien —concedió.

Un rato después, Pascual puso en marcha la carretela en la que viajaban el ama de llaves y la menor de las niñas Espinosa.

«¿Haces todo esto para verlo, Emilia? No seas boba», se reprochó. Y en varias ocasiones estuvo a punto de pedirle a Pascual que diera la vuelta argumentando una indisposición repentina, el olvido de un asunto urgente… Pero, al final, se dejó llevar. Como había empezado a hacer desde que conoció a Álvaro.

Los eucaliptos les dieron la bienvenida a la finca y las dos mujeres se apearon del carruaje y dejaron a Pascual dándole de beber a los caballos.

—Sé para qué ha venido —le dijo Francisca, muy seria.

—Yo… pues yo… —titubeó ella.

—Ha venido para perderse por los campos y ponerse a escribir a solas —siguió diciendo—. ¡Ah, ese espíritu romántico que tienen ahora las muchachas es muy peligroso! Pero no la dejaré alejarse mucho, niña. Su padre no me perdonaría si algo le sucediera.

Emilia le agradeció la confianza y no la sacó de su error. A la postre, ¿para qué había ido allí, si no? Además, era cierto que llevaba su cuadernillo y su lápiz para escribir.

Don Diego Saucedo, el administrador, salió a recibirlas en cuanto las oyó llegar.

—Señorita Espinosa —la saludó dándole un beso en el dorso de la mano—. Señora Gómez —añadió mirando al ama de llaves—. ¿Qué las trae de nuevo por aquí? ¿Desean ver cómo va la vendimia? ¡Juan! ¡Acércate, Juan! —llamó al capataz.

El encargado, un hombre de talla grande, barriga tan prominente como su nariz y aspecto desaliñado, se acercó a ellos con pasos pesados y la fusta entre los dedos. Tenía la camisa empapada por el sudor.

—Señorita —la saludó con una leve inclinación de la cabeza—. ¿En qué puedo ayudarla? Le aseguro que estos holgazanes están trabajando bien. A golpe de vara, claro.

Emilia frunció el ceño.

—¿A golpe… de vara? ¿Acaso mi padre le ha ordenado que les pegue? —preguntó, mostrándose más atrevida que de costumbre.

—Bueno… —dudó el hombre—. No, pero es lo que se ha hecho siempre, señorita. Un varazo a tiempo quita todas las tonterías.

La muchacha se sintió terriblemente molesta de repente.

—Dudo mucho que mi abuelo obrase así cuando vivía. La gente lo respetaba porque lo apreciaba, no porque lo temía —hizo notar—. Me consta que ni siquiera en nuestras colonias americanas los españoles tratamos a los trabajadores de ese modo. Así que, por favor, no lo haga. Si tiene algún problema con alguno de los jornaleros, háblelo con el señor Saucedo.

Francisca la miró estupefacta. ¿Desde cuándo le importaban a la señorita Emilia los vendimiadores, si nunca les había prestado ni la más mínima atención?

—Sí, claro, señorita —aceptó el capataz, aunque por su arrogancia no parecía que le fuera a hacer ningún caso.

Se acercaron al viñedo. Los hombres, agachados frente a las cepas en aquellas incómodas posturas, cortaban los racimos uno a uno y los depositaban en las cestas. Todos la observaron de soslayo, pero uno de ellos en especial. Álvaro no le quitaba la vista de encima y le pareció que le sonreía desde la distancia. Emilia notó un ligero temblor. Hacía mucho calor, así que sacó el abanico y se aireó el rostro haciendo bailar los tirabuzones que le escapaban de las sienes.

—Ya queda poco para terminar con las palomino —comentó el capataz—. Y en octubre comenzaremos con la recogida de las uvas rey, que están más allá —señaló hacia unas vides que esperaban pacientes la maduración—. Cuando su abuelo vivía teníamos también uvas tintas, pero ahora, como ve, solo contamos con las blancas. De todas formas, aquí el trabajo no para nunca. Tras la recogida tocará bajar y limpiar las cepas, podarlas, recoger y quemar los sarmientos, arreglar las espalderas... en fin, no me gustaría aburrirla —explicó con aire de superioridad.

Emilia puso los ojos en blanco.

En esos momentos una joven salió de la casa de campo y se dirigió a los trabajadores con un botijo de agua fresca. No era guapa, pero resultaba llamativa, con los ojos negros muy grandes, la piel tostada y unas caderas muy anchas. El capataz la llamó a voz en grito:

—¡Candela! ¡Candela, ven a saludar a tu ama!

La moza pareció reticente. Emilia la había visto alguna que otra vez por allí, pero nunca la había tenido en cuenta hasta entonces. La tal Candela le hizo una breve reverencia con cara de hastío y se marchó a dar de beber a los hombres. Emilia la vio acercarse a Álvaro con coquetería y sintió una inesperada punzada de celos que disimuló como pudo.

—Y bien, ¿desea algo más la señorita? —inquirió el capataz.

—No, gracias, señor Morales. Puede volver a su trabajo. Si no les importa, me gustaría pasear por los alrededores —explicó, aunque no tenía por qué. Las niñas Espinosa nunca daban explicaciones sobre sus planes; al menos, no a los trabajadores.

—Muy bien, señorita. En ese caso, me ocuparé de que no la molesten.

Emilia se despidió de ellos y, cuaderno en mano, se fue a dar un paseo. El día era espléndido, con un cielo azul limpio de nubes y el suave trino de los pájaros como melodía. Puede que Álvaro tuviera una admiradora, pero era *a ella* a quien no le quitaba los ojos de encima.

16

Álvaro no podía creerse que Emilia se hubiera presentado en el viñedo aquella mañana. ¿Lo habría hecho para verlo a *él*? En otras circunstancias se hubiera acercado a saludarla, pero no habría sido apropiado, así que se limitó a observarla desde lejos.

La encontró esplendorosa con aquel vestido de color rosa pálido y su coqueto sombrero de paja con lazo de raso a juego. ¿Estaría usando su abanico para mandarle un mensaje codificado? «¿Mi corazón es tuyo?», «¿Te envío un beso?», «¿Sígueme?». Con cada movimiento de muñeca se imaginó un recado a la medida de sus deseos. Tanto así, que él mismo sonrió ante sus propias ocurrencias. Se preguntó una vez más qué tenía esa dama que lo cautivaba. ¿Tal vez el hecho de que fuera un fruto prohibido para él, o había algo más; una atracción que sobrepasaba los límites de lo físico? Era consciente de que no podía apartar la mirada de ella, y tampoco le importaba. Los ojos todavía eran libres.

Candela se acercó hasta la vid que compartía con Miguel, alcarraza en mano.

—Menudos aires se da la riquilla esa —masculló—. ¿Qué querrá?

—¿Y a ti qué te importa, Candela? Son sus tierras, puede hacer lo que le dé la gana —respondió Álvaro con sequedad.

—Vaya, Álvaro, cualquiera diría que te gusta la señorita. No le has quitado ojo.

Álvaro la silenció con una mirada que no admitía chanzas.

—Cállate.

La joven se puso en pie, enfurruñada, y se alejó hundiendo sus zapatillas de esparto en la tierra con fuerza.

A mitad de la jornada, llegó el ansiado descanso y Álvaro, en lugar de aprovecharlo para refrescarse y llevarse algo de comer al buche, prefirió alejarse de sus compañeros y dar un breve paseo por el campo, a pesar de que el capataz les había ordenado que no lo hicieran. Por fortuna, el Gorrino andaba en las cocinas de la casa zampándose las mejores morcillas y chorizos, como solía, y, si era

rápido, no se daría cuenta de su ausencia. El muchacho localizó a Emilia desde la distancia y no se atrevió a acercarse, más por posibles represalias hacia ella que por lo que le pudiera suceder a él.

La dama estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en el tronco de una higuera, bajo la sombra que arrojaban sus ramas cargadas de frutos. Tenía un cuaderno en el regazo y un lápiz en la mano derecha y apuraba las últimas páginas escribiendo a toda velocidad. Parecía de lo más entretenida. Sonreía, arrugaba el ceño, abría los ojos como platos o se mordía las uñas. ¿Qué estaría escribiendo? Desde luego, lo vivía. Y Álvaro deseó por un instante estar dentro de aquella historia para que ella lo mirase con tanta devoción.

Los minutos pasaron y tuvo que volver al trabajo, pero lo hizo de mala gana y preguntándose por qué las obligaciones consumían tanto tiempo de la vida de las personas. ¿Qué había de malo en que él se sentara bajo la higuera y acompañara a esa mujer tan especial, si era eso lo que le apetecía hacer? «Solo una vez fuimos libres, en el jardín del Edén, y aun entonces había reglas que obedecer», se dijo.

Como cada vez que pensaba en el Altísimo, se llevó la mano al cuello y tocó la pequeña cruz de madera que llevaba oculta bajo la camisa. Había sido un regalo de su madre; el único recuerdo que le quedaba de ella, y tenía para él un valor más sentimental que religioso. Aun así, a veces se encomendaba al Todopoderoso, por si acaso, en su magnificencia, no le importaban sus dudas y todavía amaba a un alma tan vulgar como la suya.

***

Álvaro llegó a casa cansado y somnoliento en la tartana de Bartolomé. Ese día los había acompañado Candela, que oportunamente les había pedido el favor de que la acercaran hasta su casa del centro del pueblo, porque su tío se iba a quedar a dormir en la finca y, sin embargo, los jóvenes no habían cruzado ni una sola palabra en todo el camino. Cuando llegaron a la calle Luna y Álvaro se apeó de la carreta, la muchacha le gritó:

—¡Adiós, mozo! Si prestaras más atención a lo que tienes al lado, te

darías cuenta de lo que te estás perdiendo.

El muchacho negó con la cabeza, aunque no pudo evitar sonreír de medio lado. La joven era insistente, además de lozana y de buenas hechuras. Muchos en el pueblo iban detrás de ella y, en cambio, él no sentía ningún interés en conocerla más. En su mente y en su corazón, desde hacía días, solo había espacio para otra mujer a la que la sociedad juzgaría como más puritana, más encorsetada y de difícil acceso. Pero uno no mandaba en los sentimientos.

—¡Álvaro, por fin llegas! —lo saludó Román desde la puerta de su casa—. Tu tía va a tener que volver a calentar el puchero.

Él asintió con una sonrisa y le dio encuentro.

—Sí, hoy hemos terminado la faena más tarde y encima la carreta ha tardado más en llegar —explicó.

—Lo sé, he visto a la nueva pasajera. Parece buena chica, aunque sea familia del Gorrino. ¿Te gusta?

Álvaro alzó las cejas como si su tío hubiera hecho un comentario absurdo.

—¿Qué? No, tío…

—Vamos, que ya no vas a ser cura. Te gustará alguna moza del pueblo, ¿no? A tu edad yo ya estaba casado y, aunque Dios no ha querido darme hijos, he sido muy feliz. El matrimonio es el mejor sacramento.

—Me gusta una muchacha —reconoció para que su tío dejara de asediarlo con sus preguntas—, pero lo nuestro es imposible. Además, no sé si yo le gusto a ella.

Román soltó una carcajada y le palmeó el hombro.

—¡Que no sabes si le gustas! Con lo bien plantado que eres, hombre. Dile algo, no seas tímido. A las mujeres las enseñan a hacerse de rogar, es lo normal. ¿Quién es ella?

—Da igual, tío. Anda, vamos a comer, que estoy hambriento.

Entraron en la casa y después de que Álvaro se lavara las manos y el rostro, se sentaron a comer los tres. Durante unos minutos de

silencio compartido, el joven se sintió reconfortado. El puchero estaba delicioso, como todo lo que cocinaba Manuela, y mientras mojaba pan en el caldo se acordó de un objeto que atesoraba en una vieja bolsa de tela bajo su cama. Quizás la manera de llamar la atención de la señorita que le gustaba era tocando su corazón y su mente.

17

Emilia pasó el resto de la tarde con la pluma entre los dedos. Cuando se sentía melancólica, preocupada o decepcionada era cuando más escribía, y aunque suponía que había novelistas alegres que creaban magníficas obras desde la felicidad, no era su caso. A menudo, poco podía hacer con la alegría más que disfrutarla cuando llegaba.

Su visita a la finca Espinosa la había dejado peor de lo que estaba, puesto que solo había podido ver a Álvaro de lejos. ¿Qué habría pensado él? Acostada en su cama de la habitación, que volvía a compartir con Juliana, intentaba en vano conciliar el sueño. Su hermana, sin embargo, hacía un buen rato que dormía profundamente.

—Son las diez y serenooo —decía la voz cansada del vigilante del vecindario—. Viene nublado y serenooo.

«Nublado. Tan gris como mi estado de ánimo», se dijo.

Un rato después, unos golpecitos contra el cristal rompieron el silencio en la habitación de las Espinosa. Emilia se preguntó si serían los primeros goterones de lluvia. Se levantó con sigilo —aunque para despertar a su hermana haría falta un regimiento tocando el tambor — y se dirigió al balcón. Apartó la cortina de encajes y pegó el rostro al cristal. Justo debajo de su balcón estaba *él*.

Álvaro.

Se echó hacia atrás en el acto, como si un rayo fuera a alcanzarla. ¿Qué hacía allí? ¿La habría visto? Tenía una pinta terrible, con la cabeza llena de tirabuzones enrollados y atados con lacitos de tela.

Plic, plic, plic.

Las piedrecitas siguieron sonando contra el cristal.

Emilia, nerviosa, se deshizo de los lacitos frente al espejo a toda velocidad y se pasó los dedos entre los bucles. Abrió la puerta del balcón con sumo cuidado y se asomó esperando ver a un fantasma salido de la fase de duermevela para atormentarla. Pero no, allí había alguien de carne y hueso.

Sus ojos se encontraron con los de Álvaro y le hicieron una pregunta silenciosa: «¿Qué haces aquí?». A lo que el muchacho respondió señalándole con el dedo índice la parte de atrás del palacete.

¿Qué quería? ¿Que se vieran en el jardín, de noche y a solas? Si la descubrían sería su perdición. No obstante, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Dejarlo allí plantado, lanzando piedrecitas hasta que alguien se despertara? Su padre dormía en la habitación contigua, y el ama de llaves, aunque descansaba en la planta del servicio, tenía el sueño muy ligero. Además, el mayordomo siempre estaba alerta.

Se puso la bata y las zapatillas de seda, cogió el quinqué de la mesilla de noche y, cuando salió al pasillo, prendió la mecha. El corazón le tamborileaba en el pecho ensordeciendo sus oídos mientras descendía la escalera del servicio. Dejó atrás varias estancias y se plantó frente a la puerta del jardín. Flanqueada por dos columnas con jarrones de estilo Médici, en aquel momento le pareció la entrada al reino del Hades. Sin embargo, el miedo no la frenó y atravesó el umbral sin dudarlo. Las estatuas de alabastro repartidas por el vergel la siguieron con sus miradas de ojos sin pupilas, pero ella no se amedrentó. El recinto se cerraba al exterior con una verja de puntas de lanzas y un candado cuya llave tenía únicamente la señora Francisca.

Y entonces lo vio.

Álvaro estaba aferrado a los barrotes, esperándola.

¿Qué se suponía que tenía que hacer?

Las farolas de aceite apenas iluminaban la calle a esas horas, volviéndola peligrosa y atractiva para los criminales, lo que justificaba los paseos del sereno. Emilia caminó hacia Álvaro con el quinqué en la mano, temblando. Por las noches refrescaba, pero no era eso lo que la hacía tiritar.

—Álvaro…—le susurró mirando a todas partes. Piti era una bolita plumosa que dormía en el interior de su jaula y temió despertarlo y que el pájaro se pusiera a cantar—. ¿Qué haces aquí?

—Quería devolverte la visita —murmuró él.

—¿Devolverme la visita? Yo no te he visitado. Si lo dices por lo de esta mañana… solo quería pasear por el campo. —Sonó tan pueril que no se lo creyó ni ella.

—Bueno, pues yo solo quiero ver tu palacete desde atrás —bromeó él.

Ella se mordió la cara interna de los carrillos para no sonreír, y respondió:

—Serás grosero.

Se hizo el silencio durante unos interminables segundos. Emilia era consciente de que nunca había estado en camisón delante de un hombre. Él pareció consciente de que ella estaba en ropa de dormir.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

—No —negó, orgullosa.

—Ojalá pudiera prestarte mi chaqueta.

—No traes chaqueta —apreció ella.

El muchacho vestía su camisa blanca de los domingos y, bajo la luz del quinqué, Emilia identificó su colgante: el cordón de cuero del que pendía una humilde cruz de madera, tal vez de sus tiempos en el colegio sacerdotal.

—Por eso he dicho «ojalá pudiera» —contestó.

Ella volvió a fruncir los labios para no sonreír. ¿Por qué delante de ese hombre se sentía tan dichosa? Tenía que mostrarse enfadada, digna, distante. Y, por el contrario, no hacía más que aguantarse la risa.

—Estabas preciosa esta mañana —soltó él a bocajarro, cortando el hilo de sus pensamientos.

Emilia agradeció la oscuridad para que Álvaro no le viera las mejillas sonrojadas.

—Y estás preciosa ahora —añadió.

—¿Para eso has venido en mitad de la noche a mi casa, para

lisonjearme? —le recriminó, obligándose a fingir hartazgo.

Él se encogió de hombros.

—No. No podía dormir y mis pasos me trajeron hasta aquí sin querer… —confesó. Estaban demasiado cerca; él estiró una mano y cogió uno de sus tirabuzones—. Te queda muy bien el pelo suelto. Pareces… más tú.

Ella se apartó y le lanzó una mirada inquisitiva. ¿Qué sabría él sobre quién era ella?

—Está bien, disculpa. Ya paro de «lisonjearte» —murmuró. Se separó de la verja y se cruzó de brazos estirando la camisa sobre sus vigorosos músculos. La oscuridad de la noche le confería un aspecto misterioso y enigmático, y la tenue luz de la farola más cercana creaba sombras sobre su rostro y sus ojos—. Entonces, ¿qué? ¿Me vas a enseñar algo de lo que escribes?

Emilia lo tenía claro.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque… —alargó la «e» todo lo que pudo—. Pues porque no tengo nada aquí —improvisó.

—¿Seguro? Siempre llevas ese cuadernillo tuyo.

—Estaba durmiendo —le recordó—. No acostumbro a escribir cuando duermo.

—Invéntate algo ahora —la retó él.

Emilia sonrió abiertamente por fin.

—¿Ahora? Necesito inspiración.

—¿No te inspiro nada yo?

—No.

Él se rio de buena gana y ella lo mandó a callar. Después, se miraron. La frialdad de los barrotes los separaba, pero ellos ya no tenían frío.

—Te he traído un regalo —dijo él acercándose de nuevo, y se sacó

del bolsillo un pequeño cuaderno de cuero atado con una cuerda, similar al que tenía ella, pero menos coqueto y más masculino—. Para cuando se te acabe el tuyo —explicó.

Lo asomó por entre los barrotes y Emilia rozó su mano al cogerlo. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

—No sé si debo aceptarlo —susurró ella sin apartar la mirada del cuaderno.

—Tú le darás mejor uso que yo. Es de cuando estudiaba en el seminario.

Emilia volvió a ser consciente de que el hombre que tenía en frente no era ningún campesino analfabeto, sino alguien que había estudiado y al que parecían gustarle las letras tanto como a ella.

—Gracias —aceptó al fin.

Él posó los ojos sobre sus labios; repasó la cascada de tirabuzones que caía sobre sus pechos, la bata bajo la que se entrevía el camisón y emitió un leve suspiro.

—Ve a dormir, Emilia. Siento haberte molestado.

—Buenas noches, Álvaro —susurró ella.

—Buenas noches, liebrecilla —se despidió él, guiñándole un ojo.

Y la oscuridad se lo tragó.

18

Cuando Emilia se quedó dormida por fin, soñó que Álvaro venía a visitarla de noche, que se agarraba a los barrotes de la verja del jardín y que el hierro se derretía como la cera para que no hubiera barreras entre ellos. Sin embargo, antes de que pudieran siquiera tocarse, unas manos grotescas salieron de la oscuridad y se llevaron al muchacho a rastras.

—¡No! —gritó, y se incorporó de golpe, sudando.

Juliana, sentada sobre el borde de su cama, se frotaba los ojos.

—Iba a despertarte. ¿Qué estabas soñando? Tenía que ser espantoso.

Emilia, que no podía revelar su sueño, optó por una verdad a medias.

—Pues… naderías. Había un monstruo en el jardín.

—Tú y esa imaginación tuya —dijo la primogénita levantándose. Se dirigía al tocador cuando se volvió en seco—. Oye, ¿y tus bigudíes? —preguntó señalándole la cabeza.

—Me… me molestaban —improvisó la otra.

Su hermana le dedicó una mirada de extrañeza puesto que nunca, en años, le habían molestado los rizadores de tela, pero no añadió nada más.

Se lavaron la cara en sus respectivos palanganeros. Marcela las ayudó a vestirse y desayunaron en el comedor en compañía de don Bernardo. La casa se sentía extrañamente silenciosa sin sus primas, por lo habitual, mucho más ruidosas que ellas. Juliana pidió consejo a su padre para escoger el regalo de compromiso para su futuro marido y Emilia no abrió la boca, ausente de la conversación.

Después del desayuno, Juliana se retiró a bordar unas sábanas para el ajuar, Don Bernardo se confinó en la biblioteca y Emilia decidió ir a pasear por los alrededores con su nuevo cuadernillo.

—¿Me acompañas a dar un paseo, Puri? —pidió a una de las criadas después de asomarse a la cocina.

Antes era Marcela quien la acompañaba, pero la doncella personal se negaba en redondo a hacer de carabina desde que la tía Augusta un día la abroncara por perder de vista a su ama.

—Se… señorita, por supuesto. Justo tengo que ir al mercado a por algunos alimentos que me ha mandado comprar la señora Francisca —contestó la muchacha, de ojos diminutos y grandes dientes incisivos que le conferían aspecto de roedor.

—Gracias, Puri.

Poco después, las dos muchachas cruzaron el Puente Chico y se dirigieron a la calle Magistral Cabrera,[9] llena de gente que iba y venía a esas horas de la mañana; sobre todo, de sirvientas que hacían los recados de sus señores. Emilia le pidió a Puri que se marchase tranquila a comprar las viandas, mientras ella paseaba por la plaza de Jesús Nazareno. La criada aceptó reticente, pues todos en el palacete sabían de la afición de la señorita Espinosa a «perderse».

Y eso fue justo lo que pasó.

Los pies, pero sobre todo la mente de Emilia, la llevaron sin querer a la empinada calle Hormaza y siguió subiendo más allá, hasta que los adoquines fueron sustituidos por tierra y las residencias por vegetación. Pinos piñoneros, olmos, encinas, chopos y gigantescas pitas jalonaban el camino. Las voces quedaron atrás y ya solo se oía el canto de los pájaros y la brisa susurrando entre las hojas. Se detuvo al llegar a la ermita de Santa Ana, que coronaba el cerro de su mismo nombre, y permaneció allí un buen rato, contemplando la visión de Chiclana desde las alturas y haciendo anotaciones. Le parecía un sacrilegio que a principios de siglo el ejército francés de Napoleón hubiera instalado sus cañones en aquel lugar sagrado, pero lo comprendía. Al fin y al cabo, desde esa altura se controlaba toda la bahía. Pensar en aquellos tiempos le provocaba escalofríos, y, sin embargo, era uno de sus episodios históricos favoritos.

Absorta en los laberintos de su propia mente, no se dio cuenta del paso del tiempo hasta que fue demasiado tarde. El mercado público ya debía de haber cerrado y seguramente Puri había vuelto a casa dando la voz de alarma: la señorita se había perdido. Otra vez.

Emilia corrió cuesta abajo todo lo deprisa que le permitió su vestido, atravesó el centro del pueblo y una media hora después entró en la casapuerta del palacete con las mejillas sonrosadas y los botines manchados de tierra. En el salón principal, junto a la chimenea apagada, Juliana, don Bernardo y doña Augusta bebían sorbitos de sus copas de anís mientras conversaban. Se callaron de golpe en cuanto la muchacha apareció por la puerta.

Emilia se estremeció. Se suponía que al día siguiente su padre y su hermana irían a Cádiz a reunirse con las tías para asistir a la reunión de «tratos» donde se negociarían las condiciones del matrimonio de Juliana. Entonces, ¿qué hacía allí doña Augusta? La mirada se le fue a un moderno sombrero masculino tipo hongo que no pertenecía a su padre y que alguien había dejado olvidado sobre una silla.

—Emilia, por fin llegas —la saludó su tía.

Sin darle tiempo a responder, la dama se puso de pie y se le acercó para quitarle el sombrero, el bolso y la sombrilla, al tiempo que le susurraba con disimulo:

—Querida, espero que entres en razón.

A lo que la joven respondió en voz alta:

—Si está usted aquí por el asunto de mi primo, pierde el tiempo, tía Augusta.

La viuda se llevó la mano libre al doble collar de perlas naturales y torció el gesto.

—¿Quieres que te repita que, cuando tu padre fallezca sin herederos masculinos, Enrique va a heredar todo el patrimonio familiar? Palacetes, fincas, viñas y ese campo por el que tanto te gusta pasear. ¿Te da igual que otra mujer sea la dueña y señora de todo esto? Una extraña…

Emilia la miró solo a ella.

—¡Se trata de su hijo, tía! ¡Un hermano para mí! —argumentó.

—¿Volvemos a lo mismo? —se sulfuró la viuda tratando de mantener los nervios bajo control—. ¿Tu amiga Adela no se casó el pasado mes de marzo con su primo? ¿Acaso te pareció mal? No,

¿verdad? Pues no te creas tú más especial que el resto.

Emilia negó con la cabeza.

—No es lo mismo, Ricardo es un primo lejano de Adela y apenas lo conocía. Yo prácticamente me he criado con Enrique.

—Qué hija más terca tienes, Bernardo. —La mujer se volvió hacia su hermano buscando apoyo, pero él se encogió de hombros. O era una táctica del terrateniente para que Augusta se relajara o, como Emilia temía, había decidido dejar el asunto en manos de las dos mujeres.

Doña Augusta hizo sonar la campanilla e inmediatamente se presentó en el salón Purita, que suspiró aliviada al ver a su ama sana y salva, aunque parecía temer una regañina. Doña Augusta se limitó a entregarle las prendas de Emilia para que se hiciera cargo de ellas.

—Tía, no sé qué opina Enrique de todo esto, pero... —siguió la joven Espinosa.

La gran dama no la dejó terminar.

—¿No sabes qué opina Enrique? Eso tiene fácil solución. Te está esperando en el invernadero.

Por el sombrero masculino, Emilia ya había intuido que su primo estaba de vuelta, no obstante, su corazón aceleró los latidos. Hacía meses que no veía a su compañero de charlas, paseos y partidas de ajedrez y lo cierto era que lo echaba de menos, pero ahora no sabía cómo comportarse con él.

—¿En... en el invernadero? —preguntó. Le resultaba raro el lugar escogido, puesto que las flores le provocaban tantas molestias que solía evitar los espacios cerrados y atestados de macetas.

—Sí, quiere hablar contigo a solas. No lo hagas esperar más, por favor.

—Está bien —concedió Emilia.

De día, la entrada al jardín le pareció un portal hacia el bosque encantado de Titania y las estatuas le resultaron entonces menos siniestras que por la noche. Las ninfas, los angelotes y hasta el gran Hércules con su capa de piel de león se le antojaron divertidos. Esta

vez, sus pasos no la llevaron hacia la verja, sino hacia el hermoso invernadero francés construido en hierro forjado y vidrio que se situaba a la derecha. Enrique sabía que era uno de sus lugares favoritos de la casa. ¿Lo habría elegido para su cita por esa misma razón?

«El primo está loco por ti». La voz de Marga la atormentaba y ella la apartó de su mente una vez más.

«No. No puede ser».

La quietud del ambiente la ponía aún más nerviosa y ni siquiera Piti se atrevía a piar en su jaulón. En otros tiempos, habría corrido al encuentro de su primo y se habría arrojado a sus brazos para que él la asiera de la cintura y la hiciera dar vueltas a su alrededor. Ahora caminaba despacio y dubitativa. Imaginar sábanas bordadas con una doble «E» le producía rechazo. Ojalá Enrique estuviera de acuerdo con ella y considerara su compromiso una completa insensatez.

Abrió la puerta de cristal y lo halló sentado en el exquisito sofá de mimbre con cojines a rayas rosadas y blancas; sostenía entre las manos un tiesto de cerámica con peonías y las estaba oliendo. Al verla, se puso en pie cuan alto era y dejó las peonías en la mesita de té reprimiendo un estornudo.

Los dos hablaron a la vez.

—Emilia…

—Enrique…

La joven tenía que reconocer que su primo era un hombre muy apuesto. Más alto que la mayoría, con un cuerpo firme y el cabello trigueño a juego con el bigote y las patillas. Lucía un impecable traje de chaqueta gris claro que combinaba con chaleco y corbatín en tonos más oscuros. Un conjunto que resaltaba el color de sus ojos; exactamente el mismo que el del abuelo Bernardo… y el mismo que los suyos. Una señal más de que eran familia, de que un matrimonio entre ellos no auguraba nada bueno.

Y no solo coincidían en eso. Para colmo, y como si los astros hubieran estado al corriente de los deseos de la tía Augusta desde

tiempos ancestrales, los dos habían nacido el mismo día de octubre, pero con cuatro años de diferencia, lo que había favorecido que en la infancia y adolescencia compartieran juegos, risas y peleas. Como aquella vez que Enrique la arrastró de las trenzas por la alfombra de la casa de tía Augusta y ella, en venganza, le propinó una fuerte patada en la entrepierna que lo dejó indispuesto durante varios días.

Emilia guardó silencio para cederle la palabra y él la invitó a sentarse. Ella tomó asiento en un extremo del sofá de tres plazas, esperando que él lo hiciera en el otro, sin embargo, el joven médico se situó demasiado cerca; tanto que la muchacha podía percibir su aroma a jabón de afeitar de almendras. Durante unos segundos, ninguno de los dos supo qué decir. Enrique alzó la mano hacia uno de los bucles castaños que caía sobre el hombro de la joven.

—Tenías una hoja enredada en el pelo —se excusó ante la mirada fría de su prima.

—Gracias —contestó ella y bajó la cabeza.

—Vienes de pasear por la arboleda de Santa Ana, ¿verdad? Te encanta desde que eras una niña…

Ella fingió una sonrisa.

—Las musas me susurran entre los árboles.

—Sí, lo sé.

De nuevo el silencio tendió un tupido velo sobre ambos.

—Te… te he traído un pequeño obsequio de Roma —anunció él sacando una figurita del bolsillo interior de la chaqueta. Emilia la aceptó; era una representación de Minerva, la diosa romana de la sabiduría y de la guerra, con casco, escudo y lanza—. Me he acordado mucho de ti durante el viaje, Emilia. Te habrían encantado las capitales europeas, especialmente la Ciudad Eterna.

—Supongo que sí… —coincidió ella—. Lástima que a las mujeres no se nos permita estudiar en la universidad, y menos, hacer un viaje de fin de curso con las amigas.

Él frunció el ceño ante el comentario, pero no dijo nada al respecto. Cambió de tema.

—Mañana he de partir hacia Sevilla —la informó—. Tengo que gestionar un asunto relativo a las propiedades que mi padre me legó en la ciudad y que me mantendrá ocupado durante varios días. —Con un suspiro dejó entrever que el asunto le provocara hartazgo—. Y a la vuelta tendré que comenzar con la especialización en cirugía médica. Estaré muy atareado. Por eso… —vaciló; su nariz cada vez se percibía más roja e irritada—. Por eso, antes de mi marcha, quería decirte que… que nuestro compromiso no es algo a lo que me sienta obligado. Mi corazón late por ti desde hace años, querida prima. Mis sentimientos no solo son nobles, sino ardientes.

Algo en su tono arrebatado la convenció de que era cierto, de que lo del matrimonio no había sido tanto idea de su tía como de él; igual que cuando se encaprichaba de alguna de aquellas peonzas de madera cuando era niño y no paraba de berrear hasta que su madre se la compraba.

—Enrique, por favor —le pidió ella con la mirada clavada en las peonías.

Visualizaba sin pretenderlo aquel día del verano pasado, cuando, paseando a caballo por la finca se cayó y se lastimó el hombro. Con qué facilidad se había deshecho entonces del corpiño y con qué delicadeza él le había sostenido el brazo para examinarla. Imaginarse en ropa interior y corsé delante de su primo, ahora la ruborizaba sobremanera. ¿Cómo había podido estar tan ciega?

—Por favor, ¿qué?

—Somos primos —dijo enfrentándolo.

Los ojos de Enrique mostraban un aspecto vidrioso y su nariz parecía a punto de estallar en llamas. Emilia no sabía si se debía a la emoción, al deseo contenido o al polen.

—Qué importa eso, Emilia —respondió tomando sus manos, que besó repetidas veces antes de llevárselas al corazón—. Estoy enamorado de ti. ¿Es que no te habías dado cuenta? Te complaceré en todo, lo prometo. Seré el mejor esposo que puedas imaginar.

Sentir el latido fuerte y frenético de aquel hombre al que parecía

ver por primera vez, la turbó. ¿Y si le daba una oportunidad? Ambos tenían gustos parecidos, una sensibilidad especial. Gozaban de los juegos de mesa, de las charlas, de los paseos por el campo, de la lectura… Compartirían una gran biblioteca y la harían crecer. Tendrían hijos hermosos de ojos grises.

—Bésame —le pidió ella de repente.

Nunca se le hubiera pasado por la cabeza que su primer beso se lo daría él. A Emilia se le ocurría otra opción mucho más apetecible, pero la vida era caprichosa y ahora se encontraba en esta tesitura. Tenía que hacer la prueba de fuego; debía concederle al menos eso, aunque solo fuera por hacerle caso a Marga.

Enrique no se lo pensó dos veces: se inclinó hacia ella, acunó su rostro entre las manos y la besó con fogosidad. Al roce de sus labios, un sentimiento de intensa repulsa se apoderó de Emilia. Era como besar a su tía Augusta. Abrió los ojos en mitad del beso y vio la nariz, la misma nariz del abuelo, pero hinchada y enrojecida, demasiado cerca de ella. El bigote rubio, aunque pulcramente recortado, le hacía cosquillas y le provocaba ganas de reírse. Cuando Enrique trató de profundizar el beso, la dama apretó los labios.

Él intentó forzar la situación, pero al fin, desistió.

—Has apretado los labios —hizo notar, jadeante.

Emilia se puso de pie y el heredero de los Espinosa estiró una mano hacia su falda para retenerla, pero la tela resbaló como el agua bajo su contacto.

—¿Es que no has sentido asco? —le preguntó ella.

—¿Asco? —La ofensa contrajo el rostro del joven médico—. ¿Cómo puedes decirme semejante cosa, Emilia?

—Esto no tiene razón de ser, Enrique. ¿No lo ves?

La joven se dirigió a la puerta del invernadero, que, por decoro, había dejado abierta al entrar, y su primo se incorporó con ademanes marciales para hablarle con el tono de quien está acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

—No te irás, Emilia. ¡No me dejarás!

Ella se giró un momento.

—No te dejaré porque nunca hemos estado juntos, Enrique.

Él cambió su expresión severa por una cargada de rencor.

—Pensaba satisfacerte en todo, mi hermosa prima. Ibas a pasear a tus anchas; sola, si era lo que querías. No te iba a imponer damas de compañía. Incluso te iba a dejar escribir esos relatos tuyos tan estrafalarios…

Quien mostró severidad entonces fue Emilia, que antes de abandonar el invernadero, manifestó:

—No sabía que necesitara tu permiso para seguir haciendo lo que siempre he hecho y siempre haré, ya sea soltera o casada. Que te vaya bien por Sevilla, Enrique.

Comenzaba a soplar un viento del norte que auguraba el fin del verano y la muchacha echó de menos un chal sobre los hombros. Caminó a paso ligero hacia la casa, de fondo, la acompañaban los sonoros estornudos de su primo.

9. Actual calle de la Plaza, donde se ubicaba la antigua plaza de abastos.

19

Emilia llevaba un buen rato encerrada en su habitación cuando su tía Augusta abrió la puerta de golpe y la sobresaltó.

—Márchate —ordenó la viuda a Marcela de malos modos.

La doncella personal, que guardaba las medias limpias en los cajones de la cómoda, obedeció en el acto y abandonó la habitación cerrando la puerta con sigilo.

—¿Se puede saber qué le has hecho a tu primo para que ni siquiera desee quedarse a almorzar? —preguntó con las venas de su cuello delgado y nervudo inflamadas—. Ha tenido que ser muy grave porque…

Emilia, tumbada en la cama mientras se pasaba la figurita de Minerva de una mano a otra, confesó con hastío:

—Lo he besado en los labios.

El desconcierto se apoderó de doña Augusta. Ningún enamorado se hubiera puesto así de furioso al ser besado por el objeto de su amor, más bien al contrario. Tenía que haber ocurrido algo más.

—¿Y me lo dices así, tan fresca? —inquirió la gran dama alzando las cejas, lo que provocó que su frente se arrugara como un acordeón. Doña Augusta no era, en realidad, una mujer mayor, pero al verla daba la impresión de que le sobraba piel, o de que había perdido peso de manera abrupta, cosa que nunca había sucedido—. Besarse aprovechando que no hay carabina es un comportamiento indecente, jovencita. No debimos dejaros a solas —siguió diciendo como para sí —. ¿Y se puede saber por qué está molesto mi hijo? ¿Tan espantoso fue el beso?

Emilia no apartó la mirada de la diosa de la sabiduría.

—Digamos que no fue lo que esperábamos y así se lo hice saber —explicó—. Si no puedo ni darle un beso a mi futuro esposo, evidentemente no debería casarme con él.

Doña Augusta se llevó una mano enguantada a la frente, exasperada.

—¡Habrase visto cosa más ridícula! ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? Mi difunto marido padecía de halitosis y no por eso lo rechacé.

Por fin, Emilia se incorporó y quedó sentada en la cama para enfrentar a la dama desde la distancia.

—Compréndalo, tía. Yo no soy usted.

—¡Está claro que no! —le espetó.

La joven observó entonces el rostro de la mujer en el espejo ovalado del tocador y, por un instante, le pareció que había dos tías Augustas en la habitación. Dos gemelas atosigándola desde ángulos distintos para acorralarla.

—¡Esas ideas románticas que te meten en la cabeza todos esos libros que lees acabarán contigo, Emilia! —siguieron diciendo la mujer real y su reflejo—. Porque, déjame decirte que si esperas a enamorarte para casarte, te quedarás para vestir santos. Con toda la gente que hay en el mundo, ¿crees que vas a tener la suerte de cruzarte con el amor de tu vida? No es tan fácil, por no decir imposible. Además, aunque lo encontraras, ese hombre tendría que reunir una serie de requisitos para convertirse en tu esposo: ser un caballero, gozar de una holgada posición económica y social, poseer una reputación respetable que encumbre el nombre de la familia... ¿Quieres que siga?

Emilia dejó la figura de escayola sobre la cama, se puso de pie y caminó hacia doña Augusta, lo que hizo desaparecer a su reflejo. Su tía volvió a ser una. Se evaluaron con la mirada.

—No. No hace falta. A lo mejor yo no deseo casarme, tía —contestó la joven.

Pero la gran dama todavía tenía más frases lapidarias en su repertorio y no pensaba marcharse sin decírselas todas.

—Eso crees ahora que eres joven, pero los años caerán sobre ti en tromba —sentenció—. Cuando te des cuenta estarás arrugada, vieja y fea habrás perdido lo único que tenías para ofrecer y entonces ningún hombre te querrá y ya ni hijos podrás concebir.

«Lo único que tenías para ofrecer», se repitió Emilia. Como si su intelecto, su sentido del humor, su personalidad y su forma de ver el mundo no contaran en absoluto. Como si solo fuera una cáscara vacía con un vientre para fabricar hijos.

—¡Pues que no me quieran! —gritó más fuerte de lo que le habría gustado.

La tía Augusta hizo lo que llevaba tiempo deseando hacer: le propinó un guantazo con su mano huesuda que le dejó a Emilia la red del guante marcada en la mejilla.

—Muy bien. No te insistiré más —dijo después con indiferencia—. Pero recuerda mis palabras, Emilia, porque llegará un día en que lamentarás la decisión que has tomado. Y, por supuesto, Enrique no se va a quedar soltero. Ya le buscaremos una esposa a su altura y te tocará compartir con ella todo esto que ahora crees tuyo.

Emilia, con la mano cubriéndose el rostro, abandonó la habitación y bajó corriendo a refugiarse en la biblioteca, vacía en aquel momento. Su abuelo la miró desde el cuadro y ella deseó que estuviera vivo para que le diera la razón. ¿O acaso aprobaría su matrimonio con Enrique? «Mis abuelos eran primos», había dicho su padre. Se llevó la mano al cuello y abrió el relicario de oro para contemplar el retrato en miniatura de uno de los óvalos. La bella Catalina le devolvía una sonrisa melancólica. «Y usted, madre, ¿qué pensaría de todo esto?», se preguntó. Era absurdo. Nunca sabría la respuesta, pero tenía clara una cosa: si su progenitora y su hermano no hubieran muerto en el parto, no se vería en la tesitura de tener que aceptar a su primo como esposo. Su padre contaría con un heredero varón y su madre… su madre intercedería por ella para procurar su felicidad, como siempre había hecho.

Se dejó caer en la silla del abuelo y poco después oyó los cascos de los caballos de un carruaje que se alejaba a toda prisa. Tía Augusta y Enrique abandonaban Chiclana.

20

Emilia escribió durante horas para sacar toda la ira que llevaba dentro después de aquel guantazo que le había provocado más dolor emocional que físico. Cada vez tenía más que contar sobre una familia a la que, en lugar de Espinosa, llamaría «Estrada», y de una protagonista que, en lugar de Emilia, se llamaría «Elisa». En su obra intentaría plasmar no solo las costumbres de una época, sino también la injusticia social, las diferencias entre mujeres y hombres, entre ricos y pobres, así como tantos otros temas que le apetecía denunciar. Sería su vía de escape.

Al día siguiente, por descontado, se negó a acompañar a Juliana y a su padre a Cádiz. Ni le apetecía asistir a esa reunión en la que se decidiría el destino de su hermana, ni mucho menos encontrarse con la tía Augusta.

Cayó la tarde, cerró el cuaderno que le había regalado Álvaro y en vez de pedirle a Purita que la acompañara a la calle, se escabulló de la casa por la parte de atrás y se fue sola a pasear por la huerta de las Delicias. Algunos transeúntes se detuvieron a observarla con extrañeza, preguntándose adónde iría una señorita como ella sin compañía, pero los ignoró, ofuscada.

¿Dónde viviría el muchacho? Lo desconocía, pero sí sabía a quién podía preguntar. A duras penas llegó hasta la choza de doña Rosalía y, en cuanto oyó su voz, la anciana la recibió de muy buena gana. Emilia se disculpó enseguida por haberse presentado con las manos vacías, pero la señora le contó que Manuela, la tía de Álvaro, ya le había llevado potaje y frutas.

—Ahora lo que me apetece es la compañía —le confesó—. Estoy siempre tan sola… ¿Sabe? A veces Álvaro me lee un poco. ¿No traerá usted algún libro consigo, verdad?

Lo cierto era que sí. Emilia rara vez salía de su casa sin papel para escribir y un libro para leer. En la soledad de la choza, la señorita se sintió en confianza y le habló a la anciana de su secreta afición por la escritura, y aunque se negó a leerle alguno de sus textos, sí accedió a entretenerla con las palabras de un autor de renombre como Benito

Pérez Galdós. Llevaba unos días leyendo *Cádiz*, el octavo episodio nacional, y esperaba que a Rosalía le resultase tan ameno como a ella.

Un buen rato después, alguien abrió la puerta a su espalda.

—«La vida consiste en mil mudanzas dolorosas» —leía Emilia, a pesar de que las pisadas se aproximaban a ella—, «y el que confía en la perpetuidad de los sentimientos que le halagan es como el iluso que, viendo las nubes en el horizonte, las cree montañas, hasta que un rayo de luz las desfigura o un soplo de viento las desbarata».

—Ay, qué bien escribe ese Galdós y qué bien lee usted, señorita —comentó la anciana, que de sobra sabía que alguien más acababa de unírseles a la reunión.

Álvaro carraspeó para hacerse notar.

—Con qué facilidad me ha sustituido, doña Rosalía —comentó en tono jocoso.

Emilia y él se miraron y se perdieron el uno en el otro durante unos segundos.

—Emilia —susurró a modo de saludo.

—Álvaro —le contestó ella.

—Nada de sustituir —negó la anciana—. ¡Qué alegría teneros a los dos aquí! ¿Por qué no me leéis un poco cada uno?

Los jóvenes se sonrieron ante la expectativa de compartir un rato juntos, así estuviera la señora de por medio, y Emilia le cedió el libro a Álvaro con un asentimiento. Como no había más sillas que la de Rosalía, ella estaba apoyada en la mesa y él se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—«…con estas palabras, que encerraban profundad verdad, la Condesa me estaba matando» —leía él un rato después, con voz suave y cadenciosa—. «Parecíame que mi alma era una hermosa tela, y que ella, con sus finas tijeras, la cortaba en pedacitos para arrojarla al viento».

Emilia estaba absorta en el relato. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto escuchando a alguien leer y podría haber permanecido en la

misma incómoda postura durante horas. Fue Rosalía quien rompió ese momento tan especial al evocar sus vivencias en la época del asedio de Cádiz, el tema del que trataba el libro.

—Hace sesenta y seis años de aquello y nunca podré olvidar la entrada del ejército de Napoleón en Chiclana. Venían a caballo, con sus uniformes brillantes y sus sables, creyéndose los dueños de todo esto. Enseguida instalaron su fuerte en el cerro de Santa Ana y convirtieron la Iglesia Mayor en caballeriza. Una terrible profanación —dijo besando un rosario que extrajo del bolsillo de su saya—. Yo por entonces apenas era una chiquilla, pero Anita, una de mis hermanas mayores, que trabajaba como criada en la casa de doña Frasquita Larrea, lo vivió todo de primera mano. ¡Allí alojaron al mismísimo general Villate! Menos mal que ese caballero nunca se condujo mal con ellas.

—No me diga. ¿Entonces su hermana conoció a doña Frasquita, la escritora? —Emilia estaba emocionada. Frasquita Larrea fue la madre de Fernán Caballero, y hablar con alguien que la hubiera conocido en persona le resultaba increíble—. ¿Usted la vio alguna vez?

—Sí, alguna vez. A pesar de su posición, era una señora muy campechana. Me caía bien.

Emilia le habría hecho mil preguntas más, pero de repente la anciana parecía agotada. Les pidió que la acompañasen al camastro, en una esquina de la choza, y cuando ya se iban, a Álvaro se le ocurrió poner a la anciana en un aprieto pidiéndole que confesara qué narrador le había gustado más.

—¡Esto no se hace! —se quejó la mujer, ya recostada—. Uno iba para orador y la otra es escritora… ¡Los dos sois muy buenos!

Los dos contestaron a la vez:

—Yo no iba para orador…

—Yo no soy escritora…

Soltaron una carcajada cómplice y se despidieron de ella hasta la próxima ocasión. Álvaro se ofreció a acompañar a la señorita un

trecho y, esta vez, ella aceptó.

—Doña Rosalía es una caja de sorpresas, ¿verdad? —comentó él por el camino—. Además, su memoria es asombrosa. Es de las pocas personas que quedan en Chiclana que aún recuerdan los tiempos de la ocupación francesa.

—Es fascinante —coincidió Emilia—. Siento predilección por todo lo que tiene que ver con aquella época.

Se hizo el silencio entre los dos. Sus brazos se rozaban al caminar.

—Entonces, ¿qué? ¿Me vas a dejar leer algo tuyo? —le preguntó el jornalero, que se había detenido bajo la sombra de una de las incontables moreras de la huerta de las Delicias—. Lo digo porque mi tío ha salido y podría aprovechar para enseñarte a vendimiar en su campo.

—¿Iba en serio lo de enseñarme a vendimiar? —dudó ella, riéndose.

—Pues claro; siempre hablo en serio, Emilia. —La miró con intensidad y luego le hizo un gesto con la mano—. Venga, déjame el cuaderno.

Y sin saber cómo ni por qué, la joven dama lo extrajo del bolso y se lo tendió. Dejarle un texto suyo a alguien era como abrirle las puertas de su mente. Se sintió vulnerable. Era como permitir que la observase mientras dormía con el riesgo de decir algo indebido en sueños.

Él lo tomó, lo abrió con delicadeza —casi como si abriera una biblia — y comenzó a leer en silencio. Al principio su rostro reflejaba serenidad, pero después de pasar varias páginas se dedicó a hacer morisquetas con la cara. Alzó las cejas, estrechó los ojos, abrió la boca, la cerró. Emilia se dio cuenta de que estaba bromeando.

—Vamos, no seas tonto. ¿Qué te parece? Habla.

—Pues, a ver, no soy ningún crítico literario —reconoció él—, pero he leído lo bastante como para emitir una opinión fundamentada y estoy seguro de que tu relato es muy prometedor.

—¿De verdad? ¿No son extravagancias de una jovencita tonta? —

Enrique había calificado sus relatos de «estrafalarios».

—No. Me gusta cómo retratas el paisaje de Chiclana y cómo estas descripciones reflejan el estado de ánimo de la protagonista. Me gustan tus frases breves, que te dejan con ganas de más. Creo que tienes talento, Emilia. Lo digo en serio.

—Solo estoy aprendiendo —declaró ella, ruborizada.

¿Por qué con él era todo tan fácil? ¿Por qué podía ser ella misma?

—No te infravalores. Lo haces muy bien. —Le tendió el cuaderno y le rozó los dedos—: Gracias por dejarme leerlo.

Ella tomó el cuaderno de vuelta y sonrió.

—Ahora me toca a mí cumplir con mi parte del trato —determinó él —. Ven conmigo.

Álvaro la cogió de la mano y ella se dejó llevar muerta de la risa mientras decía: «estás loco». Se detuvieron a la altura de la calle Luna y se adentraron en un terreno privado cercado por un murete. Emilia sintió un escalofrío. ¿Se atrevería a estar a solas con un hombre en el interior de una finca desconocida?

«No puedes hacerlo, eres una señorita de bien», le dijo su propia voz con un tono angelical y recriminatorio.

«Déjate llevar. Es ahora o nunca», se animó a sí misma con una inflexión más seráfica.

Y no supo a cuál de las dos voces haría caso hasta que cruzó la puerta de entrada.

Porque sí, entró.

Sería su manera de rebelarse contra el destino que querían imponerle. Merecía tomar sus decisiones en libertad; porque creía en la igualdad entre hombres y mujeres, igual que esa Mary Wollstonecraft, que había sido capaz de vivir de la escritura y sola en el Londres de finales del siglo XVIII.

«¿Por qué no? Si ella pudo elegir su vida, tú también puedes», seguía diciendo su lado más rebelde.

Precisamente de la escritora inglesa había aprendido que las

mujeres no eran inferiores a los hombres por naturaleza, sino porque recibían menos formación. Emilia lo había comprobado en su día a día, puesto que mientras a su primo le habían costeado la carrera de Medicina, a ella solo la habían enseñado a bordar y a relacionarse en sociedad. Y aunque su padre viera con buenos ojos su afición a la escritura, no dejaba de considerarla un pasatiempo. Cuántas veces se había preguntado si, aun sin la instrucción adecuada, sería capaz de escribir algo tan impactante como *Frankenstein,* de Mary Shelley.

Su versión díscola había ganado la batalla y, sin embargo, las piernas le temblaban mientras caminaba detrás del muchacho. Su tía Augusta tenía razón al decir que no le iba a la zaga a Marga en cuanto a indocilidad, pues, cada una a su manera, las dos se resistían a las imposiciones sociales.

—Tranquila, mi tío ha ido a la bodega a hacer una entrega y mi tía está planchando la ropa de los Vega-González —dijo al verla dubitativa—. Tardarán en volver.

Emilia no sabía qué le provocaba más intranquilidad, si el hecho de que sus tíos estuvieran en el domicilio o que no. No obstante, se dejó guiar por Álvaro, así la estuviese llevando al infierno.

La casa era pequeña y las tierras ni de lejos poseían las dimensiones de las de la finca Espinosa, pero se notaba que quien las trabajaba entendía de viticultura. Los campos se veían cuidados, las vides vigorosas, los aperos de labranza recogidos y bien organizados. Álvaro la llevó hasta las hileras de cepas y la animó a agacharse junto a él, advirtiéndole que no se acercara demasiado a la planta para que no sufriera arañazos.

—No puedo creer que vaya a hacer esto —reía ella. Él parecía concentrado.

Emilia se deshizo de los guantes de redecilla y del sombrero y los dejó a un lado, en la tierra. Los dos tomaron posiciones junto a la cepa y Álvaro le cogió las manos. Ella se estremeció con el contacto. Sentía las suyas demasiado suaves en comparación con las de él, más toscas y morenas, pero el roce de los dedos le resultaba cálido y agradable, casi sensual. Su piel, siempre protegida del sol, se veía

pálida y tan fina que las venas de las muñecas se le transparentaban. Se preguntó qué pensaría Álvaro de ella. ¿La consideraría frágil y torpe? El vendimiador se inclinó sobre la vid y fue guiando sus manos a la par que explicaba:

—Esta parte gruesa que brota de la tierra es el tronco, que se abre en estas dos partes más estrechas que son los brazos. Esto de aquí es un pulgar —explicó, haciendo que rodeara una especie de rama corta y gruesa, que, en efecto, parecía un dedo pulgar—. Del pulgar salen los brotes y de los brotes, las yemas. —Hizo que palpara unas pequeñas protuberancias—. Y esto de aquí —señaló tocando con ella un racimo que no había sido arrancado— son los gajos, es decir, los grupos de uvas que componen el racimo.

Emilia se sintió voluptuosa dentro del corsé, que, de repente, le apretaba más que nunca. Los latidos de su corazón se habían acelerado y la sangre circulaba a toda velocidad por sus venas.

—Y... ¿cómo se sabe que la uva está lista para recoger? —preguntó por cortar la tensión del ambiente—. Oigo mucho aquello de que «la uva ya está en su punto», pero no sé a qué se refieren.

—Ah, sí, claro. —El muchacho arrancó unas cuantas uvas y señaló la raspa que quedaba en medio—. Esto es el escobajo. Hacia principios del mes de septiembre se vuelve oscuro y la uva se rinde. Eso nos indica que es el momento de vendimiar.

Emilia, exaltada, soltó una carcajada nerviosa.

—¿Qué quiere decir eso de que la uva «se rinde»? Es una expresión muy divertida.

Álvaro sonrió de medio lado, con cierta malicia.

—Significa que la uva se vuelve... blanda y dulce; que se deja coger.

Los dos se miraron. Sus respiraciones se entremezclaban. No se sabía dónde terminaba el aliento de uno y empezaba el del otro. Sin previo aviso, él inclinó la cabeza y pegó su frente a la de ella con suavidad.

—Emilia, sé que no debería decírtelo, pero... me gustas mucho —confesó.

Ella sintió que las mejillas se le incendiaban. Se puso de pie en el acto y le dio la espalda sin decir nada.

—Lo siento —siguió él—. Sé qué lugar ocupo en el mundo. No tengo nada que ofrecerte, salvo estas manos para trabajar la tierra. Pero no puedo callarlo más. Cada día me levanto pensando en si me encontraré contigo, en si podremos hablar, aunque solo sean… unos minutos. Es una especie de obsesión. Y cuando estamos juntos, el tiempo pasa muy deprisa, y entonces, te vas.

—No sigas, Álvaro —le pidió ella sin mirarlo.

—A veces te noto cerca de mí y creo que sientes lo mismo que yo; pero otras veces te percibo distante y lejana y no sé qué pensar. —Él también se puso de pie y estiró una mano hacia su hombro sin llegar a tocarlo—. Dime algo, Emilia. Por favor, no me dejes así.

La joven dama se volvió y lo miró largamente. Sus ojos se centraron en su boca; en esa boca que parecía dibujada sobre la mandíbula de líneas rectas. En esa boca que atesoraba una dentadura radiante con la que soñarían muchos caballeros de abolengo.

Tomó la iniciativa y recorrió la distancia que los separaba.

Ya no quería reprimirse más. El anhelo la consumía y tenía que hacer la «prueba del beso» con él. Tal vez eso la hiciera desistir de la absurda idea de buscar al vendimiador todos los días, de considerarlo una posibilidad.

Lo besó.

Y cuando sus labios se unieron, un estallido de sensaciones invadió su cuerpo: calor, placer, alivio, regocijo, hambre, ansia, calma. Álvaro la tomó de la cintura para atraerla y ella colocó las manos en la nuca de él, enredando los dedos en su cabello castaño. Los labios se sincronizaron a la perfección, húmedos, tímidos al principio, pero luego osados, briosos. Profundizaron el beso y sus respiraciones se aceleraron a la par que los pulsos cardíacos.

Marga tenía razón. O su criada Teresa. Quien fuera.

El beso era la prueba de fuego. De un fuego que los abrasaría y

terminaría por consumirlos, porque, una vez que habían probado el néctar de sus bocas, no podían dejar de tomar más y más el uno del otro. Las manos de Álvaro le ciñeron la cintura con fuerza y a Emilia se le clavaron las ballenas del corsé bajo los pechos. La dama emitió un breve quejido que el muchacho confundió con un suspiro de anhelo y descendió de su boca a su mandíbula y a su cuello, totalmente arrebatado. Sus manos grandes treparon por la espalda estrecha de ella y pegó su cuerpo al suyo como nadie lo había hecho jamás. Emilia deseó entonces liberarse de las corazas que la cubrían: de la polonesa, del polisón, de ese insoportable corsé, del cancán, de las enaguas; de todos esos artificios que impedían que Álvaro acariciara su piel como a ella le apetecía. Él pareció pensar lo mismo, porque susurró con voz ronca:

—Llevas demasiada ropa, Emilia.

Con los ojos entornados, el muchacho empezó a respirar más fuerte de lo normal y Emilia se asustó. Nunca había visto a un hombre tan falto de aire, salvo, quizás, después de una larga cabalgada o de una carrera, y temió por la vida de Álvaro. A lo mejor tenía una de esas afecciones respiratorias que causaban la muerte si no se intervenía a tiempo.

—Álvaro, Álvaro… —Él no la oía; solo tenía el raciocinio suficiente para devorarla—. Álvaro, para.

Al sonido de la palabra «para», él se separó de ella y la miró a los ojos. Su pecho subía y bajaba al compás de sus inhalaciones aceleradas.

—Álvaro, ¿estás bien? —preguntó la dama con la preocupación reflejada en el rostro.

Él, que recuperaba el resuello poco a poco, sonrió de medio lado mostrando sus hoyuelos.

—¿Que si estoy bien? Emilia… estoy estupendamente.

Ella se sonrojó y agachó la mirada.

—Estabas respirando muy fuerte. Creí que ibas a ahogarte —confesó.

Él soltó una carcajada.

—Sí, puede que me estuviera ahogando —reconoció—, pero te prometo que no estaba mal, sino todo lo contrario. No he estado mejor en mi vida.

Su sonrisa era franca y contagiosa y Emilia se relajó. Se dio cuenta de que le había dejado el pelo revuelto con sus caricias y supuso que ella no debía de ofrecer mucho mejor aspecto.

—Me gustas mucho, Emilia —repitió él, tomándola de las manos con ternura—. Qué demonios. Me vuelves loco. Es algo que no puedo controlar.

—Un hombre de Dios no debería mencionar a los demonios —se permitió bromear ella; quizás porque no sabía cómo responder a su efusividad. Nunca había creído que una mujer recatada como ella pudiera despertar esos sentimientos tan intensos en un hombre del atractivo de Álvaro.

—Ya no soy un hombre de Dios, Emilia. Soy… tuyo —le susurró en respuesta llevándose la mano de ella a los labios para besarla. Luego se la colocó sobre el pecho, un gesto que otro hombre había hecho no hacía mucho, pero que provocó en ella sensaciones muy diferentes.

La joven cerró los ojos unos instantes en los que le pareció oír sus latidos acompasándose poco a poco y se sintió correspondida, feliz, dichosa.

—¿Esto está mal? —cuestionó él, más para sí mismo que para ella —. ¿Está mal lo que siento por ti?

—No lo sé, Álvaro. No sé si está bien, pero yo siento lo mismo — admitió ella como si le doliera decirlo—. Pienso en ti a todas horas. Eres ingenioso, divertido, me haces reír, me ves de verdad, me ves *a mí* bajo todas las capas que me cubren. Y no me refiero a la tela… Me refiero a esta coraza que las jóvenes debemos mantener frente a los demás para ocultar nuestra personalidad y nuestros anhelos.

Él volvió a pegar su frente a la de ella.

—Entonces no puede estar mal, Emilia —susurró.

¿Que no podía estar mal? Que se lo preguntaran a su padre, el gran

don Bernardo Espinosa, que estaba obsesionado con pertenecer a la nobleza. O a su tía Augusta, que no veía un mejor partido para ella que no fuera Enrique. Que se lo preguntaran a sus amigos y conocidos, a todos esos burgueses que se creían los amos del mundo.

No, no estaba mal. Estaba terriblemente mal. Era un pecado capital. Una vergüenza. Un sinsentido.

—Creo que debería volver a casa —anunció ella—. No deberíamos estar aquí solos.

«A buenas horas lo reconoces», casi le gritó su parte más candorosa.

—Lo sé, esta maldita sociedad y sus prejuicios —aceptó él.

—Es la sociedad en la que nos ha tocado vivir.

Emilia se alisó la falda del vestido, cogió los guantes y el sombrero del suelo y se colocó este último sobre la maraña en la que se había convertido su peinado de bucles. Después, se ató el barboquejo debajo de la barbilla con una lazada. Álvaro, por su parte, se lanzó una breve mirada a la entrepierna para comprobar que su cuerpo estuviera volviendo a la normalidad, lo que sonrojó terriblemente a la dama. Emilia no sabía qué era lo que les sucedía a los hombres cuando se excitaban, pero ahora estaba segura de que tenía que ver con aquella zona concreta.

—¿Qué vamos a hacer a partir de ahora, Emilia? —preguntó él con afectación mientras caminaban de la mano dentro del recinto amurallado.

—No lo sé. Pero no lo pensemos en este momento, por favor —le pidió—. Ya tendremos tiempo de preocuparnos.

Al abandonar la parcela privada se soltaron las manos y mientras él la acompañaba hasta la plaza de la Escalereta, solo se atrevieron a rozarse los dedos meñiques cuando nadie miraba. Se despidieron casi sin decirse adiós y Emilia pensó que, en el fondo, ella era como las uvas. El escobajo de su corazón había cambiado de color y se había rendido al amor.

21

«Pecadora».

«Eres una pecadora», se repetía una y otra vez.

Desde que llegó a su casa, Emilia no dejaba de revivir en su mente la escena que había protagonizado con Álvaro en el viñedo de don Román y, entonces, la vergüenza y la culpabilidad se apoderaban de ella. ¿Cómo había podido ser tan descarada? Porque había sido ella quien lo había buscado a él y, después, quien había pegado sus labios a los suyos. ¿Y si sus actos tenían consecuencias? ¿Y si Álvaro la había dejado embarazada? A fin de cuentas, no tenía ni idea de lo que un hombre y una mujer tenían que hacer para traer hijos al mundo. A las jovencitas de su clase jamás les hablaban de lo que sucedía en las alcobas, y ella no tenía una madre a quien preguntarle. Seguro que Marga habría sabido informarla, pero estaba lejos y, en el fondo, Emilia no se sentía preparada para contarle que había hecho «la prueba de fuego» con uno de los peones de la finca.

«Las criadas hablan de estos temas con más libertad, sobre todo las casadas», le había dicho su prima. Y entonces se acordó de Purita. La empleada se había casado hacía unos meses y su doncella personal le había ido con el chisme de que quería encargar pronto un bebé, por lo que debía de estar poniendo en práctica toda suerte de artes amatorias.

Emilia esperó a que Francisca se marchara a ocuparse de otros menesteres para entrar en la cocina. Honoria cortaba cebollas para la cena y Puri fregaba el suelo de rodillas mientras tarareaba una coplilla propia de su tierra: «Para alcarrazas, Chiclana. Para trigo, Trebujena. Y para niñas bonitas, Sanlúcar de Barrameda»,[10] decía a viva voz.

—Purita…

—¿Sí, señorita? ¿Necesita algo? —preguntó la sirvienta, poniéndose de pie de inmediato—. ¿Quiere que busque a Marcela? Está… está arriba, en el cuarto de la costura, arreglando los bajos de un vestido de la señorita Juliana.

—No. No, es… No es con Marcela con quien quiero hablar, sino contigo.

La muchacha se retorció las manos.

—¿Hablar? ¿Es por lo del otro día? Lo lamento, señorita. Regresé a casa porque pensé que la encontraría aquí… Debí haberla esperado donde quedamos.

Honoria se las quedó mirando con suspicacia.

—No te preocupes… no es por eso. Mejor vamos a dar un paseo *a solas*. ¿Me acompañas?

—Por supuesto, señorita.

La criada dejó sus quehaceres, esperó a que Emilia se colocara el sombrero y los guantes y salieron juntas a la calle. El sol todavía brillaba. Bajaron por la cuesta de la Ribera del Río, dejaron atrás el Puente Grande y se detuvieron junto a la pasarela de madera, por la que en ese momento no cruzaba nadie. Las dos muchachas empezaron a hablar a la vez.

—Puri…

—Señorita…

La criada guardó silencio para que su ama iniciara la conversación.

—Puri. —Carraspeó—. ¿Cómo… cómo está siendo tu vida de casada? ¿Es lo que imaginabas?

El rostro de la sirvienta reflejó extrañeza cuando contestó:

—Sí, señorita. No me quejo. Me gustaría ver más a mi Joaquín, porque los dos nos pasamos el día trabajando, ¿sabe usted? Pero aprovechamos los pocos ratos que estamos juntos, ya me entiende —añadió, ruborizándose—. ¿Por qué lo dice?

Emilia asintió, pero lo cierto es que no entendía nada.

—Sé… sé que lo que voy a preguntarte es delicado, pero ¿podrías hablarme de cómo es la vida conyugal?

La sanluqueña se mordió la uña del pulgar.

—Ay, señorita, ¿a qué se refiere?

—Ya sabes, a lo que hacen un hombre y una mujer en la alcoba. A las señoritas nunca nos hablan de ese asunto y yo me casaré pronto. Además, a mi hermana también le interesa saber, pero es demasiado tímida como para preguntarte.

—Señorita, es que no sé qué decirle.

Emilia se acercó un poco más a ella y bajó el tono de voz.

—Seré más concreta. Para que una mujer se quede embarazada… ¿Basta con un beso en los labios y el roce de los cuerpos? —quiso saber.

La criada empezó a reírse a carcajadas, mostrando sin pudor sus paletas grandes y separadas.

—No, señorita. Para quedarse embarazada hay que hacer algo más que eso.

Puri se acercó entonces a su ama y le susurró al oído unas cuantas frases que provocaron el azoramiento de la dama, quien se separó con cara de espanto.

—¡Dios mío, Purificación! Jamás lo hubiera imaginado.

Emilia sacó su abanico del bolso y se echó aire en el rostro. La otra no podía dejar de reírse, lo que atrajo la mirada de unas damas que, en compañía de sus criadas, salían del palacete de los Aguilar-Falcó, en el número 18.

—Perdóneme, señorita, por favor. No me río de usted, no piense mal. Es que estos asuntos me dan la risa.

—Tranquila, a mí también me parece cómico.

Las encopetadas damas y su séquito continuaron su camino calle arriba en dirección a la plaza de la Escalereta, y la señorita siguió reflexionando en voz muy baja.

—Nunca pensé que un hombre y una mujer pudieran encajar de esa manera sus cuerpos —reconoció con las mejillas encendidas.

La empleada reía y reía con una risa contagiosa.

—¿Es que nunca ha visto usted a los perros de su finca cuando están en celo? ¿O a los caballos y a las yeguas? Es lo mismo.

Emilia se persignó igual que hubiera hecho su hermana Juliana. Lo cierto era que nunca había prestado demasiada atención al apareamiento de los animales, tal vez porque consideraba a las personas muy diferentes de aquellos. Ahora no estaba tan segura de las diferencias.

—Ya veo… Somos iguales a las bestias… —murmuró.

—Bueno, señorita… iguales iguales, tampoco. Nosotros le ponemos amor.

La dama no terminaba de asimilar la revelación de su empleada, pero se la agradecía con todo su ser. Aunque el miedo y el bochorno no habían desaparecido después de sus actos impúdicos, ahora sabía que era imposible que Álvaro la hubiera dejado embarazada porque, a pesar de los besos apasionados y de los abrazos encendidos, ella seguía siendo tan doncella como el día en que nació.

Su honra estaba intacta.

10. Copla recogida por Cecilia Böhl de Faber en sus *Cuentos y poesías populares andaluces*.

22

La organización, tanto de la fiesta de compromiso como de la boda de Juliana, iba viento en popa; no obstante, Emilia apenas participaba en las compras, en las pruebas y en las reuniones con el párroco. Rehusaba ir a Cádiz y se pasaba los días escribiendo y buscando excusas para encontrarse con Álvaro.

La casa de doña Rosalía se convirtió en el lugar idóneo para verse con él y ambos sabían que la anciana, aunque ciega, se había dado cuenta de lo que se traían entre manos. Sin embargo, la señora jamás les había llamado la atención al respecto. Al fin y al cabo, sus visitas le agradaban: los jóvenes le llevaban comida, le leían a Galdós, despotricaban contra Napoleón y le hacían compañía.

Durante días no volvieron a quedarse a solas y solo se atrevían a darse un tímido beso en la comisura de los labios al despedirse. Algunas noches, Álvaro había ido a verla por la parte de atrás del palacete, pero ella nunca le abrió la verja; primero, porque no tenía la llave, y segundo, porque las imposiciones sociales pesaban demasiado como para dejarse ver con un hombre en el jardín.

Una de aquellas noches, Emilia quiso hacerle un obsequio al que se había convertido en su novio secreto y a través de los barrotes le entregó un sobre que había recibido aquella misma mañana.

—Es verdad eso de que las cámaras fotográficas capturan el alma de las personas —afirmó el muchacho, contemplando la fotografía largamente—. Tu mirada melancólica me provoca deseos de comerte, liebrecilla. —Abrió la boca y la cerró de golpe, como un lobo que da una dentellada al aire.

—¡Tonto! —lo reprendió ella, que de haber podido le habría dado un tortazo en el hombro.

Álvaro le dio la vuelta al cartón y leyó el reverso:

—«Rafael Rocafull, calle ancha, veinticuatro». ¿Es el retratista?

—Sí, es un caballero muy peculiar y algunos no lo soportan, pero a mi padre le agrada —lo informó con una sonrisa—. Te encantaría ver su estudio.

Él asintió.

—Es el mejor regalo que me podrías haber hecho. Así se me hará más corta la espera para verte. —La tomó de la barbilla y la atrajo para besarla entre los barrotes. Cuando se separaron, su rostro reflejaba preocupación—. ¿La echarán en falta?

—No, mi padre me ha dicho que podía quedármela.

Él parecía pensativo.

—¿Sabes? Este es otro aspecto más que distingue a los ricos de los pobres. Vosotros podéis pagar el precio de la inmortalidad, al menos en cierta manera. Tenéis la capacidad de encargar un retrato al óleo o una fotografía y así ser recordados durante años o siglos. —Emilia visualizó el cuadro a tamaño real del abuelo Bernardo en la biblioteca —. Nosotros, en cambio, desaparecemos cuando morimos. Yo ya casi no recuerdo el rostro de mi madre.

Emilia se sintió mal. Tal vez no había sido buena idea regalarle la imagen. Él no tenía ningún retrato de su madre, mientras que ella solía llevar a la suya colgada del cuello, en el interior del relicario.

—Háblame más de ella —le pidió.

Álvaro agradeció el interés con una sonrisa triste y le contó que fue una joven alegre, cariñosa y de facciones delicadas y armónicas, y que probablemente por eso el señorito se fijó en ella. «En este mundo, más vale ser feo, hijo», le decía a menudo. «La belleza solo trae problemas: te impide pasar desapercibido y despierta envidias, celos y deseos».

—Recuerdo que sus manos estaban ásperas de tanto fregar los suelos, pero a mí me resultaban suaves y dulces. ¿Tiene sentido? — terminó diciendo.

—Sí, claro que lo tiene —coincidió Emilia, puesto que a ella le sucedía lo mismo con las de Álvaro—. Porque lo importante no es el aspecto de esas manos, sino las buenas acciones que se llevan a cabo con ellas. Cocinar, construir una casa, coser ropa de abrigo, arrancar frutos de la tierra, escribir un poema de amor, acariciar el rostro de un hijo…

Álvaro se emocionó.

—¿Lo ves? Y luego dices que no eres escritora —dijo.

Emilia se ruborizó y él le acarició la mejilla con infinita dulzura para luego deslizar las yemas de los dedos por sus labios.

—Te quiero, Emilia.

Los ojos de la muchacha se abrieron de par en par por la inesperada declaración de amor. Una cosa era que alguien te *gustara,* y otra, que lo amaras. Ella tampoco podía ocultar más sus sentimientos.

—Yo… yo también te quiero, Álvaro —confesó por fin.

La conversación terminó cuando gruesos goterones de agua barrosa empezaron a caer sobre ellos. Septiembre terminaba y se llevaba con él los días de sol y las noches cálidas.

Emilia echó a correr bajo la lluvia y se perdió en el interior del palacete. Tiritando de frío, subió las escaleras pensando en lo bien que estaría en unos minutos, cuando se acostara, se cubriera con su manta de lana y pudiera rememorar en silencio las palabras de Álvaro. «Te quiero…». Sin embargo, cuando abrió la puerta con el sigilo con el que solía hacerlo, se encontró a su hermana sentada en la cama con un candelero de bronce en la mano. La estaba esperando.

—¿De dónde vienes, Emilia Espinosa? —preguntó muy seria. Solo decía su apellido cuando estaba enfadada.

—De… —empezó, mientras su mente creativa fraguaba mil escenarios distintos. «Del excusado», «De la biblioteca», «De beber agua en la cocina».

—No mientas —ordenó la mayor con severidad.

Emilia sabía que cuando Juliana se ponía en su faceta de Guardia Civil, era imposible engañarla.

—De acuerdo. Estaba con alguien —admitió.

Juliana alzó las cejas. Resultó evidente que no había barajado la posibilidad de que su hermana menor mantuviera citas a escondidas.

—¿Con *alguien*? ¿Con quién? —exigió saber.

—Con un hombre.

—¡Emilia, por Jesucristo! —exclamó santiguándose con la mano libre—. ¡Y me lo dices así!

—Estoy… enamorada —reveló.

Emilia se sentía tan embriagada de amor, que en aquellos momentos no le hubiera importado gritarlo a los cuatro vientos. Juliana negó con la cabeza, visiblemente alterada.

—¿Y quién es el indeseable que se presenta aquí a estas horas? Desde luego, un caballero no es.

La menor admitió que no se trataba de un señor de su clase social, pero se negó a reconocer que era un vendimiador de la finca. Se dirigió a su cama bajo la atenta mirada de Juliana, se quitó la bata y se tapó, al fin, con la manta.

—¿Es que no vas a decir nada más? —inquirió la mayor.

—No.

—No seas descarada. ¡Pero cómo puedes estar viéndote con un donnadie! —Juliana se levantó, caminó hacia ella y la destapó con brusquedad.

Emilia la enfrentó.

—¡Y tú cómo vas a casarte con ese señor tan desagradable!

—¡Don Marcos es un caballero instruido y cortés!

—Sí, un caballero instruido y cortés, pero añoso, horrendo y, encima, flatulento.

Juliana la ignoró, como llevaba haciendo desde que aceptara la propuesta de matrimonio de su único pretendiente.

—Dime la verdad, ¿le has entregado tu honra a ese ganapán con el que te ves? ¿No habrás mancillado el nombre de la familia?

—¡No he mancillado nada! —gritó la otra volviendo a taparse y dándole la espalda sobre el colchón.

—¡Emilia! Con tu actitud pones en peligro no solo mi reputación,

sino también la de Marga e Isabelita. Si esto llega a saberse, don Marcos podría anular nuestro compromiso y…

—Tranquila, que te casarás con tu odioso marqués —musitó bajo la lana.

No les dio tiempo a más. Francisca abrió la puerta sin llamar. Llevaba su larga trenza de pelo canoso por encima del hombro y aquel ridículo gorrito que se ponía para dormir.

—He oído gritos. ¿Qué está pasando aquí? —preguntó antes de bostezar.

Juliana fue la más rápida a la hora de inventar una excusa.

—No te preocupes, Paca. Mi hermana ha tenido una de sus terribles pesadillas y la estaba despertando.

La mujer, más lúcida por momentos, dio un paso hacia el interior de la habitación y observó de manera intermitente a Juliana, de pie con el candelero en la mano, y a Emilia, acostada en la cama.

—Está bien. Pues ahora a dormir, muchachas.

Las dos jóvenes dijeron que «sí» al mismo tiempo y el ama de llaves abandonó la habitación.

Ninguna se atrevió a pronunciar una palabra en lo que restó de noche, y, aun así, apenas durmieron.

23

A la mañana siguiente, Juliana amaneció muy débil. Apenas podía mover las piernas y se sentía extenuada, como si acabara de llegar de un largo viaje. Estaba sufriendo otra de sus recaídas y todos en la casa se volcaron con ella. Marcela le trajo el desayuno a la cama, y ella y Francisca la visitaron por turnos durante todo el día. No obstante, la que no se separó de su lado en ningún momento fue Emilia.

La más joven de las Espinosa se sentía culpable porque sabía que su discusión de la noche anterior había alterado demasiado a su hermana y era la causa de su estado.

—Lo siento, Juliana —se disculpó cuando por fin estuvieron a solas.

—No seas boba, tú no tienes la culpa de mi enfermedad —dijo la otra, que dio un pequeño bocado al piñonate que le habían llevado para la merienda.

El aroma que emanaba del dulce era delicioso: a canela, ajonjolí, clavo, anís, cáscara de naranja y, por supuesto, a piñones. Y, sin embargo, la muchacha no tenía apetito.

—Sí que la tengo. Te llevaste un buen disgusto por lo que te conté —insistió la menor.

—Sí —reconoció la otra—, pero no es solo eso. Estoy fatigada con el asunto de la boda. Son demasiados detalles a tener en cuenta.

—Lo sé, y yo no he cooperado en nada, pero eso cambiará a partir de ahora. Iré contigo de compras; te ayudaré a bordar, a hacer esos aburridos centros florales, lo que haga falta —le prometió.

Juliana sonrió después de muchos días sin hacerlo y pareció que mejoraría pronto, pero no fue así. Los días pasaron y la joven seguía sin fuerzas, por lo que las tías Augusta y Prestola decidieron retrasar la fiesta de compromiso hasta mediados de octubre. El cumpleaños de Emilia y de Enrique sería el día dos y tampoco celebrarían el convite acostumbrado, aunque don Bernardo insistió en organizar una pequeña merienda familiar en el palacete y le dio permiso a

Emilia para que invitara a algunas de sus amigas más íntimas. A fin de cuentas, no todos los días se cumplían veinte años.

—Solo quiero que vengan las primas —le dijo ella—, aunque... también me gustaría invitar a mi madrina.

—Está bien, hija. Invítala. Aunque no sé si en su vida de recién casada con un jovencito tendrá tiempo para venir a tu cumpleaños —contestó con retintín.

La madrina de Emilia era una inglesa afincada en Huelva que procedía de una familia burguesa dedicada a la exportación de vinos, pero que, además, descendía de duques. Todos la conocían como *lady* Elliot y fue la mejor amiga de su difunta madre —de ahí que la hubieran escogido como madrina de bautizo de Emilia—. Siempre había sido una mujer un tanto extravagante; para unos, una adelantada a su época, y para otros, una demente; sobre todo desde que en los últimos tiempos sus excentricidades se habían vuelto más alarmantes. A veces vestía faldas pantalón[11] y se había casado con un muchacho dieciocho años menor que ella. Según palabras de la tía Augusta, «un *abogaducho* que se aprovecharía de su buena posición económica y la dejaría en la estacada para huir con una mujer más joven». Si su familia la toleraba era porque, quisieran o no, seguía perteneciendo a la clase alta y, también, por respeto a la memoria de su madre.

«Seguro que vendrá», se dijo Emilia.

Pero ni siquiera la perspectiva de encontrarse con su madrina la animaba. Llevaba días sin ver a Álvaro. Ni lo había buscado en casa de doña Rosalía ni había acudido a sus llamadas al oír las piedrecitas chocar contra el cristal de la puerta del balcón. Lo echaba de menos, pero la culpa por lo de Juliana la atenazaba y no sabía cómo revertir la situación. Precisamente por eso deseaba que *lady* Elliot —una mujer como pocas— la aconsejara. Estaba convencida de que ella, una aventurera y una romántica, la motivaría a continuar su relación con Álvaro; le diría que las mujeres, al igual que los hombres, tenían derecho a hacer lo que quisieran con sus vidas; a disfrutar de sus cuerpos, a seguir los dictados de su corazón. ¿Por qué no?

Y, sin embargo, la inglesa no tardó en declinar la invitación con una carta que Emilia leyó una decena de veces.

Mi querida ahijada:

Me encantaría asistir a tu fiesta de cumpleaños, pero en lo personal estoy atravesando unos momentos muy duros y me resulta imposible viajar hasta Chiclana. Cuando esté más recuperada iré a veros. Más que amigos sois familia para mí.

Saluda de mi parte a Juliana, a don Bernardo y a la señora Paca y a Sebastián.

Yours affectionately,

Mary Anne Elliot.

¿Qué le habría sucedido a su madrina, una de las personas más alegres y optimistas que conocía? ¿La habría abandonado su joven esposo para huir con su fortuna, tal y como había vaticinado doña Augusta? En todo caso, esa no fue la única respuesta negativa que recibió la muchacha aquellos días. Desde Cádiz le llegó la segunda, que decía así:

Querida sobrina:

Lamento comunicarte que ni tu tía Prestola, ni tus primas ni yo podremos asistir a la merienda del día dos de octubre. Como sabes, es también el cumpleaños de tu primo, y lo vamos a celebrar aquí, en Cádiz, con unos amigos suyos de la facultad. Espero que tu hermana Juliana esté mejor. La semana que viene iremos a verla y le llevaremos ropa de cama, cortinas y manteles para su nueva casa.

Con cariño,

Augusta Espinosa, viuda de Lara Vallejo.

Esta última misiva se la esperaba. Era una venganza por sus calabazas. Otros años habían celebrado los dos cumpleaños juntos, o, en caso contrario, sus primas siempre habían acudido al suyo, pero ya nunca más sería así. Estaba segura de que ni Marga ni Isabelita estaban de acuerdo con la decisión de la tía Augusta, pero, como siempre, no les había quedado más remedio que acatar sus dictados.

Era tal la melancolía que embargaba a Emilia, que esa noche, cuando sintió los golpecitos de las piedras contra el cristal, bajó al jardín. Su hermana dormía profundamente gracias a una infusión de raíz de valeriana que la ayudaba a calmar los espasmos de las piernas, y Emilia estaba segura de que no se despertaría.

Vio a Álvaro desde lejos aferrado a los barrotes y corrió hacia él llorando de emoción y tristeza.

—Álvaro… —colocó sus manos sobre las de él y lo besó.

—Emilia, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? Estos días sin verte han sido una agonía. Iba a perder la razón. Hasta pensé en llamar a la puerta de tu casa para preguntar por ti, pero en la finca comentaron que tu hermana estaba enferma y supuse que por eso no bajabas a verme.

—Sí —dijo ella sin dejar de llorar—. Mi hermana nos descubrió y del disgusto cayó enferma. Fue por mi culpa…

—Tranquila, amor mío. —Le acarició la mejilla—. ¿Cómo que nos descubrió? ¿Sabe lo nuestro?

—Bueno… No sabe quién eres tú, pero sí que bajo al jardín para verme con un hombre.

Álvaro no pareció preocupado.

—No me importa que lo sepan todos, Emilia. Estoy enamorado de ti y daré la cara cuando haga falta. No soy un cobarde. No me esconderé. Mientras tú me sigas queriendo, lucharé por ti hasta el final. ¿Te casarías conmigo, Emilia Espinosa?

La pregunta descolocó a la muchacha, que había barajado esa posibilidad solo en su imaginación.

—¿Qué…? ¿Casarnos? ¿Hablas en serio, Álvaro?

—Pues claro. Lo he estado pensando. El padre Quintero nos aprecia a los dos. Podría casarnos en secreto y cuando todos se enterasen, sería demasiado tarde para separarnos.

Ella le soltó las manos y dio un paso atrás, dubitativa.

—¿Y dónde viviríamos?

«¿Y qué pasaría con mi familia, con mi hermana, con mi padre y hasta con mis tías y primas? ¿Qué pasaría con nuestra reputación?», pensó, pero no lo dijo.

—Nos podríamos ir a Málaga. Mi madre tenía unos buenos amigos en Mijas que nos ayudarían a empezar una nueva vida. Puedo escribirles. Yo trabajaría en lo que fuera, por supuesto. Sé que allí también hay viñedos... Podría empezar como peón, aunque con el tiempo seguro que llegaría a administrar alguna finca. No soy un inculto. Y tú podrías dedicarte a escribir, si es lo que deseas.

—Álvaro...

—No digas nada. Piénsalo. Ya sé que no estoy a tu altura, que no podré darte la vida que mereces; pero te amo y si tú me amas...

—Sí, yo... yo te amo. —Se acercó a él y le besó las manos.

Hablaron un rato más con la luna como testigo, imaginando un futuro brillante en las estrellas; un futuro en el que los dos alcanzarían sus sueños juntos. Eran jóvenes, tenían toda la vida por delante y a Dios y al padre Quintero de su lado. ¿Qué podría salir mal?

—Descansa, Emilia —le susurró él contra la mejilla.

—Buenas noches, Álvaro —se despidió ella. Y mientras caminaba de vuelta hacia su alcoba, la invadió una extraña desazón.

11. Precursoras de los «jupe culottes», que se pondrían de moda en 1911.

24

A pesar de su formación eclesiástica, Álvaro no era de los que iban a misa a diario. Sin embargo, a la mañana siguiente acudió a la Misa de Alba más puntual que nadie. Escuchó con paciencia las palabras del cura en latín rememorando otros tiempos, cuando él caminaba con sotana y con aquella banda azul de estudiante y se preguntó qué habría sido de su vida si hubiera seguido aquel camino. Habría sido más sencilla, sin duda. No tendría que estar deslomándose en los viñedos a cambio de unas pocas monedas, y sus manos, en lugar de callosas y nervudas, seguirían suaves y con las yemas como pétalos de rosas, acostumbradas como estaban a pasar las páginas de un libro o a sostener la sagrada forma antes de consagrarla.

Le habría gustado acariciar con esas manos a Emilia, y, sin embargo, ella se había enamorado de él tal cual era.

Terminada la homilía, se acercó al padre Quintero.

—¿Qué te aflige, hijo?

—¿Por qué tendría que pasarme algo, padre?

—Porque tú ya no vienes nunca a misa, y menos a la del alba, lo cual me parece lamentable.

—Es cierto, padre. Algo me sucede. —No se anduvo por las ramas —: Estoy enamorado de una muchacha y quiero casarme con ella.

El sacerdote elevó sus cejas negras y sonrió.

—Vaya, vaya. Así que era eso, Álvaro —dijo palmeándole la espalda —. Me parece bien, hijo. Con el matrimonio también servirás a Dios.

—Me alegro de que piense así —sonrió—. ¿Nos casaría usted, padre?

—Por supuesto, hijo. No me lo tienes ni que preguntar. Pero dime, ¿quién es la moza? —Antes de que Álvaro contestara, el religioso se le adelanto—: ¿Es Candela, la sobrina del capataz? He oído rumores…

—No —negó con contundencia—. No es Candela.

—¿Y entonces? ¿Alguna de las muchachas del pueblo? ¿Una de las criadas de don Bernardo?

—No. Tampoco. ¿Importa tanto quién sea ella? —inquirió, cortante.

El religioso se acarició la barbilla mientras se alejaban del altar y las feligresas más beatas abandonaban la iglesia de San Juan Bautista con misales bajo el brazo y velos negros sobre la cabeza.

—Bueno, hijo. Yo diría que sí importa. ¿Qué problema tienes en decírmelo? —Lo invitó a pasar a la sacristía, donde tendrían más privacidad, y volvió a interrogarlo—. ¿Qué me estás ocultando, Alcázar?

Álvaro repasó todos los ornamentos que hasta hacía poco le habían resultado tan mundanos; los libros rituales, los vasos y copas sagrados y, por supuesto, las vestiduras litúrgicas: sotanas, albas, estolas, casullas... Intentaba reordenar las ideas de su mente; encontrar las palabras correctas, pero no lo conseguía.

—Estoy enamorado de Emilia —soltó a bocajarro.

—¿Emilia? ¿Qué Emilia? —quiso saber el padre Quintero al tiempo que abría un armario cuya puerta chirrió, quejumbrosa.

—Emilia Espinosa.

El sacerdote se volvió con brusquedad.

—¿La señorita Espinosa? ¿Has perdido el juicio, muchacho? —preguntó con la expresión descompuesta por el espanto.

—¿Por qué, padre? ¿No somos todos siervos de Dios? ¿No nos ama Dios a todos por igual?

—En la sociedad hay reglas, Álvaro. —De repente, había dureza y frialdad en la mirada del cura, por lo habitual, cálida y acogedora.

—Unas reglas arcaicas y absurdas...

El sacerdote se apoyó en el respaldo de una silla y se pasó la mano por la cara.

—¿Y ella? ¿Qué piensa de todo esto? —quiso saber.

—Ella también me ama, padre. De lo contrario, no le estaría pidiendo que nos casara.

Por la expresión del cura, parecía que hilaba los pensamientos a

toda velocidad.

—Claro, por eso me hizo aquella consulta.

—¿Qué consulta, padre?

—No puedo revelártelo. Aunque no me la haya hecho en secreto de confesión, es *su* secreto. Solo puedo aconsejarte que te olvides de esa dama porque está comprometida con otro.

Álvaro se quedó atónito. El padre Quintero nunca mentía. Si decía que Emilia estaba prometida, era porque lo estaba, o porque lo estaría pronto. La sorpresa dio paso a los celos y los celos a la ira y a la desconfianza. ¿Acaso la que había creído su novia se había burlado de él? ¿Acaso él, un simple jornalero, había sido tan solo una mera distracción? ¿O el maldito enlace estaba concertado desde hacía años y ella no lo deseaba? A fin de cuentas, iban a casar a su hermana con un marqués bastante mayor. Fuera como fuera, se sintió herido en su orgullo.

—¿Quién es él? —ladró.

—¿Qué importa eso? Es un caballero, alguien de su clase social.

—¿Un viejo decrépito con títulos y dinero?

—No. Es joven y apuesto.

—¡¿Quién es, padre?! Hable, por favor. ¡Se lo suplico! —gritó tomando a su buen amigo por la casulla.

—Serénate, Álvaro —pidió el religioso poniendo las manos sobre las de su discípulo—. No olvides que estamos en la casa de Dios.

El chico fue consciente de sus modales y soltó al sacerdote con suavidad.

—Lo… lo siento, padre —susurró—. Es que… es que no puedo creerlo. Ella me lo habría contado.

El padre Quintero le colocó una mano sobre el hombro, apaciguador.

—Tranquilo, hijo. Sé que eres buena persona, pero el amor a veces nubla el entendimiento de los jóvenes impetuosos como tú. Solo te pido que reflexiones. Si os caso, ¿dónde viviríais? ¿Qué tipo de vida

tendríais? Ella no es una muchacha común. Está acostumbrada a lujos que tú no podrás proporcionarle y eso hará mella en la relación. Por no hablar de las duras críticas sociales. Tal vez a ti no te importen, pero ¿y a ella? Tiene una hermana, primas… La reputación de la familia quedaría manchada.

—Cada uno es responsable de su propia vida. No podemos sacrificarnos por los demás —espetó con dureza. Su mirada era de granito.

—Hijo, no es eso lo que aprendiste en el colegio sacerdotal. Jesucristo murió por todos nosotros, ¿hay mayor prueba de sacrificio que esa?

Álvaro no dejaba de caminar por la pequeña estancia, desesperado.

—Padre, por favor. Nos amamos. ¿Por qué no puede casarnos?

La mirada del religioso se volvió inquisitiva.

—¿Qué prisa tienes, muchacho? ¿Acaso habéis pecado? ¿Hay algún niño en camino?

El joven negó enérgicamente con la cabeza.

—No, padre. Le juro… es decir, le… le prometo que la he respetado —confesó, aunque si su relación no había ido a más, no había sido por falta de ganas, se dijo a sí mismo.

—Entonces piensa, Álvaro. Piensa. Eres inteligente. Sabes que es un imposible. Yo hablaré con Emilia y le aconsejaré lo mismo. Si después de un tiempo seguís empeñados en uniros en matrimonio, yo os ayudaré, te doy mi palabra.

—¿De verdad? ¿Lo dice en serio? —susurró, besándole las manos —. Gracias, padre. Gracias, gracias…

—No me las des todavía. Tal vez yo haya tenido la culpa de todo esto. No debí dejaros a solas jamás. Ya lo dicen, el hombre es fuego, la mujer estopa y llega el diablo y sopla.

Álvaro sonrió. Se le vino a la mente esa obra inglesa tan famosa que habían traducido al español hacía poco. Sintió que el cura era como fray Lorenzo, que casó a Romeo con Julieta para mediar entre los Montesco y los Capuleto. Solo esperaba que lo suyo con Emilia no

terminara en desgracia.

25

En el saloncito de las mujeres, la mesa camilla estaba repleta de los dulces que Honoria había preparado: pan de higo, carne de membrillo con nueces y queso, buñuelos de boniato y, en el centro, una suculenta tarta de chocolate. El cumpleaños de Emilia se estaba celebrando en la más completa intimidad, y el semblante de la agasajada no podía ser más mustio.

La joven dama llevaba varias noches sin oír las piedrecitas de Álvaro contra el cristal del balcón, y aunque en alguna ocasión había bajado al jardín después de que pasara el sereno, no lo había hallado esperándola entre los barrotes, como solía. ¿Qué le sucedería? Ahora era él quien se ausentaba y ella quien vivía en un eterno desconsuelo. Se preguntaba si el muchacho se habría asustado al saber que Juliana estaba al tanto de su relación, pero en el fondo, no lo creía. Su novio no era ningún pusilánime y le había dicho que estaba dispuesto a enfrentarse al mundo por ella. La única explicación posible a sus ausencias era que le hubiera ocurrido algo, pero ¿qué?

—Vamos, ¿es que no va a soplar las velas, chiquilla? —la animó Francisca.

Juliana, sentada en una mecedora con una toca cubriéndole las piernas, estaba absorta en sus propios pensamientos; al igual que don Bernardo, que bebía de su copita de vino dulce como un autómata.

—No sé qué deseo pedir —contestó Emilia.

La mayor de las hermanas reaccionó por fin.

—Soplar velas sobre los dulces es una tradición pagana. La Iglesia no lo aprueba.

Francisca no veía que se hiciera ningún mal a Dios por soplar unas velas y Juliana le explicó que eran los antiguos griegos quienes ofrecían a Artemisa dulces de forma redonda con velas encima.

—¿Artemisa? ¿Y quién es esa? ¿Alguna emperatriz?

Emilia sonrió por primera vez en días y fue ella quien terminó el relato. Artemisa era la diosa griega de la luna y, al apagar las velas de

un soplido, se decía que el humo llegaba hasta la divinidad para que esta cumpliera los deseos de los mortales.

—¿Lo ves, Paca? Una diosa pagana —insistió Juliana.

Francisca fue a protestar, pero el único hombre presente se vio obligado a intervenir.

—Qué más da cuál sea el origen de la costumbre. Tus deseos llegarán al único Dios. Y ahora sopla las velas, Emilia, que me muero de ganas de probar las exquisiteces de Honoria.

La muchacha se acercó al pastel, cerró los ojos y pensó: «Quiero saber qué le pasa a Álvaro». Después, sopló con fuerza y el fuego de las velas se extinguió dejando una leve humareda en el aire.

Emilia nunca supo si fue Artemisa o Dios quien recibió su deseo, pero no tardó en cumplirse. Apenas habían empezado a degustar los dulces cuando Marcela anunció la visita del padre Quintero.

—¡Ah, los curas huelen el vino desde lejos! —se permitió bromear don Bernardo—. Hazlo pasar, por favor.

El hombre hizo su entrada en el saloncito y se quitó el sombrero. Saludó a los presentes, felicitó a Emilia y degustó una copa de vino dulce mientras charlaba con don Bernardo sobre asuntos superfluos. Después de que Juliana se retirase a su alcoba a descansar y el ama de llaves ordenase recoger la mesa, el padre Quintero anunció que se tenía que marchar y le pidió a Emilia que lo acompañase a la salida.

Don Bernardo no puso objeción y la muchacha se marchó con él.

—Emilia, hija, me gustaría hablar contigo un momento —bisbiseó una vez a solas en la casapuerta.

—Dígame, padre.

—Hace unos días Álvaro me lo contó todo —reveló sin rodeos.

Emilia agradeció la escasa iluminación de la casapuerta porque sintió que las mejillas se le incendiaban.

—*¿Todo?* ¿A qué se refiere, padre? —preguntó para ganar tiempo. De sobra sabía a qué se refería. El atrevido de Álvaro ya le había hablado de sus deseos de matrimonio.

—Ya lo sabes, hija. ¿Tú qué piensas de su propuesta? ¿Tanto amor le profesas a ese joven como para cambiar todo esto por él? —Hizo un gesto con las manos como si abarcara no solo el pasillo de la casapuerta, sino todo el palacete.

A Emilia, en aquel momento, los lujos le parecían prescindibles. Su hermana le resultaba la víctima y el verdugo de su propio destino. Su padre, un iluso perdido en sus añoranzas de grandeza. La tía Augusta, una insufrible dictadora, y Prestola, una mujer medrosa y apocada que ahogaba sus frustraciones comiendo a espuertas. Solo añoraba a sus primas, a las que también casarían pronto. Maldecía el mundo en el que le había tocado vivir.

—Lo amo, padre —confesó, tomando al cura de las manos—. Ya sé que no está bien que me exprese en estos términos sobre un hombre que ni siquiera es mi prometido, pero es la verdad. Aunque vengamos de mundos muy diferentes, siento que somos iguales. No sé cómo explicarlo. A los dos nos gusta luchar contra las injusticias. Los dos nos rebelamos contra el destino que nos quieren imponer. Nos satisface ayudar a los demás. Tenemos el mismo sentido del humor. Podríamos pasar horas en el campo, imaginando mil formas en las nubes. Somos dos románticos. Nuestras almas han sido cortadas siguiendo el mismo patrón. —Terminó, emocionada.

—Vaya, hija. Pues sí que lo quieres. —El sacerdote también se había emocionado y le brillaban los ojos—. Los dos tenéis un corazón noble e impetuoso. Reconozco que haríais muy buena pareja, si las circunstancias fueran otras. Dime, ¿cómo empezó todo?

Emilia le contó que lo conoció en la finca de su padre una mañana de verano y que luego vinieron más encuentros, no solo en la fiesta de la vendimia o en casa de Rosalía. Incluso mencionó las citas furtivas a través de la verja del jardín.

—Le juro que no hemos hecho nada reprochable —terminó diciendo. Aunque sentía que no era verdad. Al menos, no del todo. El recuerdo de los besos encendidos que se dieron en las viñas de don Román todavía la hacía enrojecer.

—Comprendo, comprendo. Sin embargo, hija, tú estás prometida o

lo estarás pronto. Así me lo hiciste saber.

Ella se apresuró en sacarlo de su error.

—No, padre. Nada de eso. Me he negado rotundamente a casarme con Enrique y ahora su madre y él me aborrecen —admitió.

—¿Cómo te van a aborrecer, muchacha? Son tu familia. Estarán molestos, o decepcionados, pero ya se les pasará. De todas formas, Álvaro debía saberlo.

La inquietud se apoderó de Emilia.

—¿Usted le ha hablado a Álvaro de… de *mi primo*?

—Le mencioné un posible compromiso tuyo con un caballero, pero no le especifiqué de quién se trataba.

De repente todas las piezas encajaron en la mente de la joven dama. Así que era eso lo que había apartado a su novio: los celos, o el enfado al sentirse engañado. Pero ella no quería a nadie que no fuera él. Debía hacérselo saber cuanto antes.

—Hija, piénsalo bien —le pidió el sacerdote—. No sé si el amor será suficiente para compensar una vida de carencias, como sin duda tendrás si decides casarte en secreto. No obstante, te prometo que os casaré si eso es lo que de verdad queréis.

—¿Lo haría? Que Dios lo bendiga, padre —dijo besándole las manos del mismo modo que hiciera antes Álvaro.

En ese instante se abrió la puerta que comunicaba el palacete con la casapuerta. Don Bernardo, ricamente ataviado con frac negro, sombrero de copa y bastón, se dirigía al teatro de la calle García Gutiérrez, como solía hacer a las seis y media de la tarde. Le sorprendió encontrar al religioso todavía allí.

—Lo hacía ya en la iglesia, padre. ¿Va todo bien? —preguntó alternando la mirada entre él y su hija.

—¡Ay, perdone, don Bernardo! Tiene usted una hija muy curiosa y sagaz. Cuando nos ponemos a hablar sobre algunos capítulos de la Biblia, se nos va el tiempo volando. Deje que lo acompañe hasta el otro lado del río, que necesito mover las piernas.

Los hombres abandonaron la gran casa y Emilia se quedó en la puerta hasta que los vio cruzar el Puente Grande. El aire frío le rozó los antebrazos y se dio cuenta de que ya era hora de cambiar la manga tres cuartos por la manga larga.

26

A Emilia no se le ocurría cómo volver a ver a Álvaro. El muy obstinado no había vuelto a aparecer por su casa y ella necesitaba saber qué estaba rumiando. Quizás su novio esperaba que ella fuera la siguiente en mover ficha, y eso haría. Después de explicarle mil veces dónde estaba la casa de doña Rosalía, Emilia le pidió a su fiel Purita que le llevara una nota para Álvaro. Se quedó en la calle hasta ver cómo la criada se perdía en dirección a la plaza de la Escalereta.

Cuando desapareció de su vista, no obstante, vio venir una carretela que conocía bien. Poco después, la tía Augusta hizo su entrada en el palacete con su nariz respingona alzada, como si percibiera un perfume desagradable. Saludó a Emilia, al mayordomo y al ama de llaves y pidió que la llevaran con Juliana, a quien había venido a ver.

—¡Qué alegría, querida! Ya caminando y con tan buen color... —dijo al encontrarla paseando por el jardín—. ¿Qué te parece si mañana enviamos una nota a la prensa con el anuncio de la fiesta de compromiso? El marqués me ha dado vía libre para elegir el día y para que lo organicemos todo a nuestro gusto.

Ese «nuestro» quería decir más bien «su» gusto, pensó Emilia, pero guardó silencio. No quería discutir con su tía, y menos, volver a disgustar a su hermana.

—Me parece bien, tía —accedió la futura novia.

—Entonces no podemos demorar más el envío de las invitaciones. Es una suerte que haya traído conmigo las tarjetas de papel de porcelana que compramos el otro día.

Juliana amagó una sonrisa.

—Que nos ayude Emilia, que tiene letra de escritora —se atrevió a sugerir.

La tía Augusta estuvo conforme, a pesar de la tirantez que mostraba con su sobrina, y a Emilia no le quedó más remedio que aceptar, puesto que había prometido ayudar a su hermana en todo lo que pudiera. Así, un rato después, las tres damas se recluyeron en la

biblioteca de don Bernardo; Emilia se sentó en el sillón de cuero del patriarca y se arrimó al escritorio mientras que las otras dos se acomodaron en frente, en las respectivas sillas a juego.

La joven sabía cómo escribir una invitación para una celebración de ese tipo, pero, aun así, doña Augusta le dio las indicaciones oportunas.

—Las tarjetas se escriben en nombre de los padres de los novios, pero como el marqués es ya mayor y viudo, se pondrán solo a nombre de tu padre.

Emilia estiró y movió los dedos frente a la escribanía de plata igual que hacía antes de tocar una pieza al piano. Tomó la pluma, la mojó en el tintero y llevó la punta a la parte central del papel, enmarcada por una orla de guirnaldas. Después, empezó a escribir con trazo delicado y sinuoso:

Don Bernardo Espinosa de los Monteros, viudo de doña Catalina Robles del Haro, se complace en invitarles a la fiesta de compromiso de su hija, la señorita Juliana Espinosa de los Monteros, con el señor marqués don Marcos Herrera de Bermeja, que tendrá lugar en el palacete de la familia Espinosa, en la calle Ribera del Río, número 6, en Chiclana de la Frontera, Cádiz, el próximo jueves 17 de octubre a las nueve de la noche.

Se ruega confirmación.

Chiclana, a 7 octubre de 1878.

A pesar de que no fueron muchas tarjetas, puesto que invitarían solo a los familiares más allegados, Emilia terminó con dolor de muñeca. La matriarca había accedido a que invitara a su madrina, *lady* Elliot, aunque la consideraba una estrafalaria y una invitada «poco apropiada».

Escrita la fecha en la última de las cartulinas, la muchacha tomó la salvadera de plata del conjunto y espolvoreó arenilla sobre el papel para secar la tinta. Le habían quedado preciosas.

—Muchas gracias, hermana —le dijo Juliana, absorta en el

resultado.

Doña Augusta alargó una mano hacia la campanilla y la hizo sonar. Llegó la criada y la mandó a por su sombrero, sus guantes y su sombrilla.

—¿No se quedará a almorzar, tía? —le preguntó Juliana.

—No, querida. En otra ocasión será. ¿Por qué no te vienes mañana a Cádiz y pasas la mañana conmigo? Esta tarde concertaré una cita con el modisto para que le dé los últimos retoques a tu vestido de compromiso. Estás más delgada.

—¿Puedo ir yo también? —pidió Emilia—. Echo mucho de menos a las primas.

—Anda, pero si por fin te dignas a ayudarnos. —La viuda soltó la primera flecha envenenada del día.

—Llevo ayudándoos toda la mañana —recordó la joven—. Y si no he ido a Cádiz antes ha sido porque no me gusta ir de compras.

Doña Augusta hizo un mohín de disgusto.

—Eres rara hasta en eso. ¿A qué muchacha no le gusta ir de compras? Seguro que si en vez de cintas, botones y encajes hubiéramos ido a por libros, cuadernos o plumas habrías venido encantada. —Emilia tenía que reconocer que la hermana de su padre la conocía bien, así que pegó la barbilla al pecho en un gesto de sumisión impropio de ella—. Pero ¿sabes qué? A los hombres no les gustan las mujeres marisabidillas.

Emilia alzó la mirada. Una cosa era no discutir con su tía para no atormentar a Juliana y otra dejar que la insultara.

—A los hombres no les gustan las mujeres inteligentes porque les dan miedo. Están acostumbrados a ser los amos y señores del mundo y temen que cambie el *status quo* —respondió.

—¿Y qué más da el motivo? No les gustan, y punto.

—Solo dígame si podré acompañarlas y no la molestaré más —cortó.

—Claro que puedes —concedió la gran dama por fin—.

Necesitaremos ayuda y no solo con tu hermana. Después de todo, quizás esta no sea la única boda que tengamos que preparar —terminó; segunda flecha envenenada.

Emilia y Juliana intercambiaron una mirada de incomprensión. Fue la última quien preguntó.

—¿A qué otra boda se refiere, tía?

—Bueno, de momento, a ninguna —respondió haciéndose la interesante—, pero todas las jóvenes casaderas gaditanas andan detrás de tu primo Enrique. La señorita Eugenia Tejada, por ejemplo; la señorita Petronila Ruiz, la señorita Inés del Valle… Yo diría, sin temor a equivocarme, que en estos momentos mi hijo es el mejor partido de la provincia. Y está claro que tarde o temprano tendrá que elegir a una de ellas como esposa.

Emilia lo intentó, pero no pudo morderse la lengua.

—¿El mejor partido de la provincia, tía? Pensé que lo sería de toda Andalucía —comentó con sorna.

—Muchachita insolente —musitó Augusta—. Juliana, acompáñame a la puerta, que ya me voy.

La mayor de las hijas de don Bernardo la siguió y Augusta se despidió de ella con dos besos en el aire antes de subirse al carruaje que la llevaría de vuelta a su hogar.

***

—¿Le diste la nota a doña Rosalía o no? —preguntó Emilia en voz baja.

—Por supuesto, señorita —respondió Purita mientras colocaba los cubiertos sobre la mesa del comedor—. No quise buscarla cuando llegué porque me dijo la señora Francisca que estaban ustedes reunidas con doña Augusta en la biblioteca.

—Hiciste bien. ¿Y qué te dijo doña Rosalía?

—Dijo que se la entregaría a Álvaro en cuanto se pasase por su casa, pero que debía de tener usted cuidado; que los suyos podrían ser muy duros con el muchacho si los descubrían.

Emilia lo sabía bien: su familia podría ser implacable; pero en ese momento nada le importaba más que aclarar las cosas con el hombre al que amaba.

27

Álvaro leyó tres veces la nota de Emilia, que, con una caligrafía elegante, le decía:

No estoy prometida. Solo te quiero a ti. Ven al jardín.

E. E.

—¿Y dice usted que se la trajo una de las criadas de la casa de don Bernardo Espinosa?

—Que sí, que sí —le repitió la anciana—. Pero ten cuidado, hijo. No quiero que te pase nada. Los ricos pueden ser muy crueles con los de nuestra clase. Si se enteran…

—Nada me va a pasar, doña Rosalía.

—La amas, ¿verdad? —preguntó la señora, tomándole una mano—. No puedo verte, pero oigo tu respiración acelerada cuando estás con ella. Tu voz se dulcifica, tus modales se vuelven más elegantes, tus maneras más delicadas. Estoy segura de que te brillan los ojos y tienes la sonrisa dibujada en la cara.

Él rio con suavidad. Ni a una mujer ciega había podido ocultar sus sentimientos.

—Así es, doña Rosalía. La quiero como no he querido a nadie y no es algo que esté en mi mano dejar de sentir.

Esa noche Álvaro se aseó con esmero, se puso su mejor camisa, sus mejores pantalones y su único chaleco. Lanzó piedrecitas al balcón de Emilia y luego la esperó en la verja del jardín.

—Álvaro.

—Emilia.

Se dijeron sus nombres antes de besarse con ardor a través de los barrotes.

—¿De verdad que no te vas a casar? —le preguntó él, aliviado—. ¿No me estás engañando?

—No, mi amor. Querían fraguarme una boda, pero me negué. No me voy a casar, te lo prometo.

Él se separó de ella unos centímetros sin soltarle las manos.

—Siento haberme alejado de ti estos días. No soy Dios… solo un hombre, y los celos me corroían. ¿Quién es él?

—Qué más da. No lo amo. Solo te quiero a ti.

Se besaban en los labios, en los párpados, en las manos.

—Está bien. Te creo.

Emilia le enseñó entonces el manojo de llaves que la empleada principal de la casa solía llevar colgado del cinturón.

—Mira lo que traigo —anunció—. Se las he robado al ama de llaves. Estoy cansada de que nos veamos entre rejas. Quiero que demos un paseo tú y yo; que vayamos a cenar y a tomar un vino; a caminar bajo la luz de la luna. Quiero que esta noche solo seamos un hombre y una mujer del pueblo.

—¿Estás… estás segura? —preguntó él. Las dudas con respecto al amor de la señorita se habían esfumado y de repente no podía dejar de sonreír.

—Sí, bobo. ¿Crees que me reconocerán?

Álvaro se fijó entonces en que Emilia vestía ropas humildes. Ella le explicó que se las había pedido prestadas a Puri, la criada en quien más confiaba y la que le guardaba todos sus secretos.

—Es usted muy astuta, señorita Espinosa —reconoció él.

Emilia frunció el ceño, como si las palabras de Álvaro hubieran traído a su mente un mal recuerdo.

—A lo mejor te molesta que piense por mí misma. ¿Crees que soy una marisabidilla? —quiso saber.

Él sonrió y, a través de las rejas, apoyó su frente sobre la de ella y le sostuvo el rostro con ambas manos. Le acariciaba las mejillas con los pulgares cuando dijo:

—¿Cómo me va a molestar, Emilia? Tu inteligencia es lo que más me gusta de ti.

Emilia agachó la mirada, ruborizada, como si nunca nadie le hubiera dicho un piropo que no tuviera que ver con su físico.

—Bien, en ese caso —dijo ella, recuperando la compostura—, apártese, caballero, que voy a salir de mi prisión.

La muchacha introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta con sumo cuidado para que no chirriara. Sin barreras que los separasen, los jóvenes se fundieron en un abrazo reconfortante. Ella apoyó la cabeza sobre los músculos de su pecho y él aspiró el aroma de su cabello. El inconfundible perfume a jazmín y azahar le nublaba a Álvaro el entendimiento. Sintió a la muchacha trémula y tibia entre sus brazos y la imaginó desnuda, como una ninfa recién salida de un arroyo. Deseó cogerla en brazos y llevársela a un lugar secreto y precioso para cubrir su cuerpo de besos. Sin embargo, se conformó con darle la mano.

—¿Adónde me vas a llevar? —quiso saber Emilia mientras caminaban bajo la luz mortecina de las farolas de aceite.

—Hay una fonda sencilla donde nadie te presta demasiada atención y se come muy bien —explicó él—. Allí cocinan mi plato favorito.

—En ese caso, tendré que probarlo.

Él la observó de reojo, embelesado. Todavía no podía creer que una dama como Emilia caminara de su mano con tanta naturalidad. Se sentía como si un hada lo hubiera tocado con su varita para convertirlo en príncipe. Pero la vida no le iba a poner las cosas fáciles. Al girar la esquina de la calle detectó en la oscuridad el fuego del cigarrillo del sereno y se dio cuenta de que el vigilante nocturno descansaba sobre una pared.

—¡Eh, quién va! —gritó el hombre, apuntándoles con el chuzo.

El joven tiró de Emilia y salieron corriendo sin soltarse las manos.

—¡Alto! ¡Quién va! —insistió el guardián de la noche, que empezó a caminar a paso ligero tras ellos.

La campanilla del chuzo alertó a unos cuantos vecinos somnolientos que se asomaron a los balcones, pero la pareja de enamorados no dejó de correr. «¡Alto ahí!», seguía gritando el sereno. Álvaro y Emilia se refugiaron tras un carruaje con el corazón

latiéndoles a toda velocidad y riéndose a carcajadas.

—«En dando las diez, dejad la calle para quien es: los rincones para los gatos y las esquinas para los guapos»[12] —susurró ella muy cerca de su boca.

—¿Es un refrán? —preguntó él en voz baja.

—Sí, se lo he oído decir a las criadas.

—Me gusta. ¿Y qué somos nosotros, gatos o guapos?

Emilia rio como solo podían hacerlo las personas felices y Álvaro se sintió eterno, invencible. Nada ni nadie podría separarlos.

12. Refrán recogido por Cecilia Böhl en su obra *No transige la conciencia* (1857).

28

En cuanto perdieron de vista al sereno, Álvaro y Emilia cruzaron el Puente Chico y recorrieron la calle de la Vega, arteria principal de la ciudad, que, por fortuna, a esas horas solo estaba transitada por unos cuantos vagabundos y por los borrachos que salían de las tascas y tabernas. Giraron a la izquierda, dejaron atrás la casa Hospicio y no se detuvieron hasta llegar al final de la calle de la Aguardentería.[13] En la esquina derecha se encontraba la fonda de la Viuda de Carpio, antigua casa palaciega venida a menos que había sido reconvertida en establecimiento de hospedaje y casa de comidas; el lugar donde servían el plato preferido de Álvaro.

Traspasaron la puerta abierta cogidos de la mano y accedieron a una sala amplia en la que reinaba un ambiente distendido y jovial, aunque el aire estaba viciado por el humo de las velas y por la cantidad de parroquianos que ocupaban las mesas y charlaban en animosa calma. Álvaro se preguntó si había hecho bien en llevarla allí, pero Emilia no parecía incómoda, solo un poco agitada.

Se sentaron en una mesa del fondo que permanecía oculta tras un pilar y solo entonces Emilia se atrevió a retirarse la toquilla de la cabeza. Una profusión de bucles castaños cayó sobre su pecho y su espalda, y cuando sonrió, sus ojos centellearon bajo la luz de las velas. Sus labios de aspecto suave pedían silenciosamente ser besados, pero Álvaro se limitó a acariciarle la mejilla con ternura.

—¿Me habrán reconocido? —preguntó ella, cogiendo su mano.

—No lo creo. Jamás se imaginarían aquí a la hija de un terrateniente. Sin embargo…

—¿Qué?

—Tus modales son demasiado refinados —apuntó él con una sonrisa torcida.

—¿A qué te refieres? No he hecho nada, salvo sentarme.

—Exacto. Es la manera en la que caminas, en la que tomas asiento con la espalda erguida y apoyas las manos en el regazo… Caramba, Emilia, eres muy elegante. —Se rio con suavidad.

—Lo… lo siento.

Álvaro le colocó un bucle tras la oreja.

—No te disculpes. Te han educado así. Además, a mí me gustas mucho. Demasiado.

Ella volvió a sonrojarse y Álvaro se sintió halagado por provocar ese efecto en la muchacha que amaba.

—¿Y cómo se supone que tendría que actuar aquí? —quiso saber.

—Pues… a ver. Coloca los codos sobre la mesa —le propuso.

—¿Los codos sobre la mesa? Eso es de mala educación.

—¡De eso se trata! —volvió a reír—. La gente del pueblo lo hace por comodidad y porque nadie les ha enseñado a hacerlo de otra manera.

Emilia hizo justo lo que le decía y se le escapó una risilla nerviosa.

—Aprendes rápido.

—Tengo un buen maestro.

Se les acercó entonces el camarero para preguntarles qué deseaban tomar; un tipo enclenque que, sin disimulo, repasó cada recoveco del rostro, el torso y los brazos de Emilia. Álvaro sintió un repentino temor a que pudieran descubrirla y su instinto protector salió a flote.

—¿Qué miras, rapaz?

—Tranquilo, jefe —respondió el camarero alzando las manos en señal de paz.

Emilia carraspeó, incómoda.

Álvaro trató de relajarse y suavizar el ambiente.

—¿Tenéis el plato estrella?

—Sí, por supuesto.

—Pues que sean dos raciones —pidió, y antes de que el empleado se marchara con la comanda, le encargó algunos entrantes con la esperanza de que a Emilia le apetecieran.

La dama aprovechó el momento a solas para hacerle saber que traía dinero para pagar, a lo que Álvaro, ofendido, se negó rotundamente.

—Los hombres y vuestro orgullo —se quejó ella.

—No es porque sea hombre, sino porque *yo* te he invitado a venir.

En realidad, tampoco era por eso. Álvaro no quería que la señorita pensara en su pobreza. Quizás no pudiera llevarla a un restaurante lujoso, pero sí podía invitarla a comer en un lugar decente. Era lo menos que podía hacer para demostrarle que una vida a su lado no tenía por qué implicar penurias.

Poco después, la mesa estaba repleta de cuencos de barro y Emilia ya había probado de un par de ellos. Las aceitunas verdes estaban en su punto de sal, las tortillitas de camarones le parecieron muy jugosas y ya solo le quedaba el plato principal.

—Necesito un tenedor para sacar la carne de las almejas —pidió ella con la mirada perdida en su cuenco.

—¿Un tenedor? Aquí todo el mundo se las lleva a la boca y sorbe —le explicó el anfitrión haciendo el gesto que acababa de explicar—. Además, no son almejas. Son *coquinas*. Si te fijas, son más pequeñas y alargadas y su concha es más lisa que la de las almejas.

A Emilia no le quedó más remedio que coger uno de aquellos moluscos con los dedos y llevárselo a la boca. Sorbió, y al oír el ruido que ella misma había provocado, le dio la risa floja.

—Lo siento —dijo sin dejar de reírse.

—No te disculpes más, mujer. Eso es que te ha gustado. ¿A que sí? —quiso saber él, expectante.

La dama se pasó la lengua por los labios, misteriosa. Distinguió el sabor salado y terroso de la carne y, después, el de la salsa —una mezcla de cebolla, ajo, perejil, pimentón, laurel, aceite de oliva y, por supuesto, vino manzanilla—. Álvaro tenía razón: aquel plato estaba muy sabroso, bastante más que muchos de los suculentos manjares que Honoria le servía en las delicadas piezas de porcelana de la Cartuja de Sevilla, de ese empresario inglés llamado Pickman.

—Está delicioso —coincidió.

El muchacho le mostró los dientes blancos y los hoyuelos de las mejillas.

—Pues venga, no te cortes. Moja pan.

Emilia arrancó un pedacito de pan moreno con las manos, lo restregó por el fondo del cuenco y se lo llevó a la boca. A la tía Augusta le habría dado un infarto de ver sus modales, pero ella se lo estaba pasando en grande.

—Otro día te invitaré a caballa con babetas —comentó él entre sorbo y sorbo—. La siguen cocinando de la misma manera desde los tiempos del asedio de Cádiz.

—¿De verdad? —se interesó ella.

—Sí, o eso dicen. Tendremos que preguntarle a Rosalía.

Álvaro no dejaba de hacer planes de futuro y, aunque fuera por unas horas, Emilia se dejó llevar.

La pareja de enamorados se quedó charlando en el salón comedor hasta que todas las mesas se quedaron vacías y el camarero empezó a carraspear y a hacer ruido arrastrando sillas y apilando cuencos y platos. El tiempo pasaba volando cuando estaban juntos. Emilia se cubrió de nuevo con la toquilla y salieron al aire frío de la calle. Álvaro la llevaba cogida de los hombros mientras caminaban de vuelta. Ahora avanzaban a paso lento. No querían que la noche terminara.

—¡Eh, Álvaro! ¿Adónde vas tan bien acompañado? —preguntó de repente una voz ronca de mujer a sus espaldas.

Solo el muchacho se giró, mientras que Emilia permaneció de espaldas y cubierta con la toquilla. Temblaba.

***

Álvaro enseguida la reconoció. Era Candela, que salía de una taberna de baja estofa acompañada de un tipo con aspecto de hombre de las cavernas: frente amplia, boca abultada y cuello para dos cabezas. El tipo la agarraba de la cintura de manera posesiva y ella tuvo que hacer un esfuerzo para librarse de su agarre.

—Preséntame a tu novia, ¿no? —le pidió la sobrina del capataz con rabia en la voz.

Llevaba los cabellos rizados alborotados y vestía una breve camisola que dejaba al descubierto sus hombros morenos y una saya parda raída por los bordes. Parecía ebria cuando le clavó los ojos oscuros.

—Vamos, no te cortes. Estamos entre amigos —insistió.

—Que pases una buena noche, Candela —se despidió él. Se dio la vuelta y siguió su camino.

—¡He dicho que me presentes a tu novia! —gritó más fuerte.

Álvaro la ignoró. Sin embargo, algo lo hizo detenerse y girarse de nuevo. Había oído un golpe. El tipo de las cavernas estaba zarandeando a la joven.

—¡Serás ramera! ¡Estando conmigo piensas en otro!

—Eh, déjala, amigo —intervino.

El hombre lo miró con el estrabismo que le provocaba el alcohol.

—Anda, pero si es el cura. Ven aquí, curita, que te parta la cara de figurín —lo retó, al tiempo que se remangaba la camisa sobre los brazos nervudos.

—No, Blas, para. —Candela le puso una mano en el pecho y el tipo la apartó de un empujón.

—¿Qué pasa, curita, tienes miedo? —inquirió el tipo de las cavernas acercándose con paso parsimonioso—. ¿Le vas a pedir a los ángeles que bajen a socorrerte? Tengo para todos, hasta para el de la cruz.

Álvaro seguía clavado en el sitio. No avanzaba, pero tampoco huía.

—No quiero peleas. Deja que la señorita se vaya a casa —contestó.

Emilia se había dado la vuelta, pero permanecía oculta tras la toca.

—¿Señorita? ¡La puta esta! ¡Haré lo que me dé la gana! —dijo antes de propinar un derechazo al aire.

Candela gritó. Emilia gritó. El tal Blas repitió el gesto, pero Álvaro volvió a esquivar el puñetazo.

—¡Vámonos, Álvaro! —dijo Emilia sin poder evitarlo.

Candela la examinó, pero no logró vislumbrar su rostro bajo la tela. Después, el puño de Álvaro acertó de lleno en la nariz de Blas. El tipo cayó al suelo, en parte por el golpe y en parte por el alcohol. Le sangraba la nariz.

—¡Hijo de puta! —bramó desde el adoquinado, tratando de incorporarse.

Varios parroquianos salieron entonces de la taberna para ver qué pasaba.

—Candela, vete a casa —pidió Álvaro.

La joven, avergonzada, salió corriendo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el tabernero, que se limpiaba las manos en el delantal.

—Este imbécil estaba acosando a una muchacha, pero creo que ya se va a dormir la mona —respondió Álvaro.

—Está bien. Tengamos la fiesta en paz.

Varios conocidos de Blas lo ayudaron a levantarse y se lo llevaron a rastras mientras maldecía e insultaba a quien lo había dejado en ridículo. Álvaro le dio la mano a Emilia y se marcharon a paso ligero.

13. Actual calle Constitución.

29

Llegaron a la verja del jardín poco después. Emilia todavía temblaba y él no sabía cómo tranquilizarla.

—Siento que hayas tenido que presenciar una escena tan vergonzosa, pero no soporto a los hombres que pegan a las mujeres.

—Has hecho bien en defenderla. Es solo que… que me he asustado. Pensé que ese bruto te haría daño.

—Lo siento, Emilia.

La dama introdujo la llave en el candado y abrió con sumo cuidado. Álvaro se quedó donde estaba. No se atrevía a traspasar el umbral si ella no lo invitaba. Se miraron.

—Esa muchacha… Candela, tiene mucho interés en ti. ¿No es así? —indagó ella.

¿Sería posible que Emilia estuviera celosa? Álvaro no daba crédito. ¿Es que no veía que solo tenía ojos, oídos y corazón para ella?

—Eso parece, pero siempre le he dejado claro que no me interesa.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Es guapa y, además, es de tu… —Emilia se calló de golpe.

—¿De mi clase social? ¿Es eso lo que ibas a decir?

—No… Yo… Perdóname.

—Sí, Emilia. Pertenece a mi clase social y todo sería más fácil si la amara a ella, pero resulta que me he enamorado de ti como un completo idiota. ¿Qué hago? ¿Me saco el corazón? —Le cogió las manos y se las llevó al pecho. Ella sintió sus latidos, el fluir de la sangre bombeando su cuerpo grande y joven, lleno de vida.

—No quise decir eso, de verdad. No lo pienso. Lo de las clases sociales es un invento humano para que unos se aprovechen de otros…

—¿Estás segura, Emilia? —Se acercó un paso a ella en actitud intimidante, observándola con la cabeza ladeada—. Piénsalo bien

antes de que me siga enamorando más de ti. No me hagas daño. No juegues conmigo. No me partas el corazón. —Sin pretenderlo, su discurso terminó en súplica.

Estaba mostrando más vulnerabilidad de la que nunca había dejado ver a nadie y eso lo aterraba. A veces parecía un niño pequeño cuando estaba con ella. O un reverendo imbécil. El amor que sentía era tan grande que lo llenaba de temores.

—Yo te amo, Álvaro —aseveró.

El muchacho, encendido ante sus palabras, traspasó el umbral imaginario que los separaba y la besó con ardor. Sus cuerpos, sin las corazas del corsé ni del cancán estaban demasiado juntos. Los pechos de ella rozando los pectorales de él. La entrepierna de él entre los muslos de ella.

—Ven. —Emilia tiró de su mano y lo guio hacia el invernadero.

Abrió la puerta de hierro forjado y vidrio y lo empujó hacia el interior, donde una intensa fragancia, mezcla de decenas de flores —damas de noche, jazmines, rosas, claveles, petunias, gardenias— le inundó las fosas nasales. Sin previo aviso, Emilia le dio un mordisco en la barbilla, justo en el hoyuelo que dividía en dos su mandíbula y él la pegó con fuerza a una de las paredes de cristal para seguir besándola. La estructura del invernadero se tambaleó, a pique de hacerse añicos, y los dos se rieron.

—Shhh… Nos van a pillar —lo regañó ella en voz baja.

—Solo a ti se te ocurre encerrarme en una habitación de cristal y darme un mordisco —bromeó—. ¿No ves que soy un peón sin modales?

—Un peón sin modales que vale más que todos los caballeros de España puestos en fila.

Álvaro le besó la base del cuello y ella se encendió de deseo ante el gesto. Acto seguido, enredó los dedos en el pelo de su nuca, atrayéndolo.

—Álvaro… —le susurró al oído.

Él recorrió la línea de su mandíbula a besos. Su respiración se

aceleraba por momentos.

—Emilia, por favor, pídeme que pare. Dime que pare, porque yo no tengo voluntad.

—No quiero que pares… Álvaro. Yo también te deseo.

Las palabras de ella lo arrebataron. El anhelo lo consumía. Deseaba tanto unir su cuerpo al de ella de todas las maneras posibles que hasta se imaginó una prole de niños con rostros que eran diferentes combinaciones de los suyos. Hoyuelos y ojos grises; piel de porcelana y ojos castaños. Niños y niñas hermosos que crecerían sanos para convertirse en hombres y mujeres inteligentes y orgullosos, igual que ellos. Su descendencia. Su estirpe. Los frutos de su amor.

—Emilia… quiero que seas mi mujer, mi esposa, mi compañera, mi amiga, mi alma gemela, la madre de mis hijos… Quiero que lo seas todo para mí.

Y, de repente, ella detuvo sus caricias.

***

Emilia ardía de pasión. La cercanía de Álvaro la embriagaba más que el perfume de las flores. No le importaba nada más que ese hombre que tenía pegado a ella. Estaba dispuesta a dejarse llevar, a perder su honra, a entregarle lo más preciado que tenía una señorita de bien. Y, sin embargo, ante el sonido de la palabra «madre», se quedó quieta, como si fuera otra de las estatuas de alabastro que decoraban aquel vergel artificial en medio de la ciudad.

Álvaro lo notó y paró en seco.

—¿Qué te pasa, amor mío? ¿He dicho algo malo?

—No, es solo que…

—¿Qué? Si no estás segura, dímelo. No quiero que hagas nada que no desees —manifestó él, que hacía un esfuerzo titánico por volver a la calma.

—Deseo hacerlo, Álvaro, es solo que… que tengo miedo. Nunca he estado con un hombre y bueno… Me asusta quedarme embarazada. Mis costumbres pesan demasiado y me gustaría que nuestros hijos

nacieran dentro del matrimonio. Respetemos al menos eso. ¿No crees?

Álvaro tragó saliva, tratando de serenarse.

—Lo… lo comprendo —dijo al fin—. Esperaré lo que haga falta. Quiero que seas mi esposa —repitió.

—¿De verdad que no te importa?

—No. —El sudor le perlaba la frente—. Pero, por favor…

—¿Sí?

—Dame un poco de agua fresca, mujer, que ahora sí que creo que me estoy ahogando.

Ella soltó una carcajada. Miró alrededor y localizó la regadera de latón con la que había estado regando las plantas aquella mañana. Estaba en la mesita de mimbre, junto a la maceta de peonías que había abandonado allí su primo muchos días atrás. Acordarse de Enrique en aquellos momentos le produjo una extraña inquietud.

—¿Te servirá esto? —le ofreció mostrándole la regadera.

—¿Es agua o matarratas? —bromeó él para relajar el ambiente.

—Es agua, tonto.

—Entonces, sí.

Álvaro la cogió del asa, se acercó la roseta a la boca y bebió con avidez de los finos chorros que salieron disparados de los múltiples orificios, impregnándose el chaleco y la camisa, que se le pegó al cuerpo. A Emilia le provocó risa verlo tan descompuesto, pero hizo lo posible por aguantarse para que no creyera que se estaba burlando de él.

—¿Te lo estás pasando muy bien, no? —comentó en el mismo tono de broma, cuando terminó de beber.

—Discúlpame. Te compensaré por todo esto.

—Yo sí que te compensaré. Te daré mil besos al día y tendrás que contarlos.

Ella lo abrazó con ternura y él le olió el cabello y le besó la cabeza.

—Debería marcharme —murmuró él.

—Sí, lo sé. Pero no quiero.

—Ni yo.

Se dieron un beso fugaz en los labios y Emilia lo acompañó hasta la verja. Cerró con cuidado y colocó el candado.

—Te quiero, Emilia.

—Te quiero, Álvaro.

La noche se tragó a su amado y la señorita Espinosa regresó a su habitación.

30

Candela corrió por la calle de la Vega a toda velocidad antes de que a Blas se le ocurriera reclamarla a su lado. Su última conquista era un tipo rudo, tosco; un orangután, y, sin embargo, ella había estado coqueteando con él toda la noche porque no había nada que le gustara más en el mundo que sentirse deseada.

En el pueblo eran muchos quienes la adulaban y estaba tan acostumbrada a ser el centro de atención que le molestaba cuando un hombre no la miraba. Había uno en concreto que la ignoraba con tanta contundencia que provocaba sus desvelos nocturnos y la traía por la calle de la amargura.

Álvaro.

Ese cura arrepentido era tan buen mozo que despertaba sus más bajos instintos y la hacía suspirar a todas horas. Tenía unas hechuras de actor que ella nunca había visto entre los jornaleros; una mirada que te traspasaba hasta el alma y una voz profunda y calmada que estaba hecha para actuar en el teatro y susurrar palabras de amor al oído.

«Maldito seas, curita», renegaba ella una y otra vez. *Ella*, Candela Morales, que, a su corta edad, había yacido ya con varios hombres y sabía cómo volverlos locos de deseo. La misma que resultaba invisible para Álvaro.

«¿Quién será la sirvienta que acompaña al muchacho?», se preguntó. Su voz le había resultado familiar; sus manos, bajo la toquilla, blancas y suaves en exceso; incluso juraría que llevaba un anillo de oro en el meñique. No, ni las criadas ni las campesinas tenían esa clase de alhajas. ¿Y si…? No, no podía ser. Era imposible. Y de ser cierto, sería un escándalo.

¿Cómo podía averiguarlo?

Candela se agazapó en una esquina de la calle y esperó a verlos pasar. Iban tan acaramelados que ni siquiera se percataron de su presencia. La forma en la que él le pasaba el brazo por los hombros, como si ella fuera su tesoro más valioso, la enfureció. Los siguió

desde lejos y, para su horror, vio cómo cruzaban el Puente Chico y se dirigían a la parte trasera del palacete de los Espinosa de los Monteros. ¿Sería posible que…?

Abrieron la verja. Se detuvieron un momento en la entrada y luego la señorita lo arrastró dentro. Los vio internarse en una casa de cristal llena de plantas y percibió con nitidez las siluetas de ambos pegándose contra la pared y besándose con frenesí. ¡Maldita, maldita fuera mil veces esa señoritinga que se creía mejor que ella! ¡No era más que una ramera como tantas!

Esperó en su escondite hasta que, un rato después, los dos salieron de la pequeña edificación. La joven ya no llevaba pañoleta y, a la luz de la farola más cercana, distinguió su rostro pálido y sus inconfundibles ojos claros.

—Que caigan sobre ti todas las desgracias de este mundo, Emilia Espinosa —sentenció a la oscuridad.

31

Juan Morales abandonó la casa de citas a la una y media de la noche y lo hizo con la misma sensación de vacío de siempre. Reconocía que las muchachas de doña Rosita eran muy complacientes, pero las mujeres lo satisfacían solo en parte. A fin de cuentas, quienes lo encendían de verdad eran los de su propio sexo.

Era una certeza que lo atormentaba desde que se dio cuenta en la adolescencia, pero que jamás se atrevería a revelar por el alboroto que provocaría en un pueblo tan atrasado como Chiclana. Sí, atrasado. Porque por mucho que ahora fuera una ciudad, aquel rincón del sur seguía siendo una villa anclada en la Edad Media. ¿Qué iban a pensar de él? Era capataz de una finca muy importante. Tenía una reputación que mantener. Desde «desviado» hasta «maricón», se imaginaba una docena de insultos que lo hundirían en la más grande de las miserias. Por eso tenía que aguantarse con las mujeres y anhelar, en secreto, a ciertos ejemplares masculinos, como a Álvaro, del que se confesaba enamorado hasta el tuétano.

¿Sería posible que, por caprichos del destino, sobrina y tío estuvieran interesados en la misma persona? Maldito fuera el muchacho. ¿Por qué no se había quedado en el dichoso seminario y se había ordenado sacerdote? Hasta imaginarlo con la sotana le resultaba tentador.

Llegó a casa un rato después y más ebrio de lo que solía. Encontró a su sobrina sentada en una silla de enea, con los brazos y la cabeza apoyados sobre la mesa. Lo estaba esperando.

—Otra vez de juerga por ahí, ¿verdad, mala pécora? —la regañó en cuanto la vio.

Ella alzó la cabeza. Tenía el pelo alborotado y parecía que había estado llorando.

—Hoy ha llegado usted más tarde que yo —le respondió altanera.

—Me vas a convertir en el hazmerreír del pueblo, acostándote con todos como una puta —siguió, más por pagar con alguien su insatisfacción que porque estuviera, en realidad, enfadado con su

sobrina—. Debí darte de palos cuando eras más joven, ahora ya no tienes remedio.

—Calle ya, tío —lo cortó—, y escúcheme, que la que le voy a soltar es gorda.

El capataz se quitó la chaqueta que apestaba a tabaco y luego se deshizo de las botas. Se sentó en otra de las sillas que había junto a la mesa y la miró expectante.

—¿Qué chisme te traes ahora?

—No es ningún chisme, tío, puesto que *yo* lo he presenciado todo.

Juan se pasó las manos por la cara, tratando de despejarse.

—Suéltalo ya, que tengo sueño.

Candela se mordió el labio. Sabía que la noticia no lo dejaría indiferente.

—¿A que no sabe con quién anda de amoríos Álvaro Alcázar?

A la mención del nombre, puso toda su atención en su sobrina. Ya no existía nada en su casa desvencijada que no fuera aquella joven rebelde y lo que le tenía que contar.

—¿El curita? —preguntó por centrarse, pues de sobra sabía que era el único Álvaro Alcázar que había en Chiclana.

—El mismo.

—¿Con quién? ¿Con quién anda de amoríos? ¡Habla de una vez! —exigió dando un golpe en la mesa con la palma de la mano abierta.

La muchacha respiró hondo.

—Pues con una de las hijas del amo. Esa que se llama Emilia, que tiene ojos de gato y piel de porcelana —explicó—. Se cree muy refinada y distinguida y solo es una mujer con anhelos de mujer, ¡como todas!

La sangre comenzó a circular a toda velocidad por el cuerpo de Juan Morales mientras su cerebro intentaba procesar la información. ¿Era posible que uno de los jornaleros a su cargo hubiera enamorado a una damita de la crema y nata gaditana y que ella le correspondiera? Sí, claro que era posible. La belleza atraía a la

belleza, y Álvaro, además de tener un físico envidiable, era un chico culto e inteligente. Lo había escuchado cuando hablaba a los demás trabajadores de sus pensamientos de libertad y no le cabía duda de que, si se lo propusiera, podría llegar a ser un líder de masas. De ideas nuevas y mente abierta, representaba el futuro: ese nuevo país en el que no habría abusos por parte de los terratenientes, ni tan siquiera clases sociales; esa España en la que nadie se burlaría de los hombres como él: como Juan Morales.

Pero ¿cómo había sucedido? ¿Cuándo se habían visto? ¿Dónde? Era prácticamente imposible que una joven dama coincidiera con un simple peón en más de una ocasión. Recordó entonces la inesperada y extraña visita de la señorita al viñedo unas semanas atrás.

—¡Con la señorita! ¡Qué dices! ¿Estás segura, Candela?

El capataz se levantó de la silla, la tomó del brazo y la zarandeó.

—¡Que sí! Iban paseando por el pueblo. Ella vestía ropas de criada y llevaba una toquilla sobre la cabeza, pero le reconocí la voz y las manos. Luego los seguí. Él la acompañó al palacio de los Espinosa y allí, en los jardines de atrás, se pusieron a retozar como dos conejos en celo. ¡Fue asqueroso! —exclamó con un amago de llanto.

El rostro del señor Morales ardía de rabia e indignación. Candela, aunque triste, parecía satisfecha con lo que acababa de hacer; había conseguido lo que quería.

—¿Qué va a hacer, tío? Se lo va a decir a don Bernardo, ¿verdad?

El capataz daba vueltas alrededor de la mesa.

—¡No! —determinó—. Ni una palabra a don Bernardo ni a nadie, ¿me has entendido? ¿O es que quieres que nos despidan? Este asunto es muy serio. Si se corre el rumor de que la hija del amo anda de amoríos con un peón, la familia caerá en desgracia y nosotros seremos los primeros a los que pondrán de patitas en la calle. Déjame actuar a mí. Yo sé cómo tengo que proceder.

—¡Pero tío…!

—¡Que te calles, Candela! Como te vayas de la lengua, te mato —amenazó, señalándola con el dedo índice.

Ella también se puso en pie, arrastrando sonoramente la silla hacia atrás.

—Entonces, ¿qué? ¿No piensa hacer nada? ¿Va a dejar que esos dos sigan por ahí, paseando y fornicando?

El capataz le dio un guantazo y la muchacha se llevó la mano a la mejilla, justo donde le había pegado.

—Te he dicho que yo sé lo que tengo que hacer —le repitió—. Y ahora, vete a tu cuarto.

Candela se marchó de la estancia hecha una energúmena dando un portazo.

Juan Morales se acarició la barbilla. Debía pensar muy bien sus próximos movimientos, pero tenía muy claro que solo dos personas debían conocer la información que Candela acababa de revelarle. Con suerte, muy pronto Álvaro y Emilia estarían separados para siempre. Solo en una cosa estaba de acuerdo con su sobrina: si el amor de Álvaro no era para él, no sería para nadie.

32

Román estaba agotado después de una intensa jornada. Su pequeña vendimia particular ya había terminado, pero ahora trabajaba en su huerta recogiendo cebollas, berenjenas y tomates. Estaba bebiendo agua de un botijo cuando su mujer se acercó a él y, con cara de extrañeza, le comunicó que tenía una visita.

En la casa lo esperaba Juan Morales. ¿Querría preguntarle sobre algún aspecto técnico del trabajo en la finca? Nunca se habían llevado bien, principalmente porque aquel hombre era un envidioso. Un escalador y un ambicioso, hasta que no se había hecho con su puesto de trabajo, no se había quedado tranquilo. ¿Qué querría ahora? Y se presentaba en *su casa*, el muy descarado. Fuera lo que fuera, aprovecharía para exigirle que dejara de molestar a su sobrino.

Le dio encuentro en la estancia que hacía las veces de cocina y de comedor y fue directo al meollo de la cuestión.

—Buenos días, Morales. ¿Qué se te ofrece por aquí? —preguntó en tono seco.

El capataz, más orondo de lo que lo recordaba, con sus abundantes patillas rizadas y la enorme nariz quemada por el sol, dio un paso hacia él.

—Buenos días, Alcázar. El asunto que me trae a tu casa es muy delicado. ¿Podríamos hablar a solas? —Lanzó una mirada a doña Manuela, que se había situado junto a su marido.

—Claro, ya me retiro —dijo ella poniendo rumbo a la puerta.

Su marido la detuvo.

—No. Lo que tengas que decirme, puedes hacerlo en presencia de mi esposa.

El otro chasqueó la lengua. No era lo que había pensado, pero confiaba en la discreción de la mujer. A la postre, a ellos les interesaba aún más que a él guardar el secreto.

—De acuerdo, pero, por el bien de todos, espero que lo que voy a contarte no salga de aquí.

El matrimonio se miró sin comprender.

—Habla, pues —apremió Román con cara de pocos amigos. Tanta parafernalia lo ponía nervioso.

El capataz sostenía su sombrero entre las manos y le retorcía el ala como si quisiera estrangular a alguien.

—Sé, sin lugar a dudas —comenzó—, aunque no revelaré la fuente, que ese canalla que tienes por sobrino ha seducido a la hija de mi señor don Bernardo: la señorita Emilia Espinosa. Los han visto paseando juntos por el pueblo a altas horas de la noche, e incluso en el jardín del palacio de la calle Ribera del Río, en una actitud de lo más bochornosa. Como comprenderás, el comportamiento de ese golfo es del todo inaceptable. O deja en paz a la señorita o me encargaré personalmente de que lo pague caro. —Se permitió coger aire, antes de amenazar—: Si es necesario, lo acusaré ante las autoridades de robo, o peor, de intento de asesinato, y acabará sus días en la cárcel. Haré lo que se me ocurra, con tal de salvaguardar el honor y la dignidad de la familia para la que trabajo y a la que tanto le debo.

Román, que se había llevado una mano al pecho, estaba mortalmente pálido.

—Eso… eso no puede ser.

—Román, ¿estás bien? —le preguntó su mujer, sujetándolo por el codo.

—Si no me crees, pregúntale a él, a ver si tiene la desfachatez de negarlo.

—Eso es imposible —seguía Román—. ¡Tú, cerdo despreciable, le tienes inquina y te lo estás inventando todo! ¿Por qué lo odias tanto, eh? Porque es mi sobrino, ¿no es así? ¿Qué más quieres? ¿Acaso no tienes ya mi puesto de trabajo?

—El curita nunca me ha caído bien —confesó—, pero esto no tiene nada que ver con mis simpatías hacia él. Te repito que es un asunto muy serio. Hoy he tenido que soportar su presencia en la finca sin abrir la boca por no armar un escándalo delante de todos, pero a

partir de ahora no lo quiero volver a ver por allí. Así que ya sabes, Román, o le dices a tu sobrino que abandone el trabajo y se largue de Chiclana o haré que no vuelva a ver la luz del sol.

Sin que nadie lo viera venir, Román le propinó al capataz un fuerte empujón que lo desestabilizó y casi lo hizo caer al suelo.

—¡Largo de mi casa, miserable! ¡Fuera de aquí! —Siguió empujándolo.

—Sí, sí. Yo ya me voy —coincidió el otro mientras caminaba a trompicones hacia la puerta—, pero atente a las consecuencias si no haces lo que te digo. —Abrió y cerró de un portazo.

Cuando se quedaron a solas, Román volvió a llevarse la mano al pecho. Le faltaba el aire, tenía ganas de vomitar, las piernas le temblaban.

—Manuela, dime que el Gorrino no ha dicho lo que ha dicho. ¡Dime que se lo ha inventado todo!

—Tranquilo, Román, por favor. ¿Es que quieres que te dé otro infarto? Ven, siéntate. Cuando regrese Álvaro lo aclararemos todo. Ahora, relájate.

La esposa lo ayudó a sentarse a la mesa y le ofreció un vaso de agua que sirvió de una alcarraza. El ritmo cardíaco de Román Alcázar se fue acompasando conforme bebía del vaso de barro cocido. Su mujer tenía razón. Cuando Álvaro regresara, lo aclararían todo. Ese condenado envidioso no podía estar hablando en serio.

***

Álvaro llegó a casa de su tío como solía, en la tartana renqueante de Bartolomé. Ese día el cielo tenía un color gris plomizo que le recordaba a los ojos de Emilia. Soplaba el viento del norte y parecía que iba a llover de un momento a otro. Después de un verano tan caluroso, era lo que más le apetecía: escuchar la lluvia tras las ventanas, leer tumbado en su camastro y pensar en Emilia y en la vida que construirían juntos. Ya se veía escalando posiciones poco a poco, e incluso con su propio despacho. Las leyes le gustaban. Quizá pudiera convertirse en abogado. No obstante, la prioridad ahora era

volver a hablar con el padre Quintero para pedirle que los casara.

Había sido un día atípico en el viñedo. Juan Morales apenas le había prestado atención y se había marchado temprano y con prisas. ¿Qué le pasaría al Gorrino?

—¡Hasta mañana, Bartolomé! —se despidió de buen humor.

—Qué remedio, compadre —respondió el otro, cansado—. ¡Hasta mañana!

La tartana enfiló la calle y Álvaro caminó arrastrando los pies hasta la puerta de su casa. ¿Qué guiso habría preparado su tía Manuela aquel día? ¿Alcauciles con chícharos?, ¿bacalao con papas?, ¿puchero gaditano? Fuera lo que fuera, estaría delicioso y él tenía un hambre atroz.

Nada más traspasar la puerta, se dio cuenta de que algo no iba bien. Sus tíos, cabizbajos, estaban sentados a la mesa. No olía a guiso ni había hogaza de pan moreno para compartir.

Silencio.

La quietud reinaba en la casa.

—Buenas tardes, tíos. ¿Va todo bien? —preguntó, y se deshizo de la capacha de esparto trenzado y la colgó sobre el respaldo de una silla.

—¿Cómo has podido hacerme esto, Álvaro? —murmuró Román con una mirada de decepción infinita.

—Román, por favor. Dijiste que lo escucharías antes de juzgarlo —intervino Manuela, conciliadora.

—Hacerle *a usted*... ¿a qué se refiere, tío? —quiso saber el muchacho tomando asiento junto a ellos.

Román respiró hondo, tratando de sosegarse.

—Dime una cosa, solo una. Y contéstame con la verdad. No quiero mentiras, Álvaro. ¿Andas de amoríos con la señorita Emilia Espinosa?

Así que era eso. Candela había reconocido a Emilia y le había ido con el cuento a su tío. Álvaro agachó la mirada hacia las vetas de la madera de la mesa y guardó silencio.

—¡Por un demonio, contesta! —gritó su tío dando un puñetazo en la mesa.

Álvaro alzó la mirada.

—¡Sí! ¡Estoy viéndome con Emilia!

—Yo lo mato.

El patriarca de la familia se levantó con el puño en alto. Manuela lo aguantó del brazo suplicándole que se tranquilizara. El muchacho se puso en pie para plantarle cara. Era valiente y no había hecho nada de lo que arrepentirse. Amar a alguien no podía ser censurable.

—¿Quién le ha ido con el chisme, tío? —preguntó sin achantarse.

—¿Chisme? ¡Pero qué chisme, si es verdad! ¡Si la llamas *Emilia*, por todos los santos!

—Se llama Emilia.

Don Román hizo otro amago de golpearlo. Manuela, colgada de su brazo, no lo dejaba actuar.

—¡*Señorita Espinosa* para ti, sinvergüenza! Así que para eso dejaste el seminario, para dedicarte a seducir a señoritas de la clase alta.

—Yo no he seducido a nadie. El amor es cosa de dos, tío.

Con cada nueva confesión de Álvaro, su tío se ponía peor. El muchacho nunca lo había visto tan alterado. Román siempre había sido un hombre cabal, educado, cariñoso. ¿Tanto le afectaba su relación? Le resultaba casi ofensivo que su único familiar lo considerase tan poca cosa en comparación con la dama.

—Escúchame bien, desagradecido. Si necesitas desfogarte, ¡te vas a lo de doña Rosa y te pagas a una chica! ¡¿Me has oído?! Pero como vuelvas a acercarte a la señorita Espinosa, te mato con mis propias manos.

Su tío no lo comprendía. No era solo un deseo carnal, que también. Él estaba *enamorado* de Emilia. La amaba y la deseaba a partes iguales. Le gustaba todo de ella y la quería siempre a su lado; no durante una noche, sino durante una vida. ¿Por qué no podían estar

juntos? ¿Acaso no pertenecían a la misma especie, la humana? ¿Acaso él no era un hombre como cualquier otro y ella una mujer?

—No —dijo solamente.

—¿No, qué? ¡Mira, Álvaro, que te parto la cara!

—Román, por favor. —Manuela lloraba, mediando con su cuerpo entre los dos hombres.

—No voy a dejar a Emilia mientras ella no me lo pida. ¡No lo haré! —se envalentonó Álvaro.

—¿Tú has oído a este pánfilo, Manuela? ¡Que me va a matar de un disgusto!

—¡La amo, tío! ¿Es que no lo comprende? La amo y ella me ama a mí. Y mientras eso sea así, no me apartaré de su lado, así se opongan usted y medio mundo.

—¡Sal de mi casa, que no te quiero ni ver! ¡Sal de aquí ahora mismo!

Román apartó a Manuela y consiguió darle un empellón a su sobrino. Y luego otro, y otro. Álvaro resistió los envites sin responder a ellos. Jamás le pegaría a su tío, pero tampoco podía ceder a sus mandatos. Él ya no era ningún niño. Se había convertido en un hombre, en el dueño de su propia vida. Y sí, les debía mucho a Román y a Manuela, todo cuanto tenía y todo cuanto era, pero no por ello iba a doblegarse a sus intereses.

—Si usted quiere que me vaya de su casa, me iré, tío —aceptó con los ojos vidriosos—. Pero no me pida que deje de ver a Emilia porque sería como pedirme que dejara de respirar.

Por un momento, todo el mundo se quedó quieto. Román y Manuela parecieron conmovidos ante la sinceridad y la profundidad de los sentimientos del muchacho, a quien querían como a un hijo.

—¿Es que no lo entiendes, Álvaro? —Su tío bajó por fin el tono de voz—. Te has quedado sin trabajo. Juan Morales irá a por ti. Te destrozará. Pretende que te metan en la cárcel inventándose alguna excusa. Y eso es lo menos que puede pasarte. Está en juego el honor de una señorita. Si llega a oídos de la familia Espinosa, date por

muerto.

A la mención del nombre del capataz, los ojos de Álvaro pasaron de las lágrimas al fuego.

—Lo sabía. Sabía que había sido ese malnacido de Juan Morales. Maldito hijo de puta. Se va a enterar. Además, me tiene que pagar el sueldo. ¿O qué se cree? ¿Qué me voy a marchar así como así después de tantos días trabajando a destajo?

—No lo busques, Álvaro —le suplicó su tía—. Tengo ahorros. Nosotros te ayudaremos para que vayas a otro sitio. A Málaga, a Madrid, al norte, donde tú quieras. Así podrás empezar de nuevo.

—¡No empezaré de nuevo sin mi novia, tía!

—¡*Mi novia*! ¡Ay, por el Señor y la Virgen! Deja que se vaya este insensato, Manuela. Que le pase lo que le tenga que pasar, que merecido lo tiene, por terco —aceptó Román, resignado.

Álvaro cogió su capacha del respaldo de la silla, abrió la puerta y observó el cielo gris de aquel día de otoño. Su vida acababa de cambiar para siempre.

33

Después de toda una mañana de pruebas en el modisto, doña Augusta acompañó a sus sobrinas, Juliana y Emilia, de vuelta a Chiclana, pues le apetecía pasar el día en el palacete ultimando hasta los detalles más nimios de la celebración.

Total, en Cádiz nadie la esperaba. Su único hijo se pasaba la mayor parte del tiempo en Sevilla, dolido y despechado, y todavía no se había dignado a empezar sus estudios de especialización. Pero ya intercedería ella para que se casara pronto y bien y se olvidara de esa necia que tenía por prima.

Necia, pero hermosa, tenía que reconocer. Después del almuerzo con su hermana y sus sobrinas, la muchacha se había puesto de muy buen humor, y con las mejillas arreboladas, los ojos brillantes y los tirabuzones oscuros enmarcando el perfecto óvalo de su cara, a doña Augusta le había parecido preciosa. Era, sin duda, la más bella de la familia y comprendía que su vástago anduviera tan encaprichado. Además, era audaz, ingeniosa, de buena conversación y de exquisitos modales, salvo cuando se empecinaba en algo y se volvía descarada e insolente. La culpa la tenía esa fijación por la literatura, que le había metido en la cabeza extravagantes ideas de libertad. Si Bernardo hubiera tenido más carácter; si no le importara tanto su biblioteca, ni el teatro ni la ópera, su hija sería muy diferente. A su hermano ya no lo podía encauzar, pero a su sobrina, sí. O eso quería creer.

En cuanto a Juliana, casarla con su hijo nunca había sido una opción. A Enrique jamás le habían gustado las jovencitas tan apocadas como ella y, para colmo, estaba el tema de la enfermedad. Era probable que ni hijos pudiera tener, y los Espinosa necesitaban herederos que perpetuasen el apellido y ampliaran las propiedades. Por ello, que un señor como don Marcos se hubiera fijado en ella era una oportunidad que no pensaba desaprovechar.

Esa tarde, en Chiclana, la gran dama andaba en la cocina dando las directrices del menú que se serviría en la fiesta, cuando de repente Purita, que había acudido a abrir la puerta, le comunicó que Juan Morales estaba en la casa y que quería verla.

—¿A mí? —se preguntó la matriarca en voz alta.

El capataz le caía bien porque le parecía que su rudeza con los trabajadores era justo lo que la finca requería —sobre todo, cuando el terrateniente apenas asomaba la cabeza por allí—, pero si el hombre necesitaba tratar alguna cuestión sobre las tierras, debía hacerlo con el administrador, don Diego Saucedo, o con su hermano Bernardo, por muy poco que a este le interesaran los negocios. Una dama nunca debía inmiscuirse en esos temas. Al menos no de manera directa.

—Está bien, dile que me espere en la biblioteca.

—Sí, señora.

Poco después, se dirigió hacia la estancia con pasos altaneros, dispuesta a despachar al capataz lo antes posible. Atravesó el umbral y lo encontró husmeando entre los libros. Vestía una camisa sudorosa, unos pantalones pardos, un pañuelo al cuello y botas altas manchadas de barro que estaban ensuciando la alfombra. Le pareció más obeso que la última vez. ¿Qué comía? Estaba claro que su hermano le pagaba muy bien si podía permitirse esa barriga.

—Buenas tardes, señor Morales. Me han dicho que me busca, pero debe de haber sido un error. ¿En qué puedo ayudarle yo?

El capataz, con el sombrero de paja entre las manos, se volvió hacia ella con cara de espanto.

—Do-doña Augusta. —Se acercó a besarle la mano, pero como ella no se la tendió, se limitó a agachar la cabeza en señal de saludo y, por qué no, de sumisión—. ¿Cómo está usted? Perdone que la moleste. Verá, me enteré de que se encontraba hoy en Chiclana y... bueno... tengo que tratar un tema delicado con usted.

—¿Conmigo? ¿Con una dama? Pues proceda, hombre, que no tengo toda la mañana.

Ni lo invitó a sentarse ni ella tomó asiento. La puerta permanecía abierta, tal y como el decoro exigía, y Juan Morales miró hacia el pasillo con recelo.

—¿P-podría cerrar la puerta un momento, señora? No me gustaría

que nadie se enterase de lo que le tengo que decir.

—Por supuesto que no, no resultaría apropiado —se negó—. Y hable de una vez, Morales, que me está impacientando.

El hombre asintió.

—Está bien, doña Augusta, lo que usted diga. Verá, como usted sabe, llevo muchos años trabajando para esta familia y estoy muy agradecido por mi nuevo puesto de capataz. Soy leal, fiel y trato de hacer mi trabajo lo mejor que puedo…

—No lo pongo en duda, Morales. Vaya usted al meollo de la cuestión, por favor —lo cortó.

—Sí. Sí, claro… Se trata de… Se trata de su sobrina, la señorita Emilia.

El rostro afilado de doña Augusta se descompuso en una mueca de sorpresa. Alzó una ceja y frunció los labios, lo que hizo que dos arrugas se marcaran bajo su nariz. Volvió sobre sus pasos y cerró la puerta con sigilo. Después, lo enfrentó.

—¿Qué le sucede a mi sobrina y por qué lo sabe usted?

El capataz, de repente apurado, no sabía por dónde empezar.

—Bueno… verá… es que… Señora, su sobrina se ha estado viendo con uno de los vendimiadores de la finca. Seguramente el muy caradura esté tratando de seducirla. Es un desvergonzado sin remedio y siempre lo he tratado con mano dura, pero claro, nunca hubiera imaginado algo así…

Doña Augusta parpadeó con lentitud. Durante su vida como señora de alcurnia había aprendido a no dejar traslucir sus emociones, a colocarse una coraza mientras su interior bullía de ira, intranquilidad, desconcierto, temor o rabia. Al menos, delante de extraños. Con la familia siempre podía uno explayarse.

—¿Cómo lo sabe? ¿Los ha visto usted? —interrogó con aparente calma.

—No, pero como si hubiera sido yo. Los vio mi sobrina Candela, que jamás me mentiría en algo así. La señorita Emilia iba vestida de

criada. Paseaban de madrugada por el pueblo y luego…

—Luego, ¿qué?

—Se perdieron en el interior del jardín que tienen ustedes en la parte de atrás.

—Comprendo. —La mujer no lo puso en duda; no se alteró un ápice—. ¿Cuánta gente tiene esta información?

—Solo mi sobrina Candela, usted y yo, señora. Jamás me atrevería a decírselo a nadie más —mintió—. Como le digo, soy leal hasta la muerte a la familia Espinosa y, en especial, a usted, doña Augusta.

—Ha hecho bien en contármelo a mí, Morales. Mi hermano Bernardo no debe saberlo. *Nadie* debe saberlo. Usted se ocupará de ese malnacido y yo me encargaré de mi sobrina. ¿Le ha quedado claro?

—Sí, señora —asintió enérgicamente—. Claro como el agua.

—¿Cómo se llama ese caradura?

—Álvaro… Álvaro Alcázar.

La mujer meditó unos instantes. Su mirada se perdió en los libros de las estanterías.

—Alcázar… ¿De qué me suena ese apellido?

—Su tío, Román Alcázar, era el capataz de la finca antes de que yo ocupara su puesto.

La dama asintió; ahora lo recordaba. Román les había servido bien hasta que el muy osado decidió convertirse en mayeto y tener sus propias tierras. Pero si algo tenía claro, era que los sobrinos no tenían por qué parecerse a sus tíos.

—¿Quiere que lo mande a matar? —se anticipó Juan Morales.

—¿A matar? ¡Está loco! —La señora se mostró ofendida, aunque la misma idea se le había pasado por la cabeza—. En esta familia no somos asesinos, por Dios, hombre. Quiero que lo despida y que le dé un buen escarmiento. Reúna a unos pocos hombres y denle de palos. Con amenazarlo de muerte bastará. Si vuelve a pisar nuestras tierras o a rondar el palacete, lo mandaremos a la cárcel con alguna excusa.

—En eso había pensado yo, señora.

—Bien. Confío en su discreción. Lo recompensaré bien —lo sobornó—. Cuando cumpla con el encargo, le daré una buena suma a usted y a todos lo que le echen una mano. Si preguntan por el motivo del escarmiento, invéntese algo, pero jamás nombre a mi sobrina.

—Claro, señora. Eso, por descontado.

—Y ahora, váyase —lo despachó de malas maneras.

—Sí, señora.

El hombre pasó por su lado con lentitud. Olía a sudor, a cuero y a tierra. Abrió la puerta y se marchó.

Augusta permaneció inmóvil en medio de la estancia, sopesando qué hacer. Conocía bien a su sobrina y sabía que un enfrentamiento directo solo conseguiría el efecto contrario al deseado. Si la ponía al tanto de lo que había descubierto, la muchacha se rebelaría contra ella.

—Maldita romántica empedernida —musitó con la mirada clavada en el rostro de óleo del antiguo dueño del palacio—. ¿Qué hago con ella, padre?

Ahora lo comprendía. Emilia había rechazado a su hijo —un caballero, un hombre de carrera, educado, de buenos modales y de más que generosas riquezas— por un ganapán muerto de hambre que se la pasaba arrancando uvas de las cepas. Y todo por esas locas ideas que tenía en la cabeza. Y por llevarle la contraria, claro.

Pero no sería ella quien convirtiera a ese jornalero en un Romeo ante su Julieta. Los amores prohibidos se volvían obsesivos y febriles, así que haría lo posible para que fuera la propia muchacha quien lo dejara. Se le ocurría una persona que podría convencerla; una por la que su sobrina sentía devoción, a pesar de ser una atolondrada.

«Niña descarada y casquivana, te crees muy lista, pero el diablo sabe más por viejo que por diablo», razonó.

La tentaba encerrarla en un convento, e incluso en uno de esos horribles manicomios alejados de todo y de todos, pero vendrían las

habladurías y, además, sabía que su hermano se negaría en redondo. No. Jugaría con las cartas que tenía y, con suerte, sería como si ese tal Álvaro Alcázar nunca hubiera existido.

34

Restaban unos días para la fiesta de compromiso y Emilia no sabía cómo sentirse. Se suponía que debía estar feliz porque Juliana iba a cumplir sus deseos, pero sabía que la echaría mucho de menos cuando se marchara a vivir a su propia casa y, en el fondo, dudaba que su hermana lograra ser feliz con alguien como don Marcos.

Lo único bueno de las tediosas pruebas en el modisto y de los interminables encargos a las floristerías era que había pasado una mañana muy agradable en compañía de sus primas y hasta de sus tías, pues Prestola se había mostrado tan cariñosa como siempre y Augusta parecía haber asimilado su rechazo, aunque se la pasaba soltándole indirectas sobre la cantidad de señoritas que deseaban casarse con Enrique.

Solo por la tarde y ya en el palacete de Chiclana, doña Augusta se le antojó más seria y taciturna, especialmente después de hablar con el capataz de la finca. Y aún más, le había dado al ama de llaves la extraña orden de contratar a un mozo para que vigilara la puerta trasera del jardín, donde habían depositado un cargamento de velas, farolillos, guirnaldas y ornamentos de tela para la fiesta. ¿Acaso no tenían los campesinos cosas mejores que robar? Emilia se preguntó desde cuándo a su tía le preocupaban tanto los adornos, si por lo general prefería la austeridad y toda aquella parafernalia había sido cosa de Prestola. Sin embargo, optó por no intervenir.

Si le molestaba el mandato de su tía era porque ni esa noche ni las siguientes podría ver a Álvaro, lo que, por una parte, le provocaba desasosiego, pero, por otra, la aliviaba. Quizás un respiro para ambos fuera lo mejor en esos momentos. Su último encuentro había sido demasiado fogoso y le daba miedo dejar que sus más bajos instintos ganaran la batalla. Además, no quería que Álvaro sufriera por su culpa y era evidente que la última noche lo había dejado trastocado.

Sí, quizás unos días sin verse fuera justo lo que necesitaban. A fin de cuentas, tenían que pensar, tal y como le habían prometido al padre Quintero. Meditar sobre el futuro, sobre la mejor manera de proceder. Emilia amaba a Álvaro y quería casarse con él, pero la

atormentaba la idea de causar daño a su familia, en especial a su hermana y a sus primas; no se lo merecían.

Antes de la cena, se retiró a su habitación y se sentó un rato al escritorio secreter. Introdujo en la cerradura la pequeña llave plateada de la que colgaba una borla azul y abrió la tapa, que emitió un chirrido quejumbroso antes de mostrar sus tesoros: una veintena de cartas atadas con un lazo, cera roja, un sello, papel para escribir, un tintero, una pluma, un abrecartas y varios cuadernos, entre ellos el que le había regalado Álvaro. Lo abrió y escribió unas líneas más de su novela.

> Elisa sabía que no iba a ser fácil pasar unos días sin ver a Ángel. Necesitaba beber de sus labios casi tanto como respirar. Se había convertido en una esclava de su mirada, de sus caricias y de sus palabras. Porque solo él la había hecho sentirse especial por ser una mujer con ideas propias. A veces le recordaba a uno de sus personajes literarios favoritos: Edward Rochester, que se enamoró de la mente de Jane, la institutriz de su hija. Aunque en el caso de Elisa y Ángel, también sus cuerpos los tentaban.
>
> La distancia les vendría bien. Refrescaría el ardor de sus sentimientos y les permitiría pensar con calma. No obstante, ¿podrían soportarlo?

Se oía la lluvia caer fuera de la casa y a Emilia se le encogió el corazón. Esperaba que esa noche Álvaro no la esperase durante mucho rato en la verja del jardín porque, de lo contrario, acabaría empapado. Imaginarlo bajo el agua, con la fina camisa pegada al torso y a los recios brazos, le provocó una punzada de deseo. Se reprendió por ello. Las señoritas no debían pensar esas cosas. ¿O sí? ¿Acaso las mujeres no tenían los mismos apetitos que los hombres?

Escribió hasta que la criada fue a llamarla para la cena. Las palabras tenían el poder de abstraerla de la realidad.

35

Álvaro se pasó la tarde caminando bajo la lluvia y buscando al capataz, pero no lo halló en ninguna parte. Ni estaba en su casa del centro del pueblo, ni en las tabernas ni por las calles. Para colmo, Emilia tampoco había acudido a su cita nocturna y, en su lugar, había visto desde la distancia a un señor que hacía las veces de guardia del jardín. ¿Estaría bien su prometida? Temía que la relación que mantenían hubiese llegado a oídos de su familia y que la hubieran maltratado o encerrado bajo llave. La desesperación lo corroía, pero no le quedaba más remedio que esperar hasta el día siguiente para enfrentar su destino.

A pesar de que su tío le había dicho que estaba despedido, subió a la tartana de Bartolomé como de costumbre, y acudió a su lugar de trabajo, donde vería por fin a ese pérfido de Juan Morales. Tenía que dejarle las cosas claras y, además, no pensaba marcharse sin cobrar su salario. No le sorprendió, sin embargo, que varios desconocidos armados con escopetas de caza detuvieran el carro unos metros antes de llegar a la finca.

—¿Eres Bartolomé? —preguntaron al conductor del vehículo.

—Sí, soy yo —respondió el hombre, desconfiado.

—Entonces solo puedes pasar tú. Tenemos órdenes de no dejar entrar a un tal Álvaro Alcázar. —El que parecía el jefe de la cuadrilla apuntó al susodicho con la escopeta—. Eres tú, ¿no? Pues venga, abajo.

—Esto es un atropello —se quejó Bartolomé—. ¿Qué pasa aquí?

—Yo sé de qué va todo esto —le bisbiseó Álvaro—. Sigue tu camino y no hagas preguntas, Bartolomé. Sabré apañármelas.

El dueño de la tartana trató de convencer a Álvaro de que debían buscar a don Diego Saucedo, el administrador, pero el muchacho se negó, diciendo que aquello era asunto suyo y que él lo resolvería. Renqueante, Bartolomé siguió adelante con la tartana y él se quedó en las inmediaciones de la entrada a la finca, rodeado por los hombres que lo apuntaban con las escopetas. Les preguntó qué

querían de él, pero ninguno respondió. Al poco llegó Juan Morales, que cargaba con una bolsa de tela. Venía acompañado de un tipo con aspecto de hombre de las cavernas que Álvaro reconoció enseguida. Era Blas, el mismo que le había pegado a Candela hacía dos noches.

—Hombre, curita, pero si has tenido la cara dura de venir a trabajar después de saberte despedido —le dijo Juan Morales a modo de saludo.

—He venido a cobrar mi salario por los días trabajados —respondió con voz calmada.

El capataz negaba con la cabeza, riéndose.

—Y vas a cobrar, claro que vas a cobrar, pero no de la manera que tú quieres.

—No te tengo miedo, cerdo infame y despreciable. Di a estos hombres que se vayan y pelea conmigo a solas, si tienes cojones.

El mayoral volvió a negar y a reírse.

—Joder, con el curita. Pues sí que tiene huevos. —Se pasó la lengua por los labios resecos—. ¡Venga, llevadlo al medio del campo! —ordenó a sus secuaces.

A empujones y sin dejar de apuntar al muchacho con las armas, lo guiaron campo a través con el sonido de sus respiraciones, de los chasquidos de las botas sobre los charcos y del crujido de las ramas que se partían a su paso. Ni siquiera los jilgueros se atrevían a cantar. Se detuvieron en medio de ninguna parte. Los pinos, los eucaliptos y los álamos los envolvieron con sus hojas húmedas por aguacero del día anterior. Había tanta vegetación que incluso un disparo de escopeta sonaría amortiguado y nadie se enteraría de lo sucedido.

¿Iban a matarlo? Álvaro no los creía capaces de llegar a tanto. Solo querían asustarlo, pero él no tenía miedo. Su mejor baza era mostrarse tranquilo.

***

Juan Morales empezó a dar vueltas alrededor de Álvaro mientras los demás seguían encañonándolo.

—A ver, curita. ¿Es que no sabes que la miel no se hizo para la boca

del asno? —empezó a decir sin quitarle los ojos de encima.

Álvaro era el más alto de todos los congregados —una panda de borrachos sin escrúpulos— y estaba en mejor forma física. Aun vestido con una simple camisola vieja remangada, una capacha de esparto cruzándole el pecho y unos pantalones raídos cubiertos por zahones, parecía uno de esos dioses a los que adoraban los romanos. ¿Por qué el Creador bendecía a unos con todos los dones imaginables y a otros no les dejaba siquiera las migajas?, se preguntó el capataz. Cuánto esmero había puesto el Todopoderoso en cincelar cada pequeño detalle de ese rostro: los ojos almendrados y cada una de las pestañas con las puntas rizadas; la nariz recta, los labios carnosos; la poderosa mandíbula cubierta por una sombra de barba, con ese hoyuelo que decía «bésame». ¿Por qué la divina proporción estaba tan presente en él, mientas que el resto de los mortales parecían fabricados al por mayor y de cualquier manera?

Maldito hijo de puta.

—¿Qué problema tienes conmigo? —exigió saber Álvaro—. ¡Dilo de una vez, cabrón!

—Tú lo sabes muy bien —respondió el mayor—. Ese sabelotodo que tienes por tío te habrá puesto al tanto y no lo voy a repetir delante de esta gente. Tienes que irte de Chiclana y, si me apuras, de Andalucía.

—No.

El capataz volvió a negar con la cabeza.

—O te vas o buscaremos la forma de hacer que te vayas —amenazó.

—Pues ordena a tus perros que me disparen, porque solo muerto me podréis sacar de mi pueblo.

Juan tenía que reconocer que el muchacho tenía redaños y eso lo excitaba aún más. Se planteó qué tipo de escarmiento debía darle. Doña Augusta le había prohibido que lo matara y, además, la muerte era dulce y fácil. No, el cura arrepentido debía sufrir. «¿Qué hago contigo, Álvaro?». Había pensado en varios castigos, pero ahora que lo tenía cerca, le parecía una pena desfigurarle el rostro. Mejor se cebaría con la espalda. Sacó una cuerda de la bolsa y se la lanzó a

Blas.

—Átalo de cara al tronco —mandó.

Blas se acercó hacia él pasándose la cuerda de una mano a otra.

—Te tenía ganas, curita de mierda —admitió—. Ahora no estoy borracho. A ver quién gana.

Álvaro parecía tan calmado que nadie vio venir el derechazo que le propinó a su atacante. El hombre de las cavernas se tambaleó ligeramente hacia atrás y trató de devolverle el golpe, pero el muchacho lo esquivó. Una oleada de carcajadas recorrió al grupo de las escopetas.

—Joder, Blas, ¿seguro que no estás borracho? —se burló uno de ellos.

Entonces envistió a Álvaro por el estómago y lo tiró al suelo. Los dos rodaron sobre la hierba y se llenaron de fango.

—¿Prefieres un tiro en la cabeza, curita? —le gritó el capataz mientras observaba la pelea.

Álvaro seguía dándose de puñetazos con su adversario en lo que parecía un espectáculo de gladiadores.

—¿A qué esperáis, joder? ¡Echadle una mano a Blas, idiotas! —bramó el capataz a los de las escopetas.

—¿Le disparamos? —preguntó uno de ellos.

—¡No, coño! ¡Cogedlo y atadlo al puñetero árbol, cojones!

Hicieron falta cuatro hombres para reducir a Álvaro y atarle las muñecas alrededor del tronco. Cuando lo tuvo indefenso por fin, Juan Morales se acercó a él y le rasgó la camisa de arriba abajo, revelando, como no podía ser de otra manera, una espalda escultural de poderosos deltoides.

«Te marcaré para siempre y así no podrás olvidarme nunca», reflexionó. Después extrajo el látigo de cuero de la bolsa y se preparó para asestar el primer azote.

***

Álvaro se había resignado. Dejaría que ese malnacido hiciera con él

lo que quisiera, pero no le daría el gusto de verlo quejarse. Ni un solo grito saldría de su boca. Ni una sola muestra de flaqueza. Eso no.

El primer latigazo llegó con un estallido de dolor que le partió la espalda en dos. Apretó los dientes y se tragó su padecimiento. Al primero le siguió el segundo. La cruz de madera de su madre rebotó en su cuello y volvió a apretar las mandíbulas.

«Eres una roca, Álvaro. Las rocas no sienten», se dijo. Las mismas frases que se había repetido en la infancia una y otra vez los días posteriores a la muerte de su madre.

Llegó un tercer latigazo. Y luego, un cuarto y un quinto. El dolor era insoportable. ¿Cuándo iba a parar ese cabrón? Había leído que las torturas de la inquisición eran efectivas no por el dolor que causaban a la víctima, sino por la certeza de que ese dolor se prolongaría en el tiempo. No saber cuándo se acabaría el suplicio era lo que llevaba a los sospechosos a confesar crímenes que no habían cometido. Pero él aguantaría, tenía que hacerlo.

Seis. Siete. Ocho.

Perdió la cuenta de los azotes. En un momento dado sintió la sangre correr por su espalda y entonces, oyó la voz lejana del capataz.

—Soltadlo.

Cayó al suelo como un pesado fardo de hortalizas. No podía moverse. Le costaba respirar. Los árboles daban vueltas a su alrededor.

«Eres una roca. Las rocas no sienten».

—¿Lo dejamos aquí? —preguntó alguien.

—No. Lo llevaremos al medio del camino para que alguien lo recoja. —De nuevo la voz del capataz.

Mientras lo arrastraban, Álvaro sintió ganas de llorar, pero ni siquiera pudo hacerlo. Lo depositaron bocabajo en el suelo y antes de perder la consciencia, vio la silueta de su difunta madre acercándose a él. Vestía una túnica blanca a la manera de las griegas y se veía más hermosa que nunca.

—Tranquilo, mi niño, aún no ha llegado tu hora —le susurró al

oído.

36

Al terminar la jornada de trabajo en las viñas, varios jornaleros encontraron a Álvaro en el camino de la finca de los Espinosa. Oyó la voz de Bartolomé y de otros tantos pronunciando palabras de asombro como «carnicería», o de consuelo, como «saldrás de esta». Sintió en su piel el traqueteo de una carreta, cómo lo trasladaban a una cama. Oyó llorar a su tía.

Cuando recuperó por completo la consciencia, Manuela le estaba poniendo sobre la espalda una cataplasma que olía a miel, manzanilla y aloe vera.

—Agua —pidió a duras penas.

Su tío Román llenó un vaso y le dio de beber.

—¿Por qué fuiste a la finca, muchacho? ¿Por qué? —Su voz ya no destilaba enfado, sino lástima; una lástima infinita.

—Necesito… necesito ver a Emilia —logró articular.

—¡Y vuelta la mula al trigo! —se exasperó su tío—. ¿Es que quieres que te maten?

—Déjalo, Román. No le digas nada. ¿No ves cómo está? —La mujer sorbía por la nariz. No podía dejar de sollozar—. Aunque quisiera, no podría ir a ninguna parte.

Álvaro trató de incorporarse, pero apenas pudo mover un dedo.

—Enviadle una nota. Necesito verla. El padre Quintero… —siguió diciendo.

—¡Ni el padre ni la madre! Nadie le llevará ninguna nota a la señorita —sentenció Román—. Olvídate de ella, Álvaro. Hay muchas mujeres en el mundo, rediós.

—¿Tanto la quieres, hijo? —intervino Manuela, compadecida de él.

—La amo, tía —contestó.

Román miró a su esposa con los ojos desorbitados por el espanto.

—Mira, Manuela, ni se te ocurra hacerle caso a este perturbado. ¡Nada más que eso me faltaba! Que te dieran de latigazos a ti

también.

—No voy a hacer nada, hombre, pero deja que el pobre saque lo que lleva dentro. No seas tan cruel —pidió antes de apretar el llanto.

—¿Cruel yo? Crueles son los ricos, Manuela. Mira lo que le han hecho. Y yo deslomándome durante años para sacar adelante sus viñedos. Son despreciables.

La conversación entre sus tíos siguió un rato más, pero Álvaro regresó pronto a las brumas del sueño. Soñó que Emilia y él se escapaban juntos, que el padre Quintero los casaba y que reían a carcajadas. Su esposa estaba preciosa cuando sonreía y él no podía sentirse más dichoso. Pero entonces un lobo saltó sobre su espalda y le clavó las garras, despertándolo de golpe. El dolor no lo dejaba dormir más de dos horas seguidas.

37

Llegó por fin la tarde de la fiesta y Emilia extrañaba tanto a Álvaro que la añoranza le provocaba un dolor físico. Solo la presencia de sus primas en el palacete le había hecho la semana más llevadera, pero, aun así, no dejaba de pensar en la forma de burlar la vigilancia para reunirse con él.

—¿Qué te gusta más, la horquilla de campanitas colgantes o la de flores de granado?

Marga se colocó los adornos sobre el pelo y se contempló en el espejo, pero Emilia, apoyada en el escritorio, tenía la mirada perdida en el infinito.

—¡Prima, que te estoy hablando!

—Perdona, ¿qué decías?

—No sé dónde andas, Emilia, pero aquí no. Te preguntaba cuál de las dos horquillas te gusta más —repitió, mostrándoselas.

—La de flor de granado con el lazo de raso —eligió.

Las manecillas se desplazaban veloces sobre los números romanos del reloj de sobremesa de la cómoda y la joven Espinosa lo sentía como una cuenta atrás, pero aún no sabía hacia qué ni hacia dónde.

Marcela terminó de peinar a la pelirroja y cuando por fin se quedaron a solas, su prima se atrevió a interrogarla.

—¿Estás así por Juliana o porque hoy tendrás que ver a Enrique?

—Es una mezcla de sentimientos, Marga —manifestó. Podía haber aprovechado el momento para confesarle su relación secreta con Álvaro, pero todavía no se sentía preparada. Ya la pondría al tanto más adelante, cuando tuviera decidido qué hacer. O quizás le escribiera cuando hubiera huido. Estaba segura de que su prima la entendería, de que jamás la juzgaría.

—Pues no seas tonta —le respondió sentándose en la cama y aplastando los adornos de la cola de su vestido—. Tu hermana es un caso perdido. Se casa porque quiere —señaló en primer lugar— y en cuanto a Enrique... bueno, es Enrique. A pesar de lo listo que es, a

veces se comporta como un cretino, pero se le pasará. Si te perdonó la patada en la entrepierna cuando eras niña, te perdonará que le hayas dado calabazas de adulta.

Emilia perfiló una leve sonrisa. Marga tenía el poder de ponerla de buen humor.

A través del balcón se oían los carruajes, que llegaban uno tras otro, transportando a los familiares de los Espinosa y a los del marqués de Bermeja. Francisca no tardó en ir a buscarlas para que bajaran al salón de una vez.

—Vamos, señoritas, deben recibir a los invitados —las apremió.

—Tranquila, Paca. No te sulfures, que te salen arrugas. ¿No sabes que las jóvenes necesitamos tiempo para arreglarnos?

Las dos damas se colocaron en el escalón superior de la escalera principal con las espaldas rectas y las manos enguantadas apoyadas con delicadeza sobre la barandilla de caoba. El tramo que descendía hasta el patio estaba cubierto por una alfombra de terciopelo rojo en la que relucían las varillas de latón, y, tal y como les había enseñado *madame* Lini, las muchachas descendieron uno a uno los peldaños con elegancia y sin mirarse los pies. Después, se acercaron a los anfitriones.

Dispuestos en hilera, se encontraban, en primer lugar, don Bernardo, Juliana y don Marcos, y a continuación, doña Augusta, doña Prestola y don Avelino. Los hombres lucían fracs recién planchados y camisas que, de tan blancas, casi cegaban, mientras que las mujeres llevaban sofisticados vestidos de fiesta y tocados a la última moda. Juliana, con corpiño y falda en color crema, destacaba entre ellas en el papel de futura novia.

Las más jóvenes los saludaron con leves inclinaciones de cabeza y enseguida se unieron a ellos para dar la bienvenida a los invitados conforme llegaban.

—Pero qué bellas estáis esta noche, mis niñas —reconoció Prestola en cuanto tuvo ocasión.

Margarita vestía de color mostaza con galones de pasamanería y

borlas, y Emilia se había puesto un vestido de seda gris perla con una capa superior de tul que volaba levemente cuando se desplazaba y la hacía parecer un ser celestial. En esta ocasión, en lugar de los pesados polisones, se habían decantado por llamativos adornos en las colas, mucho más ligeros en el caso de que decidieran bailar. El de Marga estaba compuesto por pliegues, lazos y encajes superpuestos, y el de Emilia, por una cascada de mariposas de seda.

Doña Augusta, que rara vez se mostraba de acuerdo con su hermana, se quejó por lo bajo de que el modisto no hubiera realizado los ajustes de última hora que ella le había indicado. La cola de Marga le pareció más larga de la cuenta y el escote de Emilia, demasiado pronunciado. No obstante, lo dejó pasar. Esa noche estaban de celebración.

—¿Y Enrique? —quiso saber Marga por cambiar de tema—. ¿No tendría que estar aquí con nosotras para recibir a los invitados? Se supone que va a ser el futuro patriarca de la familia Espinosa —añadió con retintín.

—Oh, sí, debería estar aquí, pero... Verás, querida, hace un rato mi hijo acompañó a la señorita Eugenia Tejada y a su familia al salón y desde entonces no ha regresado. Debe de estar muy entretenido —dejó caer.

Emilia puso los ojos en blanco. Los comentarios de su tía, en vez de molestarla, empezaban a parecerle de lo más divertidos. Además, si aquella iba a ser una de sus últimas veladas antes de fugarse con Álvaro, no quería que nada enturbiara su alegría. Estaba decidida a pasárselo bien.

Los invitados continuaron llegando durante un rato más. Saludaban a los anfitriones y luego pasaban al salón, hasta donde los acompañaban Marcela y Purita, con sus impecables uniformes de gala negros y delantales almidonados. Muchos fueron los caballeros que alabaron la belleza de Emilia, quien se sintió avergonzada ante tantos requiebros, pero Marga y sus comentarios mordaces la ayudaron a sobrellevarlos con humor.

Cuando todos los familiares estuvieron por fin congregados en el

interior del salón, dos lacayos contratados para la ocasión cerraron las inmensas hojas de roble de la puerta del palacete y el mayordomo, colocado en la entrada de la gran sala, anunció con voz enérgica:

—Don Bernardo Espinosa, la señorita Juliana Espinosa y don Marcos Herrera, marqués de Bermeja.

Los invitados alzaron las copas para recibirlos y Emilia se sintió muy orgullosa de ver a su hermana mayor caminar del brazo de su padre. Cuando Juliana entraba en una estancia llena de gente solía hacerlo cabizbaja y avergonzada de su cojera, pero ahora se la veía radiante. «No te atrevas a juzgarme», le había dicho, e intentaría no hacerlo más. A lo mejor la boda sí haría feliz a la primogénita de don Bernardo.

—Doña Augusta Espinosa, viuda de don Enrique José Lara, y Doña Prestola Espinosa y don Avelino Galván —anunció Sebastián Martínez en segundo lugar.

Sus tíos hicieron su entrada con paso lento y decidido.

—Y, por último, las señoritas Emilia Espinosa y Margarita Galván Espinosa —dijo el mayordomo demasiado rápido.

Marga se colgó del brazo de su prima y bisbiseó en su oído:

—El salón está hoy muy concurrido, espero que el Duende logre controlar sus esfínteres.

Emilia no pudo evitar soltar una carcajada y cuando entró en la sala con su prima cogida del brazo los asistentes la vieron así: riéndose, con las mejillas arreboladas, radiante, hermosa. Muchas miradas se clavaron en ella, en especial, una: la de su primo Enrique, que sostenía su copa en alto mientras Eugenia Tejada, a su lado, parloteaba sin descanso.

Al percatarse de que se había convertido en el centro de atención, Emilia se sonrojó y agachó la cabeza. Enseguida le llegó una amalgama de aromas, mezcla de perfumes caros, afeites para el rostro, champán y humo de los puros habanos. La fiesta había comenzado y los invitados charlaban en corrillos y felicitaban a la

pareja de prometidos, unos con sincera alegría y otros con expresión lastimera cuando se dirigían a Juliana. Emilia y Marga saludaron a sus familiares y dejaron que don Marcos les presentara a los suyos. Los canapés salados y los dulces que las criadas repartían en bandejas de plata estaban exquisitos y todos alabaron las buenas manos de la cocinera y de sus ayudantes.

—Estos son mis favoritos —informó el marqués cuando probó una sultana de coco y huevo.

Marga miró a Emilia y se le escapó una risilla baja acordándose de Coquito, quien, por fortuna, no había podido acudir a la fiesta por encontrarse de viaje con su familia.

—Tiene usted razón, don Marcos —coincidió Prestola—. Son una delicia, crujientes por fuera y blandas por dentro. Las conocí gracias a un vendedor ambulante que se dedica a pregonar sus bondades cuando llega la temporada estival. Unos dicen que las inventaron las monjas de los conventos andaluces hace más de dos siglos, y otros, que se trata de una receta francesa que introdujo en España Pepe Botella, ya sabe, el hermano de Napoleón. ¿Usted qué opina?

El marqués se atusó el bigote, pensativo.

—Yo, señora mía, dudo mucho que ese infame gabacho dejara algo bueno aquí, así que tiene que ser obra de nuestras monjitas —aseveró.

—Pues claro —volvió a coincidir Prestola, que disfrutaba conversando sobre temas culinarios—. Como el tocino de cielo, que se fraguó por primera vez en un convento de Jerez gracias a las yemas de huevo que las bodegas donaban a las religiosas. Porque, sabe usted que para clarificar el vino se usan las claras y se desechan las yemas, ¿verdad?

—Oh, sí, sí. Algo he oído. El tocino de cielo: un postre delicioso, sin duda.

Emilia no podía evitar resoplar a cada rato. Por edad y por gustos, el marqués habría encajado más con su tía Prestola que con Juliana, que permanecía en silencio, escuchando la conversación.

Los minutos pasaban y los caballeros solteros no les quitaban la vista de encima a las muchachas casaderas —Emilia y Marga—, como fue el caso de un par de sobrinos de don Marcos, que se les presentaron en cuanto tuvieron ocasión. Llevaban un buen rato hablando de sí mismos cuando a la más joven se le escapó un bostezo que disimuló cubriéndose la boca con la mano enguantada.

—Vienen años muy prósperos para España —comentó entonces uno de ellos, un joven de recortado bigote negro y perilla que estudiaba en la escuela de negocios—. Es el momento idóneo para invertir y arriesgar capital. Con esa escoria republicana en la cárcel, el rey Alfonso XII en el trono y la paz en Cuba, vamos a volver a ser lo que fuimos.

—Un gran imperio —le siguió el otro, de cabello castaño ensortijado y largas patillas rizadas.

—¿Piensa usted invertir en el vino, como su tío el marqués? —se interesó Emilia, por cortesía.

—No. Lo mío son los transportes. Me atraen los ferrocarriles. Quién sabe; si me busco una esposa chiclanera, a lo mejor me interesa que esa línea que proyectan para Chiclana se construya cuanto antes. —Le guiñó un ojo.

Marga soltó una risilla socarrona, pero no dijo nada.

—A mí me parece que para eso faltan lustros, si no siglos —aventuró Emilia—. Chiclana sigue siendo un pueblo, por mucho que su título diga lo contrario, y sí, admito que una línea de ferrocarril vendría bien para la exportación de vinos y de productos de la huerta, pero en cuanto a los pasajeros… Los chiclaneros no estamos acostumbrados a la llegada de tantos foráneos a la vez.

—¿Y usted, señorita Galván? —le preguntó el de las patillas rizadas a la menor de las primas, a quien le había echado el ojo—. ¿Cree que el ferrocarril sería beneficioso o perjudicial para este pueblo?

—Yo creo que las comunicaciones están bien, siempre y cuando faciliten el tránsito de personas interesantes a las que merezca la pena conocer, y no de ladrones y maleantes —respondió con una

sonrisa radiante.

—¿A qué se refiere usted con «personas interesantes»? —quiso saber el señorito.

—Bueno, por ejemplo, a personas que no hablen solo de sí mismas y de sus atributos. A las damas nos resultan muy pesadas.

Emilia agachó la mirada, infló los carrillos y frunció los labios para no reírse. Los dos muchachos parecieron darse por aludidos porque cambiaron de tema en el acto.

***

—Alguien viene a buscarte… —cuchicheó un rato después Marga en tono de mofa.

Emilia levantó la mirada y comprobó que Enrique se dirigía hacia ella con otra copa de champán en la mano. ¿Cuántas se había tomado ya? La velada acababa de empezar y ya lo había visto vaciar unas cuantas.

—Queridas primas —saludó mirando solo a Emilia—, pero qué bellas estáis esta noche. ¿Es que no pensabais saludarme?

Tomó la mano de Marga en primer lugar y le besó el dorso. Luego hizo lo mismo con Emilia, pero dejó los labios pegados a sus guantes de seda unos segundos más de lo que las normas sociales aconsejaban.

—Eres tú el que no se ha separado de las faldas de Eugenia Tejada —apuntilló Marga.

—La señorita Tejada puede ser muy insistente —reconoció. Miró a los dos caballeros que acompañaban a sus primas y, sin ninguna intención de presentárseles, les preguntó—: ¿Me dan su permiso para que les robe a la señorita Emilia un momento?

El de las patillas tupidas consintió, pero el de la recortada barba imperial torció el gesto. De todas formas, Enrique no les prestó más atención.

—Lo cierto es que yo también debo ir a saludar a unas primas lejanas… —se excusó Marga, que aprovechó la ocasión para

escabullirse entre la gente.

Enrique tomó a Emilia del codo con suavidad, pero con firmeza, y la llevó a un apartado del salón ante la mirada de los jóvenes burgueses, que se habían visto, de pronto, abandonados por las dos damas que tan agradable le estaban haciendo la reunión.

—Enrique… —empezó Emilia junto al grueso cortinaje de uno de los ventanales—. Creo que lo dejamos todo claro la última vez que hablamos.

—Así es —concordó él, esforzándose por aparentar serenidad.

Desde el codo, la mano del médico ascendió por el antebrazo de ella, cubierto por el guante, y terminó acariciándole el hombro desnudo con la yema del pulgar. Tenía los dedos húmedos por haber estado sujetando la copa de champán y Emilia sintió un escalofrío.

—Sé que… —siguió ella, nerviosa—, sé que me has estado evitando todo este tiempo. Me entristece la situación. En otras circunstancias, ahora estaríamos contándonos anécdotas: tú me hablarías de tu estancia en Sevilla y de lo aburridos que son todos esos abogados que administran tus propiedades, y yo de cómo esta mañana Purita volcó un flan gigante de diez huevos sobre la alfombra del salón. Puede que también estuviéramos riéndonos por lo bajo de los peinados tan exagerados de algunas de las damas aquí presentes.

Su primo le dio pequeños toquecitos acusatorios en el hombro con el dedo índice.

—Tú lo has dicho… en *otras circunstancias*.

—¿Por qué no podemos volver a ser los de antes, Enrique? ¿Por qué estropear la buena relación que siempre hemos tenido?

A pesar de haber pronunciado aquello en voz alta, Emilia se preguntó si tenía sentido restablecer la amistad con su primo ahora que pensaba casarse con Álvaro en secreto y apartarse de la familia sin remedio.

—Porque no se puede, Emilia. ¿Quieres que siga siendo el mismo bobalicón que te contaba chistes malos para hacerte reír? Pues no puedo. Menos aún después de que me dijeras que te doy asco.

—No fue *exactamente* así. *Tú* no me das asco.

Él alzó las cejas.

—Eso fue lo que dijiste, ¿o me lo estoy inventando?

Ella negó con la cabeza y los tirabuzones que caían de sus sienes se movieron al compás.

—Sabes a lo que me refería.

—No —dijo, tajante—. No lo sé. ¿Me lo explicas? —Y en un tono más alto, añadió—: Venga, querida prima, dime qué es eso que tanto te repugna de mí como para rechazar mi propuesta de matrimonio.

Los sobrinos del marqués les clavaron entonces la mirada desde la otra punta del salón. Eugenia Tejada, que tampoco les quitaba la vista de encima, arrugó el entrecejo.

—Has bebido mucho —lo regañó ella.

—Sí —admitió, y luego asintió con la cabeza de manera repetida.

—Estás borracho.

—Es probable —reconoció.

—Eres médico —siguió ella en susurros—. Tú mejor que nadie sabes lo perjudicial que es el alcohol para la salud.

Él soltó una risotada sarcástica.

—Tranquila, mujer, que no me voy a destrozar el hígado por unas cuantas copas. —Volvió a hundirle el dedo índice en la piel, en un punto entre las clavículas y el escote—. ¿Me vas a contestar o no?

Doña Augusta, que también presenciaba la escena desde la distancia, se abrió paso entre los invitados con una sonrisa impostada y les dio encuentro. Se colgó del brazo de su hijo y, con su mejor cara, le dijo:

—Enrique, hijo, aquí estás. Ven, vamos a probar las alcachofas rellenas. Dicen que son una exquisitez.

La gran dama dio un tironcito del brazo de su retoño, pero el muchacho ancló los pies al suelo.

—Váyase, madre. ¿No ve que estoy aquí muy a gusto charlando con

mi prima?

La mujer volvió a tirar de él sin conseguir moverlo ni un centímetro de donde estaba.

—Ni se te ocurra estropearle a Juliana su fiesta de compromiso —masculló entre dientes sin dejar de sonreír—. Qué vergüenza. Estás rojo como un salmonete. Deja de molestar a tu prima y ven al patio a que te dé el fresco en la cara.

—No la estoy *motelas*... molestando. ¿Te estoy molestando, Emilia? —La lengua se le trababa y el estado de embriaguez contrastaba con la pulcritud de su aspecto: patillas rubias recortadas a la perfección, frac recién planchado y brillante reloj de oro enganchado de un botón del chaleco.

—No se preocupe tía, la que se va soy yo —determinó ella.

—¡Sí, Emilia! Acompáñame a retocarme un poco —intervino Marga, que apareció de la nada y se la llevó del brazo.

Las dos muchachas caminaron deprisa. Pasaron por delante del piano donde don Bernardo deleitaba a las dos familias con una pieza musical muy entretenida y desaparecieron por un corredor que daba a la cocina.

—No me había dado cuenta de que Enrique estaba tan borracho —admitió Marga—. De haberlo sabido, no te habría dejado a solas con él. ¿Qué quería?

—Sigue enfadado por mi rechazo. No lo entiende.

—Claro. Como se cree tan buen partido, el muy carajote.

Emilia se mordió el labio para tragarse una sonrisa.

—Marga, no hables así. Además, tú también tienes algo de culpa en todo esto. Si Enrique está tan herido es porque lo besé, tal y como me aconsejaste, y después le dije que me había dado asco.

—¡E hiciste bien! Fuiste sincera. Que lo acepte. ¡Maldita sea, qué complicados son estos hombres que se hacen llamar caballeros! Cuando no son unos engreídos o egocéntricos como los sobrinos del marqués, son unos bocazas desagradables como Coquito. —Emilia ya no pudo aguantar más la risa—. Creo que los muchachos humildes

son mucho más sencillos y no tienen tantas estupideces en la cabeza. Si les gusta una muchacha, la cortejan y punto. Si ella los acepta, bien. Y si no, pues adiós. ¿No crees que todo sería más fácil con un joven cualquiera? Yo qué sé, con un carpintero, con un vendimiador…

Una nueva punzada de culpabilidad mordió las entrañas de Emilia. Si le hablase a su prima de su relación con Álvaro, ella la comprendería. Entonces, ¿por qué no lo hacía? Era el momento idóneo.

—Marga, yo…

—¿Esa de ahí no es Isabelita? —la interrumpió.

A unos metros de distancia divisaron a la niña en camisón, asomada a la puerta del salón que daba al patio.

Marga corrió a buscarla y Emilia la siguió.

—¿Qué haces aquí, tonta? ¡Se suponía que ibas a cenar en la habitación con Paca y luego, a dormir! —la regañó su hermana.

—La que se durmió fue Paca. Se sentó a leerme un cuento y se quedó frita. Decía que estaba agotada del día de hoy —explicó la pequeña—. ¿Por qué no puedo asistir a la velada? ¡Ya soy mayor!

—¡Tú qué vas a ser mayor, si eres un renacuajo!

—Si me pongo el collar de perlas de la tía Catalina parecerá que tengo diez o doce años —le rebatió.

—¡Y aun entonces seguirías siendo demasiado pequeña para asistir a una velada nocturna! Tienes que esperar a tu puesta de largo, a ser presentada en sociedad… Anda, ven, que te acompaño a la habitación. —Marga la cogió de la mano y se dirigió a la escalera—. Prima, en un rato vuelvo —le dijo a Emilia.

Emilia asintió y se sentó sobre uno de los baúles que había junto a las paredes del patio interior. El aire fresco de la noche le besó las mejillas y se sintió reconfortada. Tenía tanto en qué pensar. Su mente era un ovillo de ideas enredadas y no encontraba un hilo del que tirar para deshacer el enredo.

De pronto se oyeron cascos de caballos. Un carruaje acababa de

llegar. Alguien golpeó la mano de Fátima de bronce contra el recio portón y los lacayos acudieron a abrir. Una figura misteriosa envuelta en las brumas de la noche cruzó la casapuerta y Emilia la reconoció al instante.

38

Vestida de luto y con el rostro cubierto por un velo negro que caía del ala de su sombrero, *lady* Elliot caminó hacia ella con los brazos abiertos. Había cambiado mucho, pero la sonrisa que se adivinaba bajo la fina capa de tul era inconfundible.

—Mi bella ahijada, ¿cómo estás, *my dear*? —la saludó con su característico acento inglés.

Las damas se fundieron en un cálido abrazo.

—Madrina, qué sorpresa. Pensé que no vendría.

—No sabía si lo haría hasta que me vi montándome en la calesa, por eso no te contesté. Siento no haber asistido a tu cumpleaños. Han sido tiempos muy duros para mí. —La separó de ella—. Deja que te vea. Eres toda una mujer. Una mujer muy guapa.

—Gracias, madrina. Usted se ve… diferente.

Emilia también la escrutó de arriba abajo. Estaba acostumbrada a ver a la señora vestida con faldas pantalón, camisolas anchas y chalecos a la manera de los hombres. No en balde muchos la habían bautizado como «la Marimacho». Sin embargo, ella siempre había dicho que no pretendía ser un hombre y que si vestía así era por una cuestión de comodidad. Ahora, por el contrario, lucía un vestido negro en varias piezas que la hacía parecer mayor. Además, su piel se había vuelto apergaminada desde la última vez que se vieron y parecía incluso más pálida de lo que solía, con dos marcadas sombras oscuras bajo los ojos que atestiguaban un rosario de noches de insomnio.

—Sí, lo sé. Tengo mucho que contarte.

—¿Quiere pasar al gran salón? Hace un rato que comenzó la fiesta.

—Luego, querida. —Hizo un aspaviento con la mano—. Deja que me siente un poco aquí contigo. El viaje me ha fatigado más de lo que imaginaba.

La mujer se dirigió al improvisado asiento donde había estado Emilia hasta hacía unos instantes, pero la joven la retuvo.

—El baúl no es cómodo, madrina. Si no quiere pasar al gran salón, al menos vayamos al saloncito amarillo.

La inglesa aceptó y accedieron a la pequeña estancia, donde tomaron asiento. Emilia hizo sonar la campanilla y en poco tiempo una criada les trajo un par de tés negros: la bebida favorita de su madrina.

—Solo necesito descansar un poco, no quiero que te pierdas la fiesta por mi culpa, *my dear* —dijo la inglesa.

—Prefiero estar aquí —reconoció Emilia—. Ya sabe que no me gusta el bullicio. Si le soy sincera, esta noche habría preferido quedarme leyendo en mi habitación.

La mujer dibujó en su rostro una sonrisa cansada.

—Lo sé, cariño. Tú eres como yo. O, al menos, como yo era antes. Ahora no sé quién soy.

—No diga eso, madrina. ¿Qué le ha sucedido?

Lady Elliot se quitó los guantes oscuros de encaje y los dejó a un lado sobre la mesa. Emilia hizo lo propio con los suyos de seda blanca. Madrina y ahijada se miraron con cariño, y entre sorbo y sorbo de té y con el sonido de fondo de la música del piano que se colaba por la ventana entreabierta, la dama inglesa puso a la muchacha al tanto de todo lo que le había sucedido en los últimos meses. Su joven marido, Antonio Ríos, había invertido el dinero que ella atesoraba en su caja fuerte en unos negocios fraudulentos y había perdido hasta la última peseta. Después de eso, una mañana se suicidó de un tiro en la cabeza.

Ante el espanto del relato, Emilia se levantó de su asiento y envolvió a su madrina con los brazos en un intento por consolarla. De haberlo sabido, habría ido a acompañarla en unos días tan duros.

—No te preocupes, *my dear*. Quise que su entierro se celebrara en la más completa intimidad. Solo estuvimos su pobre madre, su hermana y yo.

Lady Elliot se mostraba entristecida, pero había en ella un poso de algo más. ¿Tal vez enfado?

—Dígame la verdad. ¿Usted… lo quería, madrina? —indagó Emilia —. Me refiero a…

—Lo quise, sí, aunque… —Ladeó la cabeza, pensativa—. A ti no puedo mentirte, mi niña. Se lo debo a tu madre; a mi gran amiga Catalina. Verás… conocí a Antonio en el Puerto de Santa María y enseguida me llamó la atención. Era atractivo y joven, ¡dieciocho años menor que yo, nada menos! Me gustó, pero no me casé con él por ese motivo. Digamos que me dio lástima que, teniendo la carrera de Derecho, pasara tantas penurias. Su familia dependía de él y él no tenía nada. A mí me sobraba el dinero, así que quise ayudarlo.

Emilia reflexionó. La boda resultaba tan ventajosa para el señor Ríos, que nadie en la alta sociedad gaditana imaginó que la propuesta había surgido por parte de *lady* Elliot. Al contrario, todo el mundo pensó que el abogado había engatusado a la dama para gozar de su buena posición social.

—No es lo que se esperaba de una gran señora como yo, pero nunca he seguido las normas sociales, ya lo sabes. Siempre he sido un espíritu rebelde. —Bebió de su taza—. De todas formas, todo ha quedado atrás y no me quiero regodear más en mis penas. Cuéntame de ti. ¿Tienes algún pretendiente a la vista?

Emilia se acercó a la ventana y la cerró. Las voces llegaban amortiguadas y sintió que era el momento propicio para revelar su secreto a la que fuera la amiga íntima de su madre. Después de todo, la mujer acababa de sincerarse con ella.

Tomó asiento de nuevo con un nudo en la garganta.

—Madrina, apelo a ese espíritu rebelde y le pido consejo. Estoy desesperada.

—¿Qué te sucede, *my dear*? —Le cogió las manos.

—Madrina… —No sabía cómo empezar, así que decidió que lo mejor sería soltarlo de sopetón—. Estoy enamorada de… de un jornalero… uno de los vendimiadores que trabajan en la finca de mi familia. Nos hemos estado viendo a escondidas. Nos amamos y… y me ha propuesto casarme con él en secreto para después fugarnos.

Yo… yo quiero hacerlo, pero sé del agravio que podría causarle a mi familia, en especial, a mi hermana y a mis primas. Nuestro apellido quedaría manchado para siempre y caerían en desgracia. La alta sociedad les daría la espalda. —Le apretó las manos con fuerza—. Estoy en una encrucijada, ¿qué debo hacer?

Durante su discurso, *lady* Elliot la había contemplado sin inmutarse, clavándole sus ojos azules como zafiros afilados. Por un momento, Emilia imaginó que le devolvería el apretón de manos y le diría que luchara por ese amor, que las mujeres tenían tanto derecho como los hombres a ir en busca de su felicidad; que era posible vivir al margen de las críticas porque ella lo llevaba haciendo toda la vida y que, lo que le sucediera a su familia, solo era la consecuencia inevitable de vivir en una sociedad retorcida y mezquina. No obstante, para su sorpresa, en lugar del empujón final que necesitaba para dar el salto al vacío que suponía seguir a su corazón, la dama inglesa contestó:

—Estás chiflada, *sweetie*.

Después le soltó las manos y Emilia arqueó las cejas.

—¿Chiflada? ¿Por qué, madrina? ¿Acaso usted no ha hecho siempre lo que ha querido? ¿No ha vestido pantalones? ¿No ha reivindicado una mejor educación para las mujeres, el voto femenino, el derecho a ser universitarias? ¿No se casó con un hombre mucho más joven a pesar de las críticas? Usted misma lo ha dicho: es un espíritu rebelde.

—No. He dicho que lo *fui,* pero te repito que ahora no sé quién soy. Es cierto lo que has dicho sobre mí y se te ha olvidado mencionar que he tenido amantes aquí y allende del mar. —Las mejillas de Emilia se encendieron ante la confirmación de años de habladurías—. He amado de verdad, cosa que no todas las mujeres de mi clase pueden decir. Perdí la cabeza por ese maldito Jean Dubois y lo seguí hasta París, y, no solo eso, he cometido muchas estupideces por culpa de los hombres. Sin embargo, ahora me arrepiento. Soy una fracasada.

—No lo comprendo, madrina. Siempre ha vivido como ha querido.

—Más bien como he *podido*. Es duro que todos te den de lado. A

veces se me hacía insoportable. Y ahora… a mis cuarenta y siete años, me siento triste y sola. Me habría gustado tener hijos, ¿sabes, Emilia? Pero uno de mis amantes me contagió el «mal francés» y me dejó yerma. Estuve enferma mucho tiempo. Padecí fuertes dolores y luego el médico me diagnosticó esterilidad. A veces, cuando asisto a las celebraciones de los cumpleaños o las bodas de los hijos de las damas de mi edad, las envidio. Cuando me las encuentro de pícnic por los campos con sus maridos, las envidio. Cuando me cruzo con ellas en las tiendas, comprando telas y sombreros para las recepciones y las fiestas, las envidio. Y a menudo me pregunto si no habría sido yo más feliz si me hubiera dejado llevar por los convencionalismos sociales. Luchar contra la corriente es agotador y no siempre proporciona los frutos deseados. Ahora me siento mayor, mustia y abatida. He perdido mi belleza, mi juventud, mi dinero y hasta la cordura. Estoy vendiendo a trozos el patrimonio que me queda para sobrevivir y… bueno, he acudido a la fiesta de compromiso de tu hermana por agarrarme a los viejos recuerdos; por el cariño que le tuve a Catalina y que os tengo a vosotras. Y por eso mismo, Emilia, te aconsejo que te olvides de ese muchacho. Ahora puede parecerte el mejor hombre del mundo. Seguramente sientas entre sus brazos lo que no has sentido jamás, como una princesa de cuento que ha estado dormida hasta que él te ha despertado con un beso de amor, pero te diré algo: todo pasa. El enamoramiento, la atracción, el deseo irrefrenable pasará. Envejeceréis, os aburriréis el uno del otro. Y entonces, te darás cuenta de que estás rodeada de pobreza y no lo soportarás. Te acordarás del momento en que huiste una y otra vez y desearás volver a atrás para cambiar tu historia. La culpa por el daño ocasionado a tu familia no te dejará vivir. —Ahora sí le tomó las manos y las apretó con fuerza—. Mírate en mi espejo, Emilia.

—Pero… pero madrina, yo… —Emilia se había quedado sin palabras.

—Pero tú lo amas, lo sé. Y el amor que sientes en estos momentos es tan grande que te desborda; que no te deja ni respirar ni disfrutar de la fiesta de tu hermana, pero créeme, nada es eterno. Ni siquiera

nosotros. A todos nos llegará la hora y tendremos que rendir cuentas a San Pedro. —A Emilia le parecía mentira que su madrina se expresara en esos términos; ella, que siempre había tendido al ateísmo—. Yo soy vieja y fea, pero tú todavía estás a tiempo. Tienes toda la vida por delante. Eres bonita, audaz, creativa, llena de vida. Seguro que tienes a un ejército de pretendientes detrás de ti. Escoge al mejor candidato y asegúrate un hueco privilegiado en la sociedad. Así nunca tendrás que arrepentirte.

Emilia se puso de pie y, al hacerlo, dio sin querer un puntapié a la pata de la mesa. Su taza de porcelana cayó de lado y lo que quedaba de té se derramó sobre el mantel y se abrió camino entre las rosas bordadas.

—Me dice que soy audaz y creativa y, sin embargo, me aconseja que me case, que tenga hijos y que me dedique a administrar el hogar, como todas las demás. ¿Y qué hay de los sueños, madrina? Usted sabe que me gusta escribir.

—Y podrás seguir haciéndolo. En la esfera familiar, claro. Incluso podrás publicar algunos textos, aunque mi recomendación es que lo hagas bajo pseudónimo masculino. Tendrás más lectores y tu vida privada no se verá afectada.

Emilia no daba crédito a lo que oía.

—No me puedo creer que usted, precisamente *usted*, me esté diciendo eso —dijo con un amago de llanto.

—Precisamente porque soy yo, deberías tener más en consideración mis palabras. De cualquier otra podrías dudar, pero no de mí, que he luchado por lo mismo que tú anhelas ahora.

De repente alguien llamó a la puerta y Emilia se limpió las lágrimas incipientes al tiempo que acudía a abrir. Era Purita, que venía a buscarla de parte de Juliana. La futura novia iba a hacer un brindis junto a su prometido y quería que ella estuviera presente.

—Ve, *sweetie*. No te pierdas ni uno solo de los momentos que la vida te ofrece —la animó *lady* Elliot cuando la doncella cerró la puerta.

Emilia, todavía impactada por el consejo de su madrina, se veía incapaz de regresar a la fiesta. Observó la mesa y tomó sus guantes antes de que el té los alcanzara. Mientras se los colocaba, trató de tranquilizarse.

—Solo iré si usted me acompaña, madrina —dijo.

La gran dama asintió.

—Pues claro que te acompañaré, *my dear*. Estoy deseando saludar a tu hermana, a mi buen amigo Bernardo y a tus tías. Fíjate si os he echado de menos que hasta las miradas despreciativas de doña Augusta me harán sentir como en casa.

La muchacha sonrió, pero la sonrisa no le alcanzó a los ojos. Estaba siendo una noche muy intensa y presentía que lo peor estaba aún por llegar.

39

Don Marcos, copa de champán en alto, dedicó a Juliana unas hermosas palabras que el público ovacionó con un breve aplauso de manos enguantadas. Juliana, sin embargo, se limitó a esbozar esa sonrisa artificial que su hermana conocía tan bien; la misma que ponía cada vez que se veía obligada a comerse un plato que no le gustaba. El novio le regaló a la novia un anillo de diamantes, que ella correspondió con un reloj de bolsillo grabado con sus iniciales casi idéntico al que llevaba puesto.

Después, don Bernardo, como patriarca de los Espinosa, procedió a dar un discurso en el que manifestó lo orgulloso que se sentía de su hija mayor y deseó a la pareja toda la felicidad que merecían. Terminado el brindis, los músicos ocuparon sus posiciones frente al piano y tras los violines; se formaron parejas y se inició el baile con una danza tranquila: la pavana, la favorita de las personas mayores.

Los caballeros invitaron a bailar, en primer lugar, a las anfitrionas y damas más importantes, tal y como dictaban las normas sociales. Doña Augusta, Prestola e incluso una tía de don Marcos —una momia andante— fueron las primeras en deslizar los pies por las relucientes losas de mármol del salón.

A la pavana le siguió un minué y las mujeres de más edad tomaron entonces asiento para que los caballeros pudieran dirigirse a las más jóvenes. Salieron las hermanas Espinosa, Marga y unas cuantas sobrinas y primas de don Marcos. Emilia concedió el primer baile a su padre, que se mostraba muy alegre esa noche. Al terrateniente le encantaba la música y, además, iba a emparentar con un marqués, ¿qué más podía pedirle a la vida?

—Cada día te pareces más a tu madre —susurró a su hija cuando sus pasos de baile lo acercaron hasta ella.

—Gracias, padre. —Un nudo se le instaló en la garganta. Pensar en su madre en esos momentos la descolocaba y se preguntaba si su progenitora estaría de acuerdo con las palabras de *lady* Elliot. «Tal vez sí», se dijo, pues por algo habían sido tan buenas amigas. Además, su madre tuvo claro desde el principio que quería casarse

bien y criar a todos los vástagos que el señor quisiera enviarle.

El minué terminó y, antes del descanso, los músicos anunciaron que la próxima pieza sería un vals; el baile más esperado por los jóvenes solteros, puesto que les permitía acercarse más a las señoritas. Tanto así que, en algunas casas de España se prohibía por considerarse pecaminoso e inmoral, pero la burguesía gaditana nunca había visto nada lujurioso en aquella danza.

Enseguida, el joven moreno con el que Emilia y su prima habían estado hablando de negocios se acercó a ella.

—Señorita Espinosa, ¿me haría el honor de reservarme la próxima pieza? —le preguntó.

Emilia lanzó una mirada a su madrina, que, sentada en un tresillo, charlaba en voz baja con su tía Augusta, mientras Prestola y otras damas de mediana edad debatían otros temas. Se preguntó desde cuándo se llevaban tan bien las dos viudas. A la señorita le dio la impresión de que compartían una confidencia, pero quizás *lady* Elliot los había extrañado tanto que, como ella misma había dicho, hasta había echado en falta el desprecio de su tía. Su mirada y la de su madrina se cruzaron un instante y la mujer asintió desde lejos con una sonrisa radiante que le decía: «Vamos, baila con los caballeros».

Emilia se giró entonces hacia el burgués, que esperaba con paciencia.

—Sí, claro… —aceptó, pero ni siquiera recordaba el nombre del muchacho, así que se vio obligada a preguntárselo.

—Gustavo Herrera —contestó él con una punzada de desilusión en la mirada.

Emilia extrajo su carné de baile del bolsito limosnera y anotó el nombre, aunque solo fuera por memorizarlo.

—¿Quiere una copa de moscatel? —le preguntó él, solícito.

—Sí, gracias. —En realidad no tenía sed, pero necesitaba espacio. La presencia del caballero la abrumaba.

—Bien, iré a buscarle una —anunció antes de retirarse.

¿De verdad iba a tener que bailar con cuanto caballero se le

acercara esa noche? No le apetecía, e incluso hubiera preferido la compañía de su primo para que los espantara a todos. Sin embargo, por más que miraba a todas partes, Emilia no localizaba a Enrique. ¿Dónde estaría ese terco despechado? Como si le hubiera leído el pensamiento, Marga se sentó a su lado con unos modales un tanto chabacanos.

—La tía Augusta lo ha mandado en su carretela de vuelta a casa —cuchicheó—. El muy tonto irá durmiendo la mona y el cochero tendrá que despertarlo cuando lleguen a Cádiz.

—¿Tanto ha bebido? —preguntó Emilia cubriéndose los labios con la mano derecha para que nadie pudiera leer sus palabras.

—No tanto, pero ya sabes que no está acostumbrado y que se vuelve un memo cuando lo hace. —En aquel momento la señorita lanzó una mirada a Eugenia Tejada, que, sentada en una silla, esperaba a que alguien la invitara a bailar—. Mira a la Geni, pobre necia. Ahí está, haciendo tapicería.

—No seas mala, Marga —la regañó Emilia.

Entre las señoritas de bien se utilizaba la expresión «hacer tapicería» para referirse a aquellas jóvenes que se pasaban la noche sentadas porque ningún caballero las invitaba a bailar, lo cual podía deberse a muchos motivos, ninguno bueno. Pertenecer a una familia venida a menos que ofrecía una dote muy pobre por su hija, una fealdad acusada —difícil de disimular aun con un buen postizo de cabello, afeites, carmín y joyas—, alguna tara física o psíquica o una mala reputación solían encontrarse entre los más comunes. Sin embargo, Eugenia Tejada, Geni para los amigos, no encajaba en ninguna de aquellas situaciones. Era cierto que el flequillo cortado a ras acentuaba sus ojos, demasiado juntos, y que sus amplias encías llamaban la atención en comparación con sus diminutos dientes, pero las había mucho menos agraciadas que ella en la fiesta y, aun así, estaban bailando. Más bien parecía que la dama se estaba reservando para un caballero en concreto. Uno que viajaba borracho en el asiento trasero de un carruaje.

—¿Qué? Es una arpía —siguió Marga—. Se ha pasado la velada

pegada al primo pensando que lo conquistaría, mientras que Enrique solo tenía ojos para ti.

—Anda, calla.

—¿Por qué? Te odia y lo sabes. No sé por qué la defiendes. Ojalá estuviera aquí Coquito para sacarla a bailar. Harían una pareja estupenda.

Las dos se rieron.

—Oye, ¿y de qué has estado hablando con tu madrina tanto rato? —curioseó—. Cuando pregunté por ti, Purita me dijo que había venido la inglesa y que estabais en el saloncito amarillo.

—Pues…

La joven no pudo contestar.

El vals estaba a punto de comenzar y Gustavo acudió a reclamar su turno. Entregó la copa de vino a Emilia, quien la dejó sobre una mesita auxiliar, y se inclinó hacia ella en actitud servicial. Emilia se puso en pie, aceptó su brazo derecho y caminaron hacia el centro de la sala, donde enlazaron sus cuerpos. La dama no pudo evitar compararlo con Álvaro y le pareció delgado y menudo. Se miraron durante un instante. Luego, ella giró el rostro hacia su izquierda y empezaron a dar vueltas al son de los instrumentos.

La música sonaba y él aprovechaba cada giro para acercarse mientras que ella se mantenía recta y aumentaba la distancia entre los dos cuando lo creía necesario. En ese tipo de baile, era el hombre el que mandaba y la mujer debía intuir sus movimientos para poder seguirlo. «Igual que en la vida real —pensó Emilia—, pues las mujeres no podemos sino seguir los pasos de nuestro marido».

—Señorita Espinosa… está usted muy linda esta noche —susurró el joven muy cerca de su oído.

—Gracias, señor Herrera —respondió ella con desafecto.

Él tragó saliva.

—¿Podría llamarla Emilia? Me gustaría que usted me llamara Gustavo.

—Sí, claro —concedió.

—Emilia…, ¿está… está usted comprometida, o piensa estarlo en breve? —quiso saber—. Perdone que sea tan directo, pero siento una gran admiración por usted y me agrada mucho su compañía.

Emilia fingió un tropiezo y se deshizo de uno de sus zapatos, dejándolo atrás de un leve puntapié.

—Ay, qué torpe, disculpe, Gustavo. Creo que he perdido un zapato.

Se agachó a recuperarlo y vio de soslayo que el caballero clavaba la mirada en su escote, por donde asomaban sus senos blancos y redondeados. Tal vez la tía Augusta había tenido razón al decir que era demasiado pronunciado.

Gustavo Herrera era un hombre bien parecido y gallardo y, no obstante, un intenso sentimiento de rechazo se apoderó de Emilia, que de inmediato buscó un tresillo en el que sentarse. Una vez allí, se recolocó el calzado con toda la lentitud posible para que la pieza musical terminara. El caballero esperó paciente a su lado, pero los compases cesaron enseguida y la dama se vio de pronto rodeada de señores de diversas edades que, sobrevolándola como moscas, le pedían que anotara sus nombres en el carné de baile.

«Eres bonita, audaz, creativa, llena de vida. Seguro que tienes a un ejército de pretendientes detrás de ti. Escoge al mejor candidato y asegúrate un hueco privilegiado en la sociedad. Así nunca tendrás que arrepentirte», le había dicho su madrina y ahora comprobaba que era verdad. Si hubiera acudido a más reuniones sociales, ya le habrían hecho más de una propuesta de matrimonio, pero su tía nunca había puesto demasiado empeño en que socializara demasiado. Y ahora estaba claro el por qué: sabía de la predilección de su hijo por ella.

Bailó polcas, mazurcas, redovas, galopas y otras piezas de lo más movidas y alegres y, sin embargo, mientras giraba y giraba dejándose llevar por uno u otro invitado, ella solo podía pensar en un muchacho humilde con camisas gastadas y zahones; uno que no sabía bailar aquellas danzas, pero que era el único que encendía su cuerpo y su alma.

Álvaro.

Sudaba. Los tirabuzones se le pegaban al cuello. El corsé le oprimía las costillas y el corazón. En un momento de la velada sintió que se ahogaba y decidió retirarse a tomar el aire fresco. Atravesó el patio interior con los pies doloridos de tanto bailar y las mandíbulas tensas de tanto sonreír. Le llegaron las voces atenuadas de algunos señores ya mayores que, cansados del jolgorio, se habían reunido en el salón azul a fumar mientras arreglaban el mundo. Del mismo modo, oyó el rumor de las damas que se retocaban los peinados, las mejillas y los labios en el aseo de la planta baja, pero no se unió a ellas. Estaba cansada de socializar, de mostrarse alegre cuando no lo estaba. Atravesó el comedor y llegó al jardín. A pesar de que lo habían adornado con farolillos y guirnaldas, no había nadie. Las últimas noches estaban siendo frías y húmedas y, por suerte para ella, los invitados preferían el interior del hogar.

Primero se fijó en que el invernadero tenía los cristales empañados por el relente, y después, agarrado a los barrotes de la verja del jardín, lo vio.

Era tan distinto a todos esos pingüinos del salón. Esa noche vestía su camisa blanca de los domingos y una boina de paño bien calada para ocultar parte de su rostro, pero ella lo habría reconocido entre miles.

Hacía un rato que Emilia Espinosa había tomado una terrible decisión, pero su primer impulso fue correr hacia él y abrazarlo.

40

Cuando Álvaro la contempló desde lejos, tan lujosamente arreglada, con aquel recogido de bucles castaños y ese vestido vaporoso del color de sus ojos, le pareció una diosa de mármol que acababa de bajar de su pedestal. Tan hermosa, tan distante como una estrella, tan imposible de alcanzar.

—Emilia… —susurró entre los barrotes.

Ella se alzó los bajos del vestido y dio una breve carrera hacia él.

Alguien había retirado el candado para que los invitados pudieran entrar y salir a su gusto y Emilia abrió la verja sin importarle que emitiera un chirrido quejumbroso que nadie oiría. Salió a la calle y ocultos por el muro, Álvaro y ella se abrazaron. Él no pudo evitar soltar un quejido cuando las manos de su novia le rozaron la espalda.

—Álvaro, ¿estás bien? —preguntó ella cuando se separaron.

Las luces de los farolillos se reflejaban en sus pupilas y en las horquillas con forma de abanicos de nácar que decoraban su intrincado moño de mechones retorcidos y trenzas. Sus labios carnosos y rosados, fruncidos ahora por la preocupación, lo atraían como un imán hacia su boca. Aunque parecía que había sudado, ahora la dama temblaba de frío y Álvaro deseó envolverla con sus brazos para darle su calor.

—No. No estoy bien —contestó.

Emilia arrugó el entrecejo intentando comprender, y él supo que no estaba al tanto del brutal castigo que le habían infligido.

—¿Qué te pasa?

—Ya lo saben, Emilia.

—¿Qué es lo que saben?

—Lo nuestro. Tu familia ya lo sabe. Y también mis tíos y ese cerdo de Juan Morales.

—¿Qué…? —El desconcierto se dibujó en el rostro de la joven, para luego dar paso al miedo—. No puede ser. Juliana me prometió que no diría nada. Ella sería… sería incapaz. Su reputación está en juego.

—No ha sido tu hermana; ha sido… otra persona.

—¿Quién? Alguien me reconoció en la casa de comidas, ¿verdad? ¿O fue esa tal Candela?

—Eso no importa ahora; el caso es que ya lo saben, mi amor. —No pudo resistirse y le acarició la mejilla, fría y suave.

—No puede ser, Álvaro. —Había pánico en su voz—. Mi familia actúa con normalidad. Nadie me ha dicho nada. Si… si mi padre lo supiera, yo me habría dado cuenta…

—Tal vez tu padre no lo sepa, pero sí alguien de tu familia. Quizás alguna de tus tías.

Emilia agachó la mirada, pensativa, como si rememorase algún evento del pasado.

—Tenemos que irnos, amor mío —le dijo acercándose a ella y tocándole la mejilla con la punta de la nariz. Se moría de ganas de besarla—. Prepara una maleta y vendré a buscarte antes del alba. Sé que el padre Quintero nos casará y entonces podremos empezar una nueva vida en otra parte… En Málaga, o donde tú quieras.

Ella dio un paso atrás y se separaron.

—Álvaro, yo… No puedo irme a preparar una maleta. Estamos celebrando el compromiso de mi hermana.

—Sí, lo sé. Me lo ha dicho un empleado.

Él avanzó hacia ella y ella dio otro paso más hacia atrás. La espalda de la dama rozó la verja abierta de par en par y el chirrido los sobresaltó a ambos.

—No me puedo ir ahora. No puedo dejarla sola. Tengo que estar presente en su boda.

Álvaro recortó la distancia que los separaba. El simple roce de la camisa sobre las heridas abiertas le provocaba un dolor insoportable y tuvo que tragarse un quejido de angustia.

—No puedo quedarme en Chiclana, Emilia —la informó—. Si quieres, te esperaré en una ciudad cercana hasta que puedas acompañarme. En San Fernando, en Puerto Real. No me importa

cuánto tardes en reunirte conmigo, días o semanas. Te esperaré.

—No —dijo ella simplemente. Una palabra de dos letras que hizo que el mundo de Álvaro se viniera abajo.

***

Emilia sabía que para romper su relación con Álvaro tenía que ser cruel. De lo contrario, el muchacho continuaría insistiendo, luchando por ella. Solo si pensaba que no lo amaba, podría olvidarla.

—¿No? —preguntó él, girando la cabeza para escrutarla; para leer en su alma la verdad que ella pretendía ocultar.

—No… Álvaro. Lo nuestro… lo nuestro se termina aquí.

Él negó con la cabeza. Apoyó una mano sobre el muro y a Emilia le pareció que se encorvaba sobre sí mismo, como si le ardiera el estómago.

—Pero si nos amamos, Emilia —dijo con un hálito de voz.

Emilia deseaba abrazarlo de nuevo, esconder el rostro en su pecho y cubrir de besos su barba incipiente, pero no hizo nada de eso.

—No, Álvaro. Yo no te amo. Lo siento, me… me confundí. Me gustas, pero… pero me he dado cuenta de que solo has sido un entretenimiento; una manera de salir de esta prisión que me asfixia para sentirme libre por unos días. Me divertí a tu lado, pero nada más. —Echó los hombros hacia atrás y alzó la barbilla—. ¿Es que no me ves? Soy una señorita de la clase alta. Jamás podría casarme con alguien como tú… No eres *suficiente* para mí.

Emilia temblaba por dentro. Ni ella misma creía que hubiera sido capaz de soltar aquella diatriba.

—Me estás mintiendo —dedujo él. Trató de agarrarla de la muñeca y ella apartó el brazo.

—No. Ahora más que nunca te estoy diciendo la verdad. Me he dado cuenta de que jamás podría casarme con alguien como tú; no con la larga lista de pretendientes que me darían la vida que merezco. —Hurgó en su pequeño bolso y le mostró el carné de baile lleno de nombres de empresarios, jóvenes herederos y toda clase de burgueses y nobles—. ¿Lo ves? Tengo donde elegir. Cualquiera de

estos caballeros estaría dispuesto a pedir mi mano esta misma noche si me lo propongo.

Él sonrió con sarcasmo.

—Y evidentemente, yo no soy un caballero.

Ella se mantuvo firme.

—No. No lo eres.

—Algo que nunca te ha importado… hasta ahora. ¿O ya no recuerdas que me dijiste que yo valía más para ti que todos los caballeros de España puestos en fila? Mira, Emilia, lo siento, pero no te creo. —Negó con la cabeza—. A mí no me engañas. Esto es cosa de tu tía, ¿a que sí?

Emilia se obligó a imprimir más dureza a su voz; a mostrar más seguridad en sí misma. ¿Cómo podría hacerlo sin dejar de tiritar? Se aferró a lo que sí era real para sonar convincente.

—Podría decirte que sí, que es un mandato de mi tía Augusta y que no me queda más remedio que obedecerla. Sin embargo, no te mentiré más. Soy *yo* la que ha decidido dejarte. No quiero abandonar mi mundo, ni siquiera por ti.

La dama volvió a alzar el rostro, desafiante. Él seguía negando con la cabeza, desesperado.

—Tú me amas. Lo sé, lo he sentido cuando te tenía entre mis brazos. El amor no se puede fingir, Emilia. ¡No mientas!

Ella se ruborizó por un instante fugaz. Imaginarse en brazos de Álvaro la hacía flaquear.

—Lo has confundido con deseo. —Lo miró a los ojos y trató de visualizar, en su lugar, al ser más aborrecible del mundo; a un duende leprecauno tan poco agraciado como el futuro marido de su hermana—. Solo fuiste un capricho de niña rica.

Él soltó una risa sarcástica que rozaba el llanto.

—Muy bien, *tú* no me amas —aceptó con ferocidad—. *Tú, tú, tú*. ¿Y qué hay de *mi* amor, Emilia? ¿Es que no importa lo que *yo* siento? ¿Yo no tengo nada que decir en esto?

Emilia había visto a Álvaro en muchas facetas desde que habían comenzado su relación. Lo había visto desconcertado, divertido, interesado, tímido, atrevido, indignado, excitado, enamorado, celoso, complaciente, protector… pero nunca enfadado. Al menos no con ella. Al menos no de una manera tan dolorosa. Era la primera vez que su voz se llenaba de rabia, que notaba su cuerpo en tensión, que observaba chispas y llamas en sus ojos que no eran de deseo, sino de ira y decepción. Y lo peor era que, bajo todas esas capas, aún podía sentir el amor que latía en su corazón.

—¿Con qué derecho me reclamas? No eres mi prometido; no somos *nada*.

—¿Que con qué derecho te reclamo? —La agarró del codo con cierta brusquedad, pero enseguida disminuyó la presión y siguió en susurros—. Con el derecho que me dan todas las promesas que me hiciste con tus besos y abrazos, con el derecho que me da el amor que siento por ti. ¿Qué te… qué se ha creído *usted*, señorita Espinosa? El corazón no es uno de esos modernos aparatos automáticos que uno puede apagar con solo pulsar un botón. ¿Cómo le digo que deje de quererla de un día para otro? Dígame cómo, ya que es usted tan frívola que puede hacerlo.

O lo despachaba ya, o no podría resistir el impulso de abrazarlo de nuevo, de besarle el hoyuelo de la barbilla y los labios, de darle la mano y salir huyendo con él.

—Señor Alcázar, no insista más o llamaré a los lacayos de mi padre. —Miró hacia la puerta de entrada al comedor y fingió ver al mayordomo—. ¡Señor Martínez, por favor! ¡Aquí hay un ladrón!

Álvaro soltó otra carcajada sarcástica. Tan sarcástica como desdichada.

—¿Un ladrón? ¿Eso es lo que soy para ti?

«Sí. Alguien que me ha robado el corazón, la cordura y la sensatez. Alguien por quien sería capaz de dejarlo todo atrás», se reconoció a sí misma, pero se mantuvo firme.

—Sí… un pobre diablo que podría robarme las joyas mientras

duermo para ir a venderlas después. Porque eso es lo que hacen los de tu clase, ¿no? —Sonrió. Sus labios temblaban, pero él no pareció notarlo—. Ya no lo quiero en mi vida, señor Alcázar. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

Los ojos de él se cubrieron de una película acuosa y a Emilia le pareció un niño pequeño necesitado de amor. Él, por lo general tan varonil, tan fuerte y seguro de sí mismo, ahora parecía menos que un guiñapo.

—Se ha expresado usted perfectamente, escritora —dijo con entereza.

—Álvaro… —titubeó ella en el último momento.

—Adiós, señorita Espinosa —la cortó—. Disfrute de su fiesta. Descuide, que no la molestaré más.

Emilia se obligó a quedarse quieta y observó a Álvaro darse la vuelta con lentitud para desandar el camino que había recorrido. En la distancia distinguió manchas de color escarlata en la parte trasera de su camisa y se escandalizó al imaginar que lo hubieran azotado por su culpa. Cuando el muchacho giró la esquina y desapareció, se miró las manos, horrorizada. Los guantes blancos de seda estaban teñidos de sangre, y se sintió identificada con su apellido más que nunca. Era una «Espinosa»: un árbol de sinople cargado de espinas puntiagudas. Pinchaba con las manos y con las palabras, y había acribillado a Álvaro; a su único y verdadero amor.

Las piernas le fallaron. Cayó al suelo sobre las capas de tela de su vestido y lloró.

41

Álvaro caminó sin rumbo durante demasiado rato. El roce de la camisa sobre la espalda lo torturaba, pero no era nada comparado al dolor del alma. Se apoyaba en las paredes y, de tanto en tanto, tenía que parar y tomar aire. Dado su estado, todavía debía guardar cama y, sin embargo, ahí estaba él, deambulando por las calles oscuras de Chiclana como un fantasma que no hallaba consuelo.

Sin darse cuenta, sus pies lo llevaron hasta la taberna del Pirata, un lugar de mala muerte al que nunca se le hubiera ocurrido llevar a Emilia; el lugar favorito de los borrachos y los desesperados, lo que a menudo era lo mismo.

—¡Eh, tú! —le gritó al chico que trabajaba sirviendo mesas—. ¡Una botella de vino!

—De acuerdo, amigo, pero el dinero por delante —exigió el zagal, acostumbrado a que los clientes ebrios fueran incapaces de pagar después.

Álvaro, que llevaba todos sus ahorros encima, se sacó el dinero del bolsillo y le pagó la primera botella de la noche. Se dirigió a una mesa de aspecto destartalado y se desplomó en uno de los taburetes. El ambiente estaba cargado. Apestaba a alcohol, a cera de las velas y a sudor. Aunque no era una casa de citas, una mujer de la mala vida se paseaba por entre las mesas enseñando sus carnes como quien muestra el género en la plaza de abastos. Enseguida se acercó a Álvaro.

—Pareces triste, muchacho —le susurró en el oído al tiempo que le masajeaba los hombros provocándole un gran dolor—. ¿Mal de amores?

—Sí —respondió él, apartándole las manos con delicadeza—. Pero le agradecería que se marchase, señora.

La mujer soltó una carcajada.

—¿Señora? Debes de ser el primero que me llama así, querido. Solo soy una puta —reconoció la mujer con repentina aflicción. Se sentó frente a él, apoyó los codos en la mesa y continuó—: Si solo quieres

hablar, me puedo sentar a escucharte siempre que compartas conmigo tu botella de vino.

El camarero se acercó con la bebida y un vaso. Álvaro señaló a la mujer con la barbilla y le pidió otro. Poco después, los dos bebían y él ya se expresaba con voz achispada:

—¿Qué tienen todos esos lechuguinos que no tenga yo, eh? ¡¿Qué?!

La prostituta rio.

—Dinero —respondió, más sobria que él—. Y una posición social. Y títulos. Por lo demás, no creo que haya ninguno tan buen mozo como tú. —Le guiñó un ojo.

Álvaro sonrió con melancolía y volvió a llevarse el vaso a la boca.

—Hipócritas. Son unas hipócritas. Todas. Todas esas señoritas tan bonitas y delicadas —siguió diciendo.

—¡Di que sí, zagal! —gritó otro borracho desde una mesa vecina, alzando su botella—. ¡Las mujeres son todas unas putas!

Álvaro alzó su vaso vacío en respuesta.

—Te enamoran con esa sonrisa que se te mete aquí. —Se golpeó el pecho repetidamente—. Con esa voz de sirena, con esos ojos grises y luego… luego, ¿qué? ¡Te dan la patada!

—¡Hijas de puta! —volvió a gritar el otro borracho—. Aunque mi Josefa no tiene los ojos grises, sino negros, pero, ¡maldita calientaportañuelas!

La prostituta los miró a uno y a otro con una mezcla de lástima y chanza.

—Siempre ha sido una niña consentida, arrogante y malcriada; solo que yo no lo quise ver porque estaba ciego de amor —seguía el muchacho.

—¡Nos nublan el entendimiento, muchacho! —corroboró el otro—. Son unas brujas que conocen las malas artes.

Un rato después, la prostituta se había marchado, hastiada, y los dos hombres, juntos ahora en una misma mesa, cantaban a viva voz:

Si tú me dieras, niña preciosa,

cara de rosa, tu corazón

mil y mil veces te adoraría,

te pediría, sí, sí, en santa unión.

¡Ay, ay!, qué feliz momento.

¡Ay, ay!, no lo olvidaré.

Cuando las palabras empezaron a entremezclarse y las sílabas a cambiar de lugar, el dueño de la taberna —hombre grande y barbudo con un parche en el ojo derecho— se acercó a la mesa y se cruzó de brazos frente a los dos.

—Bueno, señores, es hora de irse a casa —les pidió.

—¿Qué? No, no, no… Sírvanos otra botella, for… pa… por favor… —dijo Álvaro.

Su acompañante se desternilló de la risa y dejó caer la cabeza sobre la mesa.

—Ya no hay más vino. —El semblante del tuerto no admitía réplicas—. Vamos a cerrar.

—Está bien. Está bien… —Álvaro alzó las manos en señal de paz.

Intentó ponerse de pie, pero cayó al suelo con estrépito. Poco después sintió que dos pares de manos lo arrastraban bocabajo y lo sacaban del local. El frío aire nocturno le golpeó la cara, pero había tanto alcohol en su sangre que no era capaz de incorporarse. Colocaron un cuerpo cerca del suyo; uno que olía peor que él.

Las horas pasaron. El sol comenzó a despuntar por el horizonte y los pajarillos saludaron al nuevo día con sus cánticos. Álvaro oyó la voz de su tío y de algunos conocidos. Entre varios hombres lo alzaron y se lo llevaron de allí. Sentía la camisa empapada en sangre.

***

La brisa de la tarde hacía ondear las cortinas. Habría sido una tarde apacible, de no ser por el dolor físico y mental que laceraba a Álvaro.

—Le han robado —dijo la voz de Manuela—. La cartera está vacía.

—Él se lo ha buscado —contestó Román.

Pasaron horas hasta que el muchacho pudo ponerse de pie y caminar hacia la cocina en busca de un vaso de agua. Y cuando lo hizo, se ganó una regañina por parte de su tía.

—Te daré mis ahorros y te marcharás de aquí —le propuso Román un rato después—. Vete a Málaga.

—No.

—¿Cómo que no? ¡No voy a permitir que acabes con tu vida! —se exasperó—. Si a ti no te importa, a nosotros sí; aunque solo sea por la memoria de mi hermana, que en paz descanse.

Manuela intervino, conciliadora.

—¿Qué ha pasado, hijo? La señorita Espinosa te ha dejado, ¿verdad?

Álvaro agachó la mirada, confirmándolo.

—Ha sido más sensata que tú —apuntó Román—. Esa relación no iba a ninguna parte y los dos ibais a acabar mal. Aun sí, no es suficiente. Te harán la vida imposible hasta que te marches. Lo mejor que puedes hacer es coger mi dinero y poner pies en polvorosa.

Álvaro guardaba silencio, meditabundo.

—Sí, me iré, pero no tocaré sus ahorros —determinó al fin.

Manuela y Román se miraron confundidos.

—Me iré a la guerra —anunció. Y sus palabras cayeron como un obús en medio de la pequeña casa de los Alcázar.

42

Por motivos de salud de la novia, la boda de Juliana y don Marcos no se pudo celebrar hasta dos meses después de la fiesta de compromiso. Dos meses que Emilia se había pasado llorando y escribiendo; escribiendo y llorando y, a veces, las dos cosas a la vez, pero siempre cuidándose de que nadie la viera. De madrugada, bajo las sábanas. En el invernadero, cuando los demás dormían la siesta. O en el cerro de Santa Ana, con Chiclana a sus pies. Durante esos dos meses se había preguntado hasta la saciedad si había tomado la decisión correcta y su respuesta siempre era la misma.

«No. Has tomado la decisión más fácil». Porque lo sencillo fue dejarse llevar y hacer, simplemente, lo que se esperaba de ella. «Qué bien te vino el consejo de tu madrina, ¿verdad? Cobarde, cobarde, cobarde», se laceraba. Desesperada, más de una noche había acudido a la verja del jardín esperando encontrarse con Álvaro y lo único que se llevó fue un buen resfriado que la mantuvo en cama durante una semana. Tampoco lo había vuelto a ver en la finca de su padre, de donde sin duda lo habían despedido. E incluso en una ocasión que envió a Purita a casa de doña Rosalía con el pretexto de obsequiarle pan blanco, la mujer le había contado a la criada que Álvaro ya no vivía en Chiclana.

¿Se habría marchado a Mijas? ¿Volvería a verlo alguna vez? La idea de olvidar su rostro la horrorizaba. Ella ni siquiera tenía una foto suya. «Vosotros podéis pagar el precio de la inmortalidad… Nosotros desaparecemos cuando morimos», le había dicho él.

«No quiero que desaparezcas», se repetía mientras escuchaba al sacerdote el día de la temida y esperada boda, pero trató de dejar la mente en blanco para disfrutar de la ceremonia.

La misa se estaba celebrando en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario, en pleno centro de Cádiz, tal y como doña Augusta había dispuesto. A sus veintidós años, la novia lucía esplendorosa, con el cabello rubio recogido bajo la mantilla de encaje de color crudo y un vestido de seda que resaltaba su inocencia y pureza. Don Marcos, en cambio, parecía su abuelo.

Las primeras bancas las ocupaban los familiares más allegados y detrás estaban Isabelita y la institutriz. La niña, todo lazos y tirabuzones, no paraba de moverse, y la dama francesa le regañaba a cada rato para que se estuviera quieta.

—*Silence!* —le decía en voz baja y en francés.

Los asientos posteriores eran para los amigos y los conocidos, que lucían sus mejores galas y sus sonrisas impostadas. Entre ellos había algunos invitados de última hora, como los condeses de Villagrana, al parecer, cercanos a doña Augusta. O como la solterona Dolores Rivas, una mujer de casi cincuenta años que nunca se había casado y que se dedicaba a ayudar a su hermana pequeña —que sí hizo una buena boda— con el cuidado de sus sobrinos. Emilia, que miró hacia atrás de soslayo, no pudo evitar compararse con ella. ¿Se quedaría para vestir santos, como decía su tía? ¿Sería ella quien cuidaría a los hijos de Juliana y don Marcos, si es que los tenían?

«No. Acudiré a más fiestas y en una de ellas conoceré a un caballero que me hará olvidar a Álvaro. Me casaré, seré feliz y pariré muchos hijos», trataba de engañarse a sí misma a la par que le rezaba en silencio a la Virgen del Rosario.

El que no parecía olvidarla, a juzgar por las miradas furtivas que le lanzaba, era su primo. Y cada vez que lo hacía, Marga le propinaba un puntapié y le soltaba una risita socarrona. «¿Y si le diera una oportunidad a Enrique?», sopesó Emilia en secreto. «Tú ya lo quieres, ya tienes la mitad del camino recorrido», le había dicho su prima. Y era cierto. Lo quería, se llevaba bien con él… pero entonces recordaba el beso que se habían dado en el invernadero, lo comparaba con los de Álvaro y se le caía el alma a los pies.

La ceremonia terminó y los recién casados abandonaron la iglesia a paso lento. Juliana trataba de disimular su cojera, pero la gente murmuraba sin piedad. Ese mes de diciembre estaba siendo especialmente frío y le dolían los huesos. Las damas se arrebujaron en sus chales de cachemira y los caballeros se ciñeron sus capas sobre las chaquetas. El viento de poniente hizo volar alguna que otra chistera que los niños callejeros se ocuparon de robar. Olía a algas y

a sal. El Atlántico estaba demasiado cerca como para que no se notara su presencia.

El ágape se celebró en el palacete de doña Augusta y fue algo muy sencillo en comparación con la fastuosa fiesta de compromiso. Se sirvió caldo de puchero de primero, y de segundo, borrajas rebozadas en gachuelas con miel de caña y cabrito en salsa de naranja agria. De postre hubo natillas con leche de almendra, pestiños y alfajores navideños.

Decían que de una boda siempre salía otra boda, y en aquella ocasión, el refrán se cumplió a rajatabla. Antes de dar el convite por terminado, doña Augusta pidió la palabra y, junto a su hijo, anunció su compromiso para sorpresa de los presentes. Todos, incluida Emilia, pensaron en un primer momento que la futura novia sería la señorita Eugenia Tejada, que había estado conferenciando con él en voz baja durante toda la comida. Y, sin embargo, doña Augusta llamó a su lado a la señorita Gertrudis Núñez y Gil, apodada «la Condesita» por ser hija de los condeses de Villagrana. La muchacha, de apenas diecisiete años, la edad de Marga, se acercó a ellos agitando en el aire sus bucles dorados y se colocó entre su futura suegra y su futuro marido, a quienes lanzó una tímida mirada con sus grandes ojos de color miel. Sus pestañas se batieron como abanicos y, pese a eso, Enrique solo prestaba atención a Emilia, como si aguardara para ver sus reacciones; pero la muchacha se cuidó de no mostrar sus sentimientos. La que sí se marchó con el rostro anegado por el llanto fue Geni, a la que siguieron sus padres en una actitud que, más que ofensa, destilaba enfado.

Emilia entendió entonces por qué la tía Augusta había invitado a última hora a los condes: porque ya había apalabrado con ellos el enlace y deseaba anunciarlo en la boda. Nada se escapaba de su control. La viuda siempre lo tenía todo bien hilado.

Una inquietud repentina se apoderó de Emilia: otra puerta acababa de cerrarse para ella.

43

La misma tarde del día de la boda, Juliana se trasladó a El Puerto de Santa María, donde residiría en adelante con su marido, y Emilia se sintió aún más sola y perdida sin su hermana. El palacete de Chiclana se le antojaba demasiado grande; su habitación demasiado fría; su alma demasiado frágil, como si fuera una taza de porcelana a punto de romperse en mil pedazos.

«Álvaro, ¿dónde estás?», se repetía.

¿Cómo había podido convertirse ese joven en alguien tan importante en su vida en tan poco tiempo? «Porque así es el amor», se contestaba.

Flaqueó varias veces más e intentó dar con él. Se las apañó para preguntarle al padre Quintero, para ir a ver en persona a doña Rosalía, e incluso trató de sonsacar a Manuela, la tía del muchacho, una tarde que esta acudió al palacete a ayudar con el lavado y planchado de los uniformes de la servidumbre. Sin embargo, nadie sabía dónde se había ido, o quizás él les había prohibido que la pusieran al tanto de su paradero. Solo logró averiguar que recibió tal cantidad de latigazos que rozó la muerte. Emilia lloró por él muchas noches en el silencio de su habitación.

«¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué?».

Cuando escribía a su madrina, esta le aconsejaba que fuera fuerte, que tuviera paciencia, que era joven y que su futuro esposo aparecería cuando menos lo esperara. Pero ella se sentía asqueada con respecto al sexo contrario. Una tarde, en el paseo de las Delicias,[14] en Cádiz, ya no pudo más y le contó su historia de amor secreto a Marga. Su prima, en un primer momento se enfadó porque no confió en ella, pero luego se compadeció de su tormento y le prometió averiguar algo sobre el muchacho que había conquistado su corazón.

Semanas después de aquel encuentro, Marga le escribió para decirle que había oído una conversación entre su madre y la tía Augusta en la que nombraban a ese «vendimiador del demonio», del

que se habían deshecho con facilidad gracias a una oportuna intervención. Emilia lloró de nuevo al tiempo que analizaba cada palabra sin comprender a qué se referían.

Lloró hasta que no le quedaron lágrimas que derramar, y entonces, se juró a sí misma que no volvería a hacerlo.

Se olvidaría de Álvaro, y mientras su príncipe de cuento llegaba, se dedicaría a su pasión; a lo que más amaba hacer cuando nadie le imponía cualquier otra cosa: escribir.

Trabajar en su novela se convirtió en una obsesión, y no paró hasta terminarla. Si la sociedad la asqueaba, la criticaría. Si no se sentía libre en el mundo que le había tocado vivir, lo sería en el papel. Si no podía tener el amor que anhelaba, escribiría sobre él.

Una mañana de invierno, fue a pasear con su padre a la capital y se detuvieron frente a la playa de La Caleta. El resplandor dorado de la arena la cegó por unos instantes, pero no abrió su sombrilla. De alguna manera, deseaba sentirse viva: notar la caricia del sol sobre la piel, la brisa sobre el rostro, el olor a salitre. Contemplar el océano, vasto e infinito, la reconfortó. Las olas todo lo perdonaban, todo lo olvidaban. Borraban las huellas y volvían a empezar. Una y otra, y otra vez.

En el silencio compartido, Emilia evocó a ese poeta sevillano llamado Bécquer que le caía tan mal a su padre por estar en contra de los Borbones, y, como él, deseó que las olas se la llevaran envuelta en una sábana de espuma para arrancarle la memoria.

«Adiós para siempre, Álvaro».

14. Actual parque Genovés.

PARTE II: SEGUNDAS OPORTUNIDADES

«Si los sentimientos antiguos se habían de renovar, el pasado debía volver a la memoria de ambos: estaban forzados a regresar a él».

JANE AUSTEN, *Persuasión*.

44

Viernes, 4 de mayo de 1888

Emilia, otra vez con el ceño fruncido, abandonó la oficina de redacción de *El Diario de Cádiz*, en la calle Ceballos. Otra vez se negaban a publicar uno de sus artículos y se preguntó por qué. ¿Qué tenían los textos de doña Patrocinio de Biedma que no tuvieran los suyos? O, mejor dicho, ¿qué tenían sus textos para que no quisieran divulgarlos? ¿Acaso la jienense no criticaba la sociedad con igual dureza y contundencia que ella? ¿Acaso no defendía el papel activo de las mujeres más allá del cuidado del hogar? Se preguntó entonces si el éxito de doña Patrocinio tendría algo que ver con el hecho de que estuviera casada con don José Rodríguez y Rodríguez, el propietario del periódico La Crónica, pero en el fondo sabía que no. La relación de la autora con aquel señor había sido la consecuencia de su éxito y no la causa. Se merecía el reconocimiento y la fama que ostentaba; no solo por su dilatada experiencia publicando sus novelas por entregas en la *La Moda Elegante Ilustrada*, sino por su labor como académica e incluso como directiva de la Sociedad Protectora de los Niños. En Cádiz, la gente la adoraba y hasta le habían cantado coplas en Carnaval.

A Emilia, sin embargo, desde que publicó su novela, *La familia Estrada,* ningún periódico importante había querido comprarle artículo alguno. Y eso que la novela se había vendido bastante bien. La primera tirada, de mil libros, desapareció de las librerías en muy poco tiempo y, a pesar de ello, el editor se negó a hacer una segunda. Lo peor de todo era que ni siquiera había recibido críticas, ni buenas ni malas, y eso la desesperaba aún más. Había tratado de sonsacarle información a más de una señora en las pocas reuniones a las que la invitaban, pero las mujeres que leían novelas —o que se atrevían a confesar que lo hacían, en lugar de bordar o ver figurines— jamás le habían mencionado el relato de esa familia que se apellidaba Estrada, pero que, en el fondo, tanto tenía que ver con los Espinosa. Tan solo las cuatro damas asiduas a su tertulia la habían leído, y porque ella les había dejado leer su manuscrito en primicia.

Mientras caminaba de vuelta al carruaje donde la esperaba Pascual, pensó que no le quedaba más remedio que volver a publicar en *El Liro*, ese pequeño diario chiclanero que no tenía ni tanta repercusión como los de la capital gaditana, ni mucho menos tanto alcance como la revista de moda, que, desde Madrid, llegaba a todos los puntos de España y de sus colonias.

¿Por qué? ¿Por qué la vetaban en todas partes? El hecho de que fuera mujer cada día importaba menos a los editores, y, además, ella firmaba con el pseudónimo masculino de Hernán Ferrero. ¿Y si el ostracismo al que la habían sometido no se debía tanto al contenido de sus textos sino, más bien, a que nadie quería que lo relacionaran con ella, con una paria social? A fin de cuentas, era una mujer soltera que, a sus casi treinta años, continuaba sin perspectivas de matrimonio y, no solo eso, también pertenecía a una familia caída en desgracia. Porque en la última década las penurias habían azotado fuerte a los Espinosa.

Primero, la sospechada infertilidad de Juliana se volvió cierta cuando pasaron los años y su hermana no quedó encinta. Era posible que a don Marcos nunca le hubiera interesado el asunto de la descendencia, pero sí a las viejas chismosas de la alta sociedad gaditana, que disfrutaban despellejando a la gente y que habían corrido el falso rumor de que las dos hermanas estaban enfermas.

En segundo lugar, el repentino fallecimiento de don Bernardo al volcar su carruaje en los caminos había provocado la renuncia del administrador y la caída en picado de los beneficios del negocio familiar, que ahora apenas alcanzaban para mantener el palacete y pagar el sueldo de unas pocas empleadas.

Y, por último, el toque de gracia definitivo para hundirlos en el lodo lo había protagonizado su prima Marga, al ser más valiente que ella y fugarse con un aprendiz de herrero una noche de verano. Fue una vergüenza para la familia, sobre todo cuando, un par de meses después, se descubrió que la joven estaba embarazada. La pareja tuvo que casarse en la más completa intimidad y la tía Augusta les dio una buena suma de dinero para que se fueran a vivir al norte de

España. Al resto del mundo le habían mentido, por descontado, diciendo que Marga llevaba un tiempo comprometida con un militar y que lo habían destinado a la otra punta del país. No obstante, la duda y la mancha seguían ahí. Y todas las que siempre habían envidiado a Emilia, ahora no solo disfrutaban propagando el rumor de que era infértil, sino también tan casquivana como su prima desaparecida.

En síntesis, la cadena de acontecimientos catastróficos había propiciado que, en dos lustros, la bella, inteligente y adinerada señorita Espinosa —la que se creía que se iba a comer el mundo de un solo bocado— únicamente hubiera recibido una propuesta de matrimonio, o, mejor dicho, una *casi* propuesta de matrimonio, puesto que, después de cortejarla durante una larga temporada, el acaudalado caballero mejicano, don Ramiro Aguirre, se había marchado a su país sin que nadie supiera el motivo de su desplante, ni siquiera la interesada.

Emilia subió al carruaje y le ordenó a Pascual que la llevara a casa. Se dejó caer en el asiento y corrió la cortinilla. Desde la muerte de su padre, cinco años atrás, había sustituido la carretela de cuatro asientos y cuatro caballos por un cupé completamente cerrado con dos asientos y dos caballos. Al fin y al cabo, solía desplazarse sola a todas partes, o, a lo sumo, con Francisca. Las habladurías eran tantas, que poco le importaba ya lo que dijeran de ella por no llevar a una carabina pisándole los talones; y Emilia hacía, básicamente, lo que le venía en gana.

Cerró los ojos y dejó que el sonido del traqueteo de las ruedas sobre el camino la adormeciera. Ese día ni se había paseado por la calle Ancha para hacer las compras que solía, ni había visitado a sus tías —que procuraban salir poco de la casa—, ni había dado de comer a las palomas en la plaza Mina. No se sentía con ánimos. En esos momentos, su alma estaba tan negra como el luto que vestía y que debería haberse quitado al año de fallecer don Bernardo. Las tonalidades oscuras y los vestidos sobrios se habían vuelto tan habituales en su armario que en más de una ocasión la habían confundido con el ama de llaves, pero a ella, que había perdido toda

esperanza de casarse, su aspecto le importaba menos que nunca.

Tras abandonar San Fernando, cruzaron el puente Duque de la Victoria y Emilia descorrió un poco la cortina. Divisó la casa salinera de Rubial Chico a la izquierda del camino y enseguida se sintió en su hogar.

En los últimos años, la población de Chiclana había aumentado hasta superar los doce mil cuatrocientos habitantes y la Alameda se había hermoseado con nuevos árboles y parterres. Sin embargo, todavía quedaban calles por empedrar y ni se había construido la esperada línea de ferrocarril, ni había llegado la luz eléctrica que ya tenían otras ciudades como Madrid o Barcelona. Por el contrario, los chiclaneros se conformaban con las nuevas farolas de aceite de cachalote que el Cabildo había tenido a bien adquirir.[15]

El cupé enfilaba ya la calle Ribera del Río cuando Emilia captó un movimiento inusual en la casa palacio de los Aguilar-Falcó, vacía desde hacía varias primaveras. Pascual disminuyó la velocidad de los caballos y ella distinguió un par de carruajes apostados frente a la puerta de entrada, además de algunos sirvientes que cargaban con baúles, maletas y objetos de decoración. De una espléndida berlina, lujosa como no había visto otra en los últimos tiempos, se apeó un caballero con un traje de chaqueta de tweed marrón con cinturón y una gorra del mismo tejido. Lo vio de espaldas, entrando en la vivienda, y sintió una súbita inquietud. Los hombros anchos. Esa forma de andar tan viril. Todo en él le resultó poderosamente familiar.

Sin ningún pudor, Emilia pegó el rostro a la ventanilla, pero no logró ver nada más.

Quiso preguntarle a Pascual, pero sabía que, desde el pescante, el hombre no la oiría, y menos desde que empezaba a acusar una considerable sordera.

Llegó a casa y buscó al mayordomo, pero enseguida se acordó de que hacía tan solo unos días el señor Martínez se había jubilado y se había marchado a vivir su vejez junto a su hija y su yerno a Algeciras. Además, el hombre nunca había sido muy dado a los chismes. La

guardiana de la casa fue su siguiente opción.

—¡Paca! ¡Paca! —la llamó. Pero la mujer no aparecía por ninguna parte.

Emilia se impacientó. ¿Acaso había estado tan inmersa en sus escritos que no se había dado cuenta de que tenían un nuevo vecino? No le extrañaría nada, pues últimamente vivía más dentro de su mente que en el mundo real.

Se percató de que las puertas de caoba del gran salón estaban abiertas de par en par y traspasó el umbral. Lo normal era que la estancia estuviera cerrada con llave, puesto que hacía demasiado tiempo que no se celebraban ni fiestas, ni bailes ni recepciones en la casa de los Espinosa, y a Emilia le provocaba una gran tristeza entrar allí. Y, sin embargo, alguien había decidido que era hora de limpiar el polvo. Los lujosos muebles cubiertos con sábanas la recibieron como fantasmas del pasado y le pareció oír una triste melodía. Distinguió la silueta del piano, la de varios tresillos, los enormes espejos ornamentados en los que ya no se reflejaba ningún invitado… y sintió una profunda nostalgia. Contemplaba la lámpara de araña sobre su cabeza cuando oyó trasiego en la cocina y fue hacia donde se dirigió.

El ama de llaves supervisaba el almuerzo.

—Si no nos queda carne, haz el puchero sin carne, Honoria.

—Pero doña Francisca, ¿dónde se ha visto un puchero sin carne de pollo ni tocino para la *pringá*? ¡Eso ni es puchero ni es *na*!

—Qué más da, mujer. Si a la señorita solo le gusta el caldo.

Emilia las interrumpió.

—Paca, ¿sabes quién se ha mudado al palacete de los Aguilar-Falcó? —soltó a bocajarro.

La mujer meditó unos segundos antes de responder:

—No, niña, pero debe de ser alguien muy importante, por eso he pensado que sería conveniente limpiar la casa a fondo. Si le parece, me gustaría contratar a algunas empleadas eventuales.

A pesar de que la situación económica de la familia no era boyante

en los últimos tiempos, Emilia accedió.

—Encárgate de buscar a las muchachas —ordenó después.

Se acercó a oler el guiso y fingiendo un gran interés en el caldo, insistió:

—Entonces, ¿no sabes quién es?

El ama de llaves negó por segunda vez. Emilia ya se marchaba cuando Araceli, la criada que sustituía a Purita desde que esta dejara el trabajo para cuidar a sus cinco hijos, comentó:

—Espere, señorita, yo he oído algo en el mercado…

—¿Qué has oído? —preguntó demasiado rápido—. No es que me importe, es solo curiosidad… —añadió con simulado desinterés.

La muchacha se limpió en el delantal las manos con las que había estado cortando un puerro y se acercó a su ama en actitud confidente.

—Bueno… dicen que es un capitán español recién llegado de las colonias —reveló con timidez.

—¿De las colonias? —se sorprendió Emilia.

—Sí, de Cuba —dijo en susurros, como si alguien pudiera oírla—. Dicen que se fue allí cuando el levantamiento del 79 y que acaba de volver a la madre patria.

Emilia asintió, boquiabierta. Sabía por el periódico que en 1879 —y después de firmar la Paz de Zanjón— se produjo una rebelión iniciada por el general cubano Belisario Grave de Peralta, que había puesto de manifiesto que el asunto de Cuba no estaba ni mucho menos solucionado y, todavía más, que tenía para largo. Desde entonces no dejaban de llegar noticias de ultramar que afirmaban que la colonia se había convertido en la tumba de los soldados españoles. Y no solo por la lucha en el campo de batalla, sino también por las enfermedades, puesto que hasta el entorno natural parecía querer expulsar a los colonos.

A Emilia se le puso el vello de punta. ¿Quién sería ese hombre venido de la Muerte? Y lo más inquietante, ¿cómo se había hecho tan

rico?

—¿Y el sueldo de un capitán da para tanto? —se preguntó a sí misma en voz alta.

—No sé, señorita. Al parecer, heredó una fortuna —siguió la criada —. Los empleados que ha contratado en Chiclana dicen que es muy generoso, que les da propinas por cada cosa que hacen y que los trata como a iguales.

—¡Como a iguales! ¡Qué exagerados son algunos! —se quejó Francisca mientras observaba la alacena y anotaba lo que faltaba en un cuadernillo—. El hecho de que les dé propinas ya demuestra que su señor es superior.

El corazón de Emilia volvía a latir a toda prisa. Una idea descabellada se le había pasado por la mente, pero debía de estar equivocada. ¿Y si…? ¿Y si el padre del que había sido su primer y único amor lo había reconocido como hijo después de todo? Según él mismo le había contado, su progenitor era un ricachón que dejó embarazada a su madre.

—¿S-sabes el nombre del caballero? —preguntó con un ligero temblor en la voz.

—No, señorita. Alguien lo mencionó… pero no lo recuerdo.

—Haz memoria, mujer —le pidió casi con desesperación.

Honoria y Francisca observaron a Emilia con suspicacia, conscientes de que algo se traía su ama con el nuevo vecino.

—No se preocupe, niña, que pronto lo averiguaremos —la tranquilizó la guardiana de la casa—. Va a ser un nuevo vecino de la calle y tendrá usted que hacerle la visita de rigor, ¿no cree?

Claro. La visita de rigor. Una visita que luego él le tendría que devolver.

Emilia tembló y negó con la cabeza. ¿Sería posible que…? No, no podía ser él. Álvaro había dejado de existir para ella hacía mucho. Demasiado.

***

Después del almuerzo, Emilia se perdió en la biblioteca, donde solía pasar largas horas. Francisca le había dejado la correspondencia sobre el escritorio, y la dama se dedicó a repasar los sobres uno a uno. Deudas, deudas y más deudas. Cartas del banco. Acreedores. Asuntos, en definitiva, de los que debería encargarse el administrador, o bien su primo, pero de los que a ella le gustaba informarse por ser la principal interesada. De repente, entre todas las misivas aburridas, vio una que le llamó la atención. Venía de Lequeitio, en el País Vasco. Tomó el abrecartas de la escribanía de plata y lo abrió. En cuanto desdobló la hoja de papel, reconoció la letra grande y atropellada de su prima Marga.

Querida Emilia:

¿Cómo estáis todos por Cádiz? Espero que bien. Me imagino que ya hará calor por allí. ¡Echo tanto de menos el sol radiante de aquellas latitudes! Aquí parece que el astro rey está siempre cubierto por un velo tupido que no deja pasar sus rayos. Llueve mucho y hace frío, pero no me quejo. El paisaje está precioso, los montes reverdecidos y el río Lea baja muy caudaloso de la montaña. Aunque no se parecen, a veces me recuerda al Liro.

Andrés está muy contento en su nuevo puesto en los astilleros y yo más aún. ¡Está aprendiendo mucho! Por otra parte, tengo una buena nueva: estoy encinta otra vez. Bernardito dice que será otro niño, mientras que Martita quiere que sea otra niña para que juegue con ella a las muñecas. Yo solo quiero que nazca sano y fuerte.

Emilia, ya sé que esta no era la vida que mis padres habían imaginado para mí, pero ¿me creerías si te digo que soy feliz? Mi alegría solo se enturbia cuando me acuerdo de ti, pero es porque te echo terriblemente de menos, mi adorada prima. Ojalá pudieras venir a verme algún día.

Hace mucho que no me escribes. ¿Hay algún cotilleo? ¿Sigue la Condesita tan insoportable como de costumbre? ¿Cómo van las cosas por la finca? ¿Has vuelto a publicar algún artículo o todavía siguen vetándote? Ya sabes que presumo de tener una

prima escritora siempre que puedo. Por cierto, muchas gracias por las telas que me enviaste la última vez. Le cosí a Martita un vestido de lo más primoroso.

Por favor, saluda de mi parte a Juliana, si la ves, y a Paca, al señor Martínez y a Pascual. A mis padres y a mi hermana ya les he escrito y enviaré sus cartas al mismo tiempo que la tuya.

Tu prima que te quiere mucho,

Marga Galván Espinosa.

La mirada de Emilia se enturbió. Siempre se emocionaba cuando leía una carta de su prima. Saberla tan lejos le rompía el corazón. ¿Habría sido ella igual de feliz si hubiera huido con Álvaro? Ya nunca lo sabría porque su oportunidad había pasado.

Alzó la vista del papel y se recreó en el cuadro del abuelo Bernardo que colgaba frente a ella. En el rostro ligeramente ladeado, en el bigote rubio salpicado de canas disimulando su sonrisa perenne y, por último, en sus ojos grises. Esos ojos de tormenta que tanto ella como Enrique habían heredado. Y, después, contempló el escudo de la familia, en un cuadro más pequeño a la derecha del gran patriarca. Sobre campo de oro, brillaba el espino de sinople frutado de gules. Prestó atención al detalle que solía pasar desapercibido para todo el que lo contemplaba: dos llaves de azur colgando de sus ramas. Su padre le había dicho que esas llaves simbolizaban la capacidad de acceder a lugares importantes, pero a ella le parecía que esos dos pequeños objetos eran Enrique y ella, destinados a soportar el peso del apellido sobre sus hombros y condenados a entenderse, lo quisieran o no.

Sacudió la cabeza, abandonó la estancia y subió a la primera planta arrastrando los pies. Le dolía la cabeza y el paseo hasta Cádiz le había revuelto el estómago. Pensar que su padre había fallecido al volcar su carruaje por culpa del mal estado de los caminos todavía la ponía furiosa. ¿Por qué los gobernantes no hacían nada por arreglarlos? ¿Por qué preferían emplear el dinero en cuestiones, a su juicio, menos importantes? Si ella hubiera nacido hombre, habría hecho grandes cosas por el pueblo, pero tenía que conformarse con escribir.

Giró la manija de la puerta y el aire frío y húmedo le dio la bienvenida. Todavía usaba la habitación que había compartido con su hermana, pero ahora, en lugar de dos camas, una más grande con dosel ocupaba el centro de la estancia y solo la muñeca de porcelana de tirabuzones rubios de Juliana le hacía compañía. Abrió la puerta del balcón y se asomó al exterior. Las aguas del río Liro discurrían con mansedumbre y no pudo evitar acordarse de la última riada, devastadora para algunos vecinos, pero no para ella, que vivía en la cota más elevada de la calle. Así habían sido los últimos tiempos, se dijo, destructivos para muchos, pero no para todos, porque una década, que era tan solo un suspiro para los jóvenes, podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte para los mayores.

Ya no estaba su padre; pero tampoco el bueno del párroco, don Sixto Quintero, ni su amiga doña Rosalía. Al religioso se lo había llevado la epidemia de cólera morbo del verano de 1884, que no llegó a Chiclana, pero que le contagiaron en Puerto Real, donde falleció. A la ancianita, en cambio, la edad le había ganado la última batalla.

«Las aguas… Las aguas, como el tiempo, no cesan. Solo fluyen y fluyen hasta morir en el mar», se dijo.

Las que ella contemplaba en esos momentos pronto pasarían frente al palacete del nuevo inquilino, en el número 18 y deseó mandarle un mensaje en una botella para preguntarle: «¿Quién eres?».

15. El alumbrado eléctrico no se implantaría en Chiclana hasta 1898, con el alcalde don José María Quecuty.

45

Emilia se despertó con el repiqueteo de las campanas de la cercana Iglesia de San Sebastián. Era domingo, y después de quedarse leyendo a la luz de las velas hasta la madrugada, se le habían pegado las sábanas.

Se asomó al balcón en el momento justo en que un jinete pasaba por la cota más baja del camino de la orilla del río y se perdía cabalgando a toda velocidad en dirección a Medina. Apenas le dio tiempo de verlo, pero sintió que el corazón se le encogía en el pecho. «No... No puede ser él», se repetía. «Ha pasado demasiado tiempo».

Se lavó la cara en la palangana, requirió la ayuda de la doncella para colocarse un vestido gris de varias piezas y luego bajó al comedor, donde desayunó sola, puesto que la gobernanta de la casa, que solía acompañarla, lo había hecho ya. El gran reloj de pie marcaba las diez y media de la mañana cuando la empleada entró en la estancia.

—Tendrías que haberme despertado, Paca. Ya sabes que me gusta madrugar —le reprochó.

—No me regañe, niña. Un día es un día y Dios hizo el domingo para descansar.

En realidad, Emilia odiaba los domingos. El servicio tenía la tarde libre y solía sentirse muy sola en aquel palacete enorme lleno de espectros del pasado, por lo que quizá debería alegrarse de haberse levantado tarde. Así el día le resultaría más corto.

—¿Has oído hace un rato pasar a un jinete cabalgando a matacaballo? —preguntó antes de llevarse a la boca una rebanada de pan frito cubierto de miel.

—No sé, niña. He estado ocupada —se excusó la mujer—. ¿Qué planes tiene para hoy? Me gustaría dejarlo todo dispuesto. Ya sabe que esta tarde voy a ir a ver a mi madre.

—¿Cómo está? —se interesó.

—Con sus achaques. Demasiado bien para tener ochenta años.

Pocos llegan a contar tantos como ella.

Emilia asintió.

—Pues hoy… Hoy me gustaría ir a hacerle esa «visita de rigor» a nuestro nuevo vecino —anunció.

—¿En domingo, niña?

—Claro. Si es un caballero, entre semana estará más ocupado y no querría molestarlo —mintió al tiempo que removía el chocolate de su taza. La curiosidad la corroía y deseaba averiguar cuanto antes la identidad de ese hombre que la traía de cabeza.

—Como usted diga, niña —aceptó la mujer—. ¿Por eso se ha vestido hoy de gris perla?

Emilia alzó la mirada del líquido espeso.

—¿Cómo dices?

—Bueno, es la primera vez desde que falleció su padre, que en paz descanse, que la veo vestirse de un tono un poco más claro que el negro o el azul marino.

La culpabilidad acudió enseguida para lacerar a Emilia.

—¿Crees que es demasiado pronto para abandonar el luto? —preguntó más para sí misma que para que su empleada le respondiera.

—Al contrario, señorita. Lleva usted demasiado tiempo y ya no es necesario. Las penas van por dentro y debería arreglarse más. Es usted muy joven todavía.

Una sonrisa cansada se dibujó en el rostro de Emilia.

—Ya no tanto.

Un rato después, las dos mujeres caminaban juntas calle abajo. Dejaron atrás la que otrora fuera la casa que el famoso torero Paquiro había regalado a sus hermanas y en pocos minutos alcanzaron el palacete número 18, el de su nuevo, atractivo y acaudalado vecino. Al contrario que los días anteriores, marcados por el trasiego de carros, objetos y personas, ahora se percibía un ambiente sumamente silencioso en el interior y Emilia temió haber

dado el paseo en balde. Seguramente no hubiera nadie. Aun así, golpeó la aldaba con energía contra el recio portón. Abrieron justo cuando Francisca le sugería dar media vuelta.

Apareció frente a ellas un hombre canoso de unos cincuenta años que vestía el uniforme de mayordomo: traje y corbata negros y chaleco y guantes blancos. A Emilia su rostro le resultó conocido, pero antes de que pudiera ubicarlo, el hombre habló con voz áspera.

—Buenos días, señoras. —Hizo dos reverencias seguidas. Parecía agitado—. ¿En qué puedo ayudarlas?

Emilia carraspeó.

—Soy la señorita Emilia Espinosa, vecina de esta calle. Vivo en el número 6. Y ella es la señora Francisca Gómez, mi ama de llaves —añadió señalando a su acompañante—. Venimos a darle la bienvenida a los nuevos dueños de la casa y traemos un pequeño obsequio. —De las manos de su empleada tomó la botella de vino dulce y el bizcocho de limón que Honoria había preparado la tarde anterior para ella y se los tendió.

El hombre dudó, pero finalmente aceptó los regalos.

—Ay, disculpen señoras, pero el señor no se encuentra en la casa en estos momentos —dijo haciendo amago de cerrarles la puerta en las narices.

—En ese caso —Emilia frenó el movimiento de la puerta con la mano—, dejaré mi tarjeta. ¿Dónde puedo depositarla?

—¿Tarjeta? —El hombre puso cara de no saber a qué se refería.

—Sí, la tarjeta de visita —se molestó en explicar Emilia, que de repente parecía que hablaba a alguien de otro país o de otra época—. Ya sabe, una cartulina con mi nombre y las letras «e. p.», que significan que he estado aquí «en persona». Lo normal es que los señores dispongan de un mueble recibidor con una bandeja de plata en la que los invitados puedan dejar estas tarjetas.

El peculiar mayordomo alzó las cejas.

—Ah, sí, sí, claro. La bandeja para las tarjetas. Verá, señorita, nos acabamos de mudar y todavía nos estamos organizando.

Francisca le dio un leve codazo a su ama, que decía «¿Lo ve? No ha sido buena idea venir en domingo».

—Comprendo —siguió Emilia—. Si al menos pudiera usted decirnos el nombre de su señor, sabríamos cómo dirigirnos a él cuando lo conozcamos.

El espanto y luego la incertidumbre se dibujaron en el rostro del mayordomo.

—Verán, señoras… mi señor es muy discreto. Será mejor que esperen a que se presente él mismo. Y, ahora, si me disculpan, tengo mucho trabajo que hacer. ¡Gracias por los obsequios!

Les cerró la puerta en la cara y las dos mujeres se miraron entre sí. En el camino de regreso fueron comentando lo extraño de la actitud y los modales de aquel hombre. A Francisca también le resultaba familiar, pero no acertaba a decir de qué lo conocía.

—Los puños no estaban bien planchados —comentó la guardiana de la casa—. Yo jamás habría permitido que el señor Martínez atendiera a su señor padre en esas condiciones.

Atravesaron la casapuerta y Emilia se quedó pensando en la breve conversación que habían mantenido con el mayordomo. «Mi señor es muy discreto», se repetía.

¿Quién diantres sería su señor?

***

El día se le antojaba largo y tedioso, así que Emilia decidió que lo pasaría en el cortijo, paseando por el campo. Pidió a Pascual que le ensillara un caballo y se marchó montada a horcajadas sobre el animal sin importarle que alguien la viera por el camino. Su abuelo fue muy brioso hasta que un día la muerte se lo llevó sin previo aviso y no solo la había enseñado a cabalgar como los hombres cuando era niña, sino que jamás le impuso que lo hiciera a lo amazona, si bien sus paseos se habían limitado al perímetro de su finca y nunca más allá. Pero ella ya era una mujer adulta que no tenía que rendir cuentas a nadie.

El aire en el rostro le vino bien y se sintió libre. Casi le dieron

ganas de espolear al animal para desplazarse tan rápido como el misterioso jinete que había visto desde su balcón, pero se contuvo. En cuanto traspasó el muro de entrada a la propiedad familiar y recorrió el camino sembrado de eucaliptos, se percató de la presencia de una berlina a cuyos dueños conocía muy bien. Chasqueó la lengua. Dejó la cabalgadura en uno de los anillos de amarre de la pared de la casa y se tomó un rato para pasear entre las vides.

En pleno mes de mayo, en las cepas ya se distinguían los jóvenes racimos con las diminutas uvas, poco más grandes que guisantes y de un color verde intenso. Emilia los acarició con las yemas de los dedos y le parecieron bebés aferrándose a la vida. Luego tocó las hojas de la planta —grandes y dentadas en los bordes— y sintió su textura suave y cerosa. Había leído que los turcos y los griegos las usaban para envolver alimentos y se preguntó a qué sabrían. Ella nunca las había probado. Unas palabras pronunciadas con una voz masculina atrayente y embriagadora le vinieron a la mente: «Esto es el escobajo. Hacia principios del mes de septiembre se vuelve oscuro y la uva se rinde. Eso nos indica que es el momento de vendimiar». Llevaba años esforzándose por aprender todo lo posible sobre el cuidado y la recogida de las uvas, poniendo atención y preguntando a sus trabajadores e incluso a otros grandes vinateros. Así, la Emilia de ahora sabía que todavía quedaban algunas labores por hacer en la tierra hasta que los frutos madurasen y se volviesen blandos y dulces, como «castrar y recastrar». Y aunque no se veía capaz de llevarlas a cabo ella misma, sí se sabía capacitada para explicárselas a otra persona.

«Apuesto a que no sabes vendimiar. ¿No te da vergüenza? Con tantas aranzadas de viñas como tienes…».

Cuando se cansó de pasear a solas y el peso de los recuerdos se le hizo insoportable, Emilia entró en la casa de campo y enseguida le llegaron las voces agudas de las niñas. Doña Gertrudis, alias la Condesita, estaba sentada en una de las sillas de roble del comedor y se abanicaba con parsimonia mientras las chiquillas, de pie, conversaban en francés con la institutriz. Clarita, de apenas tres años, salió corriendo hacia ella en cuanto la vio. Llevaba una muñeca

de porcelana en los brazos, pero se las apañó para abrazarle las rodillas.

—¡Tía Emilia! —gritó de alegría.

A la menor le siguieron la mediana, llamada Gertrudis como su madre —de seis años— y, por último, la mayor, su tocaya Emilia —de ocho—. Cada vez que la escritora veía a la primogénita de Enrique se le encogía el corazón. ¿La habría llamado así por ella? La esposa de su primo le había referido en más de una ocasión que fue su marido quien eligió el nombre. Emilia se acordaba entonces del ya difunto rey Alfonso XII, que bautizó a la primera hija que tuvo con doña María Cristina de Habsburgo con el nombre de María de las Mercedes: su primera esposa y su único y gran amor.

¿Y si precisamente por eso la Condesita se empeñaba en dirigirse a su hija como «Mili» para distinguir a una de otra?

—Hola, niñas, ¡qué sorpresa! —dijo, y las abrazó y besó a las tres. Adoraba a sus sobrinas segundas, pero su madre era otro cantar—. Buenas tardes, Gertrudis —saludó a la dama, quien le devolvió una sonrisa impostada. Finalmente hizo lo propio con *madame* Lini, que le contestó con un escueto «*Bonjour*»—. No esperaba veros por aquí. ¿Cómo es que no habéis ido al palacete?

—Llegamos anoche muy tarde y nos quedamos a dormir aquí. A mi marido le apetecía madrugar para montar a caballo —contestó la señora, como si Enrique fuera un extraño para Emilia—. Cuando vuelva de su paseo nos iremos directamente a Cádiz.

Enrique, que vivía en Sevilla, donde trabajaba como médico reputado, solía venir una vez al mes a Chiclana —unas veces solo y otras acompañado de su esposa e hijas— para supervisar el estado de las cuentas de la casa, pasear por la finca, visitar el palacete y, en definitiva, para dejarse ver como cabeza de familia. Casi siempre acudía los viernes o los sábados y los domingos se los pasaba de regreso a la ciudad del Guadalquivir, por eso a Emilia le había extrañado la visita de aquel día.

—¿A Cádiz? ¿Hoy?

—Sí. Mi marido se va a tomar unos días de asueto. El trabajo en la

ciudad lo tiene agotado —explicó la Condesita.

Emilia asintió.

—Madre, ¿podemos ir a dar un paseo con la tía? —preguntó la mayor de las niñas—. ¡Por favor por favor por favor!

La mujer volvió a sonreír con aquella mueca asqueada.

—Está bien, pero no os alejéis mucho. Vuestro padre tiene que estar al llegar.

Emilia salió de la casa de la mano de las dos más pequeñas, mientras que la mayor las seguía muy de cerca. Dejaron atrás el enorme viñedo y la antigua casa del administrador, que ahora ocupaba el capataz. En los últimos años y desde que Diego Saucedo dejara su trabajo por otro mejor pagado, era Juan Morales el que se encargaba de todo, pues insistía en que había aprendido a llevar las cuentas. Y, sin embargo, a Emilia ese tipo sudoroso nunca le había inspirado confianza. Enrique, no obstante, le encomendaba todo el grueso del trabajo y nunca había relacionado la constante falta de beneficios a su mala gestión.

—Tía Emilia, ¿por qué no nos cuentas una de tus historias fantásticas? —le pidió Gertrudis, sacándola de sus oscuros pensamientos.

—Claro. Veamos… —improvisó la dama—. Érase una vez un hada que se llamaba… Rosalía… no, Rosalba. Sí, eso es. Se llamaba Rosalba porque tenía los labios rosados y el cabello tan blanco como la espuma de mar. Vivía en el tronco de un abeto porque era un hada de tipo dríade, es decir, un hada cuya vida estaba ligada a la vida del árbol…

Caminaron largo rato inmersas en las palabras de Emilia, que las hechizaba al hablarles de mundos maravillosos que coexistían con el mundo ordinario sin que nadie se percatara de ello. El ambiente primaveral impregnaba el aire del olor de las flores que abrían sus pétalos al sol —peonías, acacias, clavelinas, margaritas—; los ruiseñores cantaban en las ramas; las abejas zumbaban. Sin que la escritora fuera consciente de ello, un romance se fue abriendo paso

en el relato y las niñas se entusiasmaron todavía más.

—Martín estaba perdidamente enamorado de Rosalba, pero sabía que su amor era imposible. ¿Cómo iban una dríade y un hombre a casarse? ¿Dónde vivirían si lo hicieran? La mujer del bosque jamás podría apartarse del abeto; de lo contrario, moriría.

Emilia se había sentado en un tronco caído con una amapola sobre la oreja derecha y las tres niñas, con sus respectivas flores adornándoles el cabello, la miraban embobadas desde la hierba. Clarita hacía un buen rato que le había devuelto la muñeca de porcelana a su hermana mayor, harta de cargar con ella, y Mili la apretaba entre sus brazos mientras escuchaba compungida. La magia las rodeaba de tal manera que parecía que a su alrededor aleteaban mariposas iridiscentes que dejaban un rastro satinado.

—¿Y por qué Rosalba no le hizo un hueco a Martín en el tronco del árbol? A lo mejor había sitio para los dos…

Emilia fue a contestar, pero no pudo terminar su cuento. De repente, se oyeron los cascos de dos caballos acercándose y las mariposas mágicas desaparecieron con un «¡plof!», como pompas de jabón al explotar.

En el primero de los corceles venía Enrique, que sonrió en cuanto divisó a sus hijas en tan agradable compañía, y en el segundo llegaba Juan Morales, resollando sobre su montura.

Enrique se apeó del animal con soltura. A sus treinta y tres años, se encontraba en plena forma física. Estaba en mangas de camisa y se había afeitado el bigote, lo que lo hacía parecer más joven.

Las niñas corrieron hacia él.

—¡Padre! ¡Padre! —dijo la menor—. ¡La tía Emilia nos estaba contando un cuento!

—Eso es estupendo. —Las abrazó con una sonrisa—. Divisé a un grupo de princesas desde lo alto de Relámpago y he tenido que detenerme a saludarlas.

—¡No somos princesas, somos dríades! —lo corrigió Gertrudis.

Las tres niñas se colgaron de sus brazos y Enrique caminó a

trompicones hacia Emilia. Con el cabello revuelto por la cabalgada y sin el aceite de macasar con el que solía peinarlo hacia atrás, se veía más informal y espontáneo que de costumbre.

—Mi querida prima —dijo justo antes de besarle la mano—. Ilústrame. ¿Qué se supone que es una dríade?

—Una mujer del bosque —respondió ella, riéndose.

—Ah, comprendo. Pues entonces siempre hemos tenido a una de ellas en la familia.

La dama no pudo evitar sonrojarse y agachar la mirada. Cuando alzó los ojos, vio a Enrique demasiado cerca. No le había bastado con el primer saludo y se había acercado a besarle las mejillas. Emilia le correspondió a destiempo y sus labios casi se tocaron.

Se apartó de él dando un paso hacia atrás.

Enrique recolocó la flor sobre la oreja de Emilia sin importarle que sus ojos se volvieran vidriosos. Con la primavera en plenitud y las flores esparciendo el polen en todas direcciones, debía de pasarlo bastante mal, pero en ese instante sonreía como si fuera el hombre más feliz del mundo.

—Te favorece el color gris —dijo con voz nasal al tiempo que repasaba el atuendo de su prima con la mirada—. Me alegro de que por fin te hayas quitado el luto.

—Y a ti te favorece la ausencia de bigote —reconoció ella—. Me alegro de que por fin te lo hayas afeitado; aunque se te está hinchando la nariz…

—El polen y las malditas gramíneas —admitió.

Volvieron a reírse como cuando eran niños y bromeaban sin parar hasta que la tía Augusta los regañaba. Sin embargo, un súbito carraspeo los devolvió a la realidad. No habían reparado en la presencia del capataz hasta ese momento.

—Señorita Espinosa, ¿cómo está usted? —la saludó ofreciéndole su mano enorme de dedos como morcillas—. Hacía tiempo que no la veía por aquí.

—Bien, gracias —respondió ella secamente.

—Le estaba diciendo al señor que este año se espera una buena cosecha de uva. Verá usted cómo la finca sale adelante y crecen los beneficios.

—Eso espero, señor Morales —apuntó—. Porque de seguir con pérdidas, tendremos que plantearnos medidas más drásticas. «Como despedirlo a usted y contratar a alguien más competente», pensó, aunque no lo verbalizó.

Enrique le lanzó una mirada que encerraba una sonrisa velada.

—Yo lo que espero es que no llegue aquí esa plaga de filoxera que tanto daño ha causado a las cosechas francesas —comentó Enrique—. Tengo entendido que también la han sufrido en Málaga.

—No se preocupe, señor. El Marco de Jerez ha quedado al margen, lo que incluye a Chiclana —lo tranquilizó—. Es más, aquí nos ha beneficiado el ataque del bicho y algunos como los Domeq y los Osborne están amasando grandes fortunas. ¿Por qué no los Espinosa?

—¡Padre, por favor! ¿Podemos seguir paseando con la tía? —intervino Mili, aburrida con la conversación de los mayores—. Tiene que contarnos el final del cuento.

—Debemos regresar, mi niña. Vuestra madre estará cansada —dijo él con resignación— y todavía tenemos que ir hasta Cádiz. Venga, vamos.

Caminaron de vuelta todos juntos. Las mujeres delante y los hombres detrás, tirando de los caballos y conversando.

Desde el sendero se divisaban los edificios de la cercana colonia vitícola de Campano e, inevitablemente, Emilia se acordó de aquellos días de 1883, cuando el jerezano Manuel José Bertemati, que había comprado la dehesa colindante, se paseaba de un lado a otro en compañía de su ingeniero agrónomo. «No me gusta ese tipo», decía por entonces don Diego Saucedo. «Ha venido a hacernos la competencia y tiene más ganas y más medios». Y, en efecto, el jerezano en poco tiempo había desecado las charcas infecciosas,

transformado las tierras baldías en tierras de cultivo, sembrado sus propios eucaliptos, creado cauces, desagües e incluso comprado dos modernas máquinas de arado que funcionaban a vapor. Su nombre apareció en el periódico *El Guadalete* y se convirtió en uno de los empresarios vinateros más aclamados, mientras que los Espinosa, año tras año, perdían no solo beneficios sino también fama. El imperio de don Bernardo I se desmoronaba a pasos agigantados sin que sus descendientes hicieran nada para evitarlo y Emilia se sentía culpable.

«Qué buena familia, los Bertemati», comentaba a menudo su tía Augusta en las reuniones familiares. «Un linaje de nobles, terratenientes y altos cargos políticos que ha sabido no solo preservar, sino aumentar su patrimonio. Tengo entendido que don Manuel está casado con su prima Francisca», dejaba caer como por casualidad. «Un gran enlace, sin duda. Así no se repartirán los bienes». Y sí, los chismes de la alta sociedad afirmaban que el marqués de Bertemati se había casado con su prima, para lo que había necesitado de una dispensa matrimonial. La familia, de hecho, ya venía siendo un grupo endogámico desde varias generaciones atrás, pues los unos se casaban con los otros y la fortuna nunca se dividía.

A Emilia todo aquello le parecía digno de estudio, porque, a su juicio, el ser humano estaba hecho para mezclarse con los que eran distintos, y así fortalecerse, y aquellas relaciones consanguíneas solo traían enfermedades.

Llegaron a la casa de campo a la hora del almuerzo. A Enrique y su familia se les había hecho demasiado tarde como para viajar a Cádiz, por lo que decidieron quedarse en la finca a almorzar, y a Emilia —que había pensado en comer algo de pan y queso a la sombra de una higuera— no le quedó más remedio que unirse a ellos. Las empleadas enseguida fraguaron un caldo y unas berenjenas rebozadas con miel y las sirvieron poco después.

Comieron todos sentados a la gran mesa de roble rodeados de cornamentas de toros disecados, cráneos de ciervos y tapices que representaban escenas de caza. Las niñas no dejaban de pelearse y la

Condesita siempre regañaba a Mili, como si por ser la mayor, o tal vez por llamarse así, tuviera la culpa de todo.

—Cuando llegues a casa de tu abuela Augusta estarás castigada toda la tarde —sentenció.

—¡No es justo! —se defendió la chiquilla—. ¡Yo no tengo la culpa de que Clarita haya derramado el caldo! ¿Verdad que no, tía Emilia?

Esta asintió, dándole la razón.

—Ha sido Gertrudis quien le ha quitado la cuchara a Mili —dijo después, ganándose una mirada helada por parte de la esposa de su primo.

—Emilia, querida, será mejor que no intervengas.

Otra vez esa sonrisa envenenada. Emilia preferiría mil veces su odio a esa falsa amistad que le ofrecía, pero nada podía hacer al respecto. Enrique, por su parte, negaba con la cabeza, asqueado.

Terminaron el almuerzo y la familia se preparó para subirse a la berlina. Mili insistió tanto en pasar la noche con su tía Emilia en el palacete de Chiclana, que a sus padres no les quedó más remedio que aceptar.

—Espero que no sea ninguna molestia —le dijo Enrique a Emilia cuando su esposa, la institutriz y sus dos hijas menores ya habían ocupado sus respectivos asientos en el coche de caballos.

—Por favor, Enrique, Mili jamás sería una molestia para mí —le contestó con sinceridad—. Ya sabes que la adoro.

Él se quedó observándola con esa expresión bobalicona que Emilia conocía tan bien, y no pudo evitar ruborizarse y apartar la mirada.

—Sí, lo sé —reconoció él—. Y ella te adora a ti. —Le tomó las manos y depositó un beso suave en su mejilla—. Mañana a primera hora iré a recogerla. Que paséis una buena tarde y durmáis bien, Emilia.

—Hasta mañana, Enrique. Que tengáis un buen viaje.

Los cuatro caballos se pusieron en movimiento y las más pequeñas dijeron adiós con las manos desde las ventanillas. Emilia abrazó a su tocaya y la besó en la frente. Puede que se le hubiera dado bien eso

de ser madre.

46

—¿Cómo? ¿Qué ha estado aquí la señorita Espinosa? ¿Y me lo dices ahora, Bartolomé? ¿Cuál de ellas? ¡Habla, hombre!

El nuevo dueño del palacete número 18 de la calle Ribera del Río estaba sentado a la mesa de caoba del desangelado comedor. Todavía quedaban muchos muebles y objetos decorativos por colocar, pero al menos, la vivienda ya resultaba habitable.

—Disculpe, señor, pensaba que primero le apetecería comer algo. ¡Se fue tan temprano, y sin desayunar!

El amo de la casa negó con la cabeza.

—No tienes que llamarse *señor* si no hay nadie delante, Bartolomé. Y tampoco hace falta que me trates *de usted*; te lo he dicho muchas veces. ¿O es que no somos amigos? —El mayordomo asintió y él le hizo un gesto con la mano, invitándolo a hablar—. Venga, cuéntamelo todo.

—Serían las once de la mañana cuando llamaron a la puerta dos señoras. Una mayor y otra joven. Una vestida de negro y otra de gris. La más joven dijo que se llamaba Emilia Espinosa. —El corazón del señor de la casa se aceleró ante el sonido de aquel nombre—. La otra era su ama de llaves... Una tal...

—Francisca.

—Sí, eso. Francisca Gómez. Le trajeron una botella de vino y un bizcocho y la señorita le dejó esto. —El empleado extrajo entonces la tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta y se la ofreció.

El caballero casi se la arrancó de las manos.

Sobre un papel de concha teñido de celeste pastel y enmarcado por grecas, se leía en letras rizadas:

Emilia Espinosa de los Monteros y Robles

e.p.

Otra vez el corazón del nuevo vecino se desbocó en el interior de su pecho. Las manos le sudaban. Tragó saliva. «Deja de comportarte como un idiota», se regañó a sí mismo.

—¿Qué significa «e. p.»? —preguntó sin poder disimular su ansiedad.

—«En persona». Eso fue lo que dijo ella.

El señor paseó las yemas de los dedos por encima del nombre que la señorita había escrito de su puño y letra y una súbita nostalgia se apoderó de él.

—¿Cómo la viste? Me refiero a si… no sé…

—Muy hermosa —contestó el otro, que sabía a lo que se refería su amo—. Como si el tiempo hubiera perfeccionado sus rasgos.

—Joder. Pues sí que debía de estar hermosa para hacerte a ti poeta.

Los dos rieron. El señor seguía sosteniendo la tarjeta entre sus manos y el sudor estaba empezando a arrugarla.

—Maldita sea, Bartolomé, vengo de un sitio en el que he sido un salvaje y se espera de mí que sea un caballero. ¿Cómo se supone que tengo que responder a esto?

—Creo… creo que tienes que devolverle la visita.

«¿Devolverle la visita? No puedo. No puedo verla todavía», se dijo con las pupilas dilatadas.

—Es demasiado pronto. Todavía no quiero que sepa quién soy. ¿Crees que te reconoció?

El mayordomo, cansado de estar de pie, retiró una de las sillas de la mesa y se sentó de cualquier manera junto a su señor. Incapaz de mantener la fachada de sirviente ejemplar por mucho más tiempo, se retiró los guantes de las manos sudorosas.

—No creo, Alvarito. A mí nunca me prestó mucha atención y hace muchos años que no trabajo en la finca. Desde que… bueno… desde que te recogí medio muerto en el camino.

Álvaro, todavía pensativo, lo miró con una ceja alzada.

—¿Pasas de llamarme «señor» a decirme «Alvarito»? Un término medio, hombre —intentó bromear.

—Para mí siempre serás Alvarito, así te vistas de oro y púrpura —dijo el otro.

El caballero posó la mano en el hombro de su amigo y rieron. Algunas cosas no cambiaban nunca.

***

Álvaro se dirigió a su despacho todavía con la tarjeta entre los dedos. Le había arruinado las esquinas de tanto sostenerla. Sacó una llave diminuta de un pequeño cofre y abrió un cajón de su escritorio de nogal de estilo inglés. Oculta bajo una decena de documentos tenía una fotografía en la que se veía a una muchacha de unos veinte años de rostro ovalado, tirabuzones oscuros y ojos grandes y expresivos. Por detrás se leía en letras impresas: «Rafael Rocafull. Cádiz. Calle Ancha, n.º 24» y, debajo, había un breve mensaje escrito a pluma y tinta, que rezaba:

Para Álvaro, con todo mi amor,

Emilia.

Comparó la letra de la tarjeta con la de la fotografía y comprobó que pertenecían a la misma persona.

«Emilia».

La misma cuyos rasgos había desgastado de tanto mirar. La misma cuyo recuerdo lo había aferrado a la vida cuando había estado a punto de morir. La misma que le había roto el corazón en mil pedazos, hacía ya casi una década.

¿A qué sabrían sus labios ahora? ¿A qué olerían su cabello y su cuello? ¿Qué sentiría al estrecharla entre sus brazos? Tal vez nunca volviera a estar tan cerca de ella como para responder a estas preguntas. Y, sin embargo, una breve llama de esperanza había prendido en él cuando se enteró de que no se había casado. ¿Y si no lo había olvidado, después de todo?

«Estúpido. Eres un estúpido», se fustigaba. Porque solo un estúpido pensaría tantas estupideces.

Por eso no podía verla. Aún no.

Tenía que construirse una coraza. Solo así estaría a salvo.

Guardó la tarjeta junto a la foto en el mismo cajón y lo cerró con

llave como si con ello cerrara también su corazón. Se asomó a la ventana. Desde allí podía ver el río y se preguntó si ella estaría mirando sus aguas plateadas en ese mismo momento.

Todo estaba saliendo según lo planeado. Con dinero, nada se interpondría entre él y sus objetivos. Había comprado un espléndido palacete, muebles de alta calidad y ahora convertiría a sus amigos de antaño en sus empleados de confianza. Todavía tenía que buscar a Miguel. Y traerse a sus tíos de Medina, por supuesto. Menos mal que la indisposición de su tío Román de aquella mañana fue solo eso, una indisposición. El infarto de la última vez casi le arrancó la vida y no estaba dispuesto a permitir que el Altísimo se lo llevara tan pronto. No ahora que por fin le podía devolver todo lo que había hecho por él. Le buscaría a los mejores médicos.

Se acercó a la librería, apartó una decena de libros pesados y, con otra llave que llevaba siempre encima, abrió la caja de caudales oculta en la pared. En el interior se amontonaban los fajos de billetes y eso no era nada en comparación con todo lo que tenía repartido en diferentes bancos: más fajos de billetes, lingotes de oro, acciones en la Bolsa de Madrid, documentos acreditativos de propiedades aquí y allende del mar. Jamás había soñado con ser tan rico y solo se le ocurría una forma de emplear su dinero: ayudando a quienes se habían portado bien con él cuando no era nadie.

Para los demás, solo quedaba la venganza.

47

Después de pasarse la tarde regando y trasplantando flores del invernadero, Emilia y su sobrina cenaron algo ligero, se asearon y se pusieron las ropas de dormir. La niña se había venido sin equipaje, por lo que Emilia tuvo que prestarle uno de sus camisones más pequeños. Apenas eran las nueve de la noche y ya se habían acostado juntas en la cama con dosel.

—Y entonces, Rosalba se tomó la pócima que la bruja le había dado y se convirtió en una mujer común. Así se pudo casar con Martín y vivir con él en la ciudad.

La niña había insistido en que su tía terminara el cuento solo para ella, y a Emilia no le había quedado más remedio que inventar un final feliz. O eso creía ella, que era un final feliz. Su sobrina le hizo ver lo contrario.

—Pero tía… Es triste.

—¿Por qué, cariño? ¿No querías que la dríade y el muchacho estuvieran juntos?

—Sí… pero no así. ¿Por qué ha tenido que renunciar ella a lo que es? Él se enamoró porque era una dríade y al final, Rosalba se ha tenido que sacrificar. No me parece justo.

Emilia se sorprendió ante la madurez de su sobrina.

—Tienes razón, Mili. Pero ¿qué podían hacer? Venían de mundos muy diferentes y uno de los dos debía sacrificarse por el otro.

La niña se quedó pensando.

—¿El amor es sacrificio? —preguntó—. Es lo que dice siempre el párroco de nuestra iglesia de Sevilla.

La mayor sonrió y le pellizcó la mejilla con cariño.

—Eres una muchachita demasiado inteligente para la sociedad en la que nos ha tocado vivir a las mujeres —le dijo con una punzada de melancolía—. Mi opinión es que no. El amor no es sacrificio. El amor debería ser… fácil. —Se hizo el silencio unos segundos—. Y ahora vamos a dormir, que tu padre vendrá a por ti mañana temprano.

Emilia se disponía a apagar el quinqué de la mesilla de noche cuando las palabras de su sobrina la hicieron detenerse.

—¿Sabes, tía? Cuando estamos en Sevilla, mi padre habla de ti a todas horas —comentó.

—¿En serio? ¿Y qué dice? —La dama se giró hacia ella con una sonrisa divertida—. ¿Que soy muy pesada con mis cuentos y que os lleno la cabeza de ideas absurdas?

—No. Dice que eres talentosa, virtuosa y la más bella de Cádiz. Creo que mi madre siente celos de ti y que por eso me odia a mí: porque me llamo como tú.

Emilia cambió su expresión divertida por una preocupada.

—Tu madre no te odia, cielo. No digas eso nunca más —le dijo acariciándole el cabello—. Es solo que… bueno, eres su hija mayor y quiere que te comportes bien y des ejemplo a tus hermanas.

La pequeña Mili negó con la cabeza y sus trenzas se movieron al compás.

—Si te cuento algo, ¿me guardarás el secreto?

De repente, Emilia sintió temor de lo que la niña pudiera decirle, pero no le quedó más remedio que aceptar.

—Claro que sí, tesoro.

—Tía Emilia es que yo… yo creo que mi padre está enamorado de ti.

Emilia soltó una carcajada nerviosa.

—No digas tonterías, Mili. Nos llevamos muy bien porque somos como hermanos. ¿Tu madre te ha dicho eso?

—No. Es algo que he pensado yo, aquí, dentro de mi cabeza —dijo señalándose la sien—. He visto cómo te mira. A mi madre… A mi madre no la mira así. Se pasan la vida discutiendo. Estoy muy cansada. Ojalá tú fueras mi madre.

Emilia la abrazó con ternura y la besó en la frente repetidas veces.

—A mí me encantaría tener una hija como tú —admitió—, pero a lo mejor tendría que regañarte, como hace tu madre. Las madres riñen

a sus hijos para educarlos, para que sean personas de bien. No la juzgues tan duramente. Además, todos los matrimonios discuten. Es lo normal. Pero no tiene nada que ver contigo. No es tu culpa, ¿me has entendido?

—Sí, tía —concedió la niña, que le colocó la cabeza en el hombro.

—Y ahora, vamos a dormir.

Mili se recostó sobre la almohada, Emilia apagó el quinqué y las dos se acomodaron una junto a la otra. Cogidas de la mano, cerraron los ojos y empezaron a rezar un padrenuestro.

—¿Sabes, tía? —interrumpió la pequeña—. Mi padre tiene todos tus libros.

Emilia rio con suavidad.

—*¿Todos?* ¿A qué te refieres, cielo? Yo solo he publicado una novela.

La niña no respondió y poco después cayó en un profundo sueño. Su respiración sosegada inundó la habitación; Emilia, sin embargo, no lograba relajarse.

¿Qué había querido decir con eso de que su padre tenía «todos» sus libros? Sin duda, la chiquilla la había confundido con otra autora más prolífica. Por lo que sabía, Enrique había comprado su novela —puesto que él mismo se lo había dicho—, pero estaba segura de que lo había hecho por puro compromiso y de que ni siquiera la había leído. Después de todo, sus textos siempre le parecieron «extravagancias», como solía decirle.

48

Tía y sobrina se levantaron temprano y tomaron el desayuno favorito de Mili en primavera: fresas anegadas en un mar de nata y azúcar. Los frutos acababan de llegar, directos de la huerta chiclanera y tenían un aspecto rojo brillante y un sabor dulce que les embriagaba el paladar.

Las criadas eventuales que Francisca había contratado llevaban ya un buen rato limpiando el polvo de las lámparas, moviendo muebles, sacando brillo a la plata, sacudiendo las alfombras y fregando los suelos. Así, de la noche a la mañana, el palacete se sentía lleno de vida. Además, la compañía de la niña y la luz del sol que se colaba por los ventanales que daban al jardín pusieron a Emilia de muy buen humor. La negativa del *Diario de Cádiz* a publicar su último artículo había quedado en el más oscuro de los rincones de su mente y ni se acordaba ya.

—¿En serio, tía? ¿Hay señores que duermen con un molde en el bigote?

—¡Pues claro! Igual que muchas mujeres duermen con un gorrito para que no se les aplasten los tirabuzones. Yo solía colocarme lazos de tela cuando era jovencita.

Las dos Emilias se reían a carcajadas cuando Enrique entró en el comedor. Había venido solo, a caballo y más temprano de lo que esperaban. Vestía un flamante traje de chaqueta a rayas y un sombrero *canotier* con el que parecía salido del último número de una revista de moda.

—Buenos días, mis bellas dríades —dijo muy sonriente, y besó las mejillas de una y de otra—. ¿Se puede saber qué visita esperamos? ¿Va a venir la reina María Cristina en persona? —bromeó.

El caballero tomó asiento junto a ellas, le dio el sombrero a la doncella que había entrado tras él y robó una fresa del frutero.

—¡Cómo va a venir la reina, padre! —se mofó la niña, que aprovechó para servirse más nata de la fuente de cristal—. Todo esto es por el nuevo vecino de la calle. Se lo he oído decir a la tía Emilia.

¿Verdad, tía?

Enrique alzó las cejas, que relucieron como el oro viejo bajo la luz del sol.

—¿Todo este revuelo por un vecino nuevo? Voy a tener que averiguar quién es ese caballero a quien mi prima quiere impresionar. —Quiso que sonara a chanza, pero no lo consiguió.

—La idea de la limpieza a fondo es cosa de Paca —aclaró Emilia—. Y, en realidad, hacía falta. La casa estaba bastante abandonada. «Casi tanto como yo», pensó.

Enrique asintió, pero su rostro contraído reflejó una inquietud repentina. Se comió otra fresa de un solo bocado.

—¿Desea el señor que le sirva el desayuno? —preguntó la doncella, que había esperado pacientemente para poder hablar.

—Sí, un café solo, por favor —pidió él.

Mientras terminaban de desayunar, Enrique les habló de su madre, de la tía Prestola, del tío Avelino y de Isabelita, que ya era toda una muchachita a la que pronto presentarían en sociedad. Un rato más tarde, Mili fue con Francisca al cuarto de costura para que le cosiera un botón de la manga y los primos se quedaron a solas. El silencio se instauró entre ellos durante unos instantes. Ya ni siquiera se oía de fondo el alegre canto del canario y solo una jaula vacía atestiguaba su existencia.

—Y, cuéntame, ¿cómo van tus tertulias, prima? —quiso saber el médico. Se llevó la mano bajo la nariz para atusarse el bigote y, de pronto, recordó que ya no tenía—. ¿Acuden muchas cacatúas a tus reuniones de los jueves?

Emilia se tragó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Algunas… —reconoció—. En Chiclana estos asuntos cuestan más que en Cádiz capital. No somos muchas, pero lo pasamos muy bien charlando sobre literatura, política y sociedad. Los maridos de algunas creen que hablamos sobre telas, bordados y peinados, pero nada más lejos de la realidad. Para eso ya existen otro tipo de encuentros.

—Lo sé. Siempre has sido muy diferente a las demás. Desde que eras niña preferías escuchar las conversaciones de los caballeros a las de las damas. Más de una vez te pillé espiando tras la puerta del salón azul.

—Y más de una vez me delataste —le reprochó medio en broma medio en serio—. Pero los tiempos están cambiando y, por fortuna, puedo tratar todas esas cuestiones en mis tertulias.

Enrique alargó una mano para tocar la suya, que reposaba sobre la mesa junto a la servilleta de encaje.

—A veces pienso que esta ciudad se ha perdido a una gran alcaldesa —dijo antes de guiñarle un ojo.

Ella sacó la mano de debajo de la del médico y le dio una palmada en el brazo.

—¡No te burles! —exclamó.

La relación entre los primos había mejorado en los últimos años y casi habían vuelto a ser los de antes, pero cuando Emilia lo tocaba y él se quedaba mirándola con ojos de cordero degollado, se reprendía a sí misma y se recordaba que debía mantener las distancias.

—No me burlo, Emilia —contestó, turbado—. Lo digo con total convencimiento. Lástima que el mundo sea… bueno, el que es —terminó, como si él tampoco tuviera interés en cambiarlo.

La dama carraspeó y cambió de tema.

—¿Y tú cómo estás? Me dijo tu esposa que agotado de tanto trabajar. Supongo que te has convertido en alguien muy importante para la alta sociedad sevillana.

Él chasqueó la lengua.

—Más que cansado, estoy asqueado, Emilia. El trabajo en la consulta no es lo que había imaginado. Todas esas señoronas me tienen bastante harto. No era el futuro que deseaba cuando estudiaba la carrera. Debí ingresar en el ejército y hacer carrera militar. Necesito acción.

—¿Te parece poca acción cuidar de tres niñas? —comentó ella para

quitarle hierro al asunto.

Él sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Las niñas son lo de menos. Lo que me cansa es su madre. Es egocéntrica, vaga y quejica. —Suspiró.

Emilia se sintió incómoda ante la confesión. Enrique nunca se había expresado en esos términos delante de ella y le apenaba comprobar el hartazgo en sus palabras.

—Primo, por Dios. No hables así de tu esposa.

—Es la verdad.

Mili y Francisca regresaron del cuarto de la costura y la niña le rogó a su padre pasear un rato por el centro del pueblo. Enrique accedió, a pesar de que le había prometido a Gertrudis que no se demorarían demasiado. De hecho, la idea de retrasar el regreso a casa lo agradaba. Aun así, le ordenó a Pascual que tuviese listo el carruaje a su vuelta.

Un rato después, los tres atravesaron la casapuerta en dirección al exterior. Emilia, que todavía se sentía rara usando colores claros, lucía un vestido azul cerúleo, y tanto ella como la niña, se protegían del sol con sombrillas de encaje. El médico las seguía muy de cerca con su sombrero de gondolero.

49

Desde que se alistó en el ejército, Álvaro sentía la necesidad de realizar actividad física a diario, como si estar en buenas condiciones de salud fuera una obligación con la patria. Por ello, cuando no salía a caminar o a montar a caballo, realizaba flexiones, levantaba mancuernas o se colgaba de dos anillas que había mandado instalar en el techo de su habitación.

Aprovechando que, tras el traslado, todavía no había tenido que incorporarse a su puesto, se pasó la mañana del lunes haciendo gimnasia. Acabó sudando y sediento y le pidió a Bartolomé que le trajera una alcarraza con agua fresca. Sin camisa y con el único adorno de su cruz de madera al cuello, abrió la puerta del balcón y se asomó.

Enseguida varias figuras llamaron su atención. En un primer plano, una dama y una niña, cubiertas por sombrillas de encaje blanco, y, a unos pasos de ellas, un caballero joven con uno de esos atuendos a la última moda: sombrero de paja de copa recta y ala corta y traje beis a rayas. Un condenado lechuguino.

Algo en el grupo le impedía apartar la mirada y pronto averiguó qué. Las nubes encapotaron el cielo y la dama y la niña cerraron las sombrillas para caminar más cómodas.

Y entonces la vio.

Emilia.

Llevaba un sombrero también de paja, pero decorado con flores y, debajo, un moño informal del que escapaban algunos rizos castaños. Álvaro entrecerró los ojos para apreciar su rostro. Ya no era tan redondeado como antaño, pero resultaba aún más hermoso si cabía, con aquellos ojos grandes y expresivos, la nariz ligeramente respingona y los labios todavía jugosos y rosados. Maldita fuera. El bruto de Bartolomé estaba en lo cierto. El cincel del tiempo había perfeccionado su belleza hasta volverla irresistible.

La niña se asomó al río y Emilia con ella. Y, de pronto, *aquella mano*. El tipo del traje a rayas apoyó la mano en la espalda de la

dama, justo en el hueco entre los omoplatos, y la deslizó despacio hasta ceñirle la cintura con aire posesivo. Fingía mirar al río, como ellas, pero en realidad aprovechaba las circunstancias para manosearla.

¿No se suponía que Emilia seguía soltera? Era lo primero que había averiguado sobre ella. Entonces, ¿quién era ese individuo rijoso al que de repente deseaba arrancarle de cuajo aquella mano resbaladiza?

—Aquí tienes el agua, Alvarito —anunció el mayordomo a su espalda, y al verlo con medio cuerpo desnudo y asomado al balcón, añadió—: Está saltando el viento de poniente, te vas a resfriar, hombre, que esto no es el Caribe.

Álvaro no lo escuchaba. Seguía absorto en aquella mano mientras apretaba el barandal del balcón con tanta fuerza que acabaría por derretir el hierro forjado.

—Quién cojones ese ese imbécil —masculló.

Bartolomé se colocó a su altura.

—¿Quién?

—Ese pisaverde que le tiene la manaza puesta encima a la señorita Espinosa —señaló. ¿Cómo había podido vivir tanto tiempo sin saber quién se acercaba a la mujer a la que había amado? Ahora no soportaba la idea de ver a otro merodeándola, tocándola, besándola, o sabe Dios qué cosas más.

El mayordomo aguzó la vista.

—Creo que es el señor Enrique Lara Espinosa, el cirujano.

—¿Un primo? —se sorprendió el capitán.

—Sí. Apenas aparecía por la finca, pero yo diría que es él.

—No la toca como si fuera un puñetero primo… —rezongó.

—Los primos a veces se casan, Alvarito.

Los celos se abrieron paso a dentelladas en el estómago del militar.

—Cállate —dijo cortando esa posibilidad—. ¿Y la niña? ¿Quién es?

—Será una hija del señor.

Álvaro regresó a la calma. ¿Qué sentido tenía preocuparse por los pretendientes de Emilia después de tantos años? A la dama le habría dado tiempo de conocer a cientos, y él, desde el otro lado del océano, poco podría haber hecho para espantarlos. Además, siendo justos, él también se había relacionado con algunas mujeres en ese tiempo. «Sí, pero solo fueron una distracción. No significaron nada», se dijo a sí mismo. Porque, aunque le costara admitirlo, tenía la certeza de que, mientras Emilia existiera en el mundo —y aun cuando dejara de existir—, su mero recuerdo le impediría enamorarse de otra mujer. Porque cuando un hombre como él había conocido el amor verdadero, difícilmente podía volver a sentirlo.

De repente, la niña lo señaló, y antes de que Emilia se volviese a mirarlo, se echó hacia atrás y quedó oculto tras las cortinas.

***

—¡Tía Emilia! Había un hombre desnudo ahí, en ese balcón —señaló Mili.

—¿Desnudo? ¿Estás segura, cielo?

Enrique también se giró con las cejas alzadas.

Los tres habían estado contemplando a un charrán que hacía vuelos acrobáticos para atrapar a los peces que nadaban cerca de la superficie del río y solo la pequeña se había percatado de la presencia del individuo en el balcón.

—Bueno… no tenía camisa —concretó la niña, que había visto a su padre sin ella en alguna ocasión. Sin embargo, nunca había contemplado un torso con una musculatura tan definida como la de aquel caballero.

—¿Quién vive ahí? —quiso saber Enrique—. ¿Es ese el nuevo vecino?

Emilia vaciló.

—Sí, pero no sabemos quién es. Dicen que es un capitán español venido de Cuba.

El patriarca de los Espinosa negó repetidamente con la cabeza.

—Se le habrán pegado las costumbres de los indígenas —aventuró —. He oído que los cubanos se pasan el día desnudos, y tienen fama de ser ligeros de cascos.

—¿Qué significa ser «ligero de cascos»? —quiso saber Mili.

Su padre, de pronto consciente de su presencia, dijo:

—Nada que deba saber una niña de ocho años. Olvidemos el asunto.

Cruzaron la pasarela de madera y alcanzaron la esplendorosa Alameda de la Vera del Río, una zona ajardinada con bancos de lozas de Algeciras desde los que se podía contemplar, de un lado, el curso del agua, y del otro, los carruajes que pasaban por la vía principal. En los últimos tiempos, La Alameda se había convertido en el lugar favorito de los solteros, donde paseaban y se lucían tanto los mozos como las mozas en busca de pareja. A Mili, en cambio, lo que le gustaba de aquella explanada eran los barquillos de canela del puesto ambulante.

Enrique compró un par y las dos damas se los fueron comiendo a mordisquitos por el camino.

Pasearon por las calles del centro: de la Vega, Risso, Hormaza. La niña los hizo subir hasta la ermita de Santa Ana y, desde lo alto, contemplaron toda la bahía de Cádiz y los campos y las arboledas que quedaban a sus pies. En días despejados como aquel, se distinguía perfectamente el castillo de Sancti Petri, la vecina ciudad de San Fernando, Cádiz, Medina Sidonia y los montes de la sierra gaditana.

—¿Fue aquí donde los soldados de Napoleón colocaron sus cañones, tía Emilia? —preguntó la niña, a quien la escritora le había contado la historia de la ocupación francesa de Chiclana en más de una ocasión.

—Así es —contestó la dama—. El cerro siempre ha sido un lugar estratégico.

—No pensemos más en esos tiempos —las cortó Enrique—, por

fortuna, todo eso ya pasó y España es de los españoles.

—Para bien y para mal —puntualizó Emilia, y él la observó con suspicacia.

El sol del mediodía apretaba cuando los tres iniciaron el descenso del cerro para regresar al palacete. Emilia se preguntó cómo había podido cabalgar su primo con aquel traje de chaqueta tan elegante, pero que parecía tan incómodo. Aunque, se dijo, después de todo, las mujeres lo hacían con corsé y polisón.

50

Fue en la tertulia de los jueves, en su propia casa, donde Emilia oyó por primera vez el nombre y el apellido de su nuevo vecino.

«Es capitán de Infantería de Marina y se llama Álvaro Alcázar», había dicho Basilisa Arroyo, la directora y maestra de la Escuela Gratuita de Niñas. Ella era siempre la primera en enterarse de todos los chismes de la ciudad.

Emilia sintió que la sangre huía de su rostro; el ritmo de su corazón se descompasó y se vio obligada a toser.

—¿Qué te sucede, querida? Te has puesto pálida —le dijo la maestra.

¿Cuántos «Álvaro Alcázar» había en el mundo? ¿Cuántos que caminaran como lo hacía «su» Álvaro? ¿Cuántos tenían el porte de un Espartaco? No podía haber dos iguales. Tenía que ser él. Pero ¿cómo había llegado a ser capitán? Y lo más desconcertante, ¿cómo se había hecho tan rico? La herencia del padre era lo único que lo explicaría.

—Me habrá sentado mal el chocolate —se le ocurrió decir.

—Pues como decía —siguió la mujer, que se ajustó sus pequeñas gafas redondas a la nariz—, las que lo han visto dicen que es muy apuesto y que está soltero. Así que ya imaginaréis como están las muchachas casaderas de la ciudad: deseando conocerlo.

—Esperemos que alguien organice pronto una fiesta para invitarlo… —comentó doña Lorenza Castro, la mujer del boticario.

En el salón amarillo olía a chocolate caliente y a bizcocho recién horneado. La temperatura era agradable, y el ambiente, distendido; sin embargo, Emilia sentía que se ahogaba. La idea de volver a ver a Álvaro la alteraba más de lo que hubiera imaginado. Y aún más la idea de ver a Álvaro *junto* a otras damas. «Sigue soltero», se dijo a sí misma con una mezcla de miedo y anhelo. ¿Por qué había vuelto a Chiclana? ¿Para buscarla? Ella ya no era la misma muchacha que conoció.

Carraspeó antes de lanzar a sus cuatro contertulias una pregunta.

—¿Se sabe de dónde le viene la fortuna? Es solo un capitán, ¿no es así?

—Mis informantes no han llegado a tanto, querida —apuntó Basilisa—. Unos dicen que el caballero pertenece a una familia importante; al fin y al cabo, Alcázar suena a apellido de alcurnia. —Bebió de su taza de chocolate y luego se limpió los labios a toquecitos con la servilleta de encaje, haciéndose la interesante—. Otros afirman, por el contrario, que la fortuna le cayó del cielo al recibir una herencia inesperada. Sea como fuere, el señor Alcázar tiene fama de espléndido y de campechano.

La señora Acadia Fernández, que se disponía a morder un trozo de bizcocho con sus dientes equinos, comentó:

—Mi sobrina Lucía se muere de ganas de que se lo presenten y no me cabe duda de que, cuando la conozca, el capitán quedará impresionado. Es una chiquilla preciosa, de buenos modales y educación exquisita. ¿Qué más podría pedir un soltero que andará ya por sus treinta y tantos años?

A Emilia le sobrevino otro acceso de tos.

—Bueno, señoras —dijo—, ¿por qué no dejamos los cotilleos para otras damas y nos centramos en los temas de nuestra tertulia? ¿Qué nos toca hoy? ¿Literatura? ¿Política? ¿Economía?

—El jueves pasado hablamos sobre los abusos de los terratenientes —recordó Lidia, la más joven y subversiva del grupo; una fiel seguidora de Rosa Marina—.[16] Pusimos de ejemplo la matanza de manifestantes en las explotaciones mineras de Riotinto, hace unos meses. El mundo está cambiando y no debemos permitir tantos abusos. Quizá podrías escribir un artículo sobre ello, Emilia —la animó.

—Claro que puedo; otra cosa es que me lo publiquen. —Suspiró, resignada.

—Yo estoy de acuerdo en que los trabajadores hacen bien en luchar por sus derechos, pero creo que deberíamos apoyarlos desde la

sombra y no de cara —difirió la señora Fernández—. Al fin y al cabo, nuestros padres, maridos o hijos son terratenientes. ¡Sería echarnos tierra encima!

Poco a poco, las damas regresaron a los temas políticos y literarios, pero lo hicieron de mala gana. El chismorreo sobre el capitán Alcázar estaba demasiado fresco, y aunque se considerasen distintas a esas alcahuetas que se pasaban la vida destripando a unos y a otros con sus habladurías, nadie era capaz de resistirse a lo nuevo.

***

La fiesta que todas anhelaban que se celebrase no tardó en llegar. A los pocos días de su tertulia, a Emilia no le sorprendió encontrar entre la correspondencia una tarjeta de invitación al cumpleaños de doña Florentina Benavides, la condesa de las Cinco Torres. La señora no tenía por costumbre celebrarlo, pero había cambiado convenientemente de opinión; seguro que alentada por alguna conocida. Emilia no albergaba duda de que invitarían al señor Alcázar.

¿Qué haría ella? ¿Acudiría a la fiesta? No recibía demasiadas invitaciones en los últimos tiempos y le apetecía divertirse. Por otra parte, por qué negarlo, deseaba volver a ver a Álvaro. Lo deseaba tanto como lo temía.

¿Cómo reaccionarían? ¿Qué se dirían?

La invitación era extensible a toda su familia, por lo que Emilia decidió enviarle un telegrama a la tía Prestola para que trajera a Isabelita. Era una ocasión inmejorable para presentar a la chiquilla en sociedad y, además, así no acudiría sola a la fiesta. Juliana se comportaba como una monja de clausura desde que se casó y no solía acudir a ningún evento, ya fuera porque se encontraba indispuesta ella o su marido. No podía contar con su hermana.

Si iba, ¿qué se pondría? Hacía mucho que no encargaba la confección de nuevos vestidos al modisto.

Se pasó la tarde entre el armario y el baúl. Los vestidos de fiesta se encontraban en el fondo y el más moderno tenía casi cinco años. Se trataba de un modelo celeste empolvado que le cosieron para el baile

de compromiso de Coquito con la señorita Luisa María Moya, pero que no llegó a estrenar por el repentino fallecimiento de su padre. Lo sacó y se lo pegó al cuerpo al tiempo que contemplaba su reflejo en el espejo de pie.

«No. Demasiado apagado y serio. Este no», se dijo, absorta en los malos recuerdos.

Y entonces, en el fondo del baúl, encontró un traje que había pertenecido a su madre y que, desde niña, le había gustado tanto que decidió conservarlo.

Era de seda rojo, muy escotado y con tirantes de perlas que caían sobre los hombros. La falda, amplia y voluminosa, era de las que requerían uno de aquellos cancanes de amplio ruedo que resaltaban la estrechez de la cintura y mantenían a distancia a los pesados. Estaba tan arrugado como un acordeón, y, aun así, resultaba espectacular.

«¿Rojo, Emilia? ¿No es muy pronto para el rojo?», se preguntó en la soledad de su habitación.

Una vocecilla diablesca susurró en su mente: «Tienes casi treinta años, ¿a qué vas a esperar para ponértelo? ¿A estar más arrugada que esa tela?».

Aunque nunca lo confesaría en voz alta, la parte más irracional de sí misma deseaba impresionar a su antiguo amor. Salió de la habitación y bajó la escalera de mármol a toda prisa mientras decía a voz en grito:

—¡Araceli! ¡Araceli! Necesito tu ayuda.

16. Autora de la famosa obra *La mujer y la sociedad*, considerada el primer manifiesto español "feminista" (1857).

51

El trece de mayo, día del cumpleaños de doña Florentina Benavides, la familia Galván-Espinosa al completo llegó temprano a Chiclana. Almorzaron todos juntos en el comedor del palacete y se cuidaron de no merendar demasiado para dejar hueco a los suculentos entremeses que, de seguro, servirían en la fiesta.

El ama de llaves ayudó a doña Prestola a arreglarse, mientras que, jubilado el mayordomo, don Avelino tuvo que apañárselas solo. En cuanto a Araceli, quien también hacía las veces de doncella personal desde que Marcela se fue, se pasó la tarde encerrada en el dormitorio con las dos solteras —Isabelita y Emilia—, que querían lucir esplendorosas aquella noche. La primera, emocionada ante la perspectiva de su puesta de largo, y la segunda, con el corazón henchido solo de imaginar que volvería a encontrarse con su primer y único amor.

Mientras Araceli terminaba de enrollarle el último mechón de pelo en las tenacillas, Emilia, que se contemplaba en el espejo ovalado del tocador, abrió el joyero y buscó unos pendientes de rubíes y perlas que combinarían a la perfección con su vestido. Se untó carmín en las mejillas y en los labios y sonrió justo cuando el tirabuzón caliente cayó sobre su espalda con delicadeza. Tanto Isabelita como la doncella dejaron escapar un suspiro.

—Parece usted otra, señorita —se asombró Araceli.

—Vaya... No sé si tomármelo como un cumplido o como todo lo contrario —bromeó la dama poniéndose en pie con el frufrú de su vestido de seda sobre el suelo.

—Me refiero a que... —empezó a explicarse la doncella—, en el tiempo que llevo trabajando para ustedes nunca la había visto tan bonita.

—Mi prima siempre ha sido muy bella —intervino Isabelita, quien había pedido que a partir de ese día la llamaran «Isabel»—, lo que sucede es que dejó de arreglarse desde la muerte de mi tío.

La más joven lucía un vestido rosa palo y un coqueto moño

aderezado con horquillas doradas en forma de flor. A sus dieciséis años, se había convertido en una muchacha muy linda, aunque algo tímida, lo cual agradaba a la tía Augusta, que pensaba que así no seguiría los terribles pasos de su hermana. Bastante tenían ya en la familia con soportar la «mala fama» que Margarita había dejado tras de sí como una estela imposible de borrar.

—Y ahora el toque final. —La doncella tomó del tocador un frasco de vidrio y roció de perfume el cuello y las muñecas de las dos invitadas a la fiesta.

Enseguida un sublime olor a azahar impregnó la estancia, como si todos los naranjos de Sevilla hubieran florecido al mismo tiempo.

***

Álvaro se perfilaba la barba frente al espejo basculante evaluándose con la mirada. Se preguntaba si la humedad abrasadora del clima cubano lo habría corroído como al hierro, o si todavía quedaba en él algo del muchacho que fue.

El mayordomo, que contemplaba con atención los movimientos de la navaja, le dijo por enésima vez:

—Debería ayudarte.

—Ya lo haces. Pásame la toalla —respondió.

—Se supone que soy tu hombre de confianza. Tendría que arreglarte —insistió—. Es lo que hacen los lacayos.

Álvaro puso los ojos en blanco mientras se limpiaba los restos de jabón de la cara.

—Siempre me he vestido solo y eso no va a cambiar ahora. —Dejó la navaja sobre el palanganero—. Pero, si insistes, tráeme la chaqueta.

El caballero abrió los brazos en forma de cruz y esperó a que Bartolomé cogiera la prenda del galán de noche y se la colocara. Después, los dos se asomaron a las puertas espejadas del armario de tres cuerpos y contemplaron su reflejo. El brillo de la botonadura de oro y de los galones con las tres estrellas de capitán le conferían a Álvaro un aire aristocrático.

—Joder, pareces un puñetero príncipe —comentó el mayordomo.

—Esa boca, señor García —lo regañó de broma.

Era el turno de las medallas. Bartolomé las fue extrayendo del estuche de madera y terciopelo una a una para después prendérselas en el lado izquierdo del pecho, sobre el corazón. Cuando cogió la Cruz Laureada de San Fernando,[17] silbó.

—Esta parece importante.

—Lo es. Se trata de un reconocimiento al valor heroico. —Suspiró. Los recuerdos se amalgamaban en su mente. La oscuridad de la noche. Él solo arrastrando el cuerpo de un compañero. Las voces de los mambises pidiendo la sangre de los españoles—. Mejor no me preguntes cómo la conseguí.

El otro asintió.

—Se supone que gracias a ella me van a ascender a comandante —siguió Álvaro—, aunque no sé si lo merezco.

—¡Por supuesto que te lo mereces! Bastante has hecho por la patria arriesgando tu vida allende del mar. Llegarás lejos. Siempre lo supe. Incluso cuanto te vi abandonado en la tierra con la espalda cosida a latigazos.

Álvaro torció el gesto ante el funesto recuerdo. Se colocó el cinto con el sable y la tela de la chaqueta crujió levemente bajo sus poderosos músculos.

—Estás hecho un toro —cambió de tercio Bartolomé—. Vas a tener que dejar de hacer tanto ejercicio o reventarás las mangas.

—Cállate, anda. —Le palmeó la mejilla y cogió sus guantes blancos de la cómoda—. Y ahora dile a Miguel que prepare el coche, que ya voy a salir.

—Sí, mi señor.

Bartolomé hizo una exagerada genuflexión y, sin dejar de reírse, abandonó la habitación. Poco después, Álvaro cruzó la casapuerta y salió al exterior, donde su nuevo empleado lo esperaba subido al pescante de un lujoso coche de caballos.

—¡Por las barbas de San José! —clamó el joven, cuyos modales eran aún peores que los de Bartolomé—. Las vas a enamorar a todas, macho. Si te sobran mujeres, compártelas, que sigo soltero. No seas egoísta, anda.

Esta vez, el capitán no pudo evitar contagiarse por la risa. Subió al landó y se dejó caer sobre el respaldo del asiento. Quizá pudiera enamorarlas a todas, pero a él solo le interesaba una.

17. Esta condecoración, la más preciada en el Reino de España, se le concedió al capitán Enrique de las Morenas y Fossi, chiclanero de nacimiento y uno de los «Últimos de Filipinas».

52

Emilia y los Galván-Espinosa se subieron a la berlina que habían alquilado en Cádiz solo para la fiesta y Pascual enfiló por el Puente Grande hacia la otra orilla del río. La impresionante casa palacio de los condes de las Cinco Torres se alzaba próxima al teatro al que solía acudir el difunto don Bernardo, en la calle García Gutiérrez, que en esos momentos era un hervidero de carruajes de los que se apeaban damas y caballeros elegantes. Tanto así que Pascual tuvo que apostar el vehículo en la vía contigua.

Emilia y su familia recorrieron los últimos metros a pie y, conforme se aproximaban, oían las risas, las voces y la música del interior. Todos parecían de muy buen humor y ella se dejó contagiar.

A través de las ventanas titilaban las luces de los candelabros y el dintel de la puerta principal estaba engalanado con adornos florales que esparcían un dulce aroma. Una alfombra roja los condujo hacia el patio, donde los anfitriones, rodeados de columnas y colgaduras de jazmines, los recibieron con sonrisas y algún que otro bostezo disimulado. A sus edades y después de más de una hora recibiendo invitados, no era para menos. El conde lucía frac y un exagerado bigote canoso con las puntas rizadas hacia arriba con cera. La condesa, de pequeños ojos inquisitivos, llevaba un elaborado recogido adornado con plumas y unos pendientes tan pesados que los lóbulos de las orejas casi le rozaban las clavículas.

Una vez en el salón, la mirada de Emilia se perdió en la enorme lámpara de araña del techo, cargada de velas en equilibrio. La cascada de almendras de cristal producía iridiscencias y creaba un ambiente tan mágico como los que ella imaginaba en sus cuentos de hadas. Alzó la mano enguantada de blanco y observó aquella miríada de colores resbalando por su brazo como la curva de un arcoíris. Sonrió. Y entonces, tras el guante: sus ojos. Unos ojos oscuros que la observaban desde la otra punta del salón.

Álvaro.

La conexión duró apenas un instante, pero su corazón empezó a

galopar como si acabara de bajar unas escaleras a la carrera.

—Emilia. ¡Emilia, querida! Ven a saludar a los Vega-Mugía. —La voz de la tía Prestola la sacó de su abstracción.

Mientras saludaban a sus conocidos y les presentaban a Isabel, Emilia no dejaba de mirar en derredor con disimulo. Distinguió a Álvaro junto a uno de los ventanales, charlando con un matrimonio entrado en años que acababa de presentarle a su hija, y, desde la distancia, se recreó en su figura. Vestía el uniforme azul de gala de la Infantería de Marina y le pareció más atractivo de lo que recordaba. Más alto, más fuerte y aún más seguro de sí mismo. Las charreteras doradas exaltaban la anchura de sus hombros, o quizás tuviera la espalda más fornida. Dos largas patillas se unían a una barba recortada que cubría su mandíbula angulosa y ocultaba el hoyuelo de la barbilla; ese que Emilia conocía tan bien. El cabello, algo más corto por los lados y más largo por arriba, lo llevaba peinado con pulcritud, pero sin aceites, y un mechón caía con levedad sobre sus ojos profundos. El tiempo lo había vuelto más hombre. La madurez le sentaba de maravilla.

Se preguntó entonces si la habría reconocido. Quizás ni siquiera se había percatado de su presencia y a ella solo le había parecido que miraba en su dirección.

Los minutos pasaban y los invitados al cumpleaños no dejaban de acercarse a Álvaro para conocerlo, pero, sobre todo, para presentarle a sus hijas, primas, hermanas o sobrinas. A Emilia no le sorprendió que tantas damas casaderas, ataviadas con todo lujo y ornato, compitieran por llamar su atención.

Aunque ella no se quedaba atrás, con ese vestido rojo tan llamativo que provocó que muchos caballeros la contemplaran con lujuria, recorriéndola de pies a cabeza. Sin embargo, ninguno se le acercó con intención de entablar conversación, algo a lo que ya estaba acostumbrada. Era lo habitual en las últimas reuniones. A los hombres les gustaba su apariencia, pero no lo suficiente como para cortejarla; no lo suficiente como para ignorar las habladurías que decían que las damas Espinosa estaban enfermas, o, peor aún, que

eran ligeras de cascos.

«Pobre Isabel», pensó. Ojalá no corriera su misma suerte y la sociedad fuera menos cruel con ella, que apenas empezaba a asomarse al mundo.

Los sirvientes de los condes repartieron exquisitos dulces en bandejas de plata: buñuelos de crema, pestiños, alfajores y bombones rellenos. Doña Prestola y su marido se apresuraron a degustarlos, mientras que Emilia y su prima estaban tan exaltadas que apenas probaron bocado.

Cuanto más tiempo pasaba, más comprobaba Emilia que nadie iba a presentarle a Álvaro, y ella no se veía capaz de saludarlo. Además, ¿qué le diría? No había nada que decir. En su último encuentro ya se lo había dejado todo claro. Emilia sufría en silencio, y en cambio, su tía, que parecía haber olvidado el nombre de ese vendimiador del que su sobrina anduvo enamoriscada —y del que Augusta terminó por hablarle—, gozaba de la fiesta como nunca. ¿Cómo iba a imaginar que aquel humilde jornalero era ahora un capitán poseedor de una cuantiosa fortuna?

El reloj de pie de una esquina del gran salón marcó una hora más con su péndulo de latón. Álvaro seguía ignorándola. A Emilia no le quedó más remedio que asumir que no quería saber nada de ella, porque tal desprecio no podía ser fruto del despiste, sino de la premeditación. O la odiaba por el daño que le había infligido en el pasado, o le resultaba indiferente, o, peor aún, le parecía vieja y fea después de tantos años. Incluso podía ser que hubiera llegado a sus oídos la mala fama de las Espinosa y ahora que pertenecía a la clase alta, no quisiera relacionarse con ella.

«Estúpido», lo insultó mentalmente su lado más avieso.

Y, en cambio, el corazón le daba un vuelco cada vez que creía verlo caminar en su dirección, o cada vez que alguien, sin querer, lo acercaba un paso más hacia ella.

«Álvaro, estoy aquí. Mírame», le decía bajito con su voz más candorosa. «Soy Emilia. ¿Ya no me recuerdas?». Él no dejaba de sonreír mostrando sus dientes perlados a las damas que lo rodeaban,

degustaba los dulces con exquisitos modales o bebía de su copa de champán en actitud relajada.

Los invitados brindaron por la anfitriona y esta anunció el comienzo del baile justo en el momento en que Emilia se quedó sola. Sus tíos y su prima se habían perdido en el interior de la casa en busca de los aseos y la dama no supo dónde refugiarse. Divisó entonces un sofá semioculto tras una columna flanqueado por dos mesas veladores con floridas jardineras, y se dirigió hacia allí con la intención de pasar desapercibida hasta que su familia regresara.

Bebió un pequeño sorbo de su copa de champán y vio a Álvaro sacar a bailar a una joven dama de sonrisa perenne. Con la mano libre acarició la suave tapicería dorada del asiento.

—Al final te acostumbras —dijo una voz aguda. Y alguien se sentó a su lado.

Emilia descubrió a su izquierda a Eugenia Tejada, que esa noche vestía de verde esmeralda y lucía joyas de perlas negras. Hacía meses que no la veía, y menos tan de cerca. Dos leves patas de gallo adornaban ahora los extremos de sus ojos y alguna que otra cana le salpicaba las sienes. Sabía que la dama le sacaba unos pocos años, pero se preguntó si ella luciría igual; si el tiempo también le habría dejado su impronta en la piel y en el cabello. La próxima vez se observaría con más detenimiento en el espejo…

—Buenas noches, Geni —la saludó—. Perdona, ¿qué decías?

—Pues que al final te acostumbras a eso de «hacer tapicería». —Ella también bebió de su copa.

—Supongo que sí —coincidió Emilia, que se conformó con pensar aquello de «Mal de muchos, consuelo de tontos»—. ¿Cómo estás? —preguntó.

—Soltera —respondió la otra. Rieron.

—Ya somos dos.

Volvieron a reír, e incluso se permitieron entrechocar las copas: «¡Por las solteronas!», exclamaron.

—¿Sabes, Emilia? Te confieso que hace unos años te odiaba con

todas mis fuerzas. —Las cejas de Emilia se alzaron; no porque no lo supiera, sino por la inesperada confesión—. Perdona que sea tan franca, pero era así. Te odiaba por tu belleza y por tu intelecto, pero, sobre todo, porque creía que Enrique estaba enamorado de ti. Sin embargo, todo eso ya pasó. Tu primo se casó con la Condesita y es padre de familia mientras que tú y yo estamos aquí sentadas, viendo cómo todas esas señoritas lozanas y turgentes acaparan la atención de los caballeros más apuestos.

Las damas clavaron la mirada en Álvaro, que asía de la cintura a su pareja de baile, encantada con la situación.

—¿Sabes? —siguió diciendo Eugenia—. Después de tantos años, mi forma de ver la vida ha cambiado. Creo que la envidia entre las mujeres no tiene sentido y que deberíamos ser aliadas y no enemigas. Si no nos ayudamos entre nosotras, ¿quién lo hará? —Bebió otro sorbo de champán y luego disimuló un hipido cubriéndose la boca con su mano enguantada—. Perdona, he bebido unas copas de más y estoy achispada. Digo muchas bobadas…

Emilia le sonrió.

—No son bobadas, Geni. Has hablado con propiedad. Es absurdo competir por un hombre —coincidió—. De hecho, ¿no te parece injusto que nuestra única misión en la vida sea buscar un buen marido?

—Y que lo digas. —Rio la otra—. Por mí, que prendan fuego a todos los buenos partidos.

Rieron juntas otra vez.

—Geni, no sé si sabes que tengo una tertulia los jueves, a lo mejor te gustaría unirte a nosotras…

Eugenia se disponía a responder cuando las damas vieron caminar hacia a ellas al coronel Rodríguez. Se les acercó con una sonrisa en los labios y la pechera llena de medallas. Las saludó a las dos, pero se inclinó hacia Emilia.

—Señorita Espinosa, ¿me haría el honor de anotar mi nombre en su carnet de baile?

Eugenia dejó escapar una risilla.

—Vaya, parece que algunas sí que van a bailar después de todo —le susurró antes de ponerse en pie para ceder su asiento al coronel—. Suerte —añadió con un guiño cómplice.

El viejo militar tomó asiento al lado de Emilia sin dudarlo. A causa del sudor, el peluquín que ocultaba su calva se había despegado y desplazado hacia la izquierda, lo que le otorgaba un aspecto ridículo.

—Es usted la única mujer de la fiesta que no se ha acercado a saludar a ese *capitanucho* de tres al cuarto que tanto revuelo ha causado en la fiesta —apreció—. Y él tampoco se ha acercado a usted, a pesar de que es la más hermosa con diferencia. ¿Me estoy perdiendo algo?

Emilia tembló por dentro. Pensaba que nadie se había dado cuenta de lo que sucedía entre ellos, pero se equivocaba.

—No es la fiesta de mi cumpleaños y no pretendo ser el centro de atención. Son muchos los caballeros que no se han acercado a mí esta noche, coronel Rodríguez —comentó con entereza.

—Unos idiotas todos ellos —apuntó él, que tomó su mano con delicadeza y le besó el dorso—. Por fortuna yo soy más sagaz, palomita, así que, ¿a qué espera para anotar mi nombre? —le preguntó como si estuviera perdonándole la vida.

Emilia le mostró su sonrisa más falsa.

—Le agradecería que no me llamara «palomita». Tengo un nombre, ¿sabe?

—Sí, sí, lo sé, querida. Se llama Emilia Espinosa, ¿quién no ha oído hablar de las Espinosa? ¿No fue su prima aquella muchacha que se tuvo que casar a toda prisa para marcharse al norte? —le recordó.

Emilia respiró hondo.

—¿Sabe qué, señor Rodríguez? No me apetece bailar, y menos aún, con usted.

El hombre no se sintió ofendido. Todavía.

—Por supuesto que desea bailar —musitó bajo su espeso bigote—.

¿O acaso las solteras no van a las fiestas para lucirse? ¿Para qué se ha puesto tan linda esta noche, entonces? ¿Para quedarse ahí sentada mientras los demás se divierten?

—El concepto de diversión varía mucho de una persona a otra —argumentó Emilia intentando no perder la compostura—. Quizás me apetezca más estar aquí sentada y ver a los demás bailar.

El hombre dejó escapar una risotada de incredulidad.

—¿Me va a decir que se ha puesto ese vestido rojo tan espectacular para esconderse detrás de una columna? ¿No cree usted que apreciaría más la esbeltez de su figura si se pusiera de pie? ¿No destacaría más su cintura estrecha, su delicado cuello y el ruedo del vestido que con tanto esmero habrá cosido su modista?

Emilia sonrió con malicia.

—Si se queda usted aquí sentado y salgo yo a bailar con otro caballero, tal vez pueda apreciar todos esos detalles. Me temo que se los perdería si es usted el que baila conmigo… Estando tan cerca le resultaría imposible.

El caballero se levantó, visiblemente irritado.

—Ya me habían prevenido sobre usted y no quise hacer caso —confesó.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué le habían dicho? Si se puede saber —lo retó.

—Que era usted una marisabidilla, y que en las distancias cortas no resulta atractiva a los hombres.

Las palabras del viejo militar —tan parecidas a las de su tía Augusta— le dejaron un regusto amargo, pero Emilia se obligó a sonreír.

—Sin duda quien le previno contra mí tenía razón —aceptó—. A hombres de poca inteligencia no podría gustarles jamás una dama de intelecto superior. Les haría sentir inferiores.

El caballero, conteniendo su ira, inclinó la cabeza y se despidió con el desagrado pintado en la cara.

—Que pase una buena noche, señorita Espinosa.

Ella asintió.

—Adiós, señor Rodríguez.

Y, sin más, el militar se marchó en busca de una presa más dócil.

***

Emilia permaneció sentada un rato más. Quería aparentar fortaleza, pero su interior se derrumbaba poco a poco con cada giro, con cada vuelta que Álvaro daba de la mano de alguna de aquellas muchachas.

El olor a humo de los puros, la música, las risas y las fragancias de los perfumes caros le embotaban los sentidos. La angustia se había apoderado de ella y se esforzaba por retener las lágrimas. ¿Tenía razón el militar y se había vuelto una solterona amargada, una sabionda hosca y malcarada incapaz de concederle un baile a un caballero galante? Así nunca se casaría, pero poco le importaba ya. A estas alturas, solo deseaba una vida tranquila, papel, una pluma y tinta para escribir.

Álvaro seguía girando y girando. Cuando ya no pudo más, Emilia abandonó su asiento y el palacete sin mirar atrás. Ni siquiera se molestó en buscar a sus tíos o a su prima. Se había dejado el chal en la berlina y el frío de la noche la hizo estremecerse en cuanto pisó la calle. Los pies le dolían y no era de tanto bailar. Al contrario, se le habían entumecido de permanecer en la misma posición.

Caminó hasta la calle contigua y divisó a Pascual en el pescante de la berlina. Arrebujado en su capa corta, el hombre se fumaba un cigarrillo. «¿Ya terminó la fiesta, señorita?», le preguntó, pero ella no le contestó. No podía. Un nudo se le había instalado en la garganta. Abrió la portezuela sin esperar a que su cochero lo hiciera por ella y se refugió en el interior del vehículo mientras se consolaba a sí misma: «Ya pasó, Emilia. Ya pasó».

53

Maldita fuera cien veces. Malditos fueran ella y ese vestido rojo que la hacía destacar. Álvaro tenía que hacer esfuerzos titánicos por no mirar en su dirección, para no correr hacia ella, tomarla de la cintura y echársela al hombro para llevársela a otro lugar que no fuera aquella ridícula fiesta de cumpleaños.

Cuanto más le asqueaban las conversaciones superfluas de los invitados, más sonreía. Cuanto más cansado se sentía, más simpático se mostraba. Menos mal que los dichosos pastelitos le estaban haciendo la noche más llevadera; de lo contrario, se habría volado la cabeza de un tiro.

Odiaba las celebraciones de los encopetados. Odiaba a esas mujeres estiradas y a esos petimetres que se creían los dueños del mundo. Odiaba a la clase alta a la que ahora pertenecía.

Sus ojos habían entrado en contacto con los de Emilia una sola vez en toda la noche y no podía dejar que volviera ocurrir. Si ella lo observaba con esos dos lagos grises insondables, se olvidaría de las cicatrices que le cruzaban la espalda y el alma; de su sufrimiento, de todo lo que había vivido hasta convertirse en quien era ahora. Lo dejaría todo atrás —incluyendo sus deseos de venganza— y correría a su lado.

«Idiota», se laceraba una y otra vez. «Solo es una engreída que te rompió el corazón».

—Capitán Alcázar, ¿cómo está usted? —le preguntó en ese momento un señor mayor de pelo cano y frondosas patillas—. Sabemos que acaba de mudarse a la ciudad y nos gustaría presentarnos. Somos la familia de los Tenorio. Yo soy Vicente; ella es mi mujer, Jimena, y esta es nuestra hija, Lucía, que acaba de cumplir los veinte años.

La muchacha, de cabello castaño claro y sonrisa amable, le dedicó una leve reverencia. Era hermosa y, sin embargo, para él resultaba tan anodina como todas las demás. Una margarita en medio de un campo plagado de ellas.

Hablaron sobre los beneficios de la vida en Chiclana —co-mo si Álvaro fuera un foráneo que no conocía la ciudad— y de la situación política del país tras la muerte del joven rey Alfonso XII, con la regencia de doña María Cristina hasta que Alfonso XIII cumpliera la mayoría de edad. En todo momento, el señor Tenorio ponía especial interés en que su hija participara en la conversación para que el nuevo vecino se fijara en ella.

—Así que ha pasado usted casi una década en Cuba —comentó la muchacha—. Pues no se le ha pegado el acento cubano —observó.

—He estado rodeado de españoles —contestó él fingiendo una sonrisa. Hablar de su vida en la colonia lo incomodaba, pero se obligó a disimular.

—Y dígame —siguió ella—, ¿es verdad que La Habana se parece tanto a Cádiz como dicen?

—Ningún otro lugar en el mundo es como Cádiz —aseveró él.

Lucía respondió con una carcajada exagerada y posó una mano en su hombro, coqueteando.

—Tiene usted razón, capitán —coincidió—. Tenemos mucha suerte de haber nacido en esta tierra. Pero ¿no le parece increíble que al otro lado del Atlántico las personas y las costumbres sean tan parecidas a las nuestras? ¡Nos separa un océano!

—Así es, hija —intervino el padre—, pero eso tiene una sencilla explicación: La Habana es una de las ciudades que fundó la Corona Española; la sexta que construimos en Cuba, creo recordar. Usted que ha estado allí como militar, díganos, ¿cómo cree que acabará el asunto de las sublevaciones por la independencia?

Él carraspeó, tenso. Dudaba entre expresar su verdadera opinión o decir lo que un caballero de la clase alta desearía oír. Su lado más auténtico ganó la batalla y optó por lo primero.

—Creo que los cubanos están en su derecho de luchar por su libertad y, como pueblo, los admiro, aunque hayan acabado con la vida de muchos de los nuestros —confesó. Vicente Tenorio abrió los ojos de par en par.

—No me dirá usted que, siendo capitán de la Infantería de Marina española, la fuerza de combate más antigua y honorable del mundo, está a favor de esos negros salvajes y asesinos —se sorprendió el caballero.

—Negros, tostados o blancos; esclavos africanos, indígenas o criollos son personas iguales a nosotros los peninsulares, señor Tenorio —respondió con severidad—. Por fortuna ya se abolió la esclavitud y, como ciudadanos libres, tienen derecho a hacer su lucha. Solo creo que se equivocan en dejarse ayudar por los Estados Unidos de América.

Vicente Tenorio se olvidó por completo de su hija Lucía. En su mirada solo había desconcierto. ¿Cómo podía un militar expresarse en esos términos? ¿Acaso no estaba del lado de los conservadores?

—Como caballero español y patriota, sus palabras me mortifican, capitán Alcázar. ¿Acaso cree usted que nuestra colonia acabará en manos de esos pistoleros yanquis?

—Sí, creo que es probable —reconoció—. Ninguna ayuda es gratuita, señor Tenorio. Sin duda, los norteamericanos sabrán sacar una buena tajada de todo esto y los veo demasiado interesados en el sector azucarero. Lo peor es que no tienen fama de ser unos patrones amigables.

—Válgame el Señor. —El encopetado caballero alzó los ojos al cielo —. Como si no tuviéramos bastante en la península con esos liberales de Sagasta que nos gobiernan ahora, para que encima los norteamericanos se inmiscuyan en el asunto de Cuba. El país necesita un Estado fuerte, unido y católico. Dígame, Alcázar, ¿no simpatizará usted con los republicanos? O peor aún, ¿con los anarquistas?

Álvaro frunció en el entrecejo.

—Señor Tenorio… detesto esa obsesión que tienen algunos por encasillar a todo el mundo, por dividir. Soy militar, obedezco órdenes y no entiendo de política. En lo personal, estoy del lado de la justicia y nada más.

La señora de la familia, que había notado la tensión en la conversación, cambió de tercio alabando el buen gusto en la decoración de la casa; apreciación con la que su hija estuvo de acuerdo. Álvaro, aburrido ante el nuevo tema de la charla, lanzó una mirada fugaz a Emilia aprovechando que la dama estaba de espaldas. Vio su cuello pálido, el inicio de su espalda de aspecto suave, los tirabuzones castaños cayendo como una cascada entre sus omoplatos. Se recreó en la cintura estrecha, en las caderas que se adivinaban bajo su vestido. La condenada era preciosa y, sin embargo, no era su físico lo que más le atraía. Era el sonido de su risa, el sabor de sus labios, el fuego de su mirada, sus ideales —o los que él había creído que eran sus ideales—, su sentido del humor, su forma de ver la vida con ojos de escritora. ¿Habría cambiado mucho o seguiría siendo la misma soñadora de antaño, capaz de reír y llorar ante un libro?

La oronda dama que la acompañaba y que debía de ser una de sus tías, llevaba un buen rato comiendo pestiños uno tras otro. En ese justo momento se atragantó, y Emilia, riendo, le palmeó la espalda. Qué bonita se veía. A él le hubiera gustado hacerla reír cada día de su vida.

«¿Por qué fuiste tan cruel, Emilia? ¿O fue cobardía? ¿Indecisión, tal vez? ¿Alguna vez me amaste de verdad? No puedo perdonarte. No puedo. No puedo».

La fiesta siguió con un brindis y Álvaro sonrió como si fuera el hombre más dichoso sobre la faz de la tierra, alzando su copa y fingiendo ser uno más entre todos aquellos pingüinos estirados. Cuando anunciaron el comienzo de los bailes, buscó a Emilia entre la multitud y la vio caminar hacia un sofá. Él ya estaba bailando con una muchacha cuando se dio cuenta de que se había acercado a ella ese viejo militar engreído frente a quien había tenido que cuadrarse por tener un rango mayor.

La dama parecía contrariada y se preguntó qué improperios le estaría soltando el tipo del peluquín. ¿Sería capaz de contenerse si veía que el desgraciado la acosaba? Podría costarle su plan y hasta su

puesto de trabajo y, sin embargo, estaba a punto de caminar hacia ellos cuando vio que el militar le hacía una reverencia y se despedía de ella.

Álvaro respiró tranquilo. Emilia volvía a estar sola. ¿Cómo era posible que nadie la invitara a bailar? No lo comprendía. Se había preparado mentalmente para verla en brazos de uno y de otro señoritingo, bailando sin parar, y, sin embargo, allí estaba, sentada. ¿Qué les pasaba a todos? ¿Eran ciegos o imbéciles?

De pronto, con la visión periférica, captó un movimiento. Cuando volvió a posar sus ojos en el sofá, Emilia ya no estaba allí.

«¿Por qué te has ido tan pronto?», se preguntó.

54

Emilia se pasó todo el camino de vuelta a casa llorando mientras sus tíos y su prima no dejaban de preguntarle qué le sucedía. Era como si alguien hubiera abierto unas compuertas y todas las lágrimas que había acumulado desde hacía años estuvieran saliendo lenta pero inexorablemente.

Prestola creía que su sobrina se encontraba en «esos días del mes» y le aconsejó comer chocolate, pero nada más lejos de la realidad. Por el contrario, Emilia estaba en su momento más fértil del ciclo, cuando las mujeres se volvían más hermosas para atraer al sexo opuesto. Y, sin embargo, ella se percibía ajada y derrotada dentro de ese vestido que ahora le parecía extravagante y fuera de lugar.

Esa noche, sus tíos y su prima durmieron en las alcobas para invitados. Emilia, a solas en su habitación, sintió que su cama con baldaquino era capaz de engullirla entera. Despertó con los ojos hinchados y el relicario entre las manos. Ahora, al diminuto retrato ovalado de su madre lo acompañaba uno de su padre. Los contempló a los dos, y nuevos ríos de lágrimas corrieron por sus mejillas. «Ojalá estuvieran vivos. Ojalá tuviera su amor», pensaba, porque, a pesar de ser una mujer adulta, se sentía huérfana y desamparada. Cuánto los echaba de menos.

«Basta ya de lamentos», se dijo.

Se levantó de la cama y, frente al palanganero, se lavó repetidamente el rostro con agua fría para espabilarse. Los Galván-Espinosa habían planeado ir a El Puerto de Santa María para visitar a Juliana y ella se apuntó a ir con ellos. En esos momentos, nada le apetecía más que alejarse de Chiclana y de *él*.

Usaron la berlina de alquiler para desplazarse y casi a la hora del almuerzo llegaron al palacete que los marqueses de Bermeja tenían en la ciudad. Junto a ellos degustaron deliciosos pescados y mariscos cocinados en su punto, y a Emilia le sorprendió comprobar el decrépito estado en el que se encontraba su cuñado, que ya era un anciano. Juliana prácticamente le daba de comer, acercándole la cuchara a la boca y limpiándole la sopa sobrante de las comisuras de

los labios. Los últimos meses habían caído sobre él como una tromba.

Tras el almuerzo, los marqueses acostumbraban a pasear a diario, al menos hasta que llegaba la temporada estival y las altas temperaturas lo impedían, y ese día de primavera no fue diferente. Salieron todos juntos a la calle y Juliana y su marido enlazaron sus brazos; el marqués apoyándose en el bastón y ella sosteniéndolo a él a pesar de sus propias dificultades para caminar.

El Paseo de la Victoria era un festín para los sentidos en esa época del año. Presidían la entrada cuatro estatuas de terracota que representaban las estaciones, y el interior estaba atiborrado de flores de todas clases, especialmente rosas. Atravesaron un sendero cubierto por un emparrado y don Marcos, agotado, se sentó en uno de los bancos de piedra. Emilia y Juliana aprovecharon que el caballero andaba sumido en una animosa charla con el tío Avelino para continuar paseando un poco más y hablar a solas. Prestola e Isabel tomaron otro rumbo.

—¿Eres feliz, Juliana? —le preguntó Emilia sin rodeos. La marquesa de Bermeja no lo parecía, pero siempre había sido una mujer reservada y seria, por lo que era difícil imaginar lo que sentía por dentro.

—Claro que sí —contestó sin apartar la mirada de una esplendorosa fuente por la que discurría el agua clara.

—¿De verdad? ¿No me estás engañando?

La otra seguía sin mirarla. Vestía ropas caras, pero anodinas. No le preocupaba demasiado seguir la moda y lucía joyas modestas, a pesar de que el marqués la había cubierto de oro, diamantes y perlas.

—Juliana, puedes confiar en mí… —insistió.

—¿Por qué lo dudas, Emilia? —dijo enfrentándola por fin—. ¿Porque no tengo hijos? ¿Porque mi marido es mayor y está enfermo? Cuidarlo se ha convertido en mi felicidad. Me hace sentir útil. En cuanto a los hijos, no los echo en falta. Con los vástagos y los nietos de mi esposo tengo suficiente.

—Lo sé, pero tú aún eres muy joven. Tienes toda la vida por delante —hizo notar Emilia.

—¿Toda la vida por delante? Eso no lo sabemos, hermana. Recuerda que yo también estoy delicada de salud. ¿Por qué siempre te has creído con derecho a juzgar a los demás? No existe una medida de la felicidad, ni una única forma de disfrutar de la vida —dijo. Y Emilia evocó sus propias palabras en la conversación con el coronel Rodríguez—. Dime, ¿eres tú feliz?

La dama clavó la mirada en el albero del suelo. ¿Lo era? Tenía su tertulia, pero solo acudían cuatro señoras. Escribía, pero no le publicaban sus textos. Había vuelto a ver a Álvaro, pero él ya no parecía interesado en ella.

—Lo siento, Juliana —se disculpó, avergonzada—. Supongo que tienes razón. He venido aquí a pagar mis frustraciones contigo. La que se siente desgraciada soy yo.

Emilia se echó a llorar y su hermana la abrazó como cuando eran niñas y sus brazos eran hogar. Le contó todo lo sucedido en los últimos días y Juliana la escuchó sin juzgarla. Poco después, Isabel y Prestola fueron a buscarlas para comprar un granizado en el puesto de las bebidas.

***

Don Román y doña Manuela no lograban disimular la incomodidad en sus respectivos asientos del canapé Luis XV que presidía el salón del palacete número 18 de la calle Ribera del Río. Con sus ropas humildes, desentonaban tanto sobre la tapicería de terciopelo rojo como dos aperos de labranza entre cubiertos de plata.

—¿De verdad que todo esto es tuyo, hijo? —preguntó la señora sin dejar de repasar con la mirada la lujosa estancia en la que se encontraban.

Las paredes estaban cubiertas con un delicado papel de listones de flores de lis en tonos pardos; los espejos, los candelabros y los marcos de los cuadros relucían como el oro; en una esquina destacaba un piano que invitaba a tocar una canción de desamor y,

junto a él y sobre una mesa velador, un busto de mármol de Marte, el dios romano de la guerra, les clavaba una mirada hueca.

—Por supuesto, tía —contestó Álvaro con una sonrisa radiante.

—Pero… ¿es legal? —insistió la mujer al tiempo que alzaba las puntas de sus alpargatas para contemplar los motivos geométricos de la alfombra caucásica que se extendía bajo sus pies.

—Es totalmente legal. El coronel Gandía me legó todo su patrimonio y, haciendo uso de él, he comprado todo esto. Esta es mi casa ahora, tía, y quiero que se vengan a vivir conmigo. Como ven, hay espacio de sobra.

Don Román negaba con la cabeza. No se había quitado la gorra ni había soltado su humilde maleta. Parecía encogido, o quizás había menguado con los años.

—No sé si seré capaz de volver a Chiclana —reconoció—. Los recuerdos me atormentan. Si cierro los ojos, veo las llamas. A veces tengo pesadillas en las que no logro apagar el fuego por más cubos de agua que acarree.

Álvaro, que permanecía de pie, apretó los puños a los costados mientras el pasado regresaba a su memoria. Poco después de que él se fuera de la ciudad, tuvo noticia de que alguien empezó a hostigar a su tío desde las sombras. Le robaban herramientas del cobertizo, le pisoteaban los sembrados… hasta que un día le prendieron fuego al viñedo. Lo perdió todo. Después de aquello, y gracias a sus ahorros, el matrimonio se trasladó al cercano pueblo de Medina Sidonia, donde residían desde entonces.

—Los que le hicieron tanto daño lo pagarán caro —sentenció el capitán, que durante un instante se quedó absorto en la tizona toledana que descansaba sobre la chimenea.

—Pero no sabemos quiénes fueron. —Doña Manuela lo observó con ojos suplicantes.

—¡Pues claro que lo sabemos, tía! —le respondió el sobrino con más ímpetu del que le habría gustado. La mujer se encogió todavía más en su asiento y Álvaro siguió en un tono más bajo—. He vuelto

para vengarme.

Don Román se puso de pie y la pequeña maleta cayó de su regazo, pero no la recogió. Pasó por encima y caminó hasta su sobrino.

—No te metas en líos, zagal. Fue hace mucho. —Posó una mano en su hombro—. Vende este palacete y cómprate una casa en otro lugar. Búscate una esposa y sé feliz.

—¿Ser feliz? —Había sarcasmo en la voz de Álvaro.

¿Cómo podía *él* ser *feliz*? Si a su tío lo atormentaban los recuerdos del fuego y a él lo torturaban los de la guerra. Esos rostros oscuros que, con ojos brillantes, lo observaban tras la maleza o desde los cañaverales, esperando el momento de hundirle un machete entre las costillas o de rebanarle el cuello; la angustia de las fiebres; aquel lazareto horrible en el que creyó que moriría y en el que, finalmente pereció su gran amigo, el coronel Gandía. El hombre al que había salvado la vida en el campo de batalla y el mismo que, soltero y sin hijos, le había legado toda su fortuna. Y no solo en agradecimiento por su divina intervención en la escaramuza contra el enemigo, sino también por su presencia. Por haberlo acompañado en sus últimos meses de vida, leyéndole, hablándole de España, de las playas y campos de Chiclana y de la mujer preciosa e inteligente a la que amaba.

«Qué suerte tienes de haber encontrado a una dama así, Álvaro. Agárrala bien fuerte y no la sueltes jamás. ¿Te estará esperando cuando vuelvas?», le preguntaba su amigo. «Por supuesto que sí», le respondía él con amargura disfrazada de alegría. «Y entonces me casaré con ella y tendremos una decena de hijos tan hermosos como su madre». En este punto los dos hombres reían. Siempre terminaban riendo.

¿Ser feliz? ¿Podía ser feliz en un mundo donde Emilia y él no se entendieran? Estaba por verse.

55

Pasaron un par de semanas hasta que una nueva invitación llegó a manos de Emilia. Esta vez se trataba de un baile en honor a don Francisco Velasco, un médico muy reputado que acababa de jubilarse y a quien el Cabildo chiclanero había otorgado un premio por su entrega y dedicación a los vecinos de la ciudad, al menos, hacia los vecinos pudientes, puesto que los más humildes tenían que conformarse con el escaso tiempo que les dedicaban los médicos de la beneficencia.

Según los chismes que le había trasmitido la maestra de escuela dos jueves atrás, el capitán Alcázar había sido amable y galante con todas las damas que le habían presentado; sin embargo, no había mostrado predilección por ninguna de ellas, así que todas mantenían la esperanza. Tal vez el caballero necesitara un segundo encuentro para convencerse de que iba a encontrar la esposa perfecta en Chiclana.

Emilia caminaba por la vera del río con la tarjeta entre las manos, releyéndola una y otra vez y sopesando qué hacer. Sin darse cuenta, sus pies la habían llevado hasta la altura del palacete número 18 y lo escrutó sin disimulo. Los sirvientes habían colocado exquisitos visillos y cortinas tras las ventanas y ahora parecía la casa de un príncipe. No obstante, su dueño era un maleducado que ni le había devuelto la visita, ni se había dignado a saludarla en la última fiesta.

¿Qué debía hacer? ¿Asistir a la velada en honor al doctor Velasco? ¿Para qué? ¿Para ser ignorada por todo el mundo? ¿Para «hacer tapicería» y compartir unas risas de consternación con su nueva amiga, Eugenia Tejada? Rompió la cartulina en varios pedazos y los arrojó al río. Las aguas se los llevaron junto a su anhelo de volver a ver a Álvaro.

***

Sentado al escritorio de su despacho en el edificio de Capitanía, en la vecina ciudad de San Fernando, Álvaro contemplaba la invitación con incertidumbre. La había encontrado entre su correspondencia aquella mañana antes de salir de casa y se la había guardado en el

bolsillo del uniforme para postergar su decisión. Los vecinos de Chiclana otra vez reclamaban su presencia; de seguro para presentarle a más jovencitas casaderas. A él, a quien años atrás ninguna de ellas hubiera mirado mientras se deslomaba arrancando uvas de las cepas en cuclillas.

¿Qué haría? No le apetecía asistir a otra de aquellas ridículas celebraciones, pero era la única manera de volver a ver a Emilia. A no ser que accediera a devolverle la visita y le llevara una botella de su mejor vino, cosa que, de momento, no planeaba hacer.

De repente, alguien llamó a la puerta y el capitán escondió la invitación bajo la pila de documentos de su escritorio.

—Adelante —dijo con voz enérgica.

Un soldado franqueó la entrada y, con la palma hacia abajo, se llevó la mano derecha a la sien. Después mantuvo la posición de firme hasta que su superior le indicó que le transmitiera el mensaje.

—Mi capitán: el coronel Bolaños quiere verlo —anunció.

—Está bien, soldado Benítez, dígale que me reuniré con él enseguida.

El soldado volvió a hacerle el saludo militar.

—A sus órdenes, mi capitán. —Y se marchó.

Álvaro sabía para qué lo requerían. Había llegado la hora de su ascenso a comandante. Sin embargo, él solo podía pensar en si acudiría o no a esa maldita velada.

56

El día de la fiesta en honor al doctor Velasco, Emilia planeaba quedarse en casa en bata y camisón, escribiendo. Andaba enredada en una nueva novela que la tenía entusiasmada y, aunque no albergaba esperanza alguna de que se la publicaran, el mero hecho de levantarse todos los días con la ilusión de sentarse a su escritorio para seguir explorando los entresijos de aquella trama, ya merecía la pena.

No obstante, el destino tenía otro plan preparado para ella.

Al mediodía sonó la campanilla de la puerta. Francisca fue a abrir. Enrique, Gertrudis, las tres niñas y Carmencita, la hermana menor de la Condesita, aún más presumida y arrogante que ella, hicieron su entrada en el palacete. Venían con baúles de equipaje.

—No los esperábamos, señor. Si me disculpan, le diré a la señora Honoria que prepare más comida para el almuerzo —dijo Francisca.

—¡Tía Emilia! ¡Tía Emilia! ¡Nos vamos a quedar contigo! —gritaron las niñas antes de abrazarse a la dama.

La escritora les devolvió el abrazo y besó sus cabezas, a lo que Enrique sonrió con ternura. La Condesita, en cambio, se limitó a observarlos desde el umbral con expresión taciturna. Su rostro parecía de cera, y a pesar de que no era un día especialmente caluroso, no dejaba de abanicarse. Junto a ella, su hermana Carmencita —de veintidós esplendorosos años— se mostraba de muy buen talante.

—Querida prima, ¿cómo estás? —la saludó el doctor, besándola en las mejillas—. Nos han invitado al baile de esta noche en honor al doctor Velasco y nuestra institutriz está indispuesta. Hemos pensado en dejarte a las niñas… Eres su tía favorita.

La sonrisa de Emilia se borró de golpe. Adoraba a las niñas y se había quedado con ellas en multitud de ocasiones, pero empezaba a molestarle que su primo diera por hecho que siempre estaba disponible para hacer de niñera. Eran muchas las fiestas a las que él y su esposa habían asistido mientras ella se quedaba en casa. Y

ahora, encima, venían con Carmencita, que de seguro planeaba pescar a la presa más jugosa del baile.

—Enrique… lo siento, pero creo que en esta ocasión no voy a poder ayudaros —se oyó decir.

—¿Que no…? ¿Por qué? —preguntó él alzando una ceja. Las niñas los observaron a uno y a otro sin comprender. Gertrudis y Carmencita se miraron entre sí.

—Porque a mí también me han invitado al baile.

Él se encogió de hombros.

—¿Y qué? Pues no vayas —dijo con desfachatez—. No te gustan las fiestas.

Emilia parpadeó con lentitud. Las pequeñas la observaban. Incluso las dos damas parecían expectantes, con leves sonrisas maliciosas.

—Me apetece ir, e iré —determinó.

Enrique abrió la boca para protestar justo en el momento en el que Francisca llegaba desde la cocina.

—Señor Enrique, perdone que me inmiscuya, pero no he podido evitar oírlos. Si quiere yo me quedo con las niñas; ya sabe que tengo buena mano con ellas —se ofreció la mujer.

—Pero… —empezó a decir él.

—Asunto arreglado —zanjó Emilia—. Muchas gracias, Paca. Eres maravillosa.

El ama de llaves inclinó la cabeza en señal de servidumbre, y Emilia, que de repente se sentía culpable por la decisión que había tomado, volvió a besar a las niñas y les prometió contarles muchos cuentos hasta que llegara la hora de acicalarse para el baile.

***

Emilia no había preparado ningún vestido para esa noche, por lo que Araceli y ella tuvieron que hacerlo a la carrera; más aún después de que se entretuviera con sus sobrinas. El modelo elegido fue un vestido en color lavanda que tenía más de ocho años: uno de los favoritos de la dama durante su juventud.

Lo sacudieron —no daba tiempo a lavarlo—, remendaron los pequeños descosidos, lo plancharon y la doncella, como si fuera un hada madrina, la ayudó a transformarse en una princesa de cuento. Le recogió el cabello parcialmente con horquillas brillantes y le anudó al cuello un lazo de seda negra donde la dama había engarzado un corazón de amatista del joyero de su madre. Al mirarse en el espejo, ella misma reconoció que estaba deslumbrante. Poco después se lo corroborarían en el patio, donde los demás invitados esperaban la llegada del carruaje.

—Tía Emilia, ¡qué guapa estás! —exclamó Mili, que no había querido irse a dormir tan pronto.

—Estás… descollante —aprobó Enrique, que se acercó a ella, le tomó la mano con delicadeza y se la besó.

Gertrudis y Carmencita, por descontado, se habían puesto sus mejores galas. La primera lucía un conjunto a la última moda, con varias piezas de color amarillo limón, y la segunda llevaba un vestido borgoña con un pronunciado escote que dejaba poco a la imaginación.

—Emilia, querida, se nota que llevabas mucho tiempo sin abrir el arcón. Ese modelo tan pomposo ya no se lleva. No sé si sabes que las faldas son cada vez más rectas y livianas —apuntó Gertrudis con una media sonrisa—. Con ese vestido te sudarán las piernas. Si quieres, puedo prestarte alguno de los míos. O quizás mi hermana, que tiene un talle más similar al tuyo. ¿Verdad, Carmencita?

Carmencita asintió con una risilla socarrona que disimuló bajo su mano cubierta de anillos de oro y pulseras tintineantes.

Enrique, obnubilado ante la presencia de su prima, apenas les dedicó una mirada de desagrado. Emilia, por su parte, sintió que habían herido su orgullo, pero no permitió que le afectara.

—Gracias, queridas, pero no me preocupa ir a la moda. Total, aunque la mona se vista de seda, mona se queda, ¿no? —bromeó para restarles importancia.

Las dos hermanas hicieron muecas de sonrisas y a Emilia le

recordaron a las hermanastras de Cenicienta.

***

Llevaban ya un buen rato degustando los canapés y brindando en honor al doctor Velasco cuando este se les acercó para presentarles al nuevo vecino de Chiclana. Álvaro lucía de nuevo su impecable uniforme militar y no le había dedicado a Emilia ni una sola mirada desde que hizo su entrada en el palacete. Ahora tendría que hacerlo, le gustase o no.

El corazón de Emilia brincó en su pecho. Se preguntó qué haría su antiguo novio. ¿Fingiría no conocerla? ¿Inventaría alguna excusa para no saludarla?

—Comandante Alcázar…

—Todavía soy capitán, señor Velasco —lo corrigió el militar—. Al menos hasta que mi nuevo rango se publique en la Gaceta de Madrid.[18]

—De eso nada, comandante. Disfrute de su ascenso, que bien merecido se lo tiene —insistió—. Déjeme que le presente a esta buena familia. Son grandes amigos míos. Este es el señor Enrique Lara Espinosa, un reputado colega afincado en Sevilla y sobrino del difunto vinatero don Bernardo Espinosa. —Álvaro le estrechó la mano con cierta tensión en la mirada—. Ella es su esposa, doña Gertrudis. Y la hermana menor de esta, la señorita Carmen. —El joven militar besó la mano de cada dama con una sonrisa que a Emilia le resultó impostada—. Y, por último, pero no menos importante, la señorita Emilia Espinosa, una de las hijas de don Bernardo.

Se miraron fijamente. Iris oscuros frente a iris claros. Hacía casi una década que no se tocaban y ahora iban a hacerlo delante de todos. Los latidos del corazón de Emilia parecían golpes de tambor y temió que alguien más pudiera oírlos.

«Respira, tonta», se recordó.

—Buenas noches, señorita Espinosa —la saludó él con la voz excepcionalmente ronca. Tomó la mano enguantada que ella le

ofrecía y se la llevó a los labios con suavidad.

Un aroma amaderado con notas de menta y cedro llegó hasta la dama, que se estremeció bajo el contacto.

—Buenas noches, señor Alcázar —susurró casi sin aliento.

Álvaro la miró un segundo más. Solo un segundo que duró una eternidad. El aliento cálido abandonó su dorso enguantado demasiado pronto y Emilia sintió que se le desgarraba el alma. «Álvaro, soy yo. Soy Emilia. No me llames *señorita Espinosa*, por favor», pensó.

Tarde.

Él volvía a ignorarla. Y, sin embargo, su mandíbula cincelada en piedra y su postura rígida reflejaban la tormenta que acababa de desatarse en su interior.

18. Actual Boletín Oficial del Estado (BOE).

57

Carmencita no hacía más que adular la labor de los militares destinados en las colonias españolas, lisonjeando a Álvaro en particular y acercándose a él con coquetería. Él parecía encantado con ella, a juzgar por cómo le seguía la conversación y le sonreía como un niño con un juguete nuevo. Tanto, que Enrique se lo comentó en voz baja a su esposa.

—Vaya. Creo que tu hermana se ha ganado el corazón del comandante —le dijo.

Emilia no pudo soportarlo durante mucho rato. Antes de que empezara el baile, abandonó el gran salón y cruzó a la carrera el suntuoso patio central, con aquellas columnas de jaspe engalanadas con lienzos blancos a las que ni siquiera prestó atención. Se escabulló por un corredor y no se detuvo hasta llegar al jardín trasero. La atmósfera, embalsamada por las damas de noche, la relajó al instante. Inspiró hondo mirando hacia las estrellas y se dirigió con paso lento hacia la fuente de mármol donde cinco tritones escupían agua con sus bocas abisales. Se acordó de Roma, y no porque hubiera estado jamás, sino por una de las postales de la colección de su abuelo.

Sentada en el borde, se retiró el guante de seda donde Álvaro la había besado e introdujo la mano en el agua. La piel le ardía allí donde sus labios la habían tocado y el fresco la reconfortó.

En silencio, las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Cómo deseaba volver a aquellos años en los que su única preocupación era curiosear entre las pertenencias de su abuelo o jugar a la comba con su hermana.

Apenas unos minutos después, alguien salió al exterior para reunirse con ella. Un hombre alto y bien parecido al que Emilia conocía muy bien, pero que no era a quien deseaba ver en esos momentos. Se secó las lágrimas antes de que él las viera.

—Se te ha olvidado esto en el tresillo —dijo su primo cubriéndole los hombros con el chal.

—Muy amable, Enrique —respondió todavía muy lejos de allí, en sus recuerdos de la infancia.

—¿Estás bien, Emilia? ¿Te ha sentado algo mal? Te veo desvaída.

Sin pedir permiso, el doctor sumergió la mano en el plato de la fuente y le rodeó la muñeca como si pretendiera tomarle el pulso. Sin embargo, solo le acarició las venas con la yema del pulgar.

La dama observó el punto de unión y levantó la mirada hacia él. Enrique vestía un frac negro de exquisita factura y se había peinado el cabello trigueño hacia atrás. Emilia tenía que reconocer que era un hombre atractivo; tanto como lo fue el abuelo Bernardo en su juventud.

—Enrique… —susurró.

—Dime —dijo él, acercándose en actitud confidente.

Ella rompió el contacto sacando la mano del agua. Se la secó en el chal.

—Da igual, es una tontería. —Negó con la cabeza.

—Por favor, nada de lo que tú digas es una tontería para mí. —La tomó de la barbilla, invitándola a mirarlo.

Emilia se sintió en confianza; o quizás el moscatel o la desesperación le soltaron la lengua. Sondeó sus ojos, esos iris que ambos compartían.

—¿Crees que tú y yo habríamos sido felices si nos hubiéramos casado hace diez años, cuando me lo propusiste?

La pregunta lo pilló por sorpresa. Enrique tragó saliva sonoramente, y la nuez subió y bajó en su garganta. Los ojos le brillaban a la luz de la luna y Emilia no supo si se debía a la emoción del momento o a que las flores ya le estaban causando estragos. Enrique posó la mano derecha sobre la mano izquierda de su prima, que reposaba en su muslo, y la estrechó con anhelo.

—Emilia… mi dulce Emilia… No me cabe duda de que tú y yo habríamos sido muy felices. —Se le quebró la voz y, de repente, empezó a temblar. Él, que tenía pulso de cirujano—. A veces desearía

que fueras tú la madre de mis hijas.

Ante la inesperada efusividad de la respuesta, Emilia se arrepintió de la pregunta en el acto.

—No digas eso, por Dios, Enrique. Gertrudis es una gran dama.

—Sí, es una gran dama. Pero no eres tú. No tiene tus ojos, tus labios, tus maneras, tu voz, tu mente…

—Yo solo soy una mujer más —lo cortó.

—No es cierto. No te pareces a nadie que conozca. Brillas con luz propia, sin necesidad de adornos. Un caballero puede hablar contigo de igual a igual sobre cualquier tema, y de seguro tú sabrías más que él. Gozas de un cerebro privilegiado, de una sensibilidad especial, de un mundo interior al que me hubiera gustado entrar, si tú me lo hubieras permitido. Sé que… —su voz se convirtió en un susurro—, sé que hace diez años no te traté como merecías. Era joven, estúpido, acababa de terminar la carrera y me sentía superior a ti por el mero hecho de ser un hombre y de tener estudios. Creía que tenía derecho sobre mi prima por ser el futuro patriarca de la familia. Estaba muy equivocado. Lo siento tanto… Llevo años arrepintiéndome.

Ella le sonrió con tristeza y colocó la otra mano sobre la de él.

—Aprecio tus cumplidos.

La dama había reparado de un plumazo una parte importante de su ego herido por Álvaro, pero a cambio había despertado en Enrique un anhelo que llevaba dormido en su corazón durante mucho tiempo. Se sentía culpable, pero no sabía cómo volver atrás.

—No son cumplidos —aseveró él—. Te juro que si fuera un hombre soltero me pondría de rodillas ante ti y te pediría aquí y ahora, Emilia Espinosa, que te casaras conmigo.

Ella negó con la cabeza, ruborizada.

—Olvida mi pregunta, te lo ruego, Enrique. Siento haber sacado a colación un asunto que ya no tiene caso.

El caballero le acarició la mejilla con deleite.

—¿Sientes algo por mí? Dímelo, por favor. Aunque nada pueda

hacer al respecto, me gustaría saberlo; dormir esta noche sabiéndome amado por ti.

—¿Qué? No. No, Enrique. —Ella se puso de pie—. Yo te quiero como te he querido siempre: como a un hermano. Solo ha sido una pregunta sin pretensiones. Perdóname, te lo ruego.

Él también se levantó. La tomó de los hombros y continuó en voz baja.

—No te preocupes. Sé que sería inapropiado decir lo contrario. No obstante, a buen entendedor, pocas palabras bastan.

Ella se liberó de su agarre y dio un paso atrás.

—Creo que te estás confundiendo, Enrique, yo no…

Él dio otro paso hacia ella. Parecía una caja de música a la que le acababan de dar cuerda y no se callaría hasta liberar la melodía que llevaba encerrada desde hacía mucho.

—Dime la verdad, cielo. ¿Soy algún personaje de tu novela? Ese tal Ángel que se enamoró de la tal Elisa. Yo soy él y tú eres ella, ¿verdad? Solo que en vez de decir que yo soy tu primo me transformaste en un simple vendimiador para representar un amor prohibido. Por eso me rechazaste, ¿no es así? Porque pensabas que lo nuestro no podía ser por los lazos familiares que nos unen.

—¿Leíste *La familia Estrada*? —se sorprendió ella.

Emilia creía que su primo jamás había leído sus textos, puesto que siempre le habían parecido supercherías, una pérdida de tiempo. Y resulta que conocía al dedillo a los personajes de su novela. Y no solo eso, sino que se había entretenido en conjeturar y analizarlos.

—Pues claro —confesó—. He leído todo lo que has publicado. Es así como he llegado a conocerte más, como me he enamorado más de ti.

Ella, abrumada y sobrepasada por la confesión, abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.

—Nuestras circunstancias son las que son —determinó él, con seriedad—. Estoy casado en santo sacramento y me debo a mi esposa y a mis hijas, pero te prometo, no, te juro, que estaré pendiente de ti toda la vida, que nunca te faltará de nada. Te cuidaré, me preocuparé

por tu bienestar. Te amaré en silencio. Te doy mi palabra —prometió llevándose una mano de ella al corazón.

Las palabras de Enrique, aunque amables, le dejaron un regusto amargo. Daba por hecho que ella nunca se casaría, que nadie estaría dispuesto a poner en riesgo su reputación por unirse a una dama echada a perder.

—Gracias… *primo*. Sé que puedo contar contigo, pero no te preocupes por mí, porque sé apañármelas sola. —Con suavidad, pero con contundencia, se liberó de su agarre—. Y, ahora, si me disculpas, me retiro; tenías razón cuando dijiste que estaba pálida. Creo que el vino dulce no me ha sentado bien.

Emilia pasó por su lado en dirección a la salida y la mano de él resbaló por su falda igual que la última vez, cuando le pidió matrimonio hacía casi dos lustros.

58

—No. No. Corre. ¡Corre! —Álvaro se despertó con sus propios gritos. Las pesadillas lo atormentaban cada noche y había veces que le costaba distinguir lo que era real de lo que no.

Todas se parecían. La oscuridad extendiéndose como un manto negro sobre los soldados españoles. Las voces de los mambises entre la maleza. El brillo de la hoja de los machetes bajo la luz de la luna. Y sangre, mucha sangre. A su mente le costaba olvidar lo que había vivido. Pero, además, a sus terribles sueños se había sumado ahora un nuevo rostro.

Veía a Emilia corriendo junto a él en las trincheras. La veía en el hospital, vestida de monja enfermera y tomándole la temperatura mientras él padecía las fiebres. La veía bailando en brazos de otro y carcajeándose.

—¿Estás bien, Álvarito? —preguntó el mayordomo después de llamar a la puerta y asomar la cabeza—. Te he oído gritar.

—Sí… Son las condenadas pesadillas, que no se van.

Bartolomé asintió.

—Tu tía te ha preparado el desayuno —informó.

Álvaro negó con la cabeza.

—Le tengo dicho que no haga nada. Para eso tenemos a la cocinera y a las criadas.

El mayordomo se encogió de hombros.

—La señora insistió. Ya sabes cómo es.

—Está bien —aceptó—. Ahora bajaré.

—¿Te ayudo a vestirte?

—Que no.

Álvaro seguía negándose a tener un ayuda de cámara. Estaba acostumbrado a hacerlo todo por sí mismo y no comprendía a esos señores encopetados a los que sus lacayos no solo afeitaban y anudaban el corbatín, sino que hasta les cortaban los pelos de la

nariz y las uñas de los pies.

Bartolomé cerró la puerta al salir y él se levantó de la cama. Sudaba y las sábanas estaban empapadas. Se dirigió al palanganero y se echó agua fría en la cara. Ajustó el espejo basculante y se observó. «¿Qué pensará Emilia de ti, imbécil?», se dijo. «Que estás añoso, barbudo y demacrado», le respondió su propia voz.

Le vino a la mente el instante en que besó su mano, cálida, trémula y pequeña. Evocó sus iris cristalinos, sus labios sonrosados, su cintura estrecha. Sintió que le hervía la sangre, que el cuerpo entero le ardía. La deseaba incluso más que antes.

***

Después de lavarse a jicarazos con agua fría, como hacía cuando vendimiaba, Álvaro bajó al comedor y se sentó a la mesa con sus tíos. Todavía no se creía que hubiera logrado convencerlos para que se mudaran a vivir con él, pero no acababa de verlos cómodos en la casa. Su tío se pasaba las horas mirando al río desde la ventana, tejiendo canastos de esparto y mascullando palabras de protesta. Y su tía, arreglando cortinas, charlando con las doncellas o yendo al mercado a por viandas.

—Tía Manuela, le he dicho que usted es tan dueña de esta casa como yo. No tiene por qué cocinar, ni fregar, ni hacer nada más que descansar y dejarse cuidar.

La mujer, que bebía de su taza de café, se explicó.

—Álvaro, hijo, llevo toda la vida siendo una criada y ahora no sé ser otra cosa. ¿No lo comprendes?

—Por eso mismo. Ya ha trabajado usted bastante.

Don Román, que le quitaba las uvas pasas a un trozo de bizcocho, apenas prestaba atención a la conversación.

—Tío. Llevo un tiempo queriendo preguntarle algo, pero no quería sacar el tema tan pronto. ¿Sabe qué ha sido de ese pérfido de Juan Morales? ¿Trabaja todavía para los Espinosa o ha puesto su gordo culo fuera de Chiclana?

El hombre dejó las pasas a un lado y miró a su sobrino, sentado al

otro lado de la mesa.

—Seguro que tú ya te has encargado de averiguarlo —contestó con voz taciturna.

Álvaro apretó las mandíbulas.

—En realidad, sí, pero quería oír su versión. Mis informantes me han dicho que no solo sigue trabajando para ellos, sino que ahora es también el administrador. ¿Cómo puede alguien tan obtuso ocuparse de los negocios de la familia? No me extrañaría nada que los llevase a la ruina.

Manuela, que había oído chismes en el mercado, comentó:

—La familia se ha quedado sin hombres y con el primo de la señorita Emilia viviendo en Sevilla, dicen que el capataz campa a sus anchas y que hace y deshace como si fuera el dueño de todo. Pero, hijo, prométeme que te olvidarás de él, que no harás nada. Ese asunto ya no te incumbe.

—No me pida que le prometa algo que no cumpliré, tía.

Era domingo y de repente a Álvaro le apeteció salir a cabalgar. Se levantó de la mesa y fue a buscar a su caballo, en la parte trasera de la casa. «La familia se ha quedado sin hombres…». Recordó a ese pisaverde de Enrique Lara Espinosa. Cuando lo saludó en la fiesta de cumpleaños, con gusto le habría partido la mano.

59

Emilia no podía levantarse de la cama. Una fuerte migraña se había apoderado de ella y no era por el moscatel que había tomado en la fiesta, aunque ella le había hecho creer a todo el mundo que sí. Le costaba abrir los ojos, el menor resquicio de luz le molestaba y un dolor palpitante latía en sus sienes.

—Voy a decirle al señor que venga —determinó Francisca.

—¿Enrique sigue en la casa? Pensé que habrían partido temprano para Sevilla —dijo ella incorporándose de la cama, lo que le provocó un intenso mareo y la obligó a recostarse de nuevo.

—Sí, aquí sigue, y ahora mismo voy a buscarlo.

A Emilia no le apetecía enfrentar a su primo en esos momentos, es más, habría preferido que se hubiera marchado sin despedirse. Evocar la conversación de la noche anterior le provocaba una mezcla de vergüenza, arrepentimiento e indignación.

—Paca, no es necesario. Por favor, ya se me pasará…—intentó, pero cuando al ama de llaves se le metía algo en la cabeza, era imparable.

—No diga tonterías, niña, que a su primo no le supone ningún esfuerzo. Espérese aquí.

Emilia resopló. ¿Acaso podía huir? En sus condiciones no llegaría muy lejos. Sentía los brazos adormecidos y tenía la visión borrosa, así que no le quedó más remedio que esperar. Enrique no tardó en entrar por la puerta con cara de preocupación.

—Sabía que tenías algo. Llevas con mala cara desde ayer.

Arrimó la silla del tocador a la cama, colocó la palma de la mano sobre la frente de su prima y suspiró. Fiebre no tenía. Le sostuvo la muñeca con el ceño fruncido y consultó su reloj de bolsillo para tomarle el pulso; esta vez, de verdad.

—Necesito mi maletín. Tengo uno de repuesto en el despacho. ¿Podría traérmelo, Paca? —pidió.

—Por supuesto, señor —dijo, y salió de la habitación como una exhalación.

La pareja se quedó a solas; una situación del todo inapropiada, a pesar de que el caballero fuera médico, casado, y pariente de la señorita. Con las pesadas cortinas echadas, solo el candil de la mesilla de noche arrojaba un leve fulgor, lo que creaba un ambiente demasiado íntimo. Emilia se sintió desnuda con aquel camisón de encajes y tirantes de raso y se cubrió el pecho con la sábana.

—Oh, vamos. ¿Pudor ahora, Emilia? Nos bañábamos juntos en el río.

—Éramos niños…

—No tanto. —Enrique pareció rememorar alguna escena en su mente y tragó saliva.

La muchacha bajó la sábana solo un poco y sacó los brazos.

—Además, déjame aclararte que —continuó el caballero tomándola por la muñeca y el codo—, cuando estoy en mi faceta de facultativo, yo solo veo ligamentos anulares, flexores, palmares, tríceps y deltoides —fue diciendo al tiempo que ejercía una leve presión sobre los músculos que iba señalando—. Y debajo de ellos: falanges, cúbito, radio, y húmero —añadió en referencia a los huesos.

Emilia negó con la cabeza y él le flexionó el codo varias veces como si jugara con un muñeco de laboratorio, lo que hizo aflorar en los labios de la dama una leve sonrisa.

Las manos de Enrique eran grandes y varoniles, pero sumamente suaves. Las yemas de sus dedos eran las propias de alguien que solo había tocado libros, tinta e instrumental quirúrgico y distaban mucho de otras manos que ella añoraba, más ásperas y velludas; unas manos que la habían tocado fugazmente la noche anterior y con pasión hacía años.

—Aquí está —anunció Francisca entrando en la habitación con el maletín—. Las nuevas criadas me tienen loca. Lo cambian todo de sitio.

—Gracias, Paca —contestó él, haciéndose con su instrumental.

Durante unos minutos nadie pronunció una palabra. El doctor se colocó las olivas del fonendoscopio en los oídos y acercó la campana

al pecho de Emilia. El ama de llaves se asomó por encima del hombro del caballero y solo entonces murmuró para sí: «En esta casa no gana una para sustos».

—¿Hay mucho ruido ahí dentro? —logró bromear Emilia a pesar del dolor, pues el roce frío del instrumento sobre la piel la estaba poniendo nerviosa.

—Respira, Emilia —ordenó él, concentrado. Pasados unos segundos, le pidió que se diera la vuelta para repetir la acción en la espalda y se tomó la libertad de retirarle la melena a un lado con extrema delicadeza. Dio por terminado el examen y guardó el aparato.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que tiene esta niña? —quiso saber Francisca, que se colocó a los pies de la cama para observarla.

El doctor emitió su diagnóstico:

—Cansancio. —Y agregó mirando solo a su prima—: Piensas demasiado, Emilia, sobreexcitas la mente.

—Ay, esta chiquilla. Si es que no para de escribir. Todos los días con sus cuadernos de acá para allá —rezongó Francisca—. ¿Qué podemos hacer por ella, además de amarrarla a la cama?

Emilia puso los ojos en blanco y Enrique esbozó una sonrisa.

—Pida que le preparen una tisana y colóquele un paño empapado en vinagre sobre la frente. Por lo demás, debería evitar los ruidos y la luz solar hasta que se le pase. —Se humedeció los labios, la miró con intensidad y añadió—: Sería recomendable que alguien le diera un masaje en las piernas y le lavara los pies con agua caliente. Ya sabe, para que la presión sanguínea baje de la cabeza.

—Muy bien, señor. Ahora mismo le prepararemos los remedios y una palangana con agua caliente —resolvió la mujer—. Yo misma le daré el masaje.

—Claro… —Se puso de pie—. Ahora debo retirarme.

—¿El señor se marcha a Sevilla? —se interesó Francisca—. Disculpe usted. Lo pregunto por si tengo que ordenar alguna tarea a la doncella o al cochero.

—Me iré mañana —respondió, y una expresión mortificada se dibujó en su rostro—. Pero en unos días estaré de vuelta. De hecho… estoy barajando la posibilidad de trasladar mi consulta a Cádiz. Así estaré más cerca de vosotras y podré hacerme cargo de las tierras. El señor Morales no ha demostrado ser lo buen administrador que esperábamos y me gustaría tenerlo vigilado.

—¡Eso sería maravilloso, señor! —opinó Francisca tomándose las licencias a las que estaba acostumbrada—. La señorita Emilia está muy sola en Chiclana. Desde que el señor Martínez se retiró, el único hombre de la casa es Pascual, que anda medio sordo. El resto del servicio, como usted sabe, lo conformamos unas pobres mujeres. —Negó con la cabeza—. Siempre lo digo: cualquier día bajarán de la sierra unos bandoleros y entrarán a robar, o a solo Dios sabe qué. Esta familia necesita la presencia de un caballero joven y vigoroso como usted.

«Cállate, Paca», pensó Emilia, que se recostó sobre la almohada y cerró los ojos. Quería responder, pero su cuerpo le pedía descanso.

—Bueno, aún no lo he hablado con Gertrudis. No sé cómo se lo tomará. Le gusta estar cerca de su familia y más ahora que… —titubeó— que estamos esperando otro hijo.

Emilia abrió los ojos de golpe. Así que, mientras su primo se dedicaba a cortejarla, a hablarle de su amor frustrado, no perdía el tiempo con su esposa y se dedicaba a engendrar un hijo detrás de otro. Si bien era cierto que el acto de *engendrar* al hijo había tenido que suceder unas semanas atrás.

—¡Ay, no me diga, señor! ¡Otro retoño! ¡Qué alegría! Estoy segura de que esta vez será un varoncito.

—Dios la oiga, Paca.

El patriarca de las Espinosa lanzó una breve mirada a Emilia, que le decía: «Tú podrías haber sido la madre de mis hijos». Se acercó a ella y le besó el dorso de la mano.

—Cuídate, por favor —le susurró.

Después, el caballero se marchó de la habitación sin mirar atrás y

Francisca se acercó a Emilia en actitud confidente.

—El señor Enrique vale oro, niña. Tan bien plantado, talentoso y educado. Qué suerte tenerlo en la familia —comentó con la mirada perdida más allá de la puerta, en el pasillo que se bifurcaba hacia otras estancias.

—Sí, mucha suerte —murmuró Emilia con ironía, y dejó que la almohada la engullera.

Solo quería volver a dormir. Perder la consciencia. Perderse a sí misma. Desaparecer. Pero antes, el ama de llaves, que sabía demasiado sobre su historia, le clavó la estocada final.

—Qué buen partido se perdió, chiquilla.

60

La migraña de Emilia pasó y también los días sin recibir una nueva invitación a otra fiesta. O las damas casaderas de Chiclana se habían resignado a no llamar la atención del comandante Alcázar, o alguna de ellas ya la había llamado lo bastante como para que las demás hubieran perdido las esperanzas.

—Al parecer, la señorita Carmencita Núñez y Gil le cayó muy bien —comentó la maestra en otra de las tertulias de los jueves—. Dicen que el militar estuvo hablando con ella durante toda la velada, que bailaron juntos y que es posible que hayan pactado un próximo encuentro.

Emilia, agitada, bebió de su taza de infusión de manzanilla. Las paredes de color ocre del saloncito le parecieron opresivas y se encogió en su asiento.

—¿No es esa la hermana de la Condesita, la esposa de tu señor primo? —preguntó la señora Fernández solo para tirarle de la lengua, pues de sobra conocía la respuesta.

—Así es —respondió Emilia con su sonrisa más falsa.

—¿Y no tienes nada más que contarnos, mujer? Algo habrás oído en casa —insistió.

—Lo cierto es que no, Acadia. No acostumbro a escuchar conversaciones ajenas y, además, el asunto no es de mi incumbencia.

La mujer, que se había llevado una pasta de té a la boca, se la tragó de un solo bocado.

—Ay, mujer —le espetó—, no te pongas así. Estamos entre amigas.

—Pues yo he oído que coincidieron en la capital hace unos días y que pasearon juntos por el paseo de las Delicias —apuntó doña Lorenza, la mujer del boticario.

Esta vez, en lugar de Emilia, fue Lidia —que tampoco podía soportar los cotilleos de marujas insidiosas— quien regañó a las damas, instándolas a tratar las cuestiones que solían. Ese jueves les tocaba comentar sus últimas lecturas, así que hablaron de *Fortunata*

y Jacinta, de Galdós; de *La madre naturaleza*, de Pardo Bazán y de *El sombrero de copa*, una obra de teatro de Vital Aza. Emilia estaba leyendo El *Anacronópete*, de Rimbau, publicada en Barcelona un año antes.

—¿Y cuál es el argumento? —quiso saber Basilisa, la maestra.

—Trata sobre un inventor que, en la Exposición Universal de 1878, presentó una máquina del tiempo con forma de vehículo de hierro con ventanales de observación para que los pasajeros contemplaran épocas pasadas.

—¿Y para qué querría alguien viajar al pasado; para ver a esos hombres de las cavernas que se parecían más a los monos que a nosotros? —comentó la señora Fernández—. Anda, déjalos allí, que bastante tenemos con nuestros maridos.

Las mujeres se carcajearon y Emilia se relajó. De nuevo la sala volvía a ser un lugar agradable.

—Bueno, Sindulfo no construyó la máquina solo para contemplar acontecimientos históricos, sino también para huir del presente. El inventor estaba enamorado de su sobrina, Clara, pero ella lo había rechazado porque amaba a su primo Luis, con quien se veía a escondidas. De modo que Sindulfo la secuestró para llevársela a una época remota.

—Qué turbio y qué retorcido todo —comentó Lidia—. Suerte que solo es ficción

A Emilia se le puso el vello de punta y sintió un extraño escalofrío. Se acordó de Enrique y de la incomprensible fijación que sentía por ella. A veces la realidad superaba a la ficción.

—¿Qué haríais vosotras si pudieseis viajar atrás en el tiempo? —se le ocurrió preguntar a Basilisa.

—Yo me quedaría soltera —dijo sin dudar la señora Fernández.

Todas volvieron a reír.

—Yo estudiaría Medicina —imaginó la mujer del boticario.

—Yo no cambiaría nada de mi vida, pero sí de la sociedad —comentó Lidia con ojos brillantes—. Empezaría antes la lucha por la

igualdad de la mujer; iría a conocer a grandes damas como Hipatia de Alejandría, Mary Wollstonecraft, Flora Tristán…

—Pues en mi caso, volvería a formarme como maestra. Es lo que más me gusta hacer —se enorgulleció Basilisa—. ¿Y tú, Emilia? ¿Qué harías?

—Yo… —Se quedó pensando.

¿Qué haría ella si pudiera retroceder unos años? ¿Apostaría por el amor? ¿Se fugaría con Álvaro como hizo su prima Marga con aquel humilde herrero? Si lo hubiera hecho, tal vez no tendría aquella tertulia, ni habría acabado su novela ni habría escrito la mayoría de sus artículos. Tal vez la felicidad hubiese matado su creatividad, pues sus obras solían ser producto de la frustración, del anhelo, de la incomprensión. Tal vez en ese pasado alternativo no hubiera sentido la necesidad de expresarse con palabras porque ya lo habría hecho con caricias, abrazos y besos a su marido y a sus hijos.

—Emilia, que nos dormimos —la apremió Lidia, y las demás rieron.

—No sé lo que haría —admitió finalmente—. Por suerte, el tiempo solo puede ir en una dirección: hacia adelante.

***

Y hacia adelante fue Emilia aquella tarde. Solo hacia adelante. Cabalgando a horcajadas y espoleando a su caballo.

«Más rápido. Más lejos. Más inalcanzable», se decía a sí misma mientras dejaba atrás las verdes huertas de la Alameda de Solano, las norias que giraban y giraban en su eterno ciclo, los álamos blancos y la salina de Bartivás con su perfume salobre. Cuando se quiso dar cuenta, había recorrido el Camino de Chiclana en dirección hacia el puente del Duque de la Victoria y solo tendría que cruzarlo para alcanzar la vecina ciudad de San Fernando.

«¿Adónde va usted, niña? ¡Está loca!», le dijo una voz que le recordaba demasiado a la de Paca. «Los caminos están llenos de bandoleros sin escrúpulos». Y después: «Las mujeres no somos como los hombres, niña. Una mujer sola es una presa fácil para los

desalmados».

Se dio media vuelta antes de que su montura pusiera las herraduras sobre el pontón y con el sonido del fluir del caño Zurraque, regresó al trote.

Los últimos días habían sido un martirio para ella. El malestar y la tristeza la gobernaban. Solo quería escapar, huir de sí misma y de su propia mente, que no dejaba de atormentarla. «¿Por qué has vuelto, Álvaro? ¿Para torturarme? ¿Para vengarte? Pues hazlo de una vez y márchate, pero no me condenes a tu indiferencia. Eso no». Los recuerdos más recientes se entremezclaban con las vivencias del pasado en una amalgama que desfilaba ante ella en un bucle sin fin y sentía que le iba a estallar la cabeza.

«La señorita Carmencita le cayó muy bien…». Ahora era Basilisa quien le hablaba.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que avanzaba sin prestar atención a los cambios que se estaban produciendo en las alturas. Las nubes dispersas, poco a poco, se acercaron una a la otra hasta que comenzaron a deshilacharse en una fina lluvia de finales de primavera, que empezó a humedecerle el pelo y la ropa. En poco tiempo, el suelo se convirtió en una capa de fango bajo los cascos del caballo. La oscuridad se cernía sobre Chiclana y la cortina de agua le impedía avanzar.

Qué insensata.

Cómo se le había ocurrido alejarse tanto del centro de la ciudad. Si continuaba mucho rato a la intemperie, el agua acabaría calándole hasta los huesos y una neumonía la mantendría en cama durante días, si es que no se la llevaba al otro mundo.

Suspiró, resentida. A su alma poco le importaba su suerte en aquellos momentos, pero el cuerpo, hecho para sobrevivir, enseguida pensó en un posible refugio: la casa del salinero de Rubial Chico, que se divisaba a unos veinte metros a la izquierda del camino. Las eras ya estaban preparadas para la inminente cristalización de la sal[19] y la única forma de llegar a la vivienda era por el sendero de albero que daba a la misma puerta. Emilia tiró de las bridas y dirigió hacia allí a

su montura justo en el momento en que oyó las ruedas de un carruaje rodando sobre los charcos.

El cochero tiró de las riendas para detener el vehículo y los caballos emitieron un quejido. Alguien abrió la portezuela y descendió por la escalerilla. Un par de pies grandes dieron unos pasos hacia ella.

—Señorita Espinosa, ¿es usted? —oyó que decía un hombre en voz baja.

Lo ignoró. Lo ignoró como él llevaba haciendo con ella desde que había vuelto a su vida.

—¡Señorita Espinosa! —gritó esta vez el viajero. Casi parecía enfadado.

Emilia se detuvo y, apoyándose en el estribo, bajó del corcel de un salto ágil. No obstante, permaneció de espaldas junto al animal. La lluvia era ya una tormenta en toda regla, con relámpagos que de tanto en tanto iluminaban el horizonte. No se dio la vuelta. Todavía no.

El viajero caminó hacia ella con paso decidido y enérgico. Cuando estuvo tan cerca que con solo alargar el brazo podría tocarla, le dijo, con la dificultad que entrañaba hablar en tales circunstancias:

—Señorita Espinosa, ¿qué hace aquí sola en una tarde tan desapacible? Por favor, suba a mi calesa y la llevaré a su casa.

Como respuesta, ella se giró para enfrentarlo.

19. En Chiclana, la recolección de la sal se suele realizar de mediados de junio a mediados de septiembre, cuando las altas temperaturas hacen que el agua se evapore en las eras y cristalice la sal.

61

El comandante Alcázar regresaba a casa fatigado y hastiado. Siempre había sido un hombre solitario y las reuniones sociales lo agotaban. Con la cabeza hacia atrás sobre el asiento, se preguntaba qué aliciente le veían sus congéneres a aquellas veladas en las que todos se halagaban unos a otros para luego arrancarse la piel de la espalda a tiras.

«Alvarito, no seas tan amable con las señoritas que te presentan porque, si alguna de ellas cree que la estás cortejando, te verás obligado a cumplir con su familia», le había advertido su peculiar mayordomo en más de una ocasión. Y quizás tuviera razón. No debió pasear el viernes pasado con la tal Carmencita Núñez y Gil cuando se la encontró por casualidad en el paseo de las Delicias. La gente murmuraría, surgirían expectativas y él no podía comprometerse con nadie. Tampoco debió bailar con todas aquellas muchachas que le habían presentado esa misma tarde y, sin embargo, lo había hecho.

Por despecho. Por rabia. Por venganza.

Las ruedas de la calesa traquetearon sobre la madera del puente de siete barcas y enseguida enfiló por el Camino de Chiclana. La ciudad le daba la bienvenida desde dos alturas —el cerro de Santa Ana, por un lado, y el cerro del castillo, por el otro— y no supo si sentirse reconfortado o asqueado. No obstante, no le dio tiempo a decidirse. La negrura se cernió de repente sobre el carruaje en el que viajaba y asomó la cabeza por la ventanilla. Entendía de meteorología lo suficiente, sobre todo después de que de ello dependiera su vida, y sabía que se avecinaba una fuerte tormenta.

Y entonces la vio en el horizonte.

Era ella.

Tenía que serlo.

Llevaba un vestido a rayas blancas y azules y montaba sobre su caballo a horcajadas. La forma de su cabeza, de su cuello y de su espalda le resultaban inconfundibles. ¿Qué hacía *allí*, en medio de la nada? Le ordenó a Miguel que detuviera el vehículo y se apeó con

resolución. La lluvia arreciaba. La llamó dos veces, pero ella lo ignoró. La vio desmontar de su caballo, aunque seguía dándole la espalda. Le dio alcance con unas pocas zancadas.

—Señorita Espinosa, ¿qué hace aquí sola en una tarde tan desapacible? Por favor, suba a mi calesa y la llevaré a su casa —ofreció con sincera preocupación.

Como respuesta, ella se dio la vuelta y lo enfrentó.

Un destello iluminó momentáneamente sus ojos, de un azul grisáceo difícil de olvidar. El vestido empapado se le pegaba al cuerpo, revelando su esbelta figura. Su moño se había deshecho y los bucles estirados le caían sobre el pecho, que ascendía y descendía con su respiración agitada.

Dios. Qué hermosa era. Con su sola mirada lo había desarmado por completo. Por eso la había esquivado. Por eso había hecho un esfuerzo titánico por ignorarla. Porque si ella lo miraba así, él no era más que un pelele en sus manos. Porque si la oía pronunciar su nombre, sería capaz de ponerse de rodillas para suplicarle un beso.

«Imbécil», se reprochó.

—No hace falta, señor Alcázar. Estoy acostumbrada a pasear sola y unas cuantas nubes no me asustan. Sé dónde guarecerme hasta que pase la tormenta.

Sin añadir nada más, la dama siguió a pie por el sendero en dirección a la casa del salinero que se divisaba al fondo: un bloque hecho de piedra ostionera y mampostería encalada de blanco que aguantaba los vientos de levante gracias a gruesos contrafuertes.

Álvaro, viendo que nada podía hacer para que la dama cambiara de opinión, ordenó al cochero que bajara del pescante y que se refugiara en el interior de la calesa hasta que él regresara. Aceleró el paso y alcanzó a la señorita cuando trataba de abrir la puerta de la casa, desocupada en aquellos momentos. Esta se resistía y él le pidió que se apartara. Dio un fuerte empellón a la tabla de madera con el hombro y el pestillo cedió. Después, los dos pasaron al interior.

—Señorita Espinosa, debemos regresar —insistió Álvaro en la

penumbra de la estancia principal: una especie de salón comedor en el que también había herramientas y utensilios salineros como palas, carretillas y angazos planos—. Este no es lugar para una dama.

Todavía restaban un par de horas para el atardecer, pero las tinieblas se habían cernido sobre ellos y parecía que, de repente, fuera de noche. Emilia localizó un candil sobre una destartalada mesa de madera, alzó la tulipa de cristal y encendió la mecha. Después se volvió a mirarlo, desafiante.

—Yo decido si es lugar para una dama o no —dijo solamente.

A Álvaro le pareció que temblaba, tal vez de frío, o tal vez de algo más. No sabía si eran gotas de lluvia o lágrimas las que impregnaban sus pestañas, pero en ese momento no había nada que deseara más que abrazarla y cobijarla entre sus brazos; protegerla de la lluvia, de las bajas temperaturas, de todos los males del mundo.

—¿Hasta cuándo va a seguir así, comandante? —le preguntó sin dejar de clavarle sus iris inquisitivos.

—No sé a qué se refiere, señorita.

Trató de mostrarse indiferente, pero su escudo de frialdad se fracturaba por momentos. Casi podía sentir el calor abrasador colándose por las grietas y haciendo bombear con fuerza su corazón congelado. La capa de hielo se resquebrajaba, se fundía. Si seguía así, perecería bajo las llamas.

—¿Hasta cuándo vas a seguir llamándome «señorita Espinosa»? ¡¿Hasta cuándo, maldita sea?! —la voz se le quebró. Parecía dolida, herida, triste. Casi tanto como una vez lo estuvo él. Casi tanto como todavía lo estaba él.

Y ya lo tuteaba. Que no pronunciara su nombre. Por favor, que no lo hiciera.

—¿Hasta cuándo vas a seguir fingiendo que no me conoces, *Álvaro*?

Ya está. La armadura se rompió por completo y cayó a sus pies hecha añicos. La carne quedó expuesta. Las heridas estaban frescas. Dolía, dolía, dolía. Por el demonio, cómo dolía. Avanzó hacia ella con

determinación y, para su sorpresa, Emilia caminó hacia atrás hasta que su espalda quedó pegada a la pared de la que colgaban cazos de latón. Él apoyó una mano a cada lado de su rostro, reteniéndola en el hueco entre sus brazos igual que aquella vez, cuando la protegió de la ira de un toro, solo que ahora el toro era él. Sus bocas estaban muy cerca. Sus vahos se entremezclaban.

—¿Qué esperabas… Emilia? —dijo con los ojos como ascuas, y ella se estremeció bajo sus brazos—. ¿Que te rogara como la última vez? ¿Que perdiera mi dignidad? ¿Que me arrastrara a tus pies? ¿Qué pasa? ¿Ahora *sí* soy digno de ti? ¿Ahora *sí* puedo comprarme una esposa como tú? Porque eso es lo que hacen los de tu clase, ¿no es así? ¡Comprarse una esposa! —Emilia despegó los labios para responder, pero Álvaro no la dejó hablar. Todas aquellas palabras llevaban demasiado tiempo guardadas en su corazón. Sentía las venas de las sienes y del cuello inflamadas y la sangre fluía como una tromba por su cuerpo—. ¿Sabes cuántas muchachas casaderas me han presentado hoy? ¡Siete! Siete jovencitas que han desfilado frente a mí como dulces en una confitería, ofreciéndoseme con coquetería. Siete chiquillas dispuestas a casarse conmigo, por gusto o empujadas por sus padres. ¡Porque ahora sí merezco la pena! ¡Yo, que soy el mismo de antes! Pero claro, mira esto, Emilia. ¡Mira este uniforme! ¡Mira los galones! ¡Mira todas estas medallas! —Se llevó un puño al pecho y se lo golpeó con fuerza repetidamente—. Estas medallas me hacen ganar puntos ante vuestros ojos, ¿verdad? ¡Aunque detrás de cada una de ellas haya muerte, sangre, dolor, días de sufrimiento y hambre! ¡Qué importa! Soy un comandante, y encima, rico. Un buen amigo que murió en mis brazos me legó su patrimonio. ¡La fortuna me ha sonreído! ¡Como me sonreís todos vosotros ahora! ¡Hipócritas, falsos y mezquinos! —La saliva salía disparada de la boca de Álvaro en todas direcciones. El dolor que sentía era palpable. Su ira, incontrolable.

Emilia intentó escapar, pero él se lo impidió.

—No sigas, por favor —le suplicó cubriéndose el rostro.

Él se le acercó aún más. El flequillo mojado goteaba sobre su chaqueta. La punta de su nariz le rozaba la mejilla cuando le dijo al

oído:

—¿Que no siga? ¿Por qué no, Emilia? ¿Te duele? ¿Te duele tanto como me dolieron a mí tus palabras? ¿Las recuerdas? ¿Cómo dijiste? Ah, sí… «Jamás podría casarme con alguien como tú… No eres *suficiente* para mí». ¿Fue así? ¿Fue así, Emilia? Vamos, siempre has tenido buena memoria. No creo que hayas olvidado cómo le rompiste el corazón a un hombre. ¿O es que se lo has roto a tantos que ya ni te acuerdas?

Emilia hizo el intento de alzar la mano para guantearlo, pero, acorralada como estaba, le resultó imposible.

—Por favor, para… —musitó.

—No, Emilia. ¿No era esto lo que querías? ¿No querías que recordara el pasado? ¡Pues fíjate qué bien lo recuerdo!

—Basta, basta, te lo ruego… Álvaro…

Al sonido de su nombre, él se relajó. Emilia lloraba con aquellos ojos enormes de pestañas largas y oscuras. Y él, solo él, era el causante de sus lágrimas. Ninguna criatura tan hermosa merecía llorar así. ¿En qué clase de demonio se había convertido? ¿Tanto lo había cambiado la guerra? Se vio tentado de enjugar sus lágrimas a besos y, en cambio, se alejó de ella, dándole la espalda. Se tomó unos segundos para intentar recuperar los fragmentos de su armadura desperdigados por el suelo, pero eran demasiados y no lo lograría. Su carne sangrante había quedado expuesta.

—Ya no eres el mismo. —La voz afligida de la dama lo hizo estremecer.

Respiró hondo tratando de serenarse y se giró hacia ella.

—Por supuesto que *no* soy el mismo, Emilia. Álvaro está muerto. Murió cuando tú lo dejaste y volvió a morir en Cuba. Ahora solo soy el adinerado comandante Alcázar. Un buen partido, ¿no es así?

Emilia agachó la mirada. Le temblaba el labio inferior y él deseó recorrer la distancia que los separaba y beber el néctar prohibido de su boca hasta apaciguar su sed de ella.

—Ya lo veo —respondió sin mirarlo—. Y ese comandante no tiene

nada que ver conmigo. Es un completo desconocido.

Fuera, la lluvia había empezado a remitir y tímidos rayos de sol se abrían paso entre las nubes y se colaban por las ventanas. Ya no era necesario el candil. Emilia se acercó a la mesa y lo apagó de un soplido.

—Gracias por la compañía, señor Alcázar —dijo después, dedicándole apenas una mirada—. Pero como ve, ya ha pasado la tormenta.

Cuando pasó por su lado, Álvaro no la retuvo.

—Emilia… —se limitó a susurrar.

La dama no lo oyó, y si lo hizo, lo ingnoró. Abandonó la casa salinera con resolución y a él no le quedó más remedio que seguirla. Desde el umbral de la puerta la observó caminar hasta su caballo, subirse de un salto y espolear al animal con maestría.

«Testaruda», pensó mientras la veía alejarse al galope por el camino fangoso y lleno de charcos.

62

Emilia llegó a su casa empapada y con las mejillas húmedas por la lluvia y las lágrimas. Cuando Francisca la vio de esa guisa, enseguida ordenó que le preparasen un baño de agua caliente y un buen caldo.

—Pero chiquilla, ¿dónde andaba? ¿Qué le ha pasado?

Emilia extendió los brazos trémulos hacia ella, la envolvió y apoyó la cabeza sobre su hombro. En momentos como aquel sentía que más que una empleada, era una segunda madre. A fin de cuentas, había compartido más momentos importantes con Francisca que con su progenitora.

—Estoy mal… Estoy muy mal —dijo contra su uniforme.

Francisca le acarició el cabello mojado con ternura. No era la primera vez que consolaba a la señorita; ni sería la última.

—¿Qué ha pasado, mi niña? —preguntó con cautela.

—Tengo el corazón roto. Y me lo merezco. Me lo merezco. —Apretó el llanto.

—¿Qué se va a merecer usted, si es un alma cándida? —El ama de llaves la tomó de los hombros y la separó de ella con suavidad para mirarla a los ojos.

Emilia negaba una y otra vez.

—No, no… Hay algo peor que la maldad, y es la indecisión. Siempre he sido una persona manipulable, de poco carácter. No supe imponerme. No supe luchar por lo que quería.

Francisca abrió los ojos de par en par. No daba crédito a lo que oía.

—Pero cómo puede expresarse en esos términos de sí misma. Pues claro que tiene carácter, ¡si es la única que se ha atrevido a plantarle cara a la señora Augusta!

En otras circunstancias, Emilia incluso se habría reído, pero ahora solo tenía ganas de que le arrancaran el corazón para dejar de sufrir.

—Me merezco cada una de sus palabras —dijo sorbiendo los mocos.

—Pero ¿de quién me habla, niña? ¿De quién?

Emilia meditó unos segundos. ¿Por qué no contárselo? Una vez, tomando juntas un café y rememorando amores de juventud, le había hablado de su relación con Álvaro, pues en los últimos años se habían convertido en grandes confidentes; pero una cosa era hablarle de un imposible, de un fantasma del pasado, y otra muy distinta, de alguien de carne y hueso que vivía a tan solo unos metros de ellas.

—Se trata del señor Alcázar.

—¿El nuevo vecino?

Emilia le confesó entonces que el señor Alcázar no era otro que su antiguo amor, que había vuelto de la guerra colonial para cobrarse su venganza. Y, después, le relató lo sucedido aquella misma tarde: la forma en la que la había acorralado en la casa salinera para decirle todo lo que pensaba de ella.

—Por el amor de Dios, niña —exclamó Francisca santiguándose—. Esto parece uno de esos folletines románticos por entregas que usted coleccionaba cuando era mocita.

—Sí, pero menos divertido. —Se limpió las lágrimas con el pañuelo de encaje que la empleada le había prestado y trató de serenarse.

—Y que lo diga. Quién le iba a decir a usted que un vendimiador se convertiría en el mejor partido de la ciudad, mientras que la familia Espinosa caería en desgracia.

Emilia lloró mientras se bañaba. Lloró mientras la doncella le desenredaba el cabello y se lo cepillaba. Lloró cuando se acostó. Y no pudo dejar de hacerlo durante toda la noche. Al día siguiente amanecería con un buen resfriado y los ojos hinchados.

***

Álvaro llegó a su palacete hecho una furia. Las manos le temblaban. Tenía el aroma de Emilia incrustado en la piel, metido en el maldito cerebro, enquistado en lo más profundo de su ser. La había tenido tan cerca… Aún no podía creer que hubieran estado los dos *a solas*, perdidos en una casa vacía en medio de las salinas. ¿Y qué había

hecho él en lugar de estrecharla entre sus brazos? Mortificarla, insultarla, torturarla con sus palabras; perder el tiempo, en vez de aprovechar cada segundo de felicidad que la vida le brindaba.

Si algo había aprendido de su estancia en Cuba, era que el futuro no estaba garantizado.

¿Por qué no le había confesado que sus sentimientos no habían cambiado? ¿Por qué no había reconocido cuánto la había echado de menos? ¿Por qué no se había disculpado por no devolverle la visita?

«No, Álvaro. No».

No podía sucumbir.

Tenía que ser fuerte.

Debía darle una lección de humildad. Había venido a vengarse de todos los que le hicieron daño; como Edmundo Dantés en *El conde de Montecristo*, su novela favorita. Después de marcharse de Chiclana, pasó mucho tiempo en el lodo, en la miseria, en la batalla, en la muerte, pero había regresado renovado y rico. Los Espinosa pagarían.

Y, sin embargo, cuando Emilia lo miraba como Mercedes —la antigua prometida de Dantés— miraba a su primer novio, sentía que ella podía verlo bajo todas sus capas, que lo reconocía tras esa máscara de frialdad.

Estaba empapado de lluvia y sudor. Ordenó que le preparasen un baño caliente y se sumergió en él. Sentía unas terribles ganas de llorar, pero se esforzó por contenerse. «Los hombres no lloran», solía decir su tío. Y menos, un militar que había mirado a la Parca a los ojos y había regresado para contarlo. No obstante, no había nada que deseara más en el mundo que liberar la angustia y la tristeza que albergaba en su interior.

Gritó.

Gritó porque debería odiar a Emilia, y, por el contrario, la amaba.

63

Después de una semana confinada en su habitación con la excusa de un resfriado, Emilia se aseó, llamó a Araceli para que la ayudara a vestirse y bajó a desayunar al comedor. Mientras bebía leche fresca de la taza, se sintió culpable al recordar cómo le pidió a Francisca que despachara a sus amigas el jueves anterior cuando se presentaron en el palacete a la hora de la tertulia. No quería ver a nadie. Pero ya había tenido suficiente.

¿Tenía sentido sufrir así por un hombre? ¿Por uno, que, además, ya no la quería? Si tenía que encontrárselo en la calle o en algún salón, que así fuera, pero no se escondería más. Estaba decidida a ignorarlo como él había hecho con ella. Y aún más, deseaba que se casara pronto con alguna de aquellas damitas de cabeza hueca, a ver si se la llevaba a vivir a otra parte. Ojalá fueran muy felices y se comieran las malditas perdices.

—Ay, niña, cuánto me alegro de que esté más recuperada —comentó Francisca con sincera alegría. No dejaba de traer platos a la mesa: fruta troceada, dulces, chocolate, zumo de naranja recién exprimido…

—¿Por qué traes tanta comida? ¿Es que esperamos invitados? —Emilia entrecerró los ojos. La cabeza le daba vueltas tras tantos días en la cama y le costaba pensar con claridad.

—Es para usted, niña. Está muy flaca y necesita recuperarse.

Emilia suspiró, consciente de lo insistente que podía ser la señora Paca.

En la calle se oía un trasiego inusual: el mismo que había despertado a Emilia por la mañana y la había empujado a salir de la habitación. La gente paseaba riendo y palmeando. A lo lejos se oían acordes de guitarras y ruedas de carro sobre el camino.

—¿Qué es lo que pasa fuera? —preguntó—. Menudo jaleo hay montado…

—Señorita, cómo se nota que andaba usted en Babia. Estamos en feria.

Emilia posó la taza sobre el plato.

—¿Qué? ¿Ya es la feria?

—Por supuesto. Y hoy es San Antonio.

Los días se habían deslizado uno tras otro como la miel sobre los buñuelos que preparaba Honoria, y Emilia ni se había dado cuenta. Era 13 de junio y, sin embargo, sus tías no le habían mandado ninguna nota para avisarla de que vendrían. A su prima Isabel le encantaba pasearse por los puestos, comerse un trozo de turrón y rodearse del buen humor de las gentes del pueblo. ¿Acaso no vendrían este año? ¿Estaría alguna de ellas indispuesta? A veces las gripes de primavera eran peores que las de invierno, se dijo.

—Anda, niña. Vayamos esta tarde a dar una vueltecita. Póngase guapa y disfrute del buen tiempo y de la compañía de las gentes humildes. Lo más sencillo a veces sana el alma.

Emilia le hizo caso. A fin de cuentas, no tenía planes ese miércoles y su mente estaba demasiado embotada como para continuar con su novela. Al caer la tarde, le pidió prestada a Araceli una de esas batas de lunares que tan de moda se habían puesto entre las campesinas que acudían a las ferias de ganado y se colocó sobre la oreja un clavel del jarrón del mueble recibidor.

—Una cosa es mezclarse con el pueblo y otra, transformarse en aldeana —apuntó el ama de llaves con desaprobación—. ¿De verdad quiere usted salir de esa guisa, señorita? Así se visten las gitanas de Jerez y Sevilla.

—¿Y acaso no me sienta bien? Muchas damas se han sumado a esta moda y tú misma lo dijiste antes: lo más sencillo a veces sana el alma.

Un rato después, Araceli, Francisca y Emilia abandonaron el palacete. Las dos más jóvenes, con lunares y flores, y la mayor, con su humilde vestido a cuadros de los domingos.

El ambiente festivo reinaba en el pueblo y se dejaron contagiar. A ambos lados del río había casetas de atracciones y puestos de golosinas. Una banda de música recorría las calles y la gente bailaba,

charlaba y reía. Había jinetes a caballo, guitarras, panderos y castañuelas. La que comenzara siendo una feria de ganado, iba tornándose, poco a poco, en una especie de verbena popular y en Chiclana no había quien se la perdiera. Ni en Chiclana, ni fuera, pues la llegada de las gentes de los alrededores triplicaba la población durante esos días.

—¡Te invito a un chato de vino, guapa! —gritó un mozo alzando su vaso hacia Emilia cuando pasaron por delante.

Araceli se rio, mientras que Francisca contrajo el gesto en una mueca de desagrado.

—Será posible —rezongó—, decirle eso a una señorita de bien. Ya se lo advertí, niña, esos trajes de colores son para las mujeres de los peones. Además, debió usted recogerse el cabello.

—Tranquila, Paca. Hoy no hay señores y criados. Hemos venido a divertirnos, ¿no crees?

La mujer apretó los labios, disgustada.

—No debí animarla a que saliera con nosotras. La confundirán con una doncella.

—¡Pues que me confundan! ¡Qué más da! —exclamó al tiempo que le estrechaba los hombros y le daba un beso en la mejilla.

Precisamente eso era lo que más deseaba Emilia en esos momentos: que la confundieran; que su rostro se diluyera entre los de los demás, que se desdibujaran los bordes de su cuerpo, perder la consciencia de sí misma y de sus problemas.

Había muchachos jóvenes jugando a la cucaña para impresionar a las mozas, que los veían caer una y otra vez del palo ensebado y se hartaban de reír a su costa. Se estaban realizando rifas a viva voz, apuestas en las peleas de gallos y hasta teatrillos populares que embaucaban a los transeúntes. Las cuadras para los animales que se comerciaban estaban algo más alejadas del núcleo de la fiesta, pero había tenderetes en los que se vendían aperos agrícolas y productos de ganadería, como canastos de mimbre, capachas de esparto, herraduras y rejas de arados.

Algunos vinateros y sus empleados aprovechaban la ocasión para exhibir y hasta dar a probar sus mejores vinos, por lo que la gente se agolpaba frente a sus puestos por si había suerte.

—¡Señorita Espinosa, es usted! —la saludó don Juan Galindo quitándose el sombrero—. Por favor, pruebe mi Pedro Jiménez, es de la cosecha del 72. —Ella declinó la oferta con educación, pero el caballero no se dio por satisfecho—. ¿Le apetece más el moscatel, el amontillado fino, el blanco, el tinto…? ¡Ah, ya sé! Usted será la primera en probar mi vino de naranja, añada de 1784, nada menos. ¿Qué le parece?

A la dama no le quedó más remedio que degustar el producto que le ofrecía con tanta insistencia. Al llevarse la copa a los labios sintió que el paladar se le inundaba de sabores afrutados y del aroma amargo de los cítricos suavizado con un toque de miel. Sus empleadas también lo probaron y enseguida se les abrió el apetito a las tres.

—Anda, Paca, ¿no te apetece un turrón de Alicante? —preguntó Emilia más adelante, junto a un puesto de repostería y golosinas—. Invito yo, por supuesto.

—Mejor que sea un dulce de meloja, señorita, que una ya no tiene los dientes para esas tabletas tan duras.

El cielo de la tarde se había teñido de tonos violáceos que se reflejaban sobre los bucles oscuros de la dama y sus ojos brillaban de expectación bajo los farolillos. Se sentaron en una mesita de madera a catar las exquisiteces de uno de los bares ambulantes cuando, de repente, Emilia distinguió un rostro conocido entre la muchedumbre. ¿Era realmente *él*? ¿Era el hombre que *casi* le había pedido matrimonio cinco años atrás? En lugar de sentir ira, angustia o vergüenza, experimentó una sincera alegría, pues lo consideraba su amigo a pesar del desplante.

—Esperadme un momento. Tengo que saludar a alguien —anunció a sus acompañantes.

Se puso en pie y, sin mirar atrás, se dirigió a la mesa en la que el caballero degustaba unos manjares en animosa charla con otros

señores.

—¿Don Ramiro Aguirre? —le preguntó tocándole el hombro.

En cuanto la vio, su amigo se levantó con los brazos abiertos. De piel oscura, ojos rasgados y un bigote muy fino partido en dos, el mexicano apenas había cambiado desde la última vez que se vieron. Llevaba un traje de chaqueta de llamativos colores, como solía, y no aparentaba los cuarenta y muchos años que debía de tener ya.

—¡El mero, mero! —contestó dándose unos golpecitos en el pecho, sobre su chaleco de seda roja—. ¡Y usted no es otra que mi bella andaluza! —Envolvió una mano de Emilia con las suyas y se la besó con ímpetu—. Señorita Espinosa, qué alegría verla después de tanto tiempo. ¿Cuánto ha pasado, un lustro? Está usted todavía más hermosa de lo que recordaba. Es como el buen vino, que aumenta de valor con el tiempo.

Emilia dejó escapar una risa cantarina.

—Me alegro de verlo, señor Aguirre. ¿Qué le trae otra vez por el sur de España? ¿Negocios?

Él asintió.

—Así es, negocios. Estoy comprando cabezas de ganado. Aunque no es solo por los animales que estoy aquí... La verdad es que echaba mucho de menos a su gente y... la *tragadera* —dijo señalando las tortillitas de camarones y los buñuelos de bacalao de la mesa—. ¡Los platillos andaluces están para chuparse los dedos!

Los hombres que permanecían sentados a la mesa sonrieron y ella los saludó desde su posición.

—Tengo entendido que en México también se come muy bien —comentó, por seguir la conversación.

—Pues, la mera verdad, sí —contestó con su característico acento —. Algún día me gustaría llevarla a mi país para que tuviera la oportunidad de probar unos buenos frijoles, unos tacos de chapulines o una empanada de huitlacoche.

—No sé lo que son, pero seguro que están deliciosos —coincidió ella sin borrar la sonrisa.

Se hizo el silencio y la pareja fue consciente de las miradas de quienes los rodeaban. Fue él quien propuso:

—¿Por qué no damos un paseo por la feria, mi bella? Así podremos ponernos al día de nuestras vidas. Cinco años dan para mucho.

El empresario le ofreció su brazo y en el momento en que Emilia le enlazó el suyo, sintió una punzada en la nuca. El vello de los brazos se le erizó y supo que alguien la estaba mirando desde atrás. Se giró solo un poco y allí estaba él.

Álvaro.

Vestía una simple camisa, como cuando la llevó a cenar una noche de verano a la fonda de la viuda de Carpio, pero no necesitaba más para destacar entre la multitud. Sus ojos se encontraron por un instante fugaz —mientras él vaciaba su vaso de vino tinto como si fuera agua— y ella apartó la mirada con rapidez. ¿Cuánto tiempo llevaría observándola? No quiso saberlo. Se centró en el caballero que tenía al lado.

—Y, dígame, señor Aguirre, ¿cómo es que está usted comprando ganado? ¿Ha dejado el sector vinatero entonces?

—No, no, señorita Espinosa. Los vinos son mi pasión, pero tengo unas tierritas que no sirven para cultivo y me gustaría dedicarlas a la ganadería. De todas formas, no quiero aburrirla hablándole de dinero. —El mexicano palmeó la mano de ella que reposaba en el hueco de su codo y le guiñó un ojo.

Las últimas luces de la tarde danzaban entre sus rostros y el hombre se perdió en los iris de la dama.

—¿Sabe, mi bella? En este instante sus ojos tienen el mismo color plateado de sus zarcillos. —Frunció el ceño y preguntó—: ¿Se les llama así en España? A los zarcillos, me refiero —añadió, acariciándole la oreja con atrevimiento para señalar la joya.

Emilia sonrió, repentinamente nerviosa.

—Sí, bueno, en España es más común decir «pendientes», pero en Andalucía se usa mucho la palabra «zarcillo». ¿Sabe que viene del latín? *Cirellus* significa *arete*.

Él sonrió complacido.

—Creo que ya lo hemos comentado antes, señorita, pero me resulta curioso lo mucho que los andaluces y los sudamericanos nos parecemos. —Se atusó el fino bigote—. Es algo que le debemos a los colonos que cruzaron el océano atlántico y nos dejaron sus costumbres y su manera de hablar. Y lo digo sin acritud. Los españoles sois nuestros hermanos, al fin y al cabo. ¿No cree, mi bella, que ustedes tienen más en común con nosotros que, por ejemplo, con los franceses o los ingleses? Por mucho que ellos estén más cerca geográficamente.

—Así es, señor Aguirre, y todo es por el idioma. El lenguaje moldea el mundo porque las palabras crean la realidad que percibimos —razonó ella, entusiasmada—. Y ustedes usan las mismas que nosotros para identificar lo que nos rodea: lo que comemos, lo que pensamos, lo que sentimos. Eso nos hace tan similares.

Él la contemplaba embelesado, pero Emilia no estaba dispuesta a dejarse engañar por sus miradas de cordero degollado. Ya aprendió la lección en el pasado. Su agudeza mental atraía a ciertos hombres, pero en última instancia les provocaba miedo, inseguridad y rechazo. No volvería a verlo como un posible marido.

Siguieron caminando cogidos del brazo. Emilia se sentía observada, pero no se giró para comprobar si Álvaro seguía su trayectoria. Estaba decidida a obviar su presencia.

—Dígame una cosa, mi bella, ¿sigue escribiendo? —quiso saber Aguirre.

—Por supuesto. Si llegó a conocerme un poco, sabrá que para mí escribir es como respirar. Si dejara de hacerlo, moriría —dijo un tanto dramática, pero era cierto. Escribir era su forma de estar en el mundo.

Él volvió a palmearle la mano.

—Me encantaría leer sus textos —confesó—. Averigüé que publicó una novela, pero no tuve forma de hacerme con ella desde el otro lado del charco. Mis informantes me dijeron que todos los

ejemplares de la primera tirada los había comprado la misma persona y que no se imprimirían más.

Emilia se estremeció. ¿Cómo que *todos* los ejemplares de su novela los había comprado *una* persona? ¿En qué momento sucedió algo así y ella no se había enterado? Imaginar sus mil libros apilados en el salón de cualquiera, acumulando polvo, le provocó una gran indignación.

—¿Qué me dice, señor Aguirre? Eso no es posible… —razonó con un escalofrío.

No le dio tiempo de atar cabos. El mexicano detuvo el paseo y le tomó las manos con dulzura.

—Señorita Espinosa… tengo que confesárselo. La última vez que nos vimos estuve a punto de pedirle matrimonio, pero me reprimí en el último instante y ahora creo que obré como debía. Su primo hizo bien en prevenirme.

—¿Mi… *primo*? —preguntó visiblemente alterada.

Con la visión periférica, Emilia captó la mirada inquisitiva de Álvaro desde la distancia. El comandante había pasado de ignorarla a no quitarle la vista de encima. Pues que tomara de su propio veneno.

—Sí, don Enrique Lara Espinosa, el cirujano.

Era el único primo varón de Emilia, pero ya no le cabía duda.

—Y, dígame, por favor, ¿qué fue exactamente lo que le dijo mi primo? —preguntó sintiendo que la ira, como un tósigo ponzoñoso, recorría sus venas a toda velocidad.

—Me habló de su naturaleza, de su alma sensible. Me dijo que era usted una mujer entregada a las artes, que no deseaba contraer matrimonio y que, si yo se le proponía, tal vez se viera presionada por su familia a aceptarme, lo cual la alejaría de su verdadera felicidad: la escritura.

—¿De verdad? No puedo creer que le dijera eso.

A estas alturas, Emilia tenía los puños apretados a los costados. Todas las piezas empezaban a encajar en su cabeza. Su primo había estado manipulando su vida a sus espaldas y le había mentido como

un bellaco en la fiesta del doctor Velasco al decirle que se arrepentía de su comportamiento posesivo en la juventud. Las palabras de su sobrina Mili resonaron en su mente con fuerza. «¿Sabes, tía Emilia? Mi padre tiene *todos* tus libros».

—Entonces, ¿no es cierto? —La expresión del caballero destilaba arrepentimiento y desconcierto a partes iguales.

—Si es cierto o no, es lo de menos, señor Aguirre —respondió ella dejando traslucir su enfado—. Mis anhelos solo los conozco yo, y nadie debería hablar por mí, y mucho menos mi primo, que siempre ha hecho lo que le ha venido en gana sin tener en cuenta la opinión de los demás. —Respiró hondo y añadió—: Le rogaría que la próxima vez que quiera saber mi opinión sobre un asunto, me pregunte directamente a mí y no lo hable con intermediarios.

Emilia se alejó de él un paso y el hombre la retuvo tomándola del codo.

—Le ruego que me perdone. Es la costumbre. Lo hablé con él en primer lugar por ser el único hombre de la familia en Cádiz en esos momentos. Su padre se encontraba por entonces en un viaje de negocios en el que, según supe después, perdió la vida. Lo siento. Lo siento tanto.

El señor Aguirre parecía torturado y ella se compadeció. Por un momento, se permitió hacer a un lado la ira.

—Supongo que ya no importa…

Él recorrió la distancia que los separaba y le recolocó un mechón de pelo tras la oreja, justo por encima del clavel.

—Claro que importa, mi bella andaluza, puesto que yo… Yo sigo enamorado de ust…

No pudo terminar la frase. Otro caballero más alto y más joven se había acercado a ellos, ensombreciendo al mexicano, que, a su lado, resultaba diminuto y enclenque.

—¿La está molestando el caballero, señorita Espinosa? —preguntó Álvaro, ignorando al hombre y mirándola solo a ella.

¿Cuántos vasos de vino se habría bebido? Seguro que muchos,

aunque aparentaba estar sobrio.

Emilia dejó fluir su irritación. ¿Qué se habían creído los hombres? ¿Que podían disponer de ella como quisieran? Su primo había hecho y deshecho desde las sombras desde solo Dios sabía cuándo. El mexicano la había estado cortejando para luego dejarla plantada sin darle una explicación. Y ahora Álvaro, *su* Álvaro, había pasado de menospreciarla a creerse con derechos sobre ella. Condenados hijos de Adán; se imaginaban los amos del mundo, pero con ella no podrían.

—Eso a usted no le incumbe, señor Alcázar —contestó con desafecto.

Y entonces se miraron.

Ramiro Aguirre desapareció; también las mesas, las atracciones, las casetas, la gente; la feria entera había desaparecido. En ese momento solo existían ellos dos y el deseo que los consumía desde hacía demasiado tiempo. Emilia observó la musculatura de su torso por el hueco abierto de la camisa y él se recreó en la forma de guitarra que le hacía aquel vestido tan llamativo. Se devoraban con los ojos.

—No se meta, pendejo —lo insultó el mexicano rompiendo el momento mágico.

Álvaro apartó la mirada de Emilia para observarlo como quien contempla a una cucaracha a la que podría aplastar de un pisotón.

—¿Quién cojones es usted para decirme lo que tengo que hacer? —masculló.

Sí, estaba borracho, y lo que a Emilia menos le apetecía presenciar en aquellos momentos era una pelea de gallos.

—¡Estupendo, señores! Lo que me faltaba era que se dieran de golpes en mi nombre —dijo al tiempo que paseaba la vista de uno a otro—. ¡Adelante! Aquí los dejo para que hagan el ridículo y entretengan a la gente dándose picotazos. Que pasen una buena feria, caballeros.

La dama caminó sin mirar atrás, con el tintineo de sus pulseras y el

vuelo de sus volantes y flecos mientras una sensación de pequeño triunfo se apoderaba de ella.

«Olé, Emilia».

64

Álvaro contempló la espalda de Emilia mientras se alejaba y se preguntó qué le habría ocurrido para estar de tan mal humor. Él acababa de acercársele, así que tenía que ser cosa de ese tipo tan estrafalario que la había acompañado hasta entonces. Se volvió hacia él con gesto amenazante y tuvo que mirar hacia abajo para encontrarse con sus ojos rasgados.

—Si lo vuelvo a ver merodeando a la señorita Espinosa, le arranco la cabeza —advirtió con la naturalidad de quien dice que la tarde se ha puesto fresca—. ¿Me ha entendido?

El mexicano le sostuvo la mirada unos instantes y, después, temeroso, decidió guardar silencio. Álvaro se alejó de él dando grandes zancadas con sus botas de montar y solo cuando estuvo lo bastante lejos, oyó que le respondía algo como: «Vete a la chingada», con ese acento sudamericano que otrora le gustara y que en esos momentos le resultó odioso.

Ni siquiera se volvió para responderle. Se limitó a hacer un gesto con la mano como quien aparta una mosca y siguió su camino. Ya no le apetecía estar en la velada. La música y las voces le aguijoneaban los oídos. El bullicio lo mareaba.

Varias señoritas acompañadas de familiares y amigos se le cruzaron en el camino para saludarlo, pero él las despreció a todas. Poco le importaban los buenos modales. Ni le interesaba quedar bien con ellas ni con sus encopetados padres.

Llegó al número 18 de la calle Ribera del Río, subió los dos escalones de mármol y se refugió tras las puertas. Bartolomé, que se había quitado las ropas de mayordomo y se disponía a salir, lo siguió por el pasillo hacia el interior.

—Traes cara de acelga, ¿qué te ha pasado? —Fue su saludo—. ¿Otra vez la escritora?

—Había un tipo molestándola —contestó el militar dejándose caer a plomo sobre el sofá de terciopelo rojo.

—¿Y por eso te has emborrachado?

Él resopló, incómodo.

—Anda, Bartolomé, vete a hacer puñetas y déjame solo —rezongó.

El empleado se echó la chaqueta por encima del antebrazo y se colocó el sombrero antes de decir:

—Búscala y dile de una maldita vez que la quieres, hombre. No seas tan orgulloso, o ese orgullo te destrozará.

Álvaro negó con la cabeza. Tomó la licorera de la mesita auxiliar y se sirvió una copa. Ya había bebido más de lo que la prudencia señalaba y, aunque su tolerancia al alcohol había mejorado con los años, sabía que acabaría con un terrible dolor de cabeza.

—He dicho que te vayas, Bartolomé —ordenó sin mirarlo.

—Tú sabrás lo que haces, Alvarito, que ya no eres un zagal —contestó el otro a modo de despedida.

Se oyó un portazo y la casa se sintió extrañamente sola. Álvaro le había dado el día libre a todos sus empleados y sus tíos se habían marchado a Medina durante los tres días de feria, puesto que en los últimos tiempos no soportaban los jolgorios. Se sintió triste, o quizás fuera el alcohol, que solía inducirle la melancolía.

Se deshizo de las botas, se tumbó en el sofá y contempló la lámpara de araña con la copa pegada al pecho. Después, cerró los ojos con lentitud y se le apareció el rostro de Emilia. Visualizó su expresión iracunda, con el ceño fruncido y los ojos llameantes; la misma que lo arrebataba, que lo hacía desearla todavía más. Si la dama pensaba que su enfado era un castigo para él, se equivocaba.

Soltó una carcajada.

—Me encantas cuando te enfadas, liebrecilla —murmuró antes de quedarse dormido.

***

Emilia llegó a su casa muy alterada y sintiéndose culpable por haber dejado abandonadas en la feria a sus dos compañeras de paseo. ¿Por qué los acontecimientos se habían acelerado tanto en las últimas semanas? Era como si hubiera pasado años limitándose a existir

como una planta y ahora acabara de regresar a la vida de golpe.

Araceli y Francisca, preocupadas por ella, no tardaron en darle alcance.

—Pero ¿qué le ha pasado, chiquilla? —le preguntó el ama de llaves al encontrársela acurrucada en uno de los bancos de forja del jardín —. ¿La ha tratado mal el señor Aguirre? Ese extranjero nunca me gustó.

La dama contemplaba las macetas de su alrededor preguntándose cómo era posible que las gardenias y las caléndulas se mostraran tan exuberantes si ella ya no les cantaba cuando las regaba.

—¿Cuándo dijo Enrique que vendría? —preguntó por toda respuesta.

Con desconcierto, Francisca hizo memoria.

—El lunes de la semana que viene —recordó—. El señor dijo que se pasaría por el palacete y por la finca.

—Bien —contestó Emilia sin variar la expresión.

—¿Necesita usted que el señor venga antes? Podría enviarle un telegrama.

—No, así está bien.

Francisca suspiró mirando hacia la jaula vacía de Piti. El silencio reinaba en el pequeño Edén.

—Qué buena noticia que el señor se quiera mudar a Cádiz para estar más pendiente del patrimonio familiar y de... y de usted, ¿verdad que sí?

Emilia se desbrazó las rodillas y observó a la señora por primera vez desde que había entrado en el jardín.

—Sí, una noticia excelente —masculló.

65

Fueron muy madrugadores.

Enrique y la tía Augusta llegaron al palacete de Chiclana cuando el sol apenas comenzaba a arrancar destellos a las primeras pirámides de sal. La luz rosada del alba iluminaba el río con un halo de ensueño y, sin embargo, Emilia, asomada al balcón, presintió que aquel no sería un día bonito.

Madre e hijo habían quedado en tratar unos asuntos con Juan Morales, pero el capataz no había hecho acto de presencia todavía. Les abrió la puerta el ama de llaves. Emilia se tomó su tiempo en bajar, y cuando lo hizo, la apatía que desprendía no pasó desapercibida para nadie.

Enrique vestía otro de sus trajes a la moda y su ya acostumbrado sombrero de gondolero, mientras que la tía Augusta, de azul oscuro, con su característica nariz aguileña y los ojos empequeñecidos por las arrugas, parecía aún más delgada y encorvada que la última vez que la vio.

La viuda repasó con la mirada a su sobrina. Se detuvo en sus dedos manchados de tinta e hizo un mohín de desagrado.

—Buenos días, querida —la saludó.

—Buenos días, tía —respondió ella, que se acercó a darle dos besos que la mujer correspondió en el aire, sin rozarle la piel.

Acto seguido, Enrique tomó la mano entintada de Emilia y la besó con devoción. Ella se dejó hacer.

—¿Qué tal la feria de San Antonio? —quiso saber Augusta, sin variar la expresión de rechazo—. ¿Tan rústica como siempre o peor?

—La feria ha sido muy… *reveladora* —contestó con suspicacia—. Ya sé que a usted no le gustan las fiestas del pueblo, pero pensé que la tía Prestola e Isabel vendrían. Nunca se la pierden.

La matriarca elevó la barbilla y se acarició el collar de perlas.

—Les resultó imposible. El tragaldabas de Avelino sufrió una gastroenteritis y se tuvieron que quedar a cuidarlo, como deben

hacer las esposas e hijas.

Se hizo el silencio unos instantes eternos.

—Primo, si no es molestia, cuando terminéis la reunión me gustaría hablar contigo a solas, por favor —pidió Emilia dirigiéndose a Enrique.

—Por supuesto, querida —contestó él, encendido ante la petición—. A mí también me gustaría hablar contigo en privado.

Llegó por fin el capataz, además de otro señor que decía llamarse Cristóbal Virués, y Francisca los hizo pasar al patio que hacía las veces de recibidor. Después de los saludos pertinentes, los Lara Espinosa se reunieron con ellos en la biblioteca de don Bernardo a puerta cerrada.

En otras circunstancias, Emilia hubiera insistido en formar parte de la junta, puesto que a ella más que a nadie le interesaban los asuntos de la finca. Sin embargo, en esos momentos era lo que menos le apetecía hacer, así que decidió esperar en el invernadero, regando las plantas y escogiendo las hortensias más hermosas para colocarlas en un florero.

Los tres caballeros y la encopetada dama estuvieron más de una hora confinados en la estancia principal de la casa. Cuando por fin salieron, Juan Morales estaba hecho un energúmeno. Sus ojos se encontraron un instante con los de Emilia, que merodeaba por el recibidor, y le dedicaron una mirada despreciativa. A pesar de ello, no abrió la boca y abandonó la vivienda seguido de Cristóbal Virués, de mucho mejor talante.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber ella cuando los dos hombres se marcharon.

—Lo que tenía que haber pasado hace tiempo: que hemos despedido al señor Morales y hemos contratado a un nuevo administrador —explicó su tía con los ojos entrecerrados—. Si no lo hicimos antes, fue porque ese viejo avaro sabía demasiadas cosas sobre esta familia y temíamos el chantaje o el escarnio público, pero a estas alturas de la jugada, poco nos importa ya lo que digan de algunos de nosotros —añadió mirándola con reproche—. Ahora

mismo importa más salvar el negocio que las habladurías.

Emilia se limitó a asentir. A buen entendedor, pocas palabras bastaban y de sobra sabía que aquellos secretos estaban relacionados con ella.

—Y ahora, si me disculpáis —siguió doña Augusta, que miró alternativamente a su hijo y a su sobrina y se llevó los dedos enjoyados a la frente—, le pediré a Paca que me prepare una habitación. La discusión me ha dado jaqueca y me gustaría recostarme un rato antes de partir.

—Claro, madre —aceptó Enrique antes de besarle el dorso huesudo de la mano—. Espero que haya traído el preparado que le receté. La ayudará a descansar.

La dama asintió y se perdió escaleras arriba. Poco después, Emilia y su primo se dirigieron a la biblioteca. Ella por delante, con el jarrón atiborrado de flores como grandes pompones azules, y él, unos pasos por detrás, expectante. La dama fue la primera en traspasar el umbral de la puerta y, con un escalofrío, reparó en el suelo, de losas blancas y negras. De repente se sintió como cuando eran niños y estaban a punto de comenzar una partida de ajedrez. Él jugaría con las fichas negras y ella con las blancas.

Emilia movió primero al colocar el florero sobre el escritorio. Sabía que su gesto había sido pueril, pero le apetecía molestar a su primo de todas las formas posibles. Enrique, nervioso solo de pensar en la perspectiva de estar a solas con su prima, movió pieza en segundo lugar, cerrando la puerta con la llave que Francisca le había entregado un rato antes. Cuando se giró hacia Emilia, se percató del jarrón.

—Querida, creo que no es buena idea que las hortensias y yo estemos en la misma habitación —comentó.

—Me gustan las hortensias —dijo ella solamente.

Un peón negro y un peón blanco habían avanzado una casilla a cada lado del tablero.

La dama, haciéndose la distraída, caminó unos pasos y rodó el

inmenso globo terráqueo sobre sus soportes de madera, paseando la yema del dedo índice por el sur de España: Cádiz, Huelva, Sevilla... La capital de Andalucía de pronto le trajo a la mente su última vivencia allí, un par de años atrás. Su primo las había llevado a ella y a Isabel a ver su consulta, y Emilia se sintió abrumada por la cantidad de títulos y menciones honoríficas que empapelaban las paredes. Enrique era toda una eminencia en la Medicina, especialmente en el área de la cirugía. Estaba impresionada. Lo cierto era que ella siempre lo había admirado; incluso hubo un momento en la niñez en que llegó a sentir un amor platónico hacia él. Durante gran parte de su vida lo había considerado un muchacho sesudo, justo, de buenas maneras; por eso le costaba asimilar que hubiera resultado ser tan ruin y mezquino.

Estaba claro: lo había idealizado.

—Emilia, ¿estás bien? —preguntó él.

La partida avanzaba con cada pequeño movimiento y Enrique, como un alfil, caminó en diagonal hacia ella, la tomó de los hombros para girarla hacia él y le sostuvo la muñeca. De nuevo fingía tomarle el pulso, pero en realidad solo le acariciaba las venas.

Emilia lo apartó con brusquedad.

—No. No estoy bien.

—Dime qué te pasa. —Había verdadera preocupación en él—. ¿Se trata de la migraña otra vez? Podría recetarte el mismo preparado que a mi madre. La corteza de sauce contiene salicina, un potente antiinflamatorio que...

No lo dejó terminar.

—¿Sabes? El otro día me encontré en la feria al señor Ramiro Aguirre. Resulta que ha vuelto a España por negocios.

Ante la mención, Enrique se puso tenso.

—Sí, algo he oído. No sé por qué ha tenido que regresar ese desgraciado que tanto daño te hizo. Me dan ganas de partirle la cara.

Una tormenta se reflejó en el rostro de Emilia.

—¿Cómo tienes la desfachatez de seguir mintiéndome? —le

reprochó. Y el peón blanco se comió al alfil negro—. ¡El daño me lo hiciste tú! ¿Cómo pudiste decirle que yo solo quería escribir, que no se le ocurriese pedirme matrimonio?

Él, lejos de negarlo, asintió.

—¡Porque es la verdad! ¿No es lo que clamas a los cuatro vientos? ¿Que no necesitas a ningún hombre porque tienes la escritura?

Ella lo empujó.

—¡Tú no eres nadie para decidir por mí!

Él volvió a avanzar una casilla hacia ella.

—¡Por supuesto que lo soy! Soy el hombre de esta familia y voy a cuidar de ti, así sea en contra de tu voluntad. —De repente, sus ojos vidriosos parecieron los de un demente—. Sabe Dios que lo hice por tu bien. ¿Qué querías, que ese indígena te llevara a México, al otro lado del océano, lejos de los tuyos, de tus costumbres y de todo lo que amas!

—¡Me correspondía *a mí* decidir!

—Las mujeres no deciden, Emilia. Acostúmbrate de una vez. Vivimos en un mundo de hombres y esa sociedad idealizada con la que sueñas solo existe en tus tertulias y en tus libros.

—¡Mis libros! —gimió ella, dándole la espalda. Se encontró frente a la mirada de óleo del abuelo Bernardo, que le decía «Adelante» y se volvió hacia el médico hecha una furia—. ¡Los mismos que tú compraste y que guardas en tu casa! ¿Por qué, Enrique? ¡¿Por qué?! ¿Para que nadie los leyera? ¿Para que nadie averiguara que Hernán Ferrero soy yo? ¿Para que no me convirtiera jamás en una escritora de renombre? ¡Seguro que amenazaste a mi editor para que no volviese a publicarme nada más! ¡A mi editor y a sabe Dios cuántos directores de periódicos!

El médico tampoco lo negó, aunque matizó:

—No he amenazado a nadie. Con unos billetes basta.

—¡Maldito seas! —Emilia se abalanzó sobre él y empezó a golpearle el pecho con los puños—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué has arruinado

mi carrera? ¿Por qué has destruido mis sueños?

Enrique la detuvo agarrándola de las muñecas.

—Porque no podía permitir que esas damas chismosas leyeran tus textos y sacaran sus conclusiones... La familia Estrada es la familia Espinosa, ¿verdad, querida prima? ¿Qué querías, que todo el mundo atara cabos y conociera nuestros secretos y miserias? Además, no está bien visto que una señorita de la alta sociedad se dedique a otra cosa que no sea su hogar y su familia.

Emilia forcejeó con él y se liberó de su agarre.

—¿Que no está bien visto? ¿Quieres que te dé ejemplos de señoras de la crema y nata de la sociedad que se dedican a escribir en Cádiz? ¡Doña Patrocinio de Biedma, doña Carolina de Soto y Corro, doña Rosa Martínez de Lacosta? ¿Sigo?

Enrique se presionaba las sienes y negaba con la cabeza.

—Basta. No me interesan esas señoras. Me interesas tú. ¡Lo hice por tu bien!

—¡No! Lo hiciste por egoísmo. Porque quieres tenerme aquí, bajo tu control. Porque no quieres ni que me case ni que prospere en el ámbito profesional. Y mientras tanto, tu carrera va viento en popa y te pasas el tiempo engendrando un hijo detrás de otro, felizmente casado.

Enrique soltó una carcajada sarcástica.

—Ahora me vienes con esas —se burló—. ¡Tú podrías ser mi mujer! ¡Te recuerdo que fuiste tú quien me rechazó!

—Y bien que hice —dijo desafiante—. Ahora me doy cuenta de que casarme contigo habría sido el mayor error de mi vida. ¿Cómo podría estar con alguien tan manipulador, despreciable y egoísta como tú? Y pensar que en la fiesta del doctor Velasco te creí cuando me dijiste que estabas arrepentido por haberte creído superior a mí. ¿Arrepentido, tú? ¡Serás embustero!

Enrique salvó la distancia que los separaba con tres pasos, la sujetó por los hombros y la aplastó contra la estantería. La figurita de escayola de la diosa Minerva cayó al suelo y se rompió en una decena

de fragmentos, pero a él no le importó. Pegó los labios a los de Emilia y la besó a la fuerza.

—¡Suéltame! —gimió ella bajo su cuerpo, luchando por liberarse.

Pero él no pensaba soltarla. Su boca bailaba sobre la de ella con ferocidad, intentando separarle los labios para profundizar el beso. Sus modales ya no eran tan suaves como cuando le realizó el examen médico bajo la presencia del ama de llaves. Sus maneras no eran educadas.

—¡Que me sueltes! —farfulló ella bajo sus labios férreos.

La reina blanca estaba acorralada en una esquina del tablero, a punto de perder la partida a manos de las piezas negras. Enrique le agarró las muñecas y se las retuvo a la altura de los libros de filosofía.

—Emilia, te lo ruego… —empezó a susurrarle con el timbre de voz de un enajenado—. ¿Es que no lo ves? Te has convertido en una obsesión para mí. Pienso en ti todas las condenadas horas del día y si vengo hasta este pueblo insulso en el culo de España es solo para verte. Si no, ¿qué iba a hacer yo en Chiclana? Si la herencia del tío Bernardo me importa un comino. —Hundió el rostro en el hueco entre su cuello y su hombro y lo lamió—. Vamos, ángel mío, dame un recuerdo que llevarme a la tumba. Te prometo… no, te juro que no se lo contaré a nadie jamás. Será un secreto entre tú y yo. Bésame, por favor —suplicó después—. No seas tímida. Mi madre no despertará hasta dentro de un par de horas.

—Suéltame… Enrique…

Emilia siempre había sido enérgica, pero le resultaba imposible librarse de Enrique, mucho más corpulento que ella. ¡Qué razón tenía Paca al decir que una mujer sola poco podía hacer frente a un desalmado! La fortaleza física siempre había sido un arma muy poderosa y gracias a ella los hombres llevaban siglos dominando el mundo. De soslayo volvió a mirar el cuadro de su antepasado en la pared y le pareció que el abuelo miraba a su nieto lleno de rabia e indignación.

—No puedo creer que en todos estos años ningún hombre te haya tocado. Seguro que siendo tan moderna ya ni siquiera eres virgen.

¿Qué te cuesta complacerme? Por favor, te necesito —seguía él, descendiendo por su cuello en dirección al escote con besos pegajosos que iban dejando un rastro de saliva—. Si te entregas a mí, tal vez seré capaz de olvidarte. Si compruebo que, como tú dices, eres una mujer como otra cualquiera, podré seguir con mi vida. ¿No lo ves, Emilia? ¿No lo ves? Voy a enfermar si no te tengo.

Ella fingió relajarse, consciente de que en esos casos la maña era más importante que la fuerza. Enrique aflojó su agarre, confiado, y entonces le asestó un contundente rodillazo en la entrepierna, como aquella vez, cuando era pequeña. Enrique emitió un alarido y se llevó las manos a sus partes.

—¡Joder! —gritó al borde de las lágrimas.

«Jaque mate», pensó ella.

Emilia se separó de la estantería, se alisó la falda del vestido y, mientras él se retorcía de dolor, se inclinó con parsimonia para decirle al oído:

—Escúchame bien, Enrique Lara Espinosa, porque no te lo repetiré. Ni se te ocurra volver a ponerme una mano encima. Si vuelves a pisar esta casa, te denunciaré a las autoridades. —Él seguía con los ojos cerrados y las manos en la entrepierna—. Buscarás a todos esos señores que has sobornado y les dirás que te retractas y que si mis textos lo merecen, harían bien en publicármelos. ¿Me has oído?

Él solo podía apretar los labios y llorar.

—¡¿Me has oído?! —repitió ella a voz en grito.

—¡S-sí! ¡Sí! Emilia, joder…

La dama hurgó en el bolsillo del chaleco de su primo, extrajo la llave de la puerta de la biblioteca y abandonó la estancia dejando atrás a un hombre miserable. El ajedrez era un juego de astucia y ella siempre le ganaba.

66

Enrique vio salir a Emilia y se dejó caer de rodillas al suelo. Se sentía igual que cuando era un adolescente y ella le propinó aquella horrible patada que casi lo dejó estéril.

«Manipulador, despreciable y egoísta». Las palabras de su prima le llegaban amplificadas para torturarlo.

¿Habría sido capaz de llegar hasta el final? ¿Habría forzado a su prima en aquella biblioteca, bajo la mirada del abuelo? Si ella hubiera estado dispuesta, la habría hecho suya sin dudarlo, puesto que serle fiel a Gertrudis le importaba menos que nada y, al fin y al cabo, no habría sido la primera vez que engañaba a su esposa con otra mujer. Sin embargo, con Emilia en contra, no creía que hubiese sido capaz de hacer algo más que llenarla de babas.

Él no era un acosador, se dijo para sentirse mejor. Él no iba por ahí abusando de las damas. Por regla general, eran ellas las que se le ofrecían, ya fuera porque su posición social lo volvía atractivo o porque realmente lo era. La viuda de José Torrealba, la hija mediana de los Rivera e incluso la criada de su tía Prestola... Todas lo habían buscado. Pero después de mantener relaciones con ellas cada vez que surgía la oportunidad, se apoderaba de él una sensación de apatía, de soledad, de angustia vital. Bebía de ellas como un viajero perdido en el desierto que encuentra un oasis, pero nunca lograba saciar su sed. Como si todo fuera un espejismo; como si tuviera el estómago agujereado y nunca pudiera sentirse satisfecho.

Solo se sentía completo cuando estaba junto a Emilia. Solo se sentía *alguien* cuando ella lo miraba como si fuera importante. Siempre había sido así. Porque Emilia era su igual. Porque, aunque le costara admitirlo, lo atraía su inteligencia. Le atraía a la vez que le molestaba, le irritaba, lo sacaba de quicio. Era como una piedra preciosa exótica que quería guardar en un cofre solo para él.

Había leído que en la Antigua Grecia algunos hombres de mentes brillantes se enamoraban de otros hombres porque las mujeres de su época no eran capaces de comprenderlos, pero él había tenido la suerte de vivir cerca de una mujer excepcional. La suerte y la

desgracia, claro.

Y luego estaba su físico. Desde muy temprana edad había empezado a mirarla con deseo sin que ella se diera cuenta. Cuando se bañaban juntos en el río y empezó a intuir sus formas de mujer bajo todas esas capas de tela que la cubrían, o cuando montaban a caballo y él la dejaba ganar todas las carreras solo para verla cabalgar a horcajadas delante de él.

«Eres una Espinosa», se dijo en la soledad de la estancia. «Me perteneces. Igual que los viñedos, igual que el palacete, igual que todo lo demás».

Tenía que admitirlo. Emilia se había vuelto una obsesión insana. Sobre todo, desde el fatídico día en que rechazó su propuesta de matrimonio. Pero ¿qué podía hacer con lo que sentía? Había pasado noches en vela imaginándola en brazos de otro, dándole hijos a otro, suspirando por otro. De ahí su control enfermizo. Su manipulación. Su locura.

«Tú no estás loco», oyó la voz grave de su abuelo como si este le hablase desde el cuadro. «Tú eres un canalla, un consentido y un sinvergüenza».

—Ya basta —murmuró.

Se puso en pie agarrándose al borde del escritorio, rodeó el mueble y se dejó caer a plomo en la silla que había pertenecido a los antiguos patriarcas. La nariz le picaba a rabiar; se la rascó con exasperación y de un manotazo tiró el jarrón de hortensias al suelo. La alfombra recogió el testimonio del destrozo: una estela de pétalos, agua y fragmentos de porcelana.

***

Un par de horas después, su madre entró en la biblioteca con las fosas nasales bien abiertas, como si oliera a estiércol. Lo encontró con un vaso de coñac en una mano y un puro habano en la otra, mirando a un punto fijo en la pared.

—Dios mío, Enrique, ¿qué te pasa? ¿Has estado llorando o es ese persistente resfriado primaveral?

Él la ignoró.

—¿Qué significan esas dos llaves, madre? —preguntó en cambio.

La mujer, confundida, siguió la trayectoria de la barbilla de su hijo, que señalaba al escudo de la familia Espinosa.

—¿Llaves? ¿Qué llaves? —inquirió, desconcertada.

—Esas que cuelgan del maldito árbol de espinas. ¡Es que no las ve! —gritó al tiempo que las señalaba con la mano que sostenía el puro —. Son dos. Dos malditas llaves. Como las dos «E». Como los dos primos que nacen el mismo día, pero con cuatro años de diferencia.

Doña Augusta ató cabos. Caminó hacia él y le arrebató el vaso antes de que volviera a dar un trago.

—¿Todo esto es por esa desagradecida? ¿Hasta cuándo vas a seguir encaprichado de tu prima, eh? ¿No te das cuenta de que es un caso perdido? Ni ella es doña María de las Mercedes ni tú eres Alfonso XII. ¿Cuándo te vas a enterar de que no te quiere ni nunca te ha querido? Déjala con sus libros y sus tonterías. En todas las familias hay solteronas. La nuestra no iba a ser diferente.

—Cállese, madre —pidió llevándose las manos a las sienes. Su voz lo fastidiaba más que un dolor de muelas.

La gran dama negó con la cabeza y sus pendientes de lágrimas de perlas se movieron con ella.

—La culpa la tengo yo por no haberte puesto límites cuando eras pequeño —siguió diciendo—; por dártelo todo. Pues todo no se puede tener, ¿me has entendido, niño bobo?

—¡He dicho que se calle! —gritó él, poniéndose en pie.

La madre, acostumbrada a los berrinches del hijo, se cruzó de brazos. Miró a su alrededor.

—Por cierto, ¿dónde está?

Él rio con melancolía.

—Se fue —respondió—. No quiere verme nunca más. Me ha pedido que no vuelva a pisar esta casa.

Doña Augusta arrugó su nariz aquilina.

—Sí, hombre. Lo que ella diga. Tú eres el heredero.

Enrique volvió a dejarse caer en la silla.

—Me he propasado con ella —confesó sin mirarla.

La dama tardó unos segundos en procesar la información.

—¿Qué? ¡Cómo que te has *propasado*! ¡Serás majadero! ¿Qué le has hecho?

Enrique puso los ojos en blanco.

—¿De verdad quiere que le dé detalles, madre? —Sonrió con desgana.

—¿No habrás llegado a… a…? —La mujer era incapaz de terminar la pregunta.

—¡No! —gritó, dando un golpe en la mesa—. ¡Por quien me toma, madre! Solo la he besado, joder. —«Con más saliva de la cuenta», pensó para sí.

—Pues que sea la última vez que lo haces, Enrique. ¿O te crees que no estoy al tanto de tus infidelidades? ¡Hasta con casadas te has enredado! Gertrudis tiene el cielo ganado contigo.

—Gertrudis, Gertrudis… ¡Al cuerno Gertrudis! ¿Sabe qué, madre? En algo tiene razón. Todo esto es por su culpa. Por haberme obligado a casarme con una mujer a la que no amo: una señoritinga arrogante y superficial que solo piensa en dilapidar mi fortuna en guantes y zapatos. —Se puso de pie por segunda vez—. Y ahora, recoja, que nos vamos. Aquí no nos quieren ya.

Doña Augusta caminó hacia la puerta y se detuvo justo antes de rozar la manilla.

—Más vale que te disculpes con tu prima, porque no pienso dejar de venir a la casa de mi padre —aseguró.

67

Emilia pasó la tarde caminando por los alrededores del palacete hasta que vio que el carruaje donde viajaban su tía y su primo se alejaba rumbo a Cádiz. Francisca la interrogó a la vuelta, por supuesto. Que dónde había estado, que por qué se había ido a la carrera, que por qué el señor Enrique parecía tan devastado. Ella se limitó a decirle que habían discutido, pero no quiso entrar en detalles.

—Le han traído esta carta —le dijo el ama de llaves después, entregándosela.

A Emilia se le aceleró el corazón en contra de su voluntad. ¿Sería de Álvaro? ¿Acaso pensaba devolverle la visita a estas alturas? No lo veía presentándose en su casa con una botella de vino y un pastel.

—Gracias, Paca.

Subió a su habitación y tomó asiento en su escritorio secreter. Rasgó el sobre con el abrecartas de plata y extrajo la nota.

Mi bella andaluza:

Antes que nada, quisiera disculparme con usted. Fui un necio y un cobarde hace cinco años, al marcharme sin siquiera despedirme y, sobre todo, después de haber estado cortejándola. No debí hablar de mis intenciones con su primo Enrique antes que con usted. Las costumbres pesan, pero si me hubiera esforzado en conocerla lo suficiente, habría sabido que no es de esas damas que necesitan de la aprobación ajena para tomar una decisión.

Por mi parte, debo decirle que mis sentimientos no han cambiado. Sigo enamorado de usted como el primer día, y si usted me permitiera visitarla de nuevo, me gustaría pedirle matrimonio tal y como se merece.

Quedo a la espera de su respuesta.

Con todo mi amor,

Ramiro Aguirre Sandoval.

Emilia dobló la misiva y la guardó en el sobre. A buenas horas le llegaba una propuesta de matrimonio: justo cuando menos interés tenía en casarse. Hubo un tiempo en que deseó ser como las demás, tal y como *lady* Elliot le había recomendado: una amante esposa, una buena madre, una señora más en la sociedad del siglo XIX. Pero ahora le importaba un pimiento quedarse soltera. Más bien al contrario, disfrutaba de su soledad.

Le gustaban los hombres —uno, en concreto, para qué engañarse— y no quería irse al otro mundo sin haber probado el fruto prohibido; pero ya no sentía esa angustia vital, ese anhelo por dar el «sí quiero» en un altar. Ahora comprendía que, por encima de todo, estaba su libertad.

«Tarde. Es demasiado tarde, señor Aguirre», pensó.

¿Qué le diría al mexicano?

A veces no responder ya era una respuesta.

68

Álvaro había regresado a Chiclana solo para vengarse de quienes le habían hecho daño —o eso era lo que se decía a sí mismo—, y, sin embargo, todavía no había hecho grandes avances, salvo asistir a fiestas, tratar a Emilia con desdén e indagar sobre Juan Morales.

Había llegado la hora de pasar a la acción.

Pasó la tarde de taberna en taberna, preguntando dónde podía encontrar al antiguo capataz de los Espinosa, pues había oído que lo habían despedido, pero nadie supo arrojar luz sobre su paradero. Por fortuna, cuando estaba a punto de darse por vencido, alguien señaló que quizá lo hallaría en la casa de citas de doña Rosita, de la que era un cliente asiduo.

Esa noche, el comandante Alcázar entró con decisión en el establecimiento y tomó asiento en una de las mesas. Los gruesos cortinajes de color bermellón opacaban las ventanas y la penumbra invitaba a desinhibirse. No obstante, el militar odiaba aquellos lugares en los que se trataba a las mujeres como mercancía.

La camarera le trajo una copa y enseguida se vio asediado por varias chicas que le ofrecieron sus servicios de buena gana. Las rechazó con cortesía, y, con unos billetes bajo la mesa, les preguntó por Juan Morales. Una de ellas le confirmó que se encontraba en una de las habitaciones de la planta superior, así que se quedó a esperarlo.

A eso de la una de la mañana, el orondo capataz bajó las escaleras con paso lento y pesado. Más que satisfecho, parecía amargado. Su mirada se cruzó con la de Álvaro y se le descompuso el gesto. Se pasó la lengua por los labios resecos y tragó saliva.

—¿Al… Alcázar…?

—*Comandante* Alcázar para ti, sucia rata —corrigió el militar desde la mesa sobre la que había estado tamborileando con los dedos hasta hacía un instante.

Juan Morales sonrió con lascivia.

—Había oído hablar de ti, pero no podía creer que el nuevo vecino

rico de Chiclana fueses tú. —Su sonrisa se amplió—. ¿Te supieron a poco los latigazos que te di y has venido a por más?

Álvaro se alzó con tal brusquedad que la silla cayó hacia atrás. Cogió a Juan Morales por el cuello y lo pegó contra una pared. Las prostitutas de las mesas adyacentes emitieron gritos de sorpresa y algunos clientes se pusieron en pie.

—Vamos, mátame. Ya no me importa —lo retó el capataz.

Álvaro le apretó la tráquea con fuerza y la nuca del hombre se pegó aún más a la pared. El militar tenía la mano grande y, aun así, apenas lograba abarcar el cuello ancho entre la papada de su antiguo jefe.

—No, cerdo hijo de puta. No te mataré. Pero sé que ensucias todo lo que tocas; que eres un fullero, un chivato, un ladrón y un desalmado. Llevo tiempo investigándote y te tengo pillado. —Apretó un poco más, dejándolo casi sin respiración y despertando una nueva oleada de gritos ahogados—. Pagarás por cada latigazo que me diste y por arruinarle la vida a mi tío. Aunque te juzguen por otros motivos, tú sabrás que es por lo que nos hiciste. Juro que acabarás tus días en la cárcel —sentenció.

De repente, doña Rosita se les acercó. La mujer, que ya rondaba los sesenta años, y más que una «rosita» naciente era una rosa ya marchita, aún conservaba su voz sensual y firme.

—Señor Alcázar, ¿tiene algún problema con el señor Morales? —preguntó—. Si es así, le ruego que lo resuelvan fuera de mi casa. Este es un lugar tranquilo y está usted asustando a las muchachas.

Álvaro aflojó por fin la mano que atenazaba la garganta de sapo del capataz. Ya se daba la vuelta cuando oyó a Juan Morales decir:

—Te vistas de seda o de uniforme, siempre serás un curita arrepentido al que mi ama rechazó.

Nadie lo vio venir. De dos zancadas, el militar estampó el puño contra la nariz chata del capataz, que empezó a sangrar profusamente.

—¡Señor Alcázar! —gritó doña Rosita.

Álvaro la ignoró y sentenció a Morales.

—Pagarás caro todo lo que has hecho, cabrón.

Después, dejó unos billetes sobre la mesa en la que había estado bebiendo —más que suficientes para pagar la cuenta— y se marchó del establecimiento con paso marcial.

69

Juan Morales había entregado su vida a los Espinosa, tanto así que no se sabía dónde terminaba él y dónde comenzaban sus señores.

Empezó trabajando para el gran patriarca —el abuelo don Bernardo— cuando era apenas un chiquillo de doce años. Luego continuó bajo el mandato de don Bernardo hijo, que lo ascendió a capataz cuando ese pusilánime de Román se fue, y ahora, después de tantos años, el señor Enrique lo echaba a patadas sin merecerlo.

Era cierto que las cuentas no se le daban demasiado bien y que, a veces —solo a veces—, inflaba los gastos para quedarse con una parte del dinero de sus señores y meterlo en su caja de ahorros, pero en la finca no había habido jamás empleado más entregado, más fiel, más leal que él. ¿Así le agradecía la estirada de doña Augusta sus desvelos? ¿Así le pagaba que hubiese guardado los secretos más turbios de la familia? Y su sobrina, la solterona, tampoco había hecho nada por evitar su despido.

«Nido de arpías», pensó mientras cabalgaba a matacaballo rumbo al cortijo de los Espinosa. Era noche de luna llena y no le costaba seguir el camino; en poco tiempo estaría allí.

«Ahora vais a saber quién es Juan Morales».

Le habían pagado una buena indemnización y tenía bastante dinero ahorrado como para empezar una nueva vida en cualquier otra parte, incluso como para comprar sus propias tierras. Sin embargo, cuando una persona pasaba tantos años en un lugar, desempeñando un mismo oficio, le resultaba imposible cambiar de propósito. ¿Y si se iba a Jaén y le hacía una visita a su sobrina Candela? La muy casquivana había logrado casarse bien después de acostarse con medio pueblo y ahora era la esposa de un hombre tonto y manipulable y la madre de varios críos que podrían llamarlo «tío-abuelo».

«Sí, cambiaré las viñas por los olivos, pero antes arderá Troya».

Apareció ante él el camino de tierra que conducía a la propiedad de los Espinosa, iluminado ahora con un farol, y se detuvo un instante.

La imagen de Álvaro tirado en el suelo con la espalda sangrante le vino a la memoria. ¿Por qué había regresado ese infeliz? ¿Para recordarle lo que nunca podría tener, lo que la sociedad le había negado? Por más que pasara las noches en lo de doña Rosita, él era un *desviado*, y así sería hasta el fin de sus días. Y lo peor era que seguía enamoriscado del vendimiador.

El condenado cura lucía más atractivo que nunca y estaba claro que él solo le provocaba repulsión. Si jamás podría tener su amor, entonces tendría su odio. Por eso disfrutaba provocándolo; hiriéndolo, ya fuera física o verbalmente.

Apartó aquellos pensamientos de su mente y apretó la cabalgada para recorrer los últimos metros. Recogería sus pertenencias, tal y como le había dicho a doña Augusta, pero haría algo más.

Traspasó la entrada, y al llegar a la casa de la familia, se apeó de su montura todo lo rápido que sus cien kilos de peso le permitieron. Después, ató las bridas a uno de los aros metálicos de la pared. Usó su llave para abrir la puerta del servicio y entró en la cocina. Aquello no era Campano, la finca colindante, donde los trabajadores residían, además de trabajar. Sabía que a esas horas las empleadas no estarían allí y se sintió confiado. Prendió la vela de un candelero y fue sacando todas las damajuanas de vino que encontró.

Las vides dormían silenciosas, preparándose para pasar un largo verano después del cual darían sus mejores frutos: unas uvas palomino de un verde reluciente con el que se elaboraría un mosto exquisito que haría subir los beneficios del negocio.

No. Este año no habría cosecha.

Roció todas las cepas y luego les prendió fuego. No era la primera vez que hacía arder un viñedo y, sin embargo, contempló las llamas con tal fascinación que nadie hubiera pensado que ya lo había hecho antes.

70

Amaneció en la casa número 6 de la calle Ribera del Río y, por distraerse con algo que no fuera la lectura o la escritura, Emilia decidió ayudar a la criada a raspar la cera derretida de las velas para después volver a colocarlas en los candelabros, candeleros y lámparas. Sin embargo, no pudo terminar la faena porque de repente se oyeron unos golpes muy fuertes contra la puerta principal. Alguien la estaba aporreando con los puños. Tuvo un mal presentimiento.

¿Sería Juan Morales? ¿El señor Ramiro Aguirre? ¿Su primo? ¿Quizás Álvaro? Si se paraba a pensarlo, tenía cuentas pendientes con los cuatro caballeros.

Fue el ama de llaves quien abrió la puerta e intercambió algunas palabras con un hombre que parecía muy agitado. Emilia acudió a ver de qué se trataba todavía con un par de velas en las manos.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Ay, niña... Alguien ha prendido fuego al viñedo —le respondió Francisca.

Un temblor recorrió a la dama de pies a cabeza.

—¿Qué?

Esta vez fue el hombre el que respondió:

—Sí, señorita. Yo soy un trabajador de Campano. Vimos el fuego a primera hora de la mañana y corrimos a apagarlo, pero me temo que llegamos tarde. Sus viñas han sido arrasadas.

—No... no puede ser —logró articular. Las velas se le cayeron de las manos y se partieron por la mitad contra el suelo.

—He venido a avisarles todo lo rápido que he podido —siguió diciendo el hombre, que se veía acalorado por el esfuerzo de venir cabalgando tan rápido.

—Dios mío. Dios mío —repetía Emilia—. No puede ser...

Su primo era el heredero de los Espinosa, sí, pero él tenía su propio dinero. Era Emilia quien se mantenía gracias a los frutos de la tierra con los que pagaba al servicio y sufragaba los gastos que suponía

mantener un palacete como el suyo. Una cosa era que los ingresos hubieran menguado en los últimos años y otra muy distinta, perderlo todo.

—Paca, dile a Pascual que ensille mi caballo, por favor —pidió.

—Chiquilla, ¿cómo va a ir allí usted sola? Este es un asunto de varones. Espere a que le mande un telegrama al señor Enrique, por favor.

—No hay tiempo. Tengo que irme. Quizás todavía quede algo que salvar —contestó ella.

Corrió a su habitación a por su sombrero y sus guantes y luego bajó a por su caballo. Lo último que oyó antes de marcharse a galope tendido fue que Francisca ordenaba a la criada que se acercara a la oficina de telégrafos de la calle de la Vega.

71

Álvaro llevaba un buen rato buscando a su tío Román, hasta que por fin lo halló sentado en una silla de enea a la puerta de la casa. Tomaba el fresco de la mañana y trenzaba una cesta de esparto de la que apartaba la mirada de tanto en tanto para observar el curso del río.

—Tío, lo estaba buscando —dijo a modo de saludo.

—Sé lo que me vas a decir —contestó el mayor—. Ahora somos de la alta sociedad y no es adecuado que esté aquí fuera haciendo una cesta. Pero ¿sabes qué, Álvaro? Para que mis costumbres cambiaran tendría que nacer de nuevo.

El comandante soltó una carcajada.

—No voy a regañarle, tío. Lo conozco lo bastante como para saber que usted va a hacer siempre lo que le venga en gana.

—Así es —contestó, y sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Álvaro se sentó en el primer escalón de entrada a la casa y le hizo compañía. La forma en la que los chiclaneros trenzaban el esparto para crear todo tipo de objetos —desde esterillas y persianas andaluzas hasta fundas para damajuanas, cestas, capachas, alpargatas y cinturones— siempre le había parecido, más que un oficio, un arte. Una forma de darle a la naturaleza una segunda vida.

Tío y sobrino se sumieron en sus propios pensamientos y Álvaro fue consciente de que no había nada más relajante que el silencio compartido. La brisa que traía el río resultaba agradable y a lo lejos se oían las gaviotas peleando por un trozo de pan. Sin embargo, la paz les duró apenas un instante porque a los pocos minutos les llegaron retazos de una conversación que un par de hombres mantenían a viva voz en la acera de enfrente.

—Todo ha quedado arrasado por el fuego —dijo uno.

—Vienen malos tiempos para la familia —le respondió el otro.

—¿Más malos aún? Se dice que la situación económica de los Espinosa ya no es tan boyante, sobre todo para la señorita Emilia,

que sigue soltera.

Al oír aquello, Álvaro enseguida se puso en pie. Llamó a un chiquillo humilde que correteaba por la calle haciendo bailar una vieja peonza y le dio una moneda prometiéndole más si escuchaba la conversación. El niño aceptó encantado y al poco regresó con las novedades.

—Alguien ha quemado las viñas de los Espinosa —informó casi sin respiración.

Román dejó la cesta de esparto y se puso de pie también. De un momento a otro, su rostro se había contraído por el espanto.

—Todos sabemos quién es ese *alguien* —murmuró Román con la mirada perdida en sus recuerdos.

—Debí matar a ese desgraciado cuando tuve la oportunidad —se lamentó Álvaro. Después, ignorando las advertencias de su tío, pidió a Miguel que le ensillara un caballo.

***

Álvaro cabalgó después de muchos años hasta la finca Espinosa. Mientras el caballo hundía los cascos en la tierra del camino, los recuerdos se agolpaban en su mente: se vio a sí mismo con la capacha de esparto colgada del hombro, listo para empezar la faena; subido a la carreta de Bartolomé tras una larga jornada, lavándose el pecho a jicarazos encontrándose con el rostro de Emilia por primera vez.

La añoranza se intensificó cuando bajó de la montura y atravesó la imponente verja de entrada. Avanzó por el sendero jalonado de eucaliptos, que le parecieron más maduros y altos de lo que recordaba, y llegó hasta la casa de campo. Se situó en el punto más elevado del terreno y contempló la devastación. Las estacas de madera, a las que hasta hacía unas horas las plantas se habían abrazado con sus fuertes zarcillos, estaban chamuscadas y medio consumidas. Las cepas calcinadas le parecieron esqueletos, y la tierra, antes albariza y blanca, se había convertido un cementerio de cenizas.

¿Cuántas veces se había agachado junto a las vides para cortar los racimos de uvas mientras Miguel le contaba alguna anécdota rocambolesca y lo hacía reír?

Qué lejano le parecía todo aquello.

El paisaje ya no era el mismo. Él ya no era ni la sombra del que fue y, sin embargo, sus sentimientos hacia Emilia se mantenían intactos a pesar de todo. ¿Cómo era posible?

La divisó a lo lejos. Hablaba con unos trabajadores de los terrenos colindantes y con un señor entrado en años y pintas de abogado. Parecía tan devastada como los campos. También ella había llegado demasiado tarde.

Con paso decidido, caminó en su dirección.

Al sonido de sus botas sobre la tierra, Emilia le devolvió una mirada de ojos arrasados por las lágrimas que lo desarmó por completo.

—Señorita Espinosa —la saludó con una leve inclinación de la cabeza.

—Señor Alcázar —contestó ella, compungida.

Sintió unas poderosas ganas de abrazarla, pero se contuvo. Por fortuna, ella no parecía molesta con él por su desencuentro en la feria y hasta le presentó a su nuevo administrador, un tal Cristóbal Virués, que le estrechó la mano. Después, Álvaro compartió unas palabras con los trabajadores de Campano, analizando lo que estos le explicaban. Todo indicaba que alguien había prendido fuego a las vides al anochecer, pero nadie había presenciado la escena; solo habían alcanzado a ver las llamas devorando las tierras. Además, acababan de encontrar damajuanas de vino regadas por todas partes, y, sin embargo, la cerradura de la casa no había sido forzada, lo que significaba que el autor del incendio había sido alguien de confianza. Por si fuera poco, había pisadas de botas que atestiguaban unos pies grandes y un cuerpo pesado, a juzgar por lo profundas que eran. El capataz no solo no se había molestado en ocultar las pruebas del delito, sino que había dejado su firma.

—Ha sido ese cabrón de Juan Morales —aseveró Álvaro, poniendo en palabras lo que todos pensaban—. Hay que denunciarlo a las autoridades antes de que logre escapar. ¿Adónde puede haber ido?

—Tenía una sobrina en Jaén, señor —apuntó uno de los trabajadores, que lo conocía bien—. Quizás haya marchado hacia allá.

El administrador se ofreció a poner él mismo la denuncia, y Emilia le dio las indicaciones oportunas. El caballero partió enseguida a lomos de su caballo.

—Lo siento mucho, señorita Espinosa —dijo Álvaro cuando se quedaron a solas.

—No es culpa suya —respondió ella mientras caminaba entre lo que quedaba de las cepas. Casi nada se había salvado. La dama se agachó a recoger un pequeño racimo que había salido indemne y lo contempló largo rato mientras él la contemplaba a ella.

—El culpable pagará. Si no se encargan las autoridades, lo haré yo. Lo buscaré hasta debajo de las piedras —prometió.

Emilia estaba perdida en sus propios recuerdos.

—Una vez alguien me enseñó a vendimiar —comenzó a decir. Álvaro tragó saliva y se tensó—. Si… si todos supiéramos trabajar la tierra, valoraríamos aún más sus frutos, la copa de vino que acompaña nuestras comidas, el dinero que ganamos con su venta y que a veces gastamos sin pensar. ¿No cree, señor Alcázar?

—Sí… por supuesto —logró articular él.

De repente, Álvaro sintió que pequeñas gotas impactaban contra su rostro y sus manos. Alzó la mirada al cielo y se dio cuenta de que había comenzado a caer una lluvia de verano dulce y fresca como las lágrimas de Titania, la reina de las hadas. Una lluvia sanadora que, no obstante, llegaba demasiado tarde.

—Debería ponerse a cubierto, señorita Espinosa —hizo notar.

La dama, absorta en las pequeñas uvas que sostenía entre los dedos, le devolvió una mirada de extrañeza. Luego imitó su gesto y alzó la vista al cielo para después bajarla hacia sus propias ropas. Se

estaba empapando.

—Permítame, por favor —se ofreció él, que se deshizo de la chaqueta y se la colocó sobre los hombros.

Ella se dejó hacer.

—Gracias, señor Alcázar. Acompáñeme a la casa.

72

Según indicaba su flamante reloj de bolsillo, Enrique llevaba ya tres cuartos de hora esperando a que su esposa eligiera un nuevo sombrero. Sentía tantas náuseas que parecía que quien estaba embarazado era él y no ella. Ir de compras con Gertrudis lo desesperaba, y las niñas, del aburrimiento, se volvían alborotadoras y traviesas.

—Querida, llévatelos todos si quieres, pero termina de una vez —le pidió. Después, con la pequeña en brazos, separó a sus dos hijas mayores, que habían pasado de probarse horquillas una a la otra a tirarse de los pelos.

—Cállate, Enrique, y no te quejes más. Para una vez que vienes… —le replicó la Condesita mientras se contemplaba en el ornamentado espejo de la sombrerería gaditana. Sentada en una coqueta silla Luis XV, no tenía ninguna prisa por acabar.

«¿Una vez?», pensó él. La había acompañado infinidad de veces. De hecho, era lo único que hacían cuando Enrique no trabajaba y salían a pasear «en familia».

—¿Es que no ves cómo se están portando las niñas? —le hizo ver.

—Eso te pasa por no dejarlas con la institutriz.

La Condesita se quitó el gorro capota y le pidió a la dependienta que le pasara uno tipo bonete.

—¡Querían venir con nosotros! —respondió él, levantando demasiado la voz—. Son tus hijas, dios mío. ¡A veces parece que te molestan!

La dependienta se limitó a alzar las cejas, pero dejó al matrimonio discutir a sus anchas; al fin y al cabo, luego tendría cotilleos frescos para compartir con otras clientas.

—No digas sandeces, Enrique. ¿Cómo me van a molestar mis propias hijas? Me parece bien que vengan, pero debería habernos acompañado *madame* Lini. —La dama se ató el lazo de seda bajo el mentón y negó con la cabeza—. No. Me hace una cabeza muy

ahuevada —añadió para sí.

A la pequeña le dio entonces por dar manotazos a su padre, que, ofuscado, respondió:

—No soporto a esa vieja estirada, siempre pegada a nuestros talones y regañando a las niñas en el idioma del enemigo.

La Condesita rio con sarcasmo.

—El francés es el idioma de la diplomacia. Se habla en todas las familias de bien.

—Pues a mí no me agradan los gabachos. ¿O es que todo el mundo se ha olvidado ya del asedio francés? —dijo acordándose de uno de los episodios históricos favoritos de Emilia.

Su esposa volvió a reír sin dejar de contemplar su reflejo.

—Ay, querido. Qué tendrá que ver la pobre *madame* Lini con Napoleón. Parece mentira que se te dé tan bien el bisturí y tan mal la educación de tus hijas.

La dama soltó el sombrero y le hizo un gesto a la vendedora para que le pasara el siguiente. A Enrique le pareció que lo hacía a propósito, solo para fastidiarlo. Ya no pudo más.

—Mira, Gertrudis. Ahí te quedas. Voy a llevar a las niñas a casa de mi madre y luego me marcharé a Chiclana —la informó. Miró a la tendera y añadió—: Señora Brenes, envíeme luego la factura, por favor.

La mujer asintió.

—Claro, señor.

Con una niña en brazos y las otras dos de la mano, Enrique avanzó hacia la puerta del local. Estaba a punto de poner un pie en la calle Ancha, cuando la voz de su esposa lo hizo detenerse:

—¿Otra vez vas a visitar a tu *querida* prima? Cualquiera diría que te traes algo con ella.

Una lluvia suave y fina empezó a caer sobre los ventanales. El médico no se volvió a mirar a su esposa.

***

—¡Padre, llévenos con la tía Emilia, por favor! —gritó Mili un rato después.

—¡Sí, sí, con la tía! —corearon la mediana y la pequeña.

No. No lo haría. Enrique no pensaba volver a poner un pie en el palacete de su tío Bernardo mientras pudiera evitarlo. Pero la finca era otra cosa. Y con el cambio de administrador, todavía quedaban muchos asuntos por cerrar.

Había llegado a casa de doña Augusta hastiado y enfadado, y al cruzarse con la institutriz, no había dudado en darle la tarde libre con tal de quitársela de en medio.

—Padre, por favor, llévenos con la tía —repitió Mili por última vez.

—He dicho que no voy a ir a casa de la tía, Mili. No insistas más. —La empujó suavemente por los hombros—. Y ahora, ve con tus hermanas a la cocina. Las criadas han preparado chocolate y bizcocho.

Doña Augusta salió a recibirlos envuelta en un chal. Tan delgada como estaba, era todo joyas, nariz y manos cadavéricas.

—¿Y tu esposa? —preguntó mirando a todas partes.

—En la sombrerería —contestó antes de desplomarse sobre un sillón orejero.

—¿La has dejado sola? ¿En su estado? —le reprochó la matriarca—. ¿Cómo se te ocurre, Enrique?

Él se sirvió una copa de coñac de la licorera que tenía al lado, sobre una mesita de café.

—No estaba sola. Estaba con la señora Brenes. Y fuera la esperaba Almudena, tu nueva criada: la misma con la que me acosté ayer en la cochera.

Su madre se acercó a él y le quitó la copa de las manos de malas maneras.

—¡Casquivano descarado! ¡Encima presumes de tus infidelidades! —exclamó—. Seguro que has discutido con tu esposa delante de la señora Brenes y mañana todo Cádiz sabrá que tu mujer y tú no os

lleváis bien. ¡Esa dama es una metomentodo!

Enrique se puso de pie y la encaró.

—¿No decía que a estas alturas de la vida ya no le importaban los chismes? ¿Acaso no despedimos al capataz porque ya no la atemorizaba que pudiera extorsionarla? Dígame, madre, ¿qué sabía ese señor que usted no quería que saliera a la luz? ¿Por qué la chantajeaba?

La mujer empalideció. Y entonces fue ella quien tomó asiento en el sillón orejero que su hijo había dejado libre.

—Secretos de familia —susurró, perdida en sus propios recuerdos.

—¿Qué secretos? —quiso saber él—. ¿Algo que tuviera que ver con mi tío, con mis primas, con usted…?

La mujer apretó los labios, como si temiera que se le escaparan las palabras de la boca.

—¡Hable, madre! Tengo derecho a saberlo. Sobre todo, si el capataz ahora se pone a hablar. Soy el cabeza de familia, tengo que saber cómo defender mi apellido.

Doña Augusta resopló.

—Es sobre tu prima.

A Enrique comenzó a parpadearle el ojo derecho de manera involuntaria. Su intuición le decía que se preparase para una revelación que no le iba a gustar.

—¿Qué prima? —rugió.

Su madre negó con la cabeza, haciéndose de rogar. Parecía valorar el impacto que sus palabras iban a tener en su hijo.

—Emilia —soltó.

—¿Qué pasa con Emilia? —Apoyó las manos sobre los brazos del sillón orejero con aire intimidante —. ¡Hable de una vez!

—Anduvo de amoríos con un muchacho de baja estofa. —Enrique pasó del enfado a la sorpresa y de la sorpresa a la cólera—. Pero como sigue siendo una loca rebelde y solterona, además de escritora, ya poco me importa su reputación. Con suerte, para cuando tus niñas

estén en edad de casar, nadie se acordará de eso. Y nuestra Isabelita es tan buena niña que no tendrá por qué sufrir su misma mala suerte. Nada puede salpicarla…

Doña Augusta hablaba y hablaba, pero Enrique ya no la escuchaba. Se paseaba de un lado a otro del salón como una bestia enjaulada.

—¿Cuándo fue eso? ¡¿Cuándo?!

Su madre se levantó.

—Hace mucho tiempo, hijo… Ella tendría unos veinte años.

Enrique la tomó de los hombros y la zarandeó.

—¡¿Antes o después de que yo le propusiera matrimonio?!

—Tranquilízate, hijo. No lo sé… por esas fechas. Pero eso ya pasó. El vendimiador se llevó un buen escarmiento y desapareció de Cádiz y tú… tú te casaste con una dama de alta cuna.

—¿Vendimia… qué? ¿Emilia me cambió por un peón?

Doña Augusta negó con la cabeza.

—No te *cambió* por nadie. Recuerda que sigue soltera. Y así seguirá. —Y añadió—: Mientras que tú eres un respetable padre de familia.

Enrique no hallaba consuelo. Se sentía traicionado por su prima y por su madre. Ninguna de ellas le había hablado de los verdaderos motivos por los que había sido rechazado. Ahora lo comprendía todo.

—¿Quién más lo sabía? ¡¿Quién más?!

—Nadie más, hijo. Solo… bueno, tu tía Prestola y yo.

—Y el capataz.

—Sí, y el capataz. Pero tu tío Bernardo, que en paz descanse —se santiguó—, jamás se enteró.

—¿Quién es él? ¿Lo conozco?

—Claro que no, hijo. Era un simple trabajador, un pobretón como tantos otros…

No. Enrique conocía a su prima lo suficiente como para saber que no se enamoraría de un hombre «como tantos otros». Aquel tipo

tuvo que ser *especial*. Destacar de alguna manera sobre los demás. Y no pudo ser un inculto, un analfabeto. No es que Emilia fuera elitista, pero sí demasiado inteligente como para arrebujarse con uno de esos brutos que solo habrían querido revolcarse con ella en el campo.

De repente, un recuerdo se abrió paso. En la fiesta en honor a su colega, el médico Francisco Velasco, alguien ¡ comentó que corría el rumor de que el nuevo vecino de Chiclana, ese tal Alcázar, había sido vendimiador antes de heredar su fortuna. Nadie le dio crédito al malintencionado chisme, por supuesto. Pero para él empezaba a tener sentido. Por eso su prima se puso tan nerviosa con la llegada del nuevo dueño del palacete número 18.

—No tan simple, madre. Creo que ese tipo ha vuelto a por Emilia —dijo apretando los puños y la mandíbula.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando, hijo?

No pudieron seguir con la conversación, el mayordomo de doña Augusta entró en el salón con un papel en la mano.

—Disculpen la interrupción. Ha llegado un telegrama para el señor.

Enrique tomó el mensaje que le tendía y le dio las gracias. Después, lo desdobló bajo la atenta mirada de su madre.

—Hijo de puta —musitó arrugando el papel.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber la matriarca.

Enrique la miró con ojos de espanto.

—Juan Morales ya se ha vengado de nosotros.

73

Álvaro tenía que esforzarse por mantener los brazos pegados a los costados para no abrazarla. Verla llorar así le provocaba una ternura infinita. Emilia lograba despertar en él un intenso deseo de protección que lo arrastraba una y otra vez, como si no fuera más que un guijarro en la orilla.

—Las pérdidas económicas serán cuantiosas y la finca tardará en volver a ser la que era, pero la tierra sanará —argumentó para tranquilizarla.

Se encontraban en el interior de la casa de campo de los Espinosa, en el gran comedor decorado con tapices de escenas de caza y cabezas de toros disecadas. Emilia acababa de dejar la chaqueta de Álvaro en el perchero y ahora se miraban el uno al otro, de pie.

—No lloro por el dinero —respondió ella, que se limpió los ojos con su pañuelo de encaje—. Es… es por la memoria de mi abuelo. Sé que, si estuviera aquí, se le rompería el alma. —Las lágrimas brotaban de sus ojos como perlas—. Parece que todo va mal últimamente, señor Alcázar. Todo se viene abajo, se desmorona, se deshace. Los pilares sobre los que había construido mi vida se caen uno a uno. Las personas que me rodean me traicionan y quizás me lo merezca. Aun así, es demasiado… y siento que… que me asfixio…

Se le escapó un quejido y dos nuevos ríos de lágrimas discurrieron por sus mejillas. Emilia estaba desolada y Álvaro se resistía a envolverla con sus brazos.

—No llores —le pidió, obviando los formalismos—. No llores más, que me partes el corazón.

—Siento incomodarlo, comandante —dijo con un nudo en la garganta.

—No me incomodas. No pidas perdón, por favor.

Al infierno su fachada de frialdad. Se le acercó y alzó un brazo en su dirección, pero no llegó a tocarla. A unos centímetros de su hombro, abrió y cerró la mano para luego dejarla caer.

—Señor Alcázar… —siguió diciendo ella—. También estoy así por

usted… Por… por ti, Álvaro. ¿Para qué has vuelto a Chiclana? ¿Para torturarme con tu presencia? ¿Para hacerme pagar caro mi rechazo? Me lo he ganado, lo sé. Pero me duele demasiado tu indiferencia. Ya… ya ni siquiera te gusto, ¿verdad? Ha pasado mucho tiempo y me he arrugado como una uva que se convierte en pasa. Me he vuelto vieja y fea.

Él dio otro paso más hacia ella.

—Por Dios, Emilia, si eres preciosa. —Su voz era casi un susurro.

Ella dejó de llorar un instante para mirarlo con sus ojos grandes y profundos como dos lagos de agua cristalina. Estaban tan cerca y tan lejos a la vez. La dama fue más valiente que él y le rozó la mejilla allí donde le nacía la barba. Él cerró los ojos y se estremeció bajo el contacto.

—No me toques así, Emilia, que me anulas la voluntad —le suplicó antes de cubrir la mano de ella con la suya para pegarla aún más a su piel—. Cuando me hablas *así*, cuando me miras *así*, cuando me tocas… me convierto en un títere en tus manos. Haría cualquier cosa que me pidieras, así fuera bajar al mismísimo infierno. ¿Es que no lo ves? ¿No te das cuenta, Emilia? ¿No ves que he vuelto solo por ti? Para impresionarte, para demostrarte que ahora soy alguien. Como un idiota, porque eso es lo que soy.

Ella le rodeó el cuello y le acarició la nuca.

—Siempre fuiste alguien. Siempre lo fuiste todo. Y yo… yo te he echado tanto de menos, Álvaro —admitió.

Se alzó y le besó el hoyuelo de la barbilla.

Él no pudo contenerse más. La tomó de la cintura, la atrajo hacia él y empezó a besarla por todas partes. La besó en la frente, en los párpados, en la nariz, en las mejillas. Besó sus lágrimas, que resbalaban en dirección a su barbilla. Aspiró el aroma de su cabello mientras se abrazaban.

—Eres preciosa. Eres preciosa —repetía sin dejar de besarla—. ¿Cómo puedes pensar que no me gustas, si me vuelves loco?

—¿De verdad? ¿Todavía te gusto? —preguntó, apartándolo un poco

para mirarlo a los ojos.

—Me encantas. Te adoro. Te amo. Estoy a tus pies. ¿Qué más quieres de mí?

Fue Emilia quien le sostuvo el rostro con ambas manos y lo besó donde él no se atrevía: en la boca. Al contacto de sus labios, una descarga eléctrica los sacudió. Profundizaron el beso, pasando de la delicadeza a la desesperación. Él le ciñó aún más la cintura; ella hundió los dedos en su cabello mojado. Sus cuerpos estaban muy juntos, pero necesitaban más. Álvaro la alzó por las caderas y la sentó sobre la mesa del comedor.

—Te quiero. Te admiro. Te deseo —dijo contra su boca.

Ella lo ayudó a deshacerse del incómodo corbatín, que cayó al suelo de cualquier manera, y se desabotonó la pechera del vestido. Con un hábil movimiento se deshizo del corpiño y se quedó en camisa interior, lo que incendió a Álvaro todavía más.

—¿Estás segura de esto, Emilia? —preguntó con la voz enronquecida y los ojos entornados.

—No he estado más segura de algo en mi vida —aseveró ella, acariciándole la barba.

Él le rozó la mejilla con la punta de la nariz y le susurró al oído:

—¿Sabes, liebrecilla? Ya te he hecho el amor cientos de veces con la mente. Te lo hice el otro día, cuando llevabas ese vestido rojo que me tenía desquiciado. Te lo hice cuando te besé la mano en la segunda fiesta. Te lo hice en la feria, cuando te enfadaste conmigo y me mandaste a paseo delante de todo el mundo.

Ella dejó escapar una carcajada nerviosa y a él su risa le pareció la canción más bonita del mundo.

—Eso no cuenta, comandante. Yo ni me enteré. Házmelo… *ahora*.

Álvaro tragó saliva sonoramente.

—Estoy a sus órdenes —dijo con la voz gutural de quien no puede pensar, solo actuar. Le tomó los muslos por debajo del vestido y los abrazó con fuerza a su cintura. La damajuana de vidrio que adornaba el centro de la mesa cayó de lado, rodó por la superficie de madera y

se estrelló contra el suelo.

Ella se volvió a ver qué había pasado, pero él la retuvo.

—Déjalo, Emilia —murmuró contra su mejilla—. Que se parta la casa entera. Que todos se enteren de que te amo.

Ella volvió a reír.

Fuera de la casa había dejado de llover y el sol estaba próximo a alcanzar su cenit. Hacía calor, mucho calor, pero ahora el fuego no estaba en los campos, sino en sus cuerpos. Las llamas los consumieron a los dos.

Por fin.

***

Emilia abrió los ojos y se encontró a Álvaro durmiendo junto a ella en una de las camas de las habitaciones para invitados. Estaba tumbado bocabajo, con la cabeza ladeada en su dirección y respiraba con suavidad, rendido. Le apartó el flequillo de los ojos y sonrió. Se sentía dichosa, feliz, plena, a pesar de la desgracia que había ocurrido en las tierras del abuelo. ¿Acaso era egoísta? No lo sabía, pero no podía evitar sentirse así. Se había entregado al hombre que amaba por primera vez y había sido maravilloso. Álvaro había sido delicado e impetuoso a partes iguales y ella no solo se había dado a él sin reservas, sino que había tomado el control de la situación cuando decidieron repetir.

Se incorporó sobre los codos y vio la cruz de madera que colgaba de su cuello. Después de tantos años, todavía la conservaba. Y entonces se fijó en su espalda. Decenas de cicatrices rugosas y rosadas la surcaban de un lado a otro y le dieron ganas de llorar. Las acarició con suavidad.

—Ya no me duelen —dijo él con los ojos todavía cerrados.

—Yo… lo siento…

—No es tu culpa.

—Sí, lo es. Aquella vez… cuando viniste a buscarme al jardín para que huyéramos juntos, ya te habían hecho esto. ¿Verdad? ¿Quién

fue?

Él abrió los ojos y se incorporó con lentitud, recostándose sobre uno de sus brazos musculosos.

—El mismo indeseable que ha quemado las viñas de tu abuelo, pero no hablemos de eso ahora, amor mío —pidió. La tomó de la barbilla y le dio un beso para borrarle la preocupación de la cara.

Emilia se ruborizó, consciente, de pronto, de que estaba completamente desnuda bajo las sábanas. Ni siquiera ella se había visto así nunca, pues resultaba impúdico para las damas de la alta sociedad, que, o bien se bañaban por partes en una palangana, o se sumergían en la bañera con un fino camisón por encima.

—Emilia… ¿qué te pasa? ¿Te arrepientes de lo que hemos hecho? —se preocupó él.

—¿Yo? No. Nada de eso, Álvaro. Al contrario, me siento muy satisfecha. —Rio, azorada—. Es solo que… que me avergüenza mi desnudez.

Él le tomó la mano derecha y le besó los dedos con los que escribía.

—No sientas pudor. Me encanta todo de ti. Eres la mujer de mi vida.

Ella agachó la mirada; le ardían las mejillas.

—¿Y tú? ¿Me quieres? Dime algo, liebrecilla —quiso saber él—. Que yo no paro de decirte lo que siento por ti y tú no dices ni pío.

Ella soltó una carcajada y fingió pensar.

—Pues claro que te amo —declaró después—. Tú también eres el hombre de mi vida. No sabes lo que he sufrido viéndote bailar con todas esas damas coquetas.

Álvaro sonrió de medio lado, se sentó en la cama y volvió a cogerla de las manos.

—Cásate conmigo —propuso de sopetón.

Emilia se soltó de su agarre con una brusquedad inesperada y la inseguridad se abrió paso entre las grietas del corazón recién compuesto de Álvaro.

—¿Qué pasa? ¿Todavía no soy *suficiente* para ti? ¿No tengo un apellido lo bastante importante? ¿No te sirve una herencia imprevista, ni el rango que me he ganado en la batalla? —El enfado era palpable, como si la herida del rechazo aún no hubiera sanado del todo.

—No es eso, Álvaro, por favor, es que…

—¿Entonces qué es? Dímelo de una vez.

—Cálmate. Es solo que… que no sé qué esperas de mí. Yo no soy una mujer como las demás. No sé si sabes que dirijo una tertulia donde nos reunimos varias damas todos los jueves. Me gusta escribir artículos y novelas. Acudo a eventos sociales y participo en reuniones políticas. Me interesan la ciencia, la economía, las artes. Paso mucho tiempo leyendo. No digo que no desee casarme o tener hijos. Solo quiero que sepas que no voy a renunciar a quien soy, ni siquiera por ti, que eres el amor de mi vida.

Álvaro se relajó y sonrió con ternura.

—Emilia… Ya sé cómo eres y por eso te amo. Si quisiera una esposa sumisa que se limitara a ordenar el almuerzo y a parir hijos, habría aceptado a cualquiera de esas señoritas que me presentaron en las fiestas.

Ella rio también.

—¿No querrás cambiarme? ¿Lo prometes?

—Escúchame bien, Emilia Espinosa de los Monteros y Robles. Quiero que seas tú por encima de todo, y te ayudaré en lo que haga falta para que consigas tus sueños. Solo quiero que estemos juntos y que compartamos nuestra felicidad, si eso es lo que tú deseas también, claro.

—Por supuesto que lo deseo.

Se besaron, esta vez con más énfasis.

—Entonces, señorita Espinosa, aquí y ahora, le pido que se case conmigo. ¿Me haría el honor de convertirse en mi esposa?

Ella empezó a llorar y a reír a la vez.

—Sí. ¡Sí quiero!

Se abrazaron bajo las sábanas y el roce de sus cuerpos desnudos hizo que se encendieran de deseo al instante. Las llamas los consumieron de nuevo.

***

Salieron de la casa de campo después de comerse un par de manzanas rojas, como Adán y Eva justo antes de ser expulsados del Edén. Cogidos de la mano, no podían dejar de sonreír. Sin embargo, Álvaro necesitaba saber algo.

—¿A quién le tengo que pedir tu mano? —preguntó—. ¿Al mequetrefe de tu primo? No lo soporto.

—No hace falta que se la pidas a nadie. Yo decido por mí. —La muchacha lo miró a los ojos con determinación.

—Ya, pero la costumbre dice que…

—Al cuerno la costumbre —lo cortó.

Él asintió.

—Me alegro. Ese maldito lechuguino me cae peor que mal. —Se detuvo y le acunó el rostro entre las manos para acariciarle las mejillas con los pulgares—. Lo siento si te molesta, cariño, pero cada vez que lo he visto me ha parecido un moscardón sobrevolándote. Seguro que es uno de esos tipos que se creen con derecho a gobernar las vidas de todas las mujeres de su familia.

Emilia se mordió la lengua para no darle la razón y, aunque una angustia repentina se apoderó de ella, la arrinconó en lo más profundo de su corazón. Se sentía plena después de mucho tiempo y no quería que nada arruinase ese instante. Él la cogió en brazos y se puso a girar mientras ella reía y reía. Ninguno de los dos oyó el sonido de los cascos del caballo que se aproximaba.

74

Enrique llegó por la tarde a la finca de su abuelo y la visión de las viñas chamuscadas le provocó una angustia vital difícil de explicar. A él nunca le habían interesado los frutos del campo ni el negocio del vino, pero, en el fondo de su ser, sentía que eran sus raíces y contemplar la tierra en ese estado le resultó devastador.

¿Dónde estaría Emilia? Por todos los santos, que estuviera bien. Francisca le había dicho que había partido hacia allí como alma llevada por el diablo y conociéndola, debía de sentirse tan triste como él. Encontró su caballo atado a una de las argollas de hierro de la pared trasera de la casa, pero junto al animal había otro que no reconoció. ¿Sería de algún trabajador de la finca vecina? Según le habían contado, los jornaleros de Campano habían sido de gran ayuda al evitar que el fuego se expandiera y provocara daños personales.

Y entonces la oyó. Esa risa inconfundible que sonaba a cascabeles. Emilia se estaba riendo, pero ¿de qué? ¿Con quién? Dejó su caballo apostado en el siguiente anillo de amarre y bordeó la casa en silencio. Se asomó desde un lateral y entonces la vio. O, mejor dicho, los vio.

Un tipo de espaldas a él sostenía a su prima en brazos con soltura y la hacía girar mientras ella reía y agitaba los pies en el aire. Lo mismo que él había hecho con ella en alguna ocasión hacía años, antes de que sus sentimientos lo estropearan todo.

Cuando vio el rostro de aquel individuo, lo reconoció al instante: era el comandante Alcázar.

«Hijo de puta», masculló para sí.

Se moría por dentro con cada vuelta que daba la pareja, pero, al mismo tiempo, no podía dejar de mirarlos. Era desquiciante.

El militar posó a Emilia en el suelo con suavidad. Se miraron, y Enrique se perdió en el brillo de los ojos de su prima. Sus pupilas contemplaban a ese pérfido como nunca lo habían contemplado a él: con amor, con pasión, casi con devoción. Y entonces sucedió lo peor. Ese cabrón le rodeó la cintura con sus manazas, ella se colgó de su

cuello y se besaron.

Se besaron.

Se besaron de una manera en la que nunca había visto besarse a dos personas; y menos, en la sociedad de caretas en la que vivían. Se besaron con *autenticidad*.

Enrique ya no pudo más. La ira le nublaba el entendimiento. La sangre le hervía en las venas. Salió de su escondite convertido en una bestia indomable. El tal Alcázar le daba la espalda y Emilia fue la primera en verlo.

—No… —articuló ella con pánico en la voz.

Álvaro se giró en el momento justo en el que el puño de Enrique se estampó en su cara.

—¡No! —gritó entonces Emilia llevándose las manos a la boca.

***

Los dos hombres se golpearon con brutalidad durante unos minutos.

—¡Basta! —gritaba Emilia al tiempo que tironeaba de los brazos de uno y del otro, pero los dos eran altos y fuertes, y ella sola no podía separarlos—. ¡Socorro! —pidió, por si algún trabajador de la finca vecina la oía—. ¡Ayuda, por favor! ¡Se van a matar!

Entre un puñetazo y el siguiente logró situarse entre los dos y extender los brazos. Con una mano tocaba el pecho de Álvaro y con la otra, el de Enrique.

—Por favor, dejadlo ya. Por favor —suplicó.

Los dos hombres, jadeantes, con el labio partido uno y la nariz sangrante el otro, cedieron a las súplicas y se detuvieron.

—Cerdo, hijo de puta —balbuceó Enrique—. ¿Cómo se te ocurre abusar así de *mi* prima? ¡Es una dama respetable!

Emilia respondió por Álvaro:

—¡Él no ha abusado de mí! ¡Yo lo amo!

Enrique la ignoró.

—Como responsable de ella, me siento agraviado en mi honor —

siguió diciendo—. ¡Así que exijo una satisfacción!

Emilia lo miró con horror.

—¿De qué hablas, Enrique? ¡Soy una mujer soltera y puedo hacer con mi vida lo que me dé la gana! Amo a este hombre y me voy a casar con él.

Los ojos de los primos se encontraron. Emilia vio el dolor reflejado en su rostro.

—No solo lo hago por ti, Emilia —improvisó él—. Sino también por Carmencita, mi cuñada. Tengo entendido que este sinvergüenza la estuvo cortejando, y ahora, en vez de cumplirle, se ha dedicado a seducirte a ti. ¡A una Espinosa!

—Yo no estuve cortejando a nadie, maldito imbécil —contestó Álvaro limpiándose la sangre del labio.

—Te reto a un duelo —propuso Enrique mientras Emilia alzaba las cejas—. Podrás elegir el arma: ¿sables o pistolas?

A Emilia le dieron ganas de echarse a reír. Pensó que Álvaro se negaría y, en cambio, respondió:

—Con pistolas. ¿A primera sangre?

—No, a muerte —respondió el otro.

La dama se llevó las manos a la cara, desesperada.

—¡¿Qué?! ¡Estáis locos o qué os pasa! ¡No valgo tanto como para que os matéis por mí! —intentó.

—No es por ti, Emilia. Es una cuestión de honor entre hombres —seguía Enrique, obcecado.

—¡Pues malditas cuestiones de honor! Los duelos están prohibidos desde hace mucho. Os denunciaré a las autoridades y os encarcelarán —amenazó ella.

—No lo harás —dijeron los dos a la vez.

—Pues claro que lo haré —los enfrentó, mirándolos alternativamente.

—Si lo haces, sé a quién tengo que darle una bolsa de dinero para

que cierre la boca —siguió su primo.

—¿Mañana al alba? —propuso Álvaro por zanjar el asunto.

La dama seguía sin dar crédito y los observaba con los ojos abiertos de par en par.

—Sí. Aquí mismo. Búscate un padrino.

—Ya lo tengo.

—Bien.

Los dos se evaluaron con la mirada un instante más. Después, Enrique se acercó a Emilia y la tomó de la mano con brío.

—Venga, vámonos y no avergüences más a la familia con tu comportamiento —le dijo mientras la arrastraba tras él.

Álvaro la tomó de la otra mano y tiró de ella.

—La señorita se viene conmigo, que soy su prometido.

Enrique soltó una risotada sarcástica.

—*¿Prometido?* ¿Eso quién lo dice? Que yo sepa, no me has pedido su mano, y si lo haces, te anticipo mi respuesta: ¡Vete al infierno, desgraciado!

Emilia se zafó de las manos de los dos hombres y sin mirar a ninguno en particular, manifestó:

—Me voy a ir sola. ¡Sola! Estoy harta de los dos. Y si queréis mataros, ¡allá vosotros!

Se alejó de ellos a paso rápido y lo último que oyó antes de girar la esquina para ir en busca de su caballo, fue su nombre. Los dos lo gritaron al mismo tiempo.

75

Emilia llegó a su casa hecha un basilisco y no por lo sucedido en las viñas. Se lo contó todo a Francisca y la mujer se llevó las manos a la cabeza. No podía creer que a las puertas del siglo XX todavía existieran los duelos.

—Denúncielo a las autoridades, señorita —le sugirió.

—No servirá de nada, Paca. Los hombres se tapan estos asuntos los unos a los otros. Y ahora, tanto Álvaro como Enrique tienen dinero para callar la boca de quien haga falta.

—¿Y entonces? ¿Qué podemos hacer?

—Nada, dejarlos que se maten entre ellos, ¡por tercos! —determinó Emilia, ofuscada.

Pero el enfado se le fue pasando conforme transcurrían las horas del día y dio paso a otro sentimiento más intenso: el miedo. La dama no quería que muriera ninguno de los dos. Álvaro era el amor de su vida, a pesar de ser un necio. Y con respecto a Enrique, aunque los últimos acontecimientos la habían hecho aborrecerlo, era el padre de sus sobrinas y de un bebé que venía en camino. No podía permitir que esos niños se quedaran huérfanos solo porque su padre era un terco.

Caía la tarde cuando Enrique llegó al palacete acompañado del administrador, quien haría las veces de su padrino en el lance de honor. No parecía arrepentido de su propuesta.

—Ya sé que no quieres que pise tu casa, pero solo será por esta noche —le explicó a Emilia cuando se la cruzó en el pasillo—. Además, puede que a partir de mañana no tengas que verme nunca más.

—Estás chiflado —respondió ella sin importarle que el señor Virués estuviera presente.

Francisca mandó a preparar una de las habitaciones para el administrador, pero no para Enrique, que anunció que no pensaba dormir y que pasaría la noche en la biblioteca.

Las horas se sucedieron, el cielo se volvió oscuro tras las ventanas y en la casa se encendieron velas, candelabros y quinqués. Cada cual se retiró a sus aposentos, pero Emilia tampoco podía dormir. ¿Cómo iba a hacerlo sabiendo que dos hombres estaban a punto de matarse? Ni siquiera se desvistió, se colocó un chal sobre los hombros y salió a la calle a hurtadillas, portando un farol. Por suerte o por desgracia, en el palacete andaban demasiado preocupados y nadie se dio cuenta. Bajó por la calle Ribera del Río hasta desembocar en el número 18. Dio dos golpes de aldaba y el mayordomo acudió a abrir, aunque no vestía como tal. Emilia supo entonces de qué le sonaba: ese señor había trabajado para su padre en la finca.

—Señorita Espinosa —dijo al verla.

—¿Dónde está? —preguntó ella sin andarse por las ramas.

—Arriba, en la primera habitación a la derecha. Espero que logre convencerlo de que desista, señorita. Es un disparate.

La dama subió los escalones a toda prisa y encontró a Álvaro sentado en la cama. Limpiaba su pistola con parsimonia, como quien se cepilla las botas.

—No voy a ceder —la saludó él sin levantar la mirada.

—¡Maldita sea, Álvaro, deja a un lado tu orgullo! —le gritó desde el umbral de la puerta—. ¿No te das cuenta de que podrías morir?

Él soltó una carcajada de suficiencia.

—No voy a morir. Soy militar, Emilia. Sé disparar.

La dama caminó hacia él, se arrodilló a su lado y lo obligó a soltar la pistola y a mirarla.

—No seas tan engreído, Álvaro. En los duelos influye mucho la suerte, o, mejor dicho, la «mala suerte». Te suplico que no le hagas caso a mi primo. Ha… ha perdido el juicio —argumentó Emilia.

—No ha perdido el maldito juicio. Está obsesionado contigo. —Ella agachó la mirada—. No, Emilia. No voy a quedar como un cobarde delante de todo el mundo. He sobrevivido a una guerra, no le tengo miedo a un estúpido matasanos.

Ella resopló y se puso de pie.

—De modo que tú, aquel que tan duramente me juzgó por dejarme llevar por la opinión de los demás, eres ahora quien se preocupa por no ser tachado de cobarde. ¿Quién es el hipócrita ahora, eh?

Él se levantó y se puso a su altura.

—No compares una cosa con la otra.

—¡Es lo mismo! ¡Te importa más la opinión de la gente que la mía! —exclamó, hundiéndole el dedo índice en el pecho, apenas cubierto por una camisa liviana.

Él le agarró la mano con suavidad y le besó el dorso.

—No, mi amor. A mí la gente no me importa, pero tu primo necesita un escarmiento. De lo contrario, no te va a dejar en paz.

Ella se soltó de su agarre, le dio la espalda y se cruzó de brazos.

—Enrique es *mi* problema y yo sabré cómo librarme de él. No soy una dama en apuros y tú no tienes que ejercer de caballero de brillante armadura.

Álvaro negó con la cabeza y la tomó de los hombros para que se volviera a mirarlo.

—Si vas a ser mi esposa, ese imbécil también es mi problema. —Había dureza en sus palabras.

—¡Es padre! Tiene tres hijas y un bebé en camino. ¿Quieres dejar huérfanos a esos niños?

Álvaro bajó la mirada y Emilia creyó por un instante que había logrado convencerlo.

—No se quedarán huérfanos. Lo prometo —garantizó.

—Entonces, ¿desistes?

—No puedo, Emilia. Por favor, no insistas.

La expresión de ella pasó de la súplica a la ira.

—¡Al final eres como todos los demás, Álvaro! Si lo matas, no te lo perdonaré jamás. Olvídate de casarte conmigo.

La muchacha abandonó la habitación y bajó la escalera a toda prisa

mientras el mayordomo, desde el rellano, le preguntaba por el lance. No contestó.

***

Emilia llegó a su casa más enfadada de lo que había salido. Creía que Álvaro era diferente a los demás caballeros, que entraría en razón y desistiría del duelo, aunque solo fuera porque ella se lo pedía. Sin embargo, le dolía comprobar que en ese aspecto era como cualquier otro hombre: el orgullo de macho lo cegaba.

Subió a su habitación y se echó a llorar sobre la cama. No podía permitir que ocurriera una desgracia y, menos aún, que sucediera en su nombre. La culpa no la dejaría vivir. ¿Qué más podía hacer?

Había llegado el momento de intentarlo con Enrique y ella sabía cuál era la única manera de convencerlo. Abrió el armario y buscó su camisón más atrevido: uno de seda muy fina, casi transparente. No se lo ponía nunca y si lo hacía, se cuidaba mucho de usar ropa interior gruesa debajo. Ahora, sin embargo, se desnudó y se colocó la prenda por encima tragándose su pudor. Se deshizo el moño, dejó caer una cascada de tirabuzones a su espalda y se colocó las pantuflas. Por último, tomó el candelero de su mesilla de noche y bajó a la biblioteca. Llamó a la puerta.

—¡He dicho que no quiero ver a nadie! —contestó su primo con la voz pastosa.

Emilia insistió.

—Abre, te lo ruego —pidió— soy yo.

—Vete, Emilia —contestó con melancolía.

—No me iré de aquí hasta que no hable contigo.

Al poco, se oyeron unos pasos tambaleantes que se dirigían a la puerta. Enrique abrió; apestaba a alcohol y a humo de puro. La dejó pasar y caminó delante de ella. Llegó al borde del escritorio, se giró y la enfrentó. La visión de su prima en camisón lo turbó durante unos instantes.

—¿Qué quieres, Emilia? —espetó.

La dama fue consciente de que la luz de las velas revelaba su

cuerpo desnudo bajo la seda y se estremeció.

—¿Así piensas acudir al duelo? ¿Borracho? ¿Tantas ganas tienes de perder la vida?

Él sonrió con desgana.

—No estoy borracho. Solo he bebido un poco, ya se me pasará.

Emilia respiró hondo.

—Enrique, recapacita. ¿Es que quieres dejar a tus niñas huérfanas? ¿Y qué pasa con Gertrudis? ¡Está embarazada! ¿No te importa el bebé?

El cabeza de familia soltó una risa sardónica.

—¿Tan poco confías en mis habilidades que ya me das por muerto, querida prima? Soy bueno disparando. Fui de caza muchas veces con mi tío Bernardo. ¿No te acuerdas? Y yo siempre me hacía con las liebres más grandes. —Caminó en su dirección y Emilia tembló—. ¿Y si el difunto es tu querido comandante?

La dama miró las rosas bordadas de sus chinelas, incapaz de sostenerle la mirada.

—No soy yo el que te preocupa, sino él, ¿verdad?

Ella no respondió.

—¡¿Verdad?! —insistió, alzándole la barbilla.

Para su sorpresa, Emilia le cogió una mano y se la llevó al pecho izquierdo, justo por encima de donde su corazón galopaba a toda velocidad.

—¿Esto es lo que quieres, Enrique? Pues toma mi cuerpo y date cuenta de una vez de que no valgo la pena. Ya te lo he dicho: soy una mujer como cualquier otra.

La respiración de él se aceleró. Sin apartar la mano de su pecho, se pegó a ella y le susurró al oído:

—Así que tú, la virtuosa Emilia Espinosa, estás dispuesta a entregarte a mí con tal de que no mate a ese cabrón… ¿O ya no eres tan virtuosa?

La joven tiritaba.

—No lo hago solo por… por él. No quiero que muráis ninguno de los dos. No quiero cargar con esa culpa el resto de mi vida.

Enrique le rozó los labios con los suyos y el cuerpo de Emilia se sacudió. «¡No!», le gritaba cada poro de su piel y, de repente, comprendió que no podría entregarse a su primo. Sin embargo, se quedó quieta. Él tiró del lazo de raso anudado sobre su pecho y el camisón resbaló por su cuerpo dejándola completamente desnuda frente a él.

Enrique la contempló con los ojos inyectados en sangre por el alcohol y el humo del tabaco. Se detuvo en cada recoveco de su anatomía con un deseo inconmensurable, con un anhelo doloroso.

Y luego, se dio la vuelta, anduvo un par de pasos y dio un puñetazo en el escritorio.

—¡Joder! —profirió.

Emilia dio un respingo, asustada, y Enrique empezó a llorar. Sus hipidos la transportaron a la infancia, a cuando el Quique niño tenía una rabieta y la tía Augusta lo castigaba de rodillas con los brazos en cruz en una esquina del salón. El caballero se apoyó con las dos manos en el tablero de madera, aturdido.

—Vístete. No te quiero de esta manera, Emilia. ¡Así, no!

Emilia no se lo pensó; se agachó a recoger su ropa de dormir y se cubrió con ella. Él volvió sobre sus pasos con dos zancadas y la cogió del cuello.

—Yo quiero que me ames, Emilia. Quiero que me mires como lo miras a él. —Lágrimas de tristeza terminaban en su boca—. ¡No quiero tus sobras!

Se hizo el silencio durante unos segundos eternos.

—Eso… eso no puedo dártelo —reconoció ella, sin aliento.

Enrique la soltó y abrió la puerta de la biblioteca de malas maneras.

—Pues entonces, ¡vete! ¡Fuera de mi vista!

Ella se marchó llorando, sintiéndose sucia y rastrera. Había hecho todo lo que había estado en su mano para evitar el espanto del duelo; se había humillado y no había servido de nada.

Ya solo le quedaba rezar.

76

Emilia se pasó la noche dando vueltas y vueltas en la cama y, en cuanto oyó a su primo abandonar la casa en compañía de su padrino, corrió a buscar a Francisca. Completamente devastada, se abrazó al ama de llaves —su confidente, su amiga, su segunda madre— y la mujer le acarició el cabello con un amor inmenso.

Rezaron largo rato en los pequeños reclinatorios que tenían en el patio, frente a una hornacina con la figura de la Virgen de los Remedios. Cuando la boca se les quedó reseca pararon para tomar una infusión que les templara los nervios.

—¿Sabe, niña? Cualquier otra mujer la envidiaría. Hay dos hombres, uno rubio y el otro moreno, uno médico y el otro comandante; los dos apuestos, ricos e inteligentes, que están a punto de matarse en su nombre, y, sin embargo... Sin embargo, no hay nada más trágico que un duelo ni mujer más infeliz que usted en estos momentos.

Emilia lloraba en silencio frente a su tisana.

—Así es, Paca. Todo esto parece muy romántico en las novelas, pero en la vida real es terrible. —Se limpió las lágrimas con su pañuelo—. Me siento ligada a esos dos hombres de maneras muy diferentes, y aunque no se merecen mi lástima, no quiero que mueran. En cierta manera, todos somos víctimas de un mundo encorsetado demasiado orientado a las apariencias y de los roles establecidos. ¿Por qué el destino a veces es tan cruel?

—Hay que confiar en Dios, señorita. Sigamos rezando.

Se arrodillaron y entrelazaron las manos. Las plegarias escaparon de sus labios mezcladas con la sal de sus lágrimas.

***

Llegaron al lugar de la cita poco antes de que despuntara el sol y allí ya se encontraban los trabajadores de la funeraria con el coche fúnebre y el ataúd preparado para el perdedor. Los cuatro hombres intercambiaron saludos y, después, los padrinos —también llamados «segundos»—, se encargaron de revisar las pistolas y de hacer las

correspondientes marcas en el suelo.

Por último, el señor Virués repasó las normas: se colocarían espalda contra espalda, darían diez pasos hasta llegar a las marcas, los padrinos silbarían y los duelistas se darían la vuelta y dispararían al adversario al mismo tiempo.

—¿Preparados, caballeros? —preguntó el administrador de los Espinosa.

Los hombres asintieron y se colocaron en posición.

El roce del cuerpo de su contrincante provocó en Álvaro una gran aversión, pero esta vez no se dejó arrastrar por ese sentimiento y pensó en Emilia. Se acordó de esa foto suya de cuando tenía diecinueve años; la misma que se había pasado toda la noche contemplando. Y entonces se dio cuenta de que el ego lo había cegado. ¿Acaso no había visto bastantes muertes en Cuba? Sabía que arrebatarle la vida a alguien solo traía dolor y que casi nunca servía para algo. De pronto, dos caminos imaginarios se abrieron ante él. En el primero, el duelo se realizaba y uno de los dos moría, lo que lo alejaría de Emilia de manera irremediable. En el segundo, el duelo no tenía lugar, y él y su amada se casaban, formaban un hogar y eran muy felices. De repente, tuvo claro lo que quería.

—Esperen, caballeros —dijo girándose hacia los padrinos—. Este duelo no puede realizarse.

Bartolomé y el señor Virués se miraron entre sí, desconcertados. Enrique se dio la vuelta, confundido.

—¿Qué sucede? —quiso saber el administrador. Bartolomé, en cambio, se mostró aliviado.

—Sucede que valoro más la vida que el honor. Ya he recibido suficientes medallas y no necesito una más —declaró—. Me he ganado el derecho a vivir en paz y quiero pasar el resto de mi vida junto a la mujer a la que amo.

Álvaro y Enrique se miraron.

—¿Te das por satisfecho? —preguntó el comandante, que extendió hacia el médico una mano en señal de paz.

***

En realidad, Enrique no quería morir. La vida se le antojaba larga y pesada sin Emilia, pero todavía había cuestiones que lo anclaban a la tierra. Sus hijas y ese retoño que venía en camino. Su amor por la ciencia, y en especial, por la medicina y la cirugía. Su pasión por montar a caballo. El ajedrez. La literatura. ¿Merecía la pena perderlo todo por un empecinamiento sin sentido? Su prima no lo amaba, ni lo haría nunca de la manera que él deseaba. Como bien había dicho su madre, no se podía tener todo en la vida.

Estaba a punto de darse por satisfecho y bajar el arma cuando las últimas palabras de su oponente reverberaron en su mente «…quiero pasar el resto de mi vida junto a la mujer a la que amo».

¿Por qué?

¿Por qué ese tipo venido a más podría tener lo que él nunca disfrutaría? Emilia era *su* prima, de *su* familia. La familia que a él le correspondía cuidar como patriarca. En resumidas cuentas*, suya*. Si continuaba soltera, él seguiría con su vida como hasta ahora, pero saberla casada y feliz con otro… No, eso no podía soportarlo.

Antes de que su mente tomara la decisión, dio unos pasos atrás y alzó la mano derecha.

Solo tenía que apretar el gatillo.

Pero entonces, su rival fue más rápido.

Sintió un fuerte dolor que lo hizo perder el conocimiento.

77

Cuando Emilia vio llegar a Álvaro a caballo sintió una súbita alegría; una felicidad que duró apenas un instante, porque, si el militar estaba vivo, quería decir que su primo había fallecido.

Detrás de Álvaro venía el coche fúnebre con el féretro. Una imagen grotesca envuelta en las brumas de un día nublado y agrio.

Álvaro se apeó del caballo con el rictus serio. Emilia corrió hacia él y le golpeó el pecho con rabia.

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Lo has matado!

Él la agarró de las muñecas para detener los golpes.

—Tranquila, tranquila —decía, pero ella no lo escuchaba.

—¡Te odio! ¡Te odio! —seguía gritando.

Francisca, unos pasos por detrás, empezó a llorar a lágrima viva.

—¡Ay, el niño Enriquito! ¡Cuando se enteren doña Augusta y doña Gertrudis! ¡Y pobres hijas! ¡Qué pena más grande!

Emilia no pudo soportarlo y se desvaneció en los brazos del comandante.

***

Un rato después, abrió los ojos en la comodidad de su cama. La brisa fresca se colaba por el balcón y a lo lejos se oía el canto de los pájaros. ¿Cómo podía haberse despejado tanto la mañana? ¿Es que a Dios no le importaban sus siervos? Parpadeó repetidas veces y distinguió a Francisca a su lado, con un frasquito de sales de amoniaco en la mano.

—Paca… —pronunció con la boca seca.

—Tranquila, niña. Sufrió un desmayo. Está en su habitación.

Emilia apretó los párpados y liberó un torrente de lágrimas.

—Paca… lo ha matado… —musitó con un quejido, revolviéndose en la cama—. ¿Cómo se lo vamos a decir a las niñas?

—No, señorita. El señor Enrique está vivo y fuera de peligro.

Emilia se incorporó como un resorte.

—¿Qué?

—Al parecer, el señor Alcázar desistió del duelo en el último momento, pero al señor Enrique no le pareció bien. Intentó disparar al señor Alcázar y el señor Alcázar le disparó en la mano para desviar el tiro.

Emilia se llevó las manos a la frente, aún mareada. Le costaba tener los ojos abiertos.

—¿Y eso quién te lo ha dicho? ¿Álvaro?

—Sí. Y su mayordomo lo ha confirmado punto por punto. Al señorito Enrique se lo han llevado al hospital de San José,[20] para que le curen la mano.

Emilia se levantó de la cama.

—Tenga cuidado, señorita. Todavía está pálida.

—¿Y Álvaro? ¿Se ha ido? —quiso saber.

—No, señorita. Está abajo, esperándola en el salón azul.

—Bien.

Emilia bajó las escaleras agarrándose a la barandilla, con el mundo dando vueltas a su alrededor. Abrió la puerta del salón azul como un vendaval. Álvaro estaba de pie con las manos cruzadas a la espalda, junto a su mayordomo.

—Bartolomé, espéreme fuera —ordenó de inmediato.

—Sí, señor. —Salió de la habitación y los dejó a solas.

—Emilia… —empezó él.

—No, Álvaro —lo calló—. Sé lo que me vas a decir. Y no. No tendrás mi perdón. Todo esto se podía haber evitado. Te supliqué y no quisiste escucharme. ¡Cielo santo, alguno de los dos podría haber muerto! ¿Sabes cómo he sufrido? ¿Sabes todo lo que hubiera sido capaz de hacer por evitar la desgracia? Las últimas horas para mí han sido una agonía. No creo que pueda olvidarlo jamás.

Él trató de tocarla. Ella se apartó.

—Márchate, Álvaro. Lo nuestro se ha terminado.

El militar apretó la mandíbula y asintió. Caminó con paso firme hasta la puerta, pero antes de irse se detuvo.

—Está bien, Emilia. Me lo merezco y lo acepto, pero debes saber… Debes saber que cuando estaba en Cuba tu recuerdo me salvó. Debes saber que te amo y te amaré siempre.

Ella no lo miró.

Él esperó un instante y, después, abandonó la estancia.

20. Antiguo hospital de San Fernando (1767-1956), ubicado en la actual plaza de San José.

78

2 meses y medio después

En Chiclana ya olía a mosto, señal de que la vendimia había comenzado, y a pesar de que en el campo de los Espinosa no habría nada que vendimiar ese año, Emilia se había dejado contagiar por el buen humor de sus vecinos. Además, el *Diario de Cádiz* le iba a publicar un artículo y, no solo eso, sino que acababa de entregar su novela a un editor que se había mostrado encantado con ella.

Por fin se había hecho justicia y ya nadie le cerraba las puertas por ser quien era. Y, sin embargo, no era plenamente feliz. Se había encontrado con Álvaro en algunas ocasiones, puesto que seguían viviendo en la misma calle, y apenas habían cruzado un frío saludo de cortesía. A quién quería engañar, seguía enamorada de él, pero no podía perdonarlo. Todavía no.

La aldaba sonó contra la puerta aquella mañana de septiembre y al poco sus sobrinas entraron en el interior de la casa armando un gran alboroto.

—¡Tía Emilia! ¡Tía Emilia! —gritaron las pequeñas Mili, Gertrudis y Clarita, que se abrazaron a ella con el ímpetu con que solían hacerlo.

—¡Pero si son mis niñas favoritas! Os he echado tanto de menos —correspondió, besándolas en sus pequeñas cabezas de bucles y lazos.

—Padre ha venido para lo del juicio del capataz y nos ha dado permiso para quedarnos contigo, si tú quieres —explicó la mayor de las hermanas.

La dama se acordó entonces de ese desalmado que había quemado su viñedo y herido casi de muerte a Álvaro en el pasado y sintió un escalofrío. Era una suerte que lo hubieran detenido cuando huía hacia Jaén. Por fin iba a pagar por sus malas obras.

—Pues claro que quiero. Anda, pasad a la cocina a refrescaros. Honoria ha preparado limonada y sultanas de coco.

Las niñas corrieron en tropel y sus voces y sus risas se perdieron por los pasillos. Emilia aprovechó para saludar a Gertrudis y a su

hermana Carmencita. La primera no dejaba de abanicarse y sobarse la incipiente barriga mientras se quejaba del calor que había pasado durante el trayecto. La segunda alzaba la barbilla y miraba a su alrededor con aire de suficiencia.

—Por favor, pasad al salón. Ordenaré que os sirvan un poco de limonada —invitó la anfitriona.

—No queremos hacer gasto, querida. Sobre todo, después de que el incendio os haya dejado en una situación tan precaria —se recochineó Gertrudis.

—Vamos, mujer, todavía podemos permitirnos una limonada —le respondió Emilia con entereza—. Y muy pronto comenzaré a recibir mis propios ingresos. No sé si sabes que he vuelto a publicar.

Las hermanas cruzaron una mirada de asombro, pero no añadieron nada al respecto. Finalmente, no les quedó más remedio que ceder a la invitación. La Condesita pasó por el lado de Emilia y le rozó el brazo con la barriga a propósito.

—Ay, perdona —se excusó después—. Esta vez está creciendo muy rápido. ¿Tú qué crees, estaré esperando por fin al heredero? En mis embarazos anteriores enseguida supe que eran niñas porque me robaban la belleza, pero esta vez todos opinan que estoy más hermosa que nunca.

Emilia carraspeó.

—Yo no creo en esos dichos de viejas alcahuetas, pero es cierto que estás muy bonita —reconoció—, así que deseo que sea un varón, si es lo que quieres tú.

—Gracias, Emilia. Siempre tan amable. —Hizo un mohín.

Las damas tomaron asiento en el tresillo, pero no se deshicieron de los sombreros ni de los guantes.

—Sin embargo… lo mejor sería que las mujeres pudiéramos heredar y administrar nuestro patrimonio sin necesidad de una tutela masculina —siguió diciendo Emilia desde la puerta—. Así no tendríamos que esperar con tanta ansia el nacimiento de un hijo varón. ¿No crees?

—Yo de esos temas no opino, querida —contestó la Condesita—. Para inmiscuirse en las leyes ya están esas sabihondas marimachos que se cuelan en las universidades.

La hermana menor de Gertrudis soltó una carcajada que hizo tambalearse su pamela con forma de pastel. Emilia le dedicó una sonrisa impostada.

—Por cierto, Emilia —apuntó Carmencita entonces—. ¿Sabes si sigue viviendo el señor Alcázar en esta calle? Hemos visto movimiento de maletas y baúles en el número 18 y me preguntaba si va a mudarse y, en caso afirmativo, adónde…

—La verdad es que no estoy al tanto de la vida de mis vecinos, Carmencita. Detesto los chismes —contestó.

—Querida, no te pongas así. Solo era una pregunta. —Se encogió de hombros—. Si lo ves, salúdalo de mi parte, por favor. Dile que me encantaría retomar nuestros encuentros.

—Descuida, le daré tu recado —dijo Emilia sin convicción—. Y ahora, si me disculpáis…

La dama abandonó la estancia, cruzó la casapuerta y se asomó a la calle. Tal y como sospechaba, su primo estaba fuera, contemplando el palacete con ojos lastimeros desde la ventana de su carruaje. Cuando su mirada se cruzó con la de Emilia, dio dos golpes en la puerta para que el cochero se pusiera en marcha.

—Espera, Enrique —pidió ella.

Su primo ordenó al cochero que se detuviera y esperó a que Emilia recorriera la distancia que los separaba. Se bajó del carruaje y, manteniendo las distancias, se llevó la mano izquierda al ala del sombrero canotier a modo de saludo.

—Emilia —dijo solamente.

—Hola, Enrique.

La mirada de la señorita se fue directa a la mano derecha del médico. La tenía escayolada después de que hubieran vuelto a operarlo, pero nadie en la familia sabía, por descontado, que la herida se la había provocado el comandante Alcázar y, mucho menos,

que había sido en un duelo. Para la esposa, la cuñada e incluso para la madre del joven, todo había sido producto de un enfrentamiento a pistolas con Juan Morales. Y así seguiría siendo mientras pudiera mantener la mentira.

—Anda, pasa —lo invitó con un gesto de la mano.

Enrique negó con la cabeza.

—Gracias, Emilia, pero ya me marcho. Tengo que ir a testificar contra Juan Morales.

—De acuerdo… pero… ¿cómo estás? —preguntó, y señaló la férula de yeso—. ¿Qué tal la última operación?

Él soltó una risa irónica.

—No será la última. Necesitaré algunas más.

—Si me hubieras hecho caso… —empezó ella.

—No vuelvas con eso, Emilia. Lo hecho, hecho está —zanjó.

—Pero podrás volver a ejercer, ¿verdad?

Enrique chasqueó la lengua y desvió la mirada al río, que ese día de septiembre venía cargado de agua de monte desde Medina.

—Sí, ya lo hago. Pero mi carrera de cirujano de éxito se ha ido al garete. Como comprenderás, sin la mano derecha no podré volver a operar con precisión.

Emilia se mordió el labio inferior. Sabía que, aunque su primo dejara de trabajar de un día para otro, no pasaría apuros económicos. Su padre le había legado múltiples propiedades, acciones en Bolsa y dinero líquido y, además, contaba con las tierras de don Bernardo, que algún día volverían a dar frutos. Y, sin embargo, sintió una punzada de lástima por él. Toda una vida juntos no podía borrarse de un plumazo.

—Deja de mirarme con pena —le recriminó—. Odio que me tengas compasión, Emilia.

—No te tengo compasión —mintió—. Todo esto te lo has buscado tú y solo tú. Podías haber muerto por tu terquedad.

—Quizás hubiera sido mejor así.

—No digas tonterías.

—Piénsalo, Emilia. Si esta fuera una de tus novelas, yo sería el gran perdedor. Ese personaje secundario que se pasa la vida enamorado de la protagonista, pero que solo recibe sus migajas; ese tipo obsesivo que no acaba bien. Ese soy yo. Qué equivocado estaba. —Volvió a reír con sarcasmo—. En *La familia Estrada*, yo nunca fui Ángel… ¿verdad? Ángel era Álvaro, tu amado vendimiador. La clave estaba en las iniciales.

—Deja de leer entre líneas, primo. Mis novelas solo son novelas, historias de ficción. *Ficción* —recalcó—. Puede que me inspire en algunos hechos de la vida real, pero mi mente los deforma hasta volverlos irreconocibles.

Él sonrió de medio lado, casi con suficiencia.

—Para el que no te conozca, tal vez, pero olvidas que yo me he criado contigo.

Emilia desvió la mirada. Sabía por experiencia que el escritor era alguien que quería crear una ilusión pero que terminaba por plasmar una realidad. *Su realidad*. «Cuando uno tiene miedo de lo que escribe, es porque le sale del corazón», decía José de Espronceda, y era cierto que antes de publicar su obra sintió temor de que alguien identificara a su familia con la familia Estrada. No obstante, el deseo de dar a conocer su historia fue tan fuerte que logró que el miedo se evaporara.

—Emilia —comenzó a decir él—, no sé si sirve de algo disculparme a estas alturas, pero esta vez te pido perdón desde el corazón. Lo siento mucho. He sido una mala persona. He controlado tu vida y no merezco ni que me dirijas la palabra. Por fortuna, tus sentimientos son demasiado puros y nobles como para que mi mezquindad los manche. Eres demasiado buena para mí. Siempre lo has sido.

—Enrique…

—Espera, déjame acabar. —Respiró hondo y siguió—: Alguno de los dos se merece ser feliz y esa eres tú. Creo… creo que tu comandante se va de Chiclana. Por lo que he averiguado, ha pedido

un destino lejos de Cádiz. Si realmente lo quieres, ve a buscarlo y perdónalo. Al fin y al cabo, todo lo que ha pasado ha sido culpa mía. —Se subió al carruaje sin darle tiempo a reaccionar—. No lo repetiré más. Y no esperes de mí más palabras amables hacia él. Adiós, Emilia.

Enrique dio dos golpes secos contra la portezuela con la palma de la mano izquierda y el carruaje se puso en marcha.

***

Emilia no supo, hasta que empezó a correr, que le haría caso a su primo. Voló calle abajo hasta el palacete número 18 y allí encontró varios carruajes apostados frente a la puerta. No le sorprendió comprobar que estaban atestados de baúles y muebles.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita? —le preguntó una mujer mayor vestida con ropas sencillas.

—Yo… quisiera hablar con el señor Alcázar —contestó ella sin dejar de mirar a los empleados que sacaban objetos de la casa.

—Mi sobrino no se encuentra en estos momentos, pero vendrá a almorzar con nosotros —le explicó—. ¿Quiere que le dé algún mensaje de su parte?

Emilia la observó y la reconoció enseguida. A la señora le sucedió lo mismo.

—Señorita Espinosa… Soy Manuela, ¿se acuerda de mí?

—Sí… sí, claro —dijo la dama atando cabos—. Usted trabajó como lavandera y planchadora para nosotros durante muchos años. No la he olvidado.

Doña Manuela le preguntó entonces por su familia y por sus empleadas, con quienes mantuvo una buena amistad, y se disculpó por no haberle dado antes el pésame por lo de su padre.

—No se preocupe, hace mucho tiempo. ¿Se van de Chiclana? —quiso saber Emilia.

La mujer asintió con expresión triste.

—Así es. Mi marido y yo nos volvemos a Medina Sidonia. Mi

sobrino nos ha comprado una casa allí y nos ha regalado todos sus muebles. Él ya no los va a necesitar.

—¿Y… y dónde se va él?

—Se vuelve a las Américas, señorita. Como el asunto de Cuba está cada vez más turbio, se marcha voluntariamente para luchar por España.

Emilia sintió que se le desbocaba el corazón. A Cuba. Se marchaba otra vez al otro lado del océano, y quizá para siempre. ¿Era por patriotismo o porque lo mismo le daba morir que vivir?

—Cuando lo vea, por favor, dígale que necesito hablar con él. Dígale que… que lo amo —añadió con la voz estrangulada.

—Así lo haré, señorita. —La mujer posó una mano en su hombro—. No sabe cuánto la ama él a usted. Y no de ahora, sino desde hace años. ¿Sabe? Cuando le dieron de latigazos yo estuve a punto de hacerle llegar una nota de su parte, pero mi marido me lo impidió. Mi pobre sobrino estaba devastado.

—Lo sé… —gimió Emilia y se cubrió la cara con las manos.

La mujer siguió hablando.

—Sé que lo del duelo no estuvo bien, pero ya sabe cómo son los hombres. A veces no es culpa de ellos, sino de la sociedad en la que les ha tocado vivir. A ustedes las señoritas las tienen en jaulas de oro, presas y asfixiadas en sus mundos de encajes, corsés y abanicos. A los caballeros les prohíben llorar o mostrar debilidad. Se les enseña unos códigos de honor desde niños. Se los obliga a mantener una imagen de dureza y resistencia. Mi Álvaro creció con más libertad, puesto que es de familia humilde, pero las normas sociales pesan demasiado. Perdónelo. Es un buen hombre.

—Lo sé, lo sé… doña Manuela. Yo tampoco me porté bien con él. Lo aparté de mi lado por esos mismos convencionalismos sociales.

La señora se sacó un pañuelo del bolso y se permitió limpiarle las lágrimas.

—Pues, ¿sabe qué? Es hora de mandar todos esos convencionalismos al diablo.

Emilia no pudo evitar reír y llorar al mismo tiempo.

—Es lo que pienso hacer.

Doña Manuela sonrió y la tomó de las manos.

—Además, ahora mismo no hay mejor partido en toda la ciudad que mi sobrino. Ya nadie en su familia ni en su círculo de amigos podrá argumentar nada en contra de su relación con él. Más bien al contrario, dirán que ha tenido usted mucha suerte. Como ve, la vida es caprichosa. Da tantas vueltas que uno nunca sabe en qué momento cambiarán las tornas.

Emilia asintió.

—Supongo que ahora la marginada soy yo, doña Manuela. Soy una solterona a punto de cumplir los treinta años cuya reputación ha sido manchada por una prima que se casó a toda prisa después de quedarse encinta de un hombre de una clase social inferior. Y por si eso fuera poco, soy escritora. ¿Quién querría casarse conmigo?

—Se me ocurre un candidato que está más que dispuesto.

En ese momento salió de la casa un hombre mayor, refunfuñando, y tomó a la señora del brazo.

—Vámonos ya, Manuela. Déjate de tanta cháchara. —Le lanzó una mirada fugaz a Emilia, que percibió cierto recelo—. Estoy deseando marcharme de Chiclana.

El matrimonio se alejó, pero antes de subirse al carruaje, doña Manuela gritó:

—¡No se preocupe, señorita, le daré su recado!

El vehículo partió y Emilia se quedó largo rato mirando al río. Ese río a veces caudaloso, a veces seco. Ese río que cambiaba, pero que, en el fondo, siempre era el mismo. Ese que traía la vida a la ciudad, pero que, si se desbordaba, se convertía en muerte. El mismo por el que navegaron los fenicios y en el que ahora flotaban sus esperanzas.

***

Eran las cinco de la tarde. Emilia escribía sentada frente a su escritorio, absorta en un artículo sobre política, cuando de repente

sintió un repiqueteo contra la ventana. Una voz potente ascendió desde la calle.

—¡Emilia!

Y más fuerte:

—¡¡Emilia!!

La señorita abrió la puerta del balcón con el corazón brincando en el pecho. Bajo sus pies encontró el inconfundible rostro de Álvaro. Vestía el uniforme azul de la Infantería de Marina y lucía más apuesto que nunca.

—¿Es que no sabes usar la aldaba?

Él le guiñó un ojo.

—No. Baja, por favor.

Emilia se precipitó por los escalones de mármol rozando apenas el barandal. Francisca quiso saber adónde iba, pero no le contestó. Atravesó la casapuerta y se lanzó a los brazos del militar.

—¿Pensabas irte sin despedirte? —le preguntó.

Él la abrazó y aspiró el aroma de su cabello.

—Sí —admitió—, pero las palabras de mi tía me han dado esperanzas. ¿De verdad me has perdonado?

Ella asintió.

—Sí… te he perdonado. Te he perdonado como tú me perdonaste a mí. ¿O acaso no nos merecemos una segunda oportunidad?

Empezó a besarla por todas partes: frente, párpados, labios.

—Gracias, amor mío. He sido un necio, un tonto y un prepotente —reconoció.

—Se te ha olvidado añadir: soberbio, imperioso y obstinado.

Los dos rieron.

—¿Aún me amas? —quiso saber él.

—Con todo mi corazón —confesó ella.

Francisca, Honoria y Araceli salieron a ver qué sucedía. Los transeúntes se habían detenido en mitad de la calle y los vecinos de

los palacetes adyacentes se habían asomado a sus respectivas ventanas y balcones al oír los potentes gritos del caballero. Todos permanecían atentos a la escena que se desarrollaba ante ellos como en el escenario de un teatro y, sin embargo, la pareja de enamorados permanecía ajena a tal expectación, inmersa en su propio mundo.

—Entonces, cásate conmigo. Sé mi esposa de una condenada vez.

Esta vez Emilia no se lo pensó.

—Sí, sí quiero, Álvaro.

Los ojos del militar brillaban de emoción. Por fin, después de tanto tiempo, iba a compartir su vida con la mujer a la que amaba.

—¡Que lo oigan todos! —clamó él, entonces consciente de que los observaban—. ¡La señorita Emilia Espinosa me ama y se va a casar conmigo!

—Cállate, ¡estás loco! —lo reprendió ella sin dejar de reír.

—Sí, loco por ti, liebrecilla.

La gente empezó a aplaudir. Francisca lloraba. Álvaro tomó a Emilia de la cintura y la hizo girar y girar mientras ella reía.

79

Un año y medio después12 de marzo de 1890

Un intenso dolor atravesó el cuerpo de Emilia, que apretó la mano de Francisca al tiempo que dejaba escapar un grito gutural. Otra contracción acababa de arrollarla como una ola gigante y devastadora.

—¡Empuje! —la animó la matrona.

El sol se colaba por las ventanas y bañaba la estancia de un aura dorada resplandeciente. La primavera estaba a punto de llegar.

—¡Empuje!

Y eso hizo: empujar. Una fuerza antigua se apoderó de ella, como de su madre, de su abuela; como de cientos, de miles de mujeres antes, mucho antes.

—Ya viene… —comentó alguien, y Emilia no supo si fue la matrona o Francisca.

Cuando pensaba que ya no podía más, que el dolor la partiría en dos, sintió la tibieza de un cuerpecito sobre ella: tan pequeño y tan grande a la vez.

—Es una niña —la informó el ama de llaves.

Emilia aspiró su aroma, le besó la frente y se sintió la persona más dichosa del universo. Sí, definitivamente, ella era una mujer como cualquier otra. Tan maravillosa, tan inteligente, talentosa y valiente como sus antepasadas, sus coetáneas y las que aún estaban por venir.

Solo tenía que creer en sí misma.

EPíLOGO

Agosto de 1891La Puntilla, El Puerto de Santa María (Cádiz)

La pequeña Catalina dio sus primeros pasos por la orilla de la mano de sus primas Mili y Gertrudis, mientras que Clarita y Enriquito correteaban uno tras otro, salpicándose con los pies.

La moda de los baños en el mar comenzaba a imponerse poco a poco, sobre todo, después de que los médicos empezaran a recomendárselos a las damas y a los caballeros de la clase alta. Así, ese verano, ya eran muchos los gaditanos y los foráneos que preferían la playa a los balnearios.

Emilia acababa de salir de la caseta de madera en la que había cambiado su pesado atuendo y su corsé por el traje de baño y lucía de lo más atrevida con ese vestido de lana azul hasta la rodilla y cuello marinero bajo el que se entreveían unos pantalones bombachos adornados con lazos. Anduvo unos pasos y se reunió con su madrina.

—Me parece increíble que las damas gaditanas por fin os hayáis decidido a vestir así —reconoció *lady* Elliot, ataviada de la misma guisa.

—Los tiempos cambian, madrina. Ya verá que muy pronto no solo llevaremos trajes de baño, sino pantalones. La sociedad está avanzando muy deprisa —aventuró Emilia.

—Tienes razón —concedió la inglesa—, pero aún nos queda mucho por hacer. ¿O no te parece absurdo separarnos por sexos? —Abarcó la amplitud de la orilla con las manos.

A Emilia, sin embargo, aquel aspecto no le disgustaba. Todavía sentía pudor al exhibir su cuerpo y la mirada de los caballeros la intimidaba.

—Anda, deje a Álvaro allí, madrina, que cuando me ve en traje de baño no para de manosearme.

Las dos mujeres soltaron una carcajada.

—Sí, supongo que no hay prisa por mezclarse con los hombres,

aunque... Si finjo ahogarme, ¿crees que el vigilante me insuflaría aire en mis pobres pulmones? —comentó con picardía.

Emilia miró de soslayo al imponente nadador que contemplaba a las bañistas con los brazos fornidos cruzados. Aparentaba unos treinta años y solo una camisa de tirantes a rayas marineras le cubría el pecho. Era el único hombre al que se le permitía estar allí.

—Ay, madrina, usted siempre tan osada —bisbiseó.

—Las mujeres tenemos tanto derecho a disfrutar del sentido de la vista como lo tienen los hombres, querida, no lo olvides. —Le guiñó un ojo—. Lo que pasa es que con tu marido tú ya tienes el disfrute garantizado todos los días y te asquean los demás.

Emilia rio, ruborizada. Lo cierto era que le encantaba ver a su esposo haciendo gimnasia con el torso al descubierto, pero aquello pertenecía a la esfera del hogar y no lo admitiría en público.

—Cuánto me alegro de tenerla aquí, y de tan buen humor —dijo para cambiar de tema—. Vuelve usted a ser la de antes...

—Yo también me alegro, *sweetie*. Como diría tu tía Augusta: «Hierba mala nunca muere».

Emilia volvió a reír. Sin embargo, evocar a su tía le trajo a la mente algo que quería preguntarle a *lady* Elliot desde hacía años.

—Dígame la verdad, madrina. Fue mi tía Augusta quien la mandó a llamar aquella vez, en la fiesta de compromiso de mi hermana, ¿verdad?

La dama inglesa no lo ocultó más.

—Sí, fue por ella que te dije que te olvidaras de Álvaro, aunque también por mí. En aquel momento creía que hacía lo mejor. Yo estaba desencantada y la muerte de mi joven esposo me tenía sumida en la depresión. Espero que algún día puedas perdonarme.

—No hay nada que perdonar —le dijo Emilia, que enlazó su brazo al de ella—. No puedo culparla de mi propia cobardía. Yo no supe luchar por él. Pero Dios me perdonó y me lo ha devuelto.

En ese instante los niños corrieron hacia ellas acompañados de Juliana y de la vieja cascarrabias de *madame* Lini, que venía

protestando en francés. Por fortuna, ni Enrique ni la Condesita los acompañaban, pues el matrimonio se había ido de viaje a la India en un intento por recuperar su relación.

—¡Mami, mira! ¡Agua! ¡Agua! —señaló Catalinita con su diminuto dedo índice.

Emilia tomó a su hija en brazos y la besó repetidamente en las mejillas. Se parecía mucho a ella, pero no había heredado los ojos grises de los Espinosa, como si, de esta manera, se hubiera librado del peso del apellido. El amor que sentía por la pequeña era tan grande que la desbordaba y solo podía imaginar para ella un mundo mejor; una sociedad sin tantos prejuicios ni tabúes, sin diferencias de clases sociales ni de sexos. Y ese amor era la mayor fuerza, la mayor motivación, para seguir luchando por la libertad.

—Madrina —dijo Emilia—, ahora que ha pasado el tiempo y usted ha recuperado sus ideales, ¿cree que se pueden tener ambas cosas en la vida? Me refiero a una familia… y también una profesión.

La dama inglesa acarició la mejilla de Catalinita y sonrió con dulzura.

—Hemos venido a este mundo a luchar, ¿no es así? —respondió—. Pues luchemos por ello, querida.

NOTAS DE LA AUTORA

Esta novela bebe de grandes obras de la literatura clásica inglesa, especialmente de *Persuasión*, de Jane Austen, de la que es un *retelling* «a la chiclanera» —salvando la distancias—. Sin embargo, también es fruto de todas las telenovelas latinoamericanas de época que vi durante mi infancia y adolescencia en compañía de mi madre y que permanecen en mi memoria y en mi corazón.

Por otra parte, Chiclana es mi eterna fuente de inspiración, con su río, sus palacetes, sus viñedos, sus salinas y sus playas. A este respecto, el proceso de documentación histórica ha sido una parte esencial en la escritura de esta novela no obstante, me he tomado cuantas licencias literarias he necesitado para la evolución de la trama.

Todos los lugares que aparecen son reales, aunque las fachadas de algunas viviendas y el interior de las mismas son de mi invención. De la misma manera, los personajes son ficticios en su mayoría, aunque para crear algunos de ellos he tomado prestados títulos nobiliarios, apellidos y nombres que existieron en la época.

En el siglo XIX ya se celebraba la fiesta de la Virgen de los Remedios, pero la pisa de la uva es una tradición contemporánea que he querido recoger mediante una celebración privada en la bodega Espinosa.

En cuanto al capitán Alcázar, por norma general, los militares españoles que regresaban de Cuba a la península debían vestir el uniforme reglamentario peninsular y abandonar el rayadillo o tropical utilizado en la colonia, por eso nuestro Álvaro viste de azul.

Con respecto al duelo que tiene lugar entre los dos enamorados de Emilia, la realidad supera a la ficción. Mientras escribía y casi por casualidad, descubrí, gracias al *Diario de Cádiz,* que en 1888 sí que hubo un «lance de honor» en Chiclana. Se llevó a cabo en un pinar y fueron dos conocidos abogados de Cádiz quienes se enfrentaron en él.

En lo referido a los baños de mar en la playa, esta moda, que en

otros pueblos de la bahía de Cádiz se había extendido desde mediados del siglo XIX, tardó un poco más en llegar a nuestra ciudad. La Barrosa permanecía salvaje y los caminos o veredas de arena resultaban impracticables. Según *El periódico de Chiclana*, no fue hasta el año 1894 cuando el alcalde de la ciudad presentó un proyecto de camino para que pudieran pasar por él los carruajes y, después, los primeros automóviles.

En cuanto a la «alergia» de Enrique, aunque el padecimiento existe desde tiempos inmemoriales, el término no se acuñó hasta 1906, por ello me he cuidado mucho de no usarlo en esta novela.

Por último, esta obra tampoco existiría si no hubieran existido otras escritoras que vivieron en estos parajes antes que yo, como doña Frasquita Larrea y su hija, Cecilia Böhl de Faber —Fernán Caballero—; esta última, esencial para crear al personaje de *lady* Elliot.

Con mis palabras he querido reflejar no solo las grandes pasiones de una época marcada por la represión de los sentimientos, sino también el carácter contradictorio de las mujeres de entonces, que, por un lado, deseaban desarrollar una profesión y, al mismo tiempo, aleccionaban a las demás para que no lo hicieran.

En lo personal, yo me siento muy orgullosa de ser escritora y madre. Se lo debo a todas mis predecesoras, que, como Emilia, lucharon por nuestra libertad.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera darle las gracias en primerísimo lugar, a mi madre, Mari Paz, que estuvo jugando con mi hijo Héctor durante todos los ratitos que me senté a escribir esta novela. Mamá, te quiero hasta el infinito y más allá.

Gracias a Ana Mayi por leer el manuscrito original y darme su opinión, tan valiosa para mí.

Gracias inmensas al equipo de Versátil. Creo que mi novela no podría haber encontrado una editorial mejor. Y, en especial, gracias a Eva por su acogida, por tratar mi novela con tanto cariño y respeto y por ese proceso de corrección tan enriquecedor.

Gracias a todos los autores e investigadores de antes y de ahora por facilitarme la tarea de la documentación con sus magníficos ensayos, monografías y artículos, en especial a Domingo Bohórquez, Ramón Solís, Manuel Meléndez, Francisco Javier Yeste, José María Bueno, Carlos Spínola, Carlos Franco de Epés, Jesús D. Romero Montalbán y Alejandro Díaz Pinto. Y, muy particularmente, a José Luis Aragón Panés, cronista oficial de Chiclana, por sus libros *Chiclana, de villa a ciudad: crónica municipal del reinado de Alfonso XII* y *Campano, el sueño de un liberal*. Si en esta novela hay algún error, es solo culpa mía.

Gracias a Cristina Ruiz Guerrero por su obra *El pensamiento audaz tiende a su vuelo, pioneras del periodismo en Cádiz*; porque a través de ella conocí a doña Patrocinio de Biedma.

Gracias a mi amigo Joaquín Bonnemaison, de *Fototeca Histórica Gaditana* y *Rutas Históricas JB* por hablarme del fotógrafo Rafael Rocafull; y a Salvador Santos, por motivarme con sus excelentes programas de *Zona Historia*.

Gracias a Isabel López Guerrero, formadora del Centro de Interpretación del Vino y la Sal por su amabilidad y por recomendarme libros y cursos de la *Sherry Academy* para adentrarme en el maravilloso mundo de la viticultura. Repito que, si hay algún error es solo culpa mía.

Gracias a todos los que me apoyan en este sueño, que son muchos, pero en especial a mi padre, mis hermanos, mi marido, Noly, mis primas Ana Belén y Mari Paz, Anabel, Estefi y Ana Mota, de la librería Bibliopola.

Y por último, gracias a ti, querido lector o querida lectora, por darle una oportunidad a esta novela y viajar de mi mano a una tierra de vino y sal. No olvides que el amor, en todas sus formas, es la mejor parte de todas las historias.